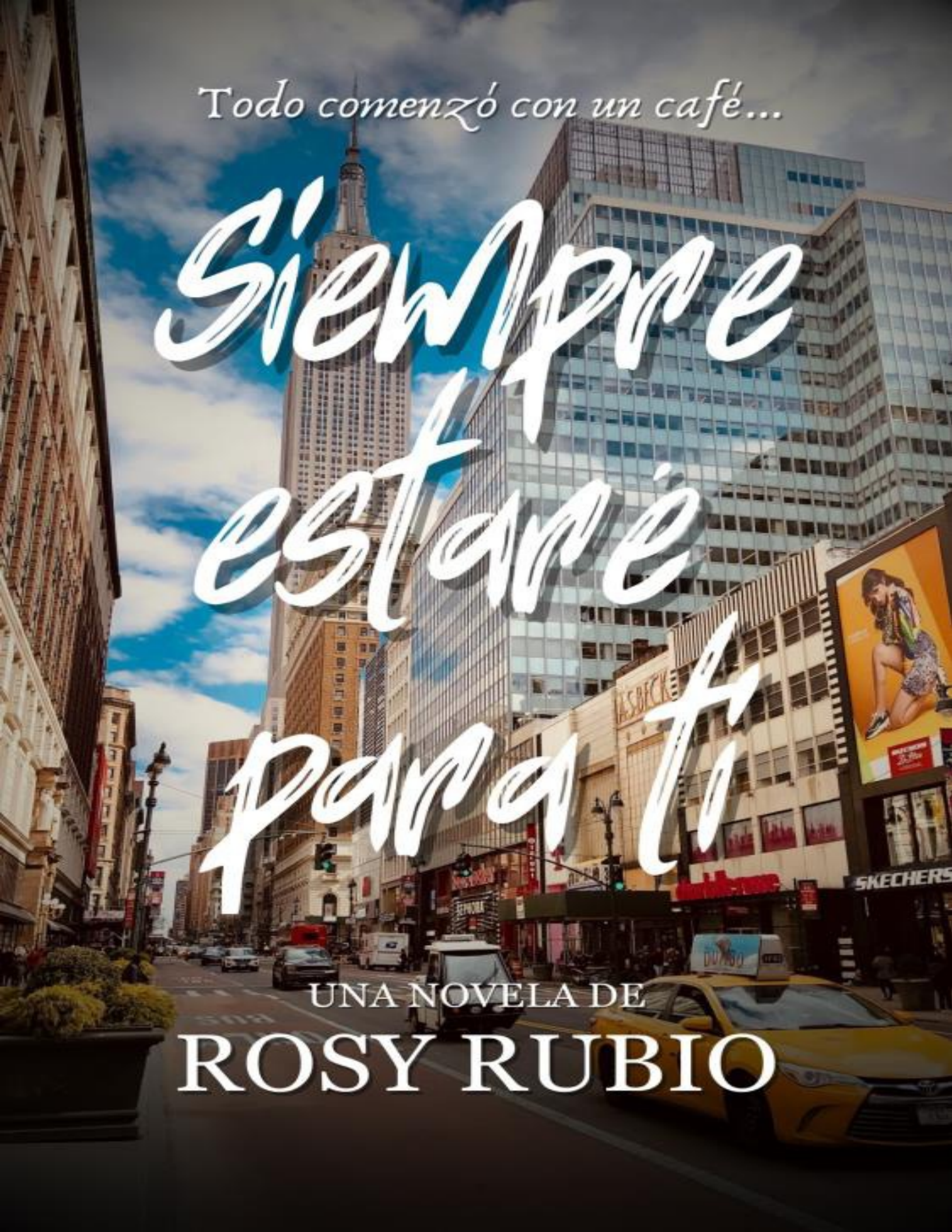

Todo comenzó con un café...
Siempre estaré para ti
UNA NOVELA DE
ROSY RUBIO

Rosy Rubio

Siempre estaré para ti

Copyright © 2025 by Rosy Rubio

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Rosy Rubio asserts the moral right to be identified as the author of this work.

Rosy Rubio has no responsibility for the persistence or accuracy of URLs for external or third-party Internet Websites referred to in this publication and does not guarantee that any content on such Websites is, or will remain, accurate or appropriate.

Designations used by companies to distinguish their products are often claimed as trademarks. All brand names and product names used in this book and on its cover are trade names, service marks, trademarks and registered trademarks of their respective owners. The publishers and the book are not associated with any product or vendor mentioned in this book. None of the companies referenced within the book have endorsed the book.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

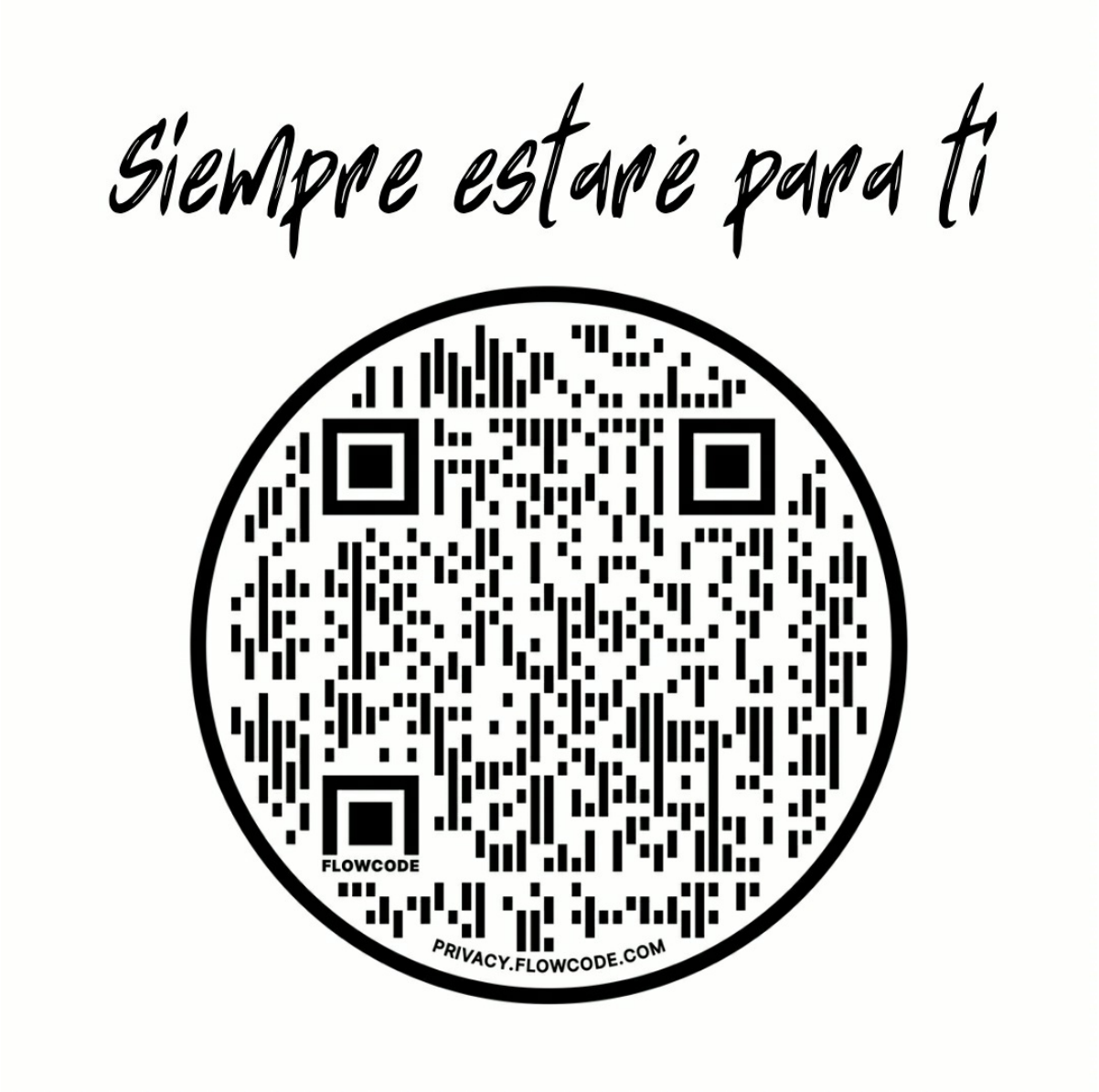
Playlist
1. Evy - Klaxon
2. Evy - Butterfly
3. Evy - Good & Great
4. Theo - Butterflies
5. Evy - Why?
6. Evy - Pink cake
7. Evy - Scenery lullaby
8. Evy - Enough
9. Theo - Youth
10. Theo - Jealous
11. Theo - Lose my breath
12. Evy - Someday
13. Evy - I'm fine
14. Evy - Wish you luck
15. Theo - Boyfriend
16. Theo - By your side
17. Evy - Miracle
18. Evy - I like it
19. Theo - Nice guy
20. Theo - Who
21. Evy - Airplane
22. Evy - Your existence
23. Theo - Falling
24. Theo - Day & Night
25. Evy - Nobody notices your pain
26. Theo - Candy
27. Evy - from
28. Evy - Falling into you

29. Theo - Hold me tight
30. Theo - I wanna know
31. Evy - OMG
32. Evy - Mixtape: Time Out
33. Theo - FRI(END)S
34. Evy - Call me
35. Evy - Haven
36. Evy - Numb
37. Theo - If I say, I love you
38. Theo - Beautiful time
39. Theo - Enough
40. Theo - Darling
41. Evy - Die with a smile
42. Evy - Lose my breath
43. Evy - Happy
44. Evy - My everything
45. Theo - Arson
46. Theo - I wonder...
47. Evy - Like a moonlight
48. Evy - Code of justice
49. Evy - See the light
50. Theo - Babygirl
51. Theo - Eyes never lie
52. Evy - Hug
53. Evy - If you leave me
54. Evy - Star
55. Theo - Hold my hand
56. Evy - As we are
57. Evy - The reasons of my smiles
Agradecimientos
Sobre la autora

Para todos los románticos incurables.
Esta historia es para ustedes.

Playlist

La música es parte de mi día a día, y durante mi proceso creativo no es la excepción. Si te interesa una experiencia inmersiva, puedes encontrar la playlist que utilicé mientras escribía esta historia en Spotify.



1

Evy - Klaxon

Empezar el día sin café era casi un delito, al menos para mí, por eso, antes de salir, me preparé un *espresso* y lo bebí como si fuera un *shot* de tequila. Aunque iba con tiempo de sobra, subí apresurada al auto antes de que el tráfico se pusiera peor y no llegara a la oficina. Acomodé el bolso, abroché el cinturón de seguridad y procedí a encenderlo. El problema fue que no lo hizo. Supuse que el control se había quedado sin batería, intenté de forma manual.

No sirvió de nada.

—No es posible ¡eres prácticamente nuevo! ¿Cómo es que fallas? —exclamé, intentando repetidas veces que funcionara—. ¡Vamos, bebé! tú puedes, hoy tenemos mucho que hacer, ¡no puedo llegar tarde!

Pero el auto seguía sin hacer ni un ruido. Me rendí. Enfadada, tomé el bolso y bajé. Tendría que tomar un transporte, solo así llegaría justo a tiempo.

No era tarea fácil, tendría que pedirlo vía telefónica o a través de la aplicación, pero como no solía usar ese tipo de servicio, no tenía los números a la mano. Descargar una *app* sería una pérdida de tiempo. Así que caminé por tres cuadras hasta llegar a una zona más transitada con la esperanza de encontrar uno pronto.

Aunque siempre había vivido en esta ciudad, aún me resultaba molesto e irracional la manera en que la gente se agolpaba en las calles, cada quien hundido en sus pensamientos, sin importarles lo que otros hacen o la prisa que llevan. Es como si creyeran que eran los únicos en el mundo, pero al parecer eso era… un taxi, ¡había encontrado uno! Me apresuré entre la gente para alcanzarlo antes de que alguien más lo tomara, levanté la mano para llamar su atención.

—¡Taxi! —grité.

Todo pasó en un segundo. Sentí el golpe contra algo… o, mejor dicho, alguien. Cerré los ojos por instinto y escuché el sonido del líquido derramándose en la acera. Me atreví a mirar. Un hombre intentaba limpiarse el café que, por mi culpa, había terminado en su camisa.

—¡Discúlpame!, ¿te quemé? —pregunté preocupada, llevándome una mano a la boca.

Traté de ver el desastre, pero él estaba agachado y no pude constatar los estragos de mi torpeza.

—Un poco, sí —contestó molesto, sacudiendo su camisa—. Pero déjalo así. Ten más cuidado la próxima vez, ¿de acuerdo?

No me miró, seguía enfocado en su ropa. Me sentí tan avergonzada por ir distraída en mis pensamientos y provocarle un mal momento. Iba a disculparme de nuevo, pero siguió su camino.

Quise seguirlo para decir algo, por alguna razón no quería que creyera que yo era una mala persona, pero en eso, sonó mi teléfono.

—¿Aló? —contesté apresurada.

—*¿Evy, ya vienes en camino?*

Era Harper, seguro ya me estaban esperando. *¿Tan tarde era ya?,* pensé, mientras veía mi reloj.

—Sí, en eso estoy —dije, llevándome una mano a la frente en señal de desesperación—. Mi auto no quiso encender, estoy por tomar un taxi.

—*De acuerdo, el señor Wells acaba de llegar.*

—Todavía no son ni las ocho de la mañana ¡¿y ya está ahí?! —me mareé solo de pensar en que mi jefe me viera llegar tarde.

—*Y espera, que aún hay más. Escuché que Enzo vendrá hoy.*

¡Lo que me faltaba! ¡Una reunión sorpresa!, pensé enfadada.

Cerré los ojos, tratando de mantener la calma.

—No puede ser, aún no consigo…

—*Descuida* —interrumpió—. *Nate nos salvó el pellejo, tiene un amigo diseñador y va a traer unos bocetos.*

—¡Gracias al cielo! Ya conseguí transporte, con suerte te veo en veinte minutos.

Colgué sin esperar que me contestara. Busqué el vehículo amarillo pero este ya tenía nuevo pasajero y se estaba alejando.

—¡No! —grité como si eso lo fuera a detener—. ¡Demonios! —gruñí enfadada—. Ahora tengo que bajar la dichosa aplicación. ¡Maldita sea! ¡Maldita mañana! ¡Maldito…!

—¿Necesitas ayuda?

Levanté la mirada de mi teléfono para encontrarme con el mismo hombre con el que había chocado, lo supe por su camisa manchada y el olor a café. Pero esta vez, pude verlo perfectamente. Tenía los ojos más hermosos que hubiera visto en un hombre, parecían sonreírme.

—Discúlpame, soy el *maldito* que te hizo perder el taxi, iba distraído.

Su voz sonaba tan dulce. Parpadeé para salir de mi ensoñación.

—No, no, no me refería a ti… —balbuceé. *¿Por qué me ponía nerviosa?* —. Disculpa que me hayas escuchado, es solo que estoy algo apurada, y tengo la mala costumbre de hablar sola…

—¿Necesitas que te lleve? —interrumpió.

¿Qué?

—¿Qué?

Mi desconcierto provocó que sonriera. Sentí mi cara arder de vergüenza.

—Que si necesitas que te lleve —repitió con paciencia.

—Pero ¿por qué?

Mi incredulidad le pareció graciosa porque esta vez se rio.

—Ibas tras un taxi, yo iba contestando un mensaje, no nos vimos y chocamos. Prácticamente lo perdiste por mi descuido. Es lo menos que puedo hacer para enmendar mi error.

Alzó sus cejas, sus ojos tenían un brillo peculiar. Parecía esperanzado en que aceptara su ofrecimiento. Era muy atractivo. Me di cuenta de que me estaba perdiendo en su rostro. Sacudí mi cabeza enseguida.

—No te preocupes, además, yo derramé tu café y creo que te quemé también. Qué pena que todavía te exigiera que me llevaras.

—Vamos, te prometo que no soy alguien raro —dijo entre risas—. No te voy a acosar por la vida tampoco, solo no quiero quedarme con la culpa de que por mí no llegaste a donde ibas.

Decir que era guapo era quedarse corto, pero siendo racional, no tenía idea de quién era ni porqué era tan amable conmigo. Debería darme miedo.

Repito: *debería*.

Pero de alguna forma me inspiraba confianza.

Se podría decir que esto significa que conociste al amor de tu vida. Al instante me sacudí el pensamiento, *¿cómo se me ocurrían estas cosas?* Tenía que dejar de leer novelas de romance, ya me estaban afectando.

—Faltan cinco minutos para las ocho. Es la hora de la locura en esta zona, no creo que consigas una forma de llegar rápido si no nos vamos en este momento.

Apreté la boca sopesando mis opciones.

—¿Qué dices? ¿Te llevo? —insistió sin parpadear.

Era muy extraño. Por lo general, si alguien no parpadeaba lo veía raro. Pero este chico era un sueño a la vista. Sus ojos eran grandes, la forma en que alzaba sus cejas lo hacían ver tan tierno. No debería aceptar su oferta, que fuera lindo no era razón suficiente para dejar que me llevara.

—De acuerdo. Si eso te hace sentir mejor, está bien.

¿Qué me pasaba? ¿Cómo me atrevía? Parecía novata.

—Bien, vamos. Este es mi auto —señaló un sedan azul marino. Caballerosamente me abrió la puerta y me subí. Era bastante cómodo. Rápidamente le dio la vuelta al auto y encendió el motor. —¿A dónde te llevo?

Me puse nerviosa, no podía decirle dónde trabajaba. Aunque dijera que no era un acosador, prefería mantener mis datos personales alejados de desconocidos.

—A la avenida tercera y calle cuarenta y cuatro, por favor —contesté en automático.

Enfoqué mi vista al frente. No quería verlo, o empezaría a conversar con él y soltar información.

—¿Qué es ahí?

—Es la cafetería Little Collins. Quedé de verme con alguien ahí.

Si algo había aprendido viviendo sola, era a no compartir información personal con desconocidos. La cafetería quedaba a dos cuadras de la oficina; me quedaría ahí un rato hasta que él se fuera. Por muy guapo que fuera, debía ser precavida, y a veces, mentir era la mejor opción.

—Creo que sé cuál es, vamos, no queremos que llegues tarde. Por cierto, soy Theo —dijo mientras empezaba a incorporarse al tráfico.

—Evelyn, mucho gusto —dije tímida.

—Qué bonito nombre. ¿Te molesta si pongo música, Evelyn?

—No, claro que no, adelante, es tu auto.

Rápidamente encendió la radio y emprendimos el viaje. Durante el camino, no hizo preguntas, se enfocó en conducir y tararear en voz baja una que otra canción. Lo miré de reojo, se veía tan contento. *¿Quién iba contento al trabajo un lunes por la mañana? No es que odiara mi trabajo, lo amaba, aunque era muy estresante... no estés divagando, Evelyn,* pensé para mis adentros.

Lo estaba escaneando con la mirada cuando en eso volteó a verme y me sonrió. No pude evitar sonrojarme y sentirme un tanto nerviosa; pero no de miedo, sino de esas cosquillas que sientes en el estómago cuando sales con alguien. Quería deshacerme de la sensación, porque no era propio de mí estar fijándome en cualquiera que se me cruzara.

Unos minutos después, llegamos a Little Collins.

—Lamento la tardanza —se disculpó, mientras se estacionaba frente al café.

—Al contrario, gracias por traerme, seguro te desvié de tu trayecto —comenté, a manera de disculpa.

—No del todo, vengo también por la zona.

Es el destino, pensé. Me bajé de inmediato del auto, iba a cerrar la puerta pero no podía irme sin agradecerle.

—Muchas gracias, de verdad me salvaste.

—El gusto es mío, que tengas un buen día.

Sonreí mientras cerraba la puerta. Me despedí con gesto de la mano y él se fue. Pronto el auto se mezcló con el tráfico y lo perdí de vista.

—¿Y ese quién era?

La voz de Harper me sobresaltó. Me llevé la mano al corazón.

—¡Me asustaste! Creí que estabas preparando todo para la junta.

—Y yo creí que llegarías directo a la oficina —contestó de inmediato.

Puse los ojos en blanco.

—Está todo preparado, y como aún había tiempo, decidí comprarte un café para que le bajes a tu estrés —dijo, acercando hacia mí un vaso enorme del bendito elixir.

—Gracias.

Lo tomé sin dudar, no iba a rechazar un buen café. Iba a dar el primer sorbo y pensé en Theo. Apreté los ojos al percatarme que, a donde sea que fuera, lo iban a cuestionar por su camisa manchada.

—¿Tomaste transporte privado? O ¿Al fin bajaste una *app*?

—No te burles, me trajo alguien —contesté, un poco fastidiada.

—¿Quién? —cuestionó llena de intriga.

—Nadie importante. Alguien que impidió por error que alcanzara un taxi y terminó por traerme a modo de disculpa.

—¿Le diste tu número? —preguntó interesada.

—Claro que no —entorné los ojos al tiempo que bebía café.

—¿Te dio el suyo? —alzó una ceja.

—Tampoco —contesté, negando con la cabeza.

Se encogió de hombros.

—Vaya, entonces sí existe la gente amable sin intereses ocultos.

Resoplé.

—Como sea, será mejor irnos. Se hace tarde.

Caminamos de prisa a la editorial, un par de cuadras más adelante. Enseguida subimos al quinto piso. Saludé a todos los que me encontraba en el camino sin dejar de avanzar hasta mi oficina.

Tras dejar mis pertenencias, tomé mi agenda, la *tablet* y me apresuré a la sala de juntas, cuando sentí que Nate emparejó el paso conmigo.

—Buenos días, ¿te dijo Harper lo de mi amigo?

—Sí, gracias, de verdad, nos has salvado —contesté aliviada.

Sonrió.

—No sé si sea lo que Enzo busca, pero al menos tener sus bocetos nos compra algo de tiempo

para seguir buscando.

—Completamente de acuerdo.

Entramos a la sala de juntas y Enzo ya estaba charlando con el señor Wells, el dueño de Insight Books. Me dio un micro infarto. Wells era bastante estricto con el trabajo, lo cual era entendible, pero si se trataba de Enzo, esperaba perfección. Tenerlos a los dos esta mañana, casi de improviso, me estresaba demasiado.

—¡Evelyn! ¡Qué gusto ver a mi editora favorita! —exclamó, poniéndose de pie y estirando los brazos para abrazarme.

Le sonreí y me acerqué para devolverle el gesto. Él era como un abuelo para todos, pero uno muy estricto.

—Buenos días —saludé—. ¿Recibiste mis últimas anotaciones?

—Sí, ya hice algunos cambios —contestó Enzo, volviendo a sentarse—. Los envié a tu correo electrónico esta madrugada.

—Excelente —dije, tomando asiento—. Terminando nuestra junta los reviso, creo que ya estamos muy cerca de la versión final.

Sonrió satisfecho.

—¿Y ya encontraron a un ilustrador para la edición de aniversario?

Los presentes intercambiaron miradas nerviosas, excepto yo. Por más dudas que tuviera, sabía disimular para mantener la cordura del resto. Tantos años en la industria, ciertas experiencias… y el jefe que tenía, me habían enseñado a controlar cada gesto. *Habla con seguridad, Evy, recuerda, finge hasta lograrlo,* me dije a mí misma.

—Sí —contesté.

Nate casi me asesina con la mirada.

—Tiene mucho potencial. Si mal no recuerdo, Nate lo descubrió y nos trae bocetos para que le des el visto bueno. Si resulta ser lo que buscas, se quedará con un puesto fijo en la editorial.

El señor Wells sonrió al escucharme. Estaba totalmente consciente de que si le brindaba soluciones me apoyaría. Muy frecuente me jugaba mi puesto fingiendo tener la solución a todo, y hasta ahora me había funcionado.

—¿Qué acabas de decir? —susurró Nate entre dientes al sentarse junto a mí.

—Silencio, yo lo resuelvo. —Le contesté sin modificar mi gesto. Tenía dominada mi *poker face*.

Me acomodé el cabello y mantuve mi postura lo más profesional posible.

—Me parece formidable —dijo Enzo.

2

Evy - Butterfly

La conversación fue capitalizada por Enzo. Habló sobre la gira del primer libro de su saga actual, y cómo la gente de Saseol estaba planeando el lanzamiento de su próxima novela. A pesar de que era una diva, era un autor de primera. A sus casi setenta años, tenía una trayectoria impecable y envidiable por toda la industria. No se podía encasillar su trabajo; manejaba distintos géneros como si fuera lo más sencillo del mundo. Los últimos tres años, su enfoque había sido la ciencia ficción; por eso, nosotros trabajábamos más cerca de él, pues era la especialidad de Loop Books.

—Ya llegó, vengo enseguida —exclamó Nate, sacándome de mis pensamientos.

Respiré hondo, esperaba que su conocido fuera lo suficientemente decente para el trabajo. No era mentira que nos hacía falta un diseñador. El equipo tradicionalmente tenía tres, y era dirigido por Harper. Pero el último año, las tres vacantes se habían desocupado cada pocas semanas porque, simplemente, no encajaban con nuestra forma de trabajo. Las generaciones más jóvenes tenían una idea bastante errónea de la forma en trabajábamos. Los diseñadores "consagrados" tenían empleos estables, así que se volvió complicado sobrellevar esa área, nos la vivíamos con diseñadores por proyecto. Harper estaba tan frustrada de no poder dirigir un área de diseño consistente que me había pedido ayuda para encontrar al menos un diseñador estable.

Escuché la puerta abrirse y vi a Nate entrar apresurado con una *tablet* en mano.

—¿Y dónde está la joven promesa? —preguntó el señor Wells, apenas lo vio.

Fulminé a Nate con la mirada mientras se acercaba a Enzo con absoluta calma.

—Oh, está en el baño —comentó—. Me dejó su *tablet* para que empezaran a ver los bocetos. Tuvo un pequeño incidente pero vuelve en un minuto.

Enzo alzó una ceja y frunció la boca. Esto hizo que empezara a ponerme realmente nerviosa, *¿acaso eso sería motivo suficiente para que rechazara a otro diseñador?*

Nate le mostró los bocetos. Me deslicé al borde de mi silla discretamente para alcanzar a ver algo, pero por más que intenté, no pude ver nada.

—Esto no es lo que esperaba —dijo Enzo, moviendo su cabeza lentamente en señal de negación, mientras pasaba imagen tras otra con cierto desdén.

No pude interpretar su expresión. Mi corazón empezó a latir demasiado rápido para mi gusto. Si esto no le gustaba, me daría un verdadero infarto, estábamos contra reloj.

—¿Por qué no? —pregunté dubitativa, aunque intentando mantener el temple.

—Esto es más de lo que quería —exclamó—. ¡Necesito que este chico se encargue de mis proyectos!

Sentí un alivio instantáneo al escuchar su comentario, pero mantuve la postura. Sonreí triunfante y le guiñé un ojo a Nate, quien se veía realmente emocionado.

—Ve por el chico, entonces —dijo el señor Wells con impaciencia.

Nate asintió y salió de la sala de conferencias. A los pocos segundos regresó con el diseñador. Solo los escuché al entrar porque mi asiento estaba de espaldas a la puerta.

—¡Con que aquí está el artista! —exclamó Enzo emocionado.

Yo solté una risa baja, negando con la cabeza mientras revisaba mi agenda en mi teléfono. Si esto ya estaba resuelto, podría relajarme y cancelar las dos entrevistas que tenía con potenciales diseñadores.

—Así es. Les presento a Theo Haven —dijo Nate.

Fruncí el ceño. El nombre resonó en mi memoria. *Theo, Theo, Theo... ¿dónde había escuchado ese nombre?*

—Buenos días, gracias por recibirme.

Apenas escuché la voz, el corazón se me paralizó. Lentamente, subí la mirada para encontrarme con el hombre al que le había derramado el café esa mañana. Me quedé boquiabierta.

—¿Qué pasa? —me preguntó Nate al ver mi turbación.

—Pareciera que no lo conoces —bromeó Enzo.

No supe cómo reaccionar, *¿qué sonaba lógico? Piensa, ¡piensa!*

—No le tome importancia —comentó Theo—. Lo que pasa es que no suelo vestir formal y, está extrañada de verme así —puntualizó, provocando que todos se rieran.

Me reí por compromiso y relajé un poco mi postura.

—Bien, pues no tengo nada que objetar. ¡Tu trabajo es impecable! Y eso que ni siquiera tiene color —dijo Enzo con la satisfacción pintada en su rostro.

—Digamos que me gusta ponerle atención al detalle desde el bosquejo —explicó Theo, amablemente. —Además, las descripciones del libro son lo bastante completas, no hay manera de perderse en lo que debo plasmar.

—Evelyn, no lo dejes ir, me gusta como piensa —acotó el señor Wells.

—Claro, señor —respondí con un leve asentimiento de cabeza, dejándole saber que seguiría sus órdenes.

Theo frunció el ceño, paseó la mirada entre Nate y yo. Tan solo rogaba que no fuera a decir algo imprudente.

Tras revisar los bocetos, y que el señor Wells aprobara la contratación, él y Enzo salieron de la sala.

—¡Esto es increíble, viejo! Nos has salvado, te debo la vida —exclamó Nate, se acercó a él y le propinó una palmada en la espalda.

—No exageres —rio—. Además, no iba a perder oportunidad de ilustrar una edición como esta, sobre todo si es para Enzo.

Su voz era amable, y no pude dejar de observarlo.

—¿Todo bien? —me preguntó Nate al ver mi cara de embeleso.

Al escuchar la pregunta, moví rápidamente la cabeza, alejando los pensamientos, aclaré la garganta y me puse de pie.

—Evelyn —exclamó Theo sonriendo.

—¿Se conocen? —preguntó Nate, dirigiendo la mirada de uno al otro, esperando una respuesta.

—Algo así —contesté sonriendo.

—¿Cómo? —insistió.

—Fue esta mañana —respondió Theo—. Me atravesé en su camino y por eso llevo mi camisa llena de café.

—¿Te tiró el café encima? —inquirió abriendo los ojos y levantando las cejas, claramente sorprendido.

—¡Fue un accidente! —acoté ofendida de que me culpara, sobre todo porque él no estuvo ahí.

Theo seguía con la mirada encima de mí; me estaba cohibiendo, pero no podía dejar que se diera cuenta.

—No tiene importancia, de verdad —dijo Theo con tranquilidad.

—Pues, ¡bienvenido a Loop! Te encantará trabajar aquí —exclamó Nate divertido, le dio unas palmadas en la espalda, logrando que perdiera el equilibrio un poco.

Los ojos de Theo se agrandaron por la sorpresa. Dio un paso atrás, algo confundido por lo que su amigo acababa de decir.

—¿Qué dices? —inquirió, arrugando el entrecejo, extrañado— ¿Qué esto no era una comisión?

—¿Comisión? —repetí viendo a mi compañero de trabajo—. ¿No le explicaste?

Obviamente no lo hizo, porque nunca se lo dije, pensé para mis adentros. Hasta esta mañana no sabía que su amigo vendría a salvarnos con sus dibujos. Sin embargo, echarle la culpa a Nate parecía más sencillo que admitir que estaba improvisando.

—No, no, no, no me eches la culpa a mí —exclamó Nate, levantando las manos—. Yo te dije que conocía a alguien que podría ilustrar la edición de Enzo para salvarnos el pellejo, no que iba a cubrir la vacante de diseñador de forma permanente.

—Creí que sería obvio, pero ya veo que no —dije con desdén.

—Explíquense porque ya no entendí nada —exigió Theo.

Aunque debería estar enfadado, se veía entre confundido y divertido con la situación. Se cruzó de brazos, observándonos a los dos.

—Yo ya hice mi parte. Los detalles no son de mi incumbencia —comentó Nate, dirigiéndose a la salida.

Incrédula, lo seguí con la mirada *¿me iba a dejar sola con él?*

—Además —acotó—. Me están esperando en la oficina así que, adiós.

Salió sin decir nada más. *¿Ahora qué? Le había prometido a mi jefe que este diseñador se quedaría y él ni enterado estaba. Tenía que convencerlo, de otra forma esa edición especial no se lograría. Y lo peor, tendría que hacerlo yo sola.*

—¿Y bien? —preguntó intrigado.

Volví la mirada hacia él, sonriendo con nerviosismo.

—Qué pequeño es el mundo, ¿cierto? —pregunté por iniciar la conversación.

No era la primera vez que tenía que convencer a alguien de algo. La persuasión era una herramienta muy recurrente en mi trabajo como jefa, pero por alguna razón, Theo me ponía a dudar de mis capacidades. *¿Era su mirada? ¿O estaba influyendo lo que había pasado al conocernos?*

—Sí, sí, muy pequeño —dijo sin darle importancia al comentario—. Pero ahora, ¿quieres explicarme eso de que estoy contratado?

Su mirada era desafiante y yo no estaba acostumbrada a eso. La que desafiaba era yo, no los demás. Evalué las formas en que podría abordar esto. De no ser porque Enzo lo quería como ilustrador, ya lo habría corrido por su forma de hablarme. Resoplé. Evalué mis opciones, ser franca era lo mejor. Me senté nuevamente en mi lugar.

—Toma asiento, por favor —dije, señalando la silla más cercana.

—No, así estoy bien —contestó con una sonrisa ladina, manteniendo la mirada fija.

¡Otra vez esa gana de llevarme la contraria! De verdad estaba en problemas. Cerré los ojos por un segundo, respiré hondo y lo miré directo a los ojos.

—Seré breve entonces —dije, empleando el mismo tono desafiante.

También podía jugar al mismo juego, y ganaría yo.

—Lo apreciaría —señaló sin parpadear, cruzándose de brazos.

Al hacerlo, noté que llevaba un anillo en forma de dragón en su dedo anular derecho. Fruncí el ceño, era increíblemente detallado. Un anillo plateado con bordes en negro. Se agachó para encontrarse con mi mirada, fue entonces que caí en cuenta de que me distraje. Parpadeé rápidamente, intentado centrarme de nuevo.

—Tenemos un año queriendo ocupar las vacantes de diseñador —dije, mirándolo a los ojos—. Enzo es uno de los autores más importantes que tenemos… para el otoño tenemos el lanzamiento de aniversario de su primera novela de ciencia ficción.

—El décimo aniversario —dijo Theo sin titubear.

Al parecer era un fan. Cerebrito, seguro. Alcé una ceja, molesta por la interrupción.

—Exacto. Como pudiste darte cuenta, es de gustos sumamente específicos. Hemos tenido varios encargados que no han logrado el estilo que él busca. Y, la última diseñadora que trabajó con él… —No había forma de decir esto sin que sonara mal— …tuvo un colapso por estrés. Enzo no es mala persona pero, suele ser…

—…una diva —completó él.

Parecía que me leía la mente. Idiota.

—Yo no lo pondría así —señalé intentando defender a Enzo.

—Yo sí —recalcó.

Lo miré enfadada. *¿Cómo se atrevía?*

—No le diré a nadie que opinas igual —añadió sonriendo.

Puse los ojos en blanco. Lo guapo no le quitaba lo pedante.

—Como sea. Para estas alturas ya deberíamos haber revelado la portada al público, pero ¡nada le gusta! He buscado ilustradores por todos lados… —El simple recuerdo de las últimas semanas me empezó a estresar y comencé a hablar más rápido—. Y cuando Nate se dio cuenta, nos comentó que tenía un amigo diseñador… la verdad, yo solo quería ganar un día más de tiempo para conseguir…

—Acepto —interrumpió.

¿Qué?

—¿Qué? —pregunté, echando ligeramente la cabeza hacia adelante, con el entrecejo fruncido, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar.

Mi incredulidad era notoria.

—Acepto el trabajo —confirmó, sonriendo con serenidad.

—Pero… todavía no te digo…

—Diseñador gráfico, ilustrador, ¿no? Es mi formación académica, tengo el tiempo para hacerlo,

no me vendría mal un trabajo formal —comentó, con un ligero encogimiento de hombros—. Nate me pidió ayuda para ganar tiempo, me explicó el proyecto y me puse a trabajar en ello. A sabiendas de que no me contratarían, aunque fuera una fachada para ustedes, di lo mejor de mí, para que fuera realista el hecho de que me habían considerado.

Me sentí mal por lo que dijo, si a Enzo no le hubiera gustado tan solo lo habíamos hecho perder su tiempo.

—Pero la vida al parecer da muchas sorpresas —añadió con una gran sonrisa, suspiró—. Me quedo con el empleo, si no se oponen a que pueda trabajar como independiente en mi tiempo libre no tengo problema.

—¿En serio lo harías? —pregunté incrédula.

Tenía tanto tiempo entrevistando gente que renunciaba al poco tiempo que no podía creer que todo se estuviera acomodando por fin.

—Sí.

Me emocioné tanto que lo abracé. No era propio de mí tener esa clase de gestos, actué por impulso. Enseguida me arrepentí y lo solté. Él se quedó tieso ante el abrazo.

—Gracias —contesté avergonzada al ver su reacción. Di dos pasos atrás para no invadir su espacio—. De verdad, te debo una —dije con mayor seriedad.

Soltó una risa nerviosa.

—¿Y dónde firmo?

—Cierto. Ah, espera, debo llamar a Recursos Humanos.

Me di la vuelta para ir por el encargado de las contrataciones.

—¿Me das tu número?

Me detuve en seco al escucharlo.

—¿Qué? —pregunté arrugando el entrecejo y viéndolo con recelo.

¿Por qué pensaría que esta era la ocasión perfecta para pedirme mi teléfono?

—Para enviarte mis datos —señaló, como si fuera obvio—. Tengo digitalizado mi currículum y mi portafolio… Supongo que los necesitas para mi expediente, ¿no?

—Ah, sí, claro. Préstame tu celular y lo guardo en tus contactos.

Sin chistar me dio su teléfono para que registrara mi número.

—Excelente, enseguida te envío todo —dijo, empezando a teclear en su teléfono con impresionante habilidad. Sus dedos eran rápidos.

—Gracias. Ahora, espera aquí. Iré a buscar a Recursos Humanos —le pedí, y salí corriendo hacia el ascensor. Presioné el botón varias veces, como si eso fuera a lograr que subiera más rápido. Apenas se abrieron las puertas y quise entrar, choqué con Harper.

—¿Qué tienes? ¿Por qué la prisa? —preguntó molesta.

—¡Ya tenemos diseñador!

—¿De verdad?

—Sí, el amigo de Nate superó las expectativas. Voy por Tony para que firme el contrato de una vez.

—Vaya, qué buena noticia, al fin Theo tendrá estabilidad.

El comentario me extrañó.

—¿Lo conoces? —inquirí, curiosa.

—Sí, es amigo de Nate desde la universidad.

—Bueno, al menos sabemos que es de confianza. Cuida por favor que no se vaya. Enseguida vuelvo.

—No corras, te juro que no se irá a ningún lado.

Finalmente, entré al ascensor para ir al tercer piso donde estaban las oficinas administrativas.

3

Evy - Good & Great

—Evy ¡No corras! Te vas a lastimar —gritó la secretaria del señor Wells.

—Perdóname, es que no puedo perder tiempo.

—Niña, tienes más tiempo que otra cosa, aún eres joven —su voz cambió de enojo a ternura en un segundo. Era como una madre para todos en la editorial.

—Me refiero a que llevo algo de prisa, ¿Sabes si Tony de Recursos Humanos ya llegó?

—Sí, hace rato —dijo, señalando la puerta con la cabeza.

—Perfecto, necesito que me tenga listo el contrato para el diseñador nuevo.

—¿Consiguieron al ilustrador para Enzo? —preguntó incrédula, mirándome por encima de sus lentes—. Porque el señor Wells pidió hace días que prepararan un contrato temporal.

—Sí es para el proyecto de Enzo, pero ¿adivina qué? —dije, dando pequeños saltos de emoción— ¡Se quedará a tiempo completo! Te reenvío por mensaje los datos.

Saqué mi teléfono y vi dos mensajes de Theo: el currículum y el portafolio. Los reenvié directo a su correo.

—Ojalá este sea el definitivo —murmuró, aplaudiendo de emoción—. Debo preguntar si…

—Espera un momento, Georgina —interrumpió el señor Wells, quien se acercaba por el pasillo.

Hablando del rey de Roma. Ambas nos quedamos mirándolo a la expectativa.

—Evelyn, ¿puedes pasar a mi oficina, por favor? —me pidió mi jefe, entrando a su despacho.

—Claro, señor.

Lo seguí, mientras Georgina volvía a su lugar. Cerré la puerta. El corazón me latía a mil por hora, pero no podía dejar que viera que estaba nerviosa.

—Hablé con Nate sobre el chico que llegó esta mañana.

—Theo Haven —aclaré.

Odiaba que no pusiera atención a los nombres de las personas. Siempre hacía menos a los desconocidos.

—Ese mismo —acotó—. Me dio la impresión de que no tenía idea de que le ofreceríamos el puesto permanente.

Mierda.

—Oh…

—Creo que ni Nate estaba enterado —dijo con tono acusativo—. Cuando le pregunté se puso nervioso y se anduvo con rodeos.

Se sentó detrás de su escritorio, tomó una pluma y empezó a firmar unos documentos que tenía

frente a él. Me quedé de pie, tratando de inventar una excusa convincente.

—Bueno es que…

—Tú sabes que no me gusta contratar a *artistas independientes.* —Ni siquiera me miró. Siguió ocupado en sus documentos—. Si no dije nada fue porque a Enzo le gustó su trabajo, y a estas alturas no puedo estar en contra —puntualizó—. Sé que tienes muchas semanas tratando de encontrar a alguien que pueda estar a la altura de sus exigencias. Como sea que lo hayan conseguido, respetaré tu decisión —aseveró, levantó la mirada y me señaló con su pluma—. Confío en ti. Eres muy lista, y por eso has llegado a donde estás. Asumo que conoces bastante bien al chico; de otra forma, dudo que hubieras siquiera sugerido que Enzo viera su trabajo sin conocerlo.

Oh, no, esto no pinta nada bien, pensé.

—Hay algo en él que no termina de agradarme —continuó, con mirada severa—. Pero, ¿qué se yo? Ya estoy viejo, incluso mi esposa me dice que no los atormente —masculló, volvió su atención a sus papeles, y empezó a escribir algo en uno de ellos—. No quiero sorpresas. Si ese chico logra sacar bien el trabajo de esta edición especial y no da problemas, que se quede.

Menos mal, su esposa, la señora Sara, lo mantenía a raya.

—Agradezco la confianza. Le prometo no volver a fallarle —aseguré con tono neutro.

—Deja eso atrás —sentenció—. Ya pasaron años, eras una novata. Todos hemos cometido errores. Algunos más graves, créeme.

Se me hizo un nudo en la garganta tan solo de pensarlo.

—Recuerda, uno aprende de esas experiencias —proclamó—. Y bueno, además de externar eso. Debo informarte a ti primero que voy a darles un poco más de espacio.

¿Espacio?

—¿Cómo? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Estamos por iniciar una nueva editorial del grupo Insight. Sara quiere que dependa de nosotros, dedicada enteramente al género de romance, incluyendo todos sus subgéneros, ya que el mercado ha crecido bastante. Así que Insight pasaría esos clientes para allá. Voy a ayudarle con el arranque, por lo que mis visitas a Loop serán más espaciadas, pero no por eso dejaré de estar al pendiente.

—No se preocupe, usted sabe que puedo hacerme cargo —aseguré confiada.

—Lo sé, por eso le dije a Sara que la ayudaría, sé que se las pueden arreglar sin mí —señaló. Dejó la pluma y se apoyó en su escritorio, mirándome con severidad.

—Cualquier cosa en la que pueda ayudar, sabe que puede contar conmigo —manifesté, intentando mantener intacto mi talante.

Moría de nervios por estar en la oficina de mi jefe, pero tenía que brindarle la seguridad de que todo estaría bajo control. Sobre todo después de lo sucedido años atrás. Ese "error" que cometí y que pudo haber terminado con mi carrera y la de otras personas.

—Te lo agradezco —dijo, comprensivo—. De hecho, Sara quiere involucrarte en el proyecto más adelante. No sé cómo exactamente, porque no me quiso decir, pero pronto escucharás de ella.

—Claro, estaré esperando su llamada —afirmé con la cabeza.

—Ahora vete, antes de que ese chico se escape sin firmar el contrato —dijo haciendo gesto con la mano.

Otra de las cosas que no me gustaba que hiciera pero ¿qué iba a hacerle? Era mi jefe. Tan solo me quedaba tolerar.

—Claro, con su permiso.

Al salir de la oficina, me topé con Georgina que estaba apoyada en la entrada. Ambas nos sobresaltamos al encontrarnos. Cerré cuidadosamente la puerta tras de mí.

—¿Estabas espiando? —le pregunté, a sabiendas de que era justo lo que hacía.

—No, claro que no —mintió con descaro— ¿Te regañó? ¿Qué dijo?

—No —reí—. Quería aclarar unas cosas de la junta de hace rato, nada relevante —aseguré, restándole importancia— ¿Sabes si Tony tiene listo el contrato?

—Debe estar por terminarlo. Sube a la sala de juntas —propuso.

—Gracias. Nos vemos más tarde.

De regreso a la sala, vi a Theo a través de la puerta de vidrio, quien conversaba animadamente con Nate, ambos parecían cómodos, todo marchaba bien.

Justo cuando iba a entrar, escuché que alguien me llamó.

—¡Jefa Evelyn! —gritó uno de nuestros editores más jóvenes desde el otro extremo de la oficina, caminando hacia mí.

—Buen día, Cody. ¿Qué sucede? —pregunté amablemente.

—Disculpe ¿está muy ocupada? Tengo un problema con un manuscrito y requiero su asesoría.

—¿Podríamos verlo más tarde?

—Lo que pasa es que la autora viene en una hora, y quisiera que me aconseje sobre unas notas que hice. Según yo están bien pero, hablando con Sophie, me dice que soy muy agresivo en mi forma de retroalimentación. No sé si fue broma o realmente puede ser un problema, no quiero ofender a nadie…

—Tranquilo, te ayudo. Dame un segundo para dar un aviso aquí y voy a tu oficina.

—Gracias, jefa Evelyn.

—Basta, no me digas jefa, ya sabes que puedes llamarme Evy.

—Lo siento, jefa Evy.

Me reí mientras lo veía alejarse a toda prisa. *Cody aún era muy inseguro. El síndrome del impostor sí que hacía de las suyas en todos lados.*

Abrí la puerta de la sala de juntas para asomarme.

—Disculpen la interrupción. Tony, de Recursos Humanos, ya viene para acá con el contrato.

—Gracias —dijo Theo con la mirada firme en mí.

Me ponía nerviosa que me viera de esa forma.

—¿No te quedarás? —preguntó Nate, arrugando el entrecejo.

—Era mi intención —confesé—. Pero surgió un problemita que debo atender.

—¿Con Enzo? —insistió, usando un tono de duda, lo que provocó que riéramos los tres.

—Cody —aclaré—. Tiene su primera reunión con Tessa Murphy y voy a darle el visto bueno a lo que preparó para que no eche a perder nada.

—De acuerdo, nos vemos —dijo Nate.

Theo se mantuvo mirándonos con intriga, y sonriendo divertido. No dije nada más, me despedí con un gesto de la mano para ayudar al novato.

Afortunadamente, todo estaba en orden con sus notas y con lo que había preparado. Al parecer, Sophie, otra de las editoras con un poco más de experiencia, estaba bromeando. Yo sabía que entre ellos había algo, ambos eran de la misma edad, y los había atrapado echándose miraditas. Me daba una ternura, porque estaban en esa etapa en la que los dos niegan sentirse atraídos, pero su lenguaje

corporal los delataba. Todos en la oficina sabíamos que terminarían juntos algún día.

Tras revisar las anotaciones, le sugerí en qué aspectos debía ser más específico, cómo expresar sus ideas para evitar malos entendidos y otros detalles para que su junta fuera más fluida. Inmediatamente empezó a tomar nota de todo.

—Está bien que apuntes mis sugerencias, pero, por favor, no saques esa libreta cuando estés con ella —dije entre risas.

—No, no, claro que no, es futura referencia —dijo, sin dejar de anotar.

—De acuerdo. Ahora, mírame —le pedí.

Cody enderezó su postura, notablemente nervioso.

—Respira hondo, todo va a salir bien. Si sientes que estás perdiendo el control, me llamas, estaré en mi oficina —insté viéndolo a los ojos.

—Muchas gracias, jefa Evelyn.

—La sala de juntas ya debe estar libre; le diré a Georgina que, en cuanto llegue Tessa, la lleve para allá —agregué.

—Bien, mientras… voy a preparar la computadora y el proyector.

—Excelente. Enviaré a Sophie a que te ayude a acomodar todo.

Me puse de pie para salir de su oficina. Pude notar que se puso nervioso cuando la mencioné. Quería sonreír pero me resistí.

—Ss…sí, sí. Gracias —siseó todo nervioso.

Salí en busca de la susodicha. No tardé en localizarla, estaba con Harper viendo unos diseños de portada para otro proyecto.

—¡Sophie, qué bueno que te encuentro! —exclamé, sonriente.

—Dígame, jefa Evelyn, ¿en qué la puedo ayudar?

—Ustedes y su "jefa Evelyn" —se burló Harper—. No muerde, lo juro. No tienen porqué temer.

Sophie se sonrojó.

—No le hagas caso —dije, quitándole importancia al comentario—. En fin, quería pedirte de favor que ayudes a Cody a arreglar la sala de juntas.

—¿Yyy… yo? —preguntó incrédula.

Harper se aguantó la risa y yo fingí no enterarme.

—Sí —afirmé con seriedad—. Tiene la primera reunión con Tessa Murphy y está un poco nervioso. Solo verifica que no le falte nada, no es necesario que te quedes todo el rato.

—Y asegúrate de que no les falten botellas de agua —agregó Harper burlona, poniéndola nerviosa—. No te preocupes. Voy a hacer los cambios que me pediste en la portada, cuando termine te busco para que lo veas antes de enviarlo.

—Bien, enseguida vuelvo —murmuró Sophie, mientras la veíamos alejarse.

—¿Por qué te aferras a que estén juntos? —preguntó Harper, cruzándose de brazos.

—No es que yo quiera —aseveré mientras veía a Sophie arreglar su cabello antes de dar vuelta al pasillo para la sala de juntas. Me crucé de brazos, ladeando levemente la cabeza—. Es obvio que se gustan, pero ninguno de los dos da el primer paso. Les brindo la oportunidad de que puedan hablar a solas, eso es todo.

—Pero es divertido verlos así —señaló con mirada traviesa—. Entre que se animan a decirse algo y no. Cualquier día de estos uno de los dos explota y confiesa.

—¿Así como tú y Nate? —me burlé.

—Nosotros ya estábamos más grandes —se defendió.

—Pero se conocen desde la preparatoria y no se decían nada.

—Cállate —dijo, propinándome un codazo y solté la risa.

De repente, escuchamos que alguien se acercaba.

—…en esta parte es donde están todas las oficinas de Loop Books, aquí se encuentran los editores, y al final del pasillo encuentras a Evy…

Me giré al escuchar mi nombre, y me fijé que era Nate dándole el tour a Theo.

—Nunca creí que aceptaría un trabajo corporativo —susurró Harper, mientras los seguía con la mirada.

—¿Eh? ¿Por qué? —pregunté, cruzándome de brazos.

—No sé, pero renunció a su empleo anterior para ser independiente, lleva unos años así…

Mi gesto cambió de curiosidad al miedo. Si era problemático me estaría metiendo en un gran lío con el señor Wells. Pero tampoco podría despedirlo, no cuando sufrí tanto en encontrar a alguien que cumpliera los estándares de Enzo, teníamos el tiempo encima.

—Mejoró mucho de manera independiente —continuó diciendo Harper—. No tengo idea de cómo lo convenció Nate de venir a la entrevista.

—No lo sé, pero Enzo lo amó desde que vio su trabajo. Theo dijo que era fácil saber qué ilustrar si las descripciones eran tan precisas. Me dio la impresión de que es fan y por eso aceptó —dije, tratando de convencerme a mí misma de que así era.

—O lo dijo por halagarlo, suele ser un adulador —se burló ella.

Me estaba poniendo los pelos de punta. Ahora tenía que agregar a mi lista de responsabilidades el tener que vigilarlo para que no entorpeciera el trabajo de años con nuestros autores.

—¡No puedo creerlo, Theo Haven! —exclamó Harper al verlos acercarse a nosotras—. ¿Cómo es que apenas me entero que aceptaste ser un esclavo del capitalismo?

—¡Hey! —reclamé, pelándole los ojos.

—No podía dejar que mis amigos sufrieran esta vida así sin mí —se regodeó Theo.

Me quedé boquiabierta. *¡El descaro!*

—Calma, Evelyn, es broma —se apresuró a aclarar Theo, al ver mi expresión de sorpresa ante su comentario—. Así me llevo con ellos, no te asustes. Te prometo que soy responsable y educado.

Nate y Harper se rieron, yo cerré la boca sin saber qué pensar.

—Espero que sí. Los dejo, tengo unas llamadas que hacer —comenté, mientras me alejaba sin decir nada más.

Tan solo pude escuchar que seguían conversando y riendo. Me sacudí todas las dudas que surgieron tras el comentario de mi amiga. Yo podía con esto. Si causaba problemas podría despedirlo y buscar a alguien más. Al menos, no tendría a mi jefe vigilando cada movimiento si estaba ocupado con el proyecto de su esposa.

Con eso en mente, entré a mi oficina y me ocupé en los asuntos que tenía pendientes.

4

Theo - Butterflies

Luego del tour por todo Loop, Nate me dejó en la que ahora sería mi nueva oficina. Me quedé solo, observando todo a mi alrededor. Era un espacio de buen tamaño, con ventana hacia la calle principal. Estaba bien equipada. Podía visualizarme trabajando aquí perfectamente.

Me senté detrás del escritorio, pensando en qué cosas podría traerme de casa para personalizar un poco más este lugar. Y entonces me di cuenta, que de ahí tenía una vista perfecta, aunque lejana, de la puerta de la oficina de Evelyn.

Suspiré. Esto que estaba haciendo era una locura. Me había prometido no volver a tener un empleo corporativo, y no porque fuera malo, sino que ya le había tomado el gusto a estar en casa. Ser independiente me daba la libertad de elegir a mis clientes, mis comisiones… podía disponer de mi tiempo para lo que se me antojara. Pero luego la conocí a ella.

En eso, la vi salir de su oficina, hablando por celular, con el ceño fruncido. Hablaba velozmente y leía algo de una carpeta. Sonreí al verla. Fue una locura aceptar el trabajo solo por ella, pero algo me decía que yo tenía que estar aquí, a pesar de todo.

Me tomó alrededor de una hora convencerme a mí mismo de que hacía lo correcto. Lo que tenía que hacer ahora era contarle a Alessia lo que había hecho.

Iba a llamarla desde mi celular pero preferí utilizar la línea de aquí para sorprenderla.

—*Alessia Haven, a sus órdenes* —contestó con voz profesional.

—Buenos días, señorita Haven. Le llamo de Loop Books —dije, modulando la voz, fingiendo ser otra persona.

—*¿Loop Books?* —La duda se hizo presente en su voz.

Ella trabajaba en la industria tecnológica, no editorial. No tenía sentido que la llamaran.

—*¿Es Brian Mackenzie?* —preguntó con una ilusión que desconocía en ella.

—Soy yo, Theo —dije fastidiado— ¿Quién es Brian Mackenzie?

Se rio con ganas.

—*Eres un tonto, sabía que eras tú; no sabes fingir la voz.*

—Bueno, ¿pero quién es Brian? —pregunté, celoso.

—*Nadie, me acabo de inventar el nombre* —aseguró— *¿Dónde estás? Creí que vendrías a desayunar.*

—Te dije que tenía la reunión de Nate en su trabajo —le recordé.

—*Por eso, ¿aún sigues en eso? Como que ya fue mucho rato, ¿no crees?*

—Ya terminó, hace como una hora.

—*¿Y cómo te fue? ¿Aceptaron tus bocetos?*

No le había dicho que iba por ayudar a mi amigo. Ella tenía la idea que de verdad estaba buscando trabajo. Si se enteraba, me daría una letanía sobre el porqué debería valorar más mi propio trabajo a pesar de ser independiente.

—Sobre eso quiero hablarte —dije, buscando cómo darle la noticia.

—*Ay, no, Theo, lo siento mucho* —dijo, fingiendo decepción.

Ella tampoco era buena actriz, pero la dejé hablar.

—*Seguro el tal Enzo es una diva que no sabe lo que quiere...*

—Sí, es una diva, pero te equivocas, sabe perfectamente lo que busca.

—*Lamento que no fueras eso.*

—Al contrario, soy lo que él buscaba —dije, haciendo una pausa para que reaccionara.

Un grito ahogado se hizo presente.

—Logré el trabajo.

—*¡Suena increíble! Felicidades, cabezón* —dijo con alegría genuina— *¿Y hasta cuando tienes para entregar el trabajo? ¿Se pusieron muy exigentes con los tiempos?*

—Justo de eso quiero hablarte. No es un trabajo temporal. Tras el éxito de la reunión me ofrecieron una vacante permanente en Loop.

—*¿QUÉ?* —gritó emocionada—. *Theo, no estés jugando, ¿de verdad un trabajo formal?*

—Sí, yo tampoco lo puedo creer —confesé. No me esperaba que se lo tomara tan bien—. ¿Hay algún problema con que acepte este trabajo?

—*¿Y por qué me pides permiso? Es tu vida, yo no puedo interferir.*

Me quedé callado, sopesando lo que dijo.

—*Me alegra mucho que te hayan ofrecido el puesto. Por nosotros no te preocupes, ya buscaremos la forma de acoplarnos. Me ayudaste en la época más difícil, cuando Arlo era un bebé. Tienes que seguir con tu vida, hermano mayor.*

Me vencía cada vez que me llamaba "hermano mayor".

—Gracias. Pues ya lo he aceptado. Empiezo mañana.

—*¡Tenemos que celebrarlo! Te invito a cenar, ¿te parece?*

—¿No estás ocupada hoy?

Su trabajo era bastante absorbente, pero lograba cumplir con todas sus obligaciones y hacerlo parecer pan comido.

—*No. La negociación se pospuso para dentro de dos días. El inversionista salió del país así que hoy puedo salir de la oficina temprano.*

—Me parece bien. Los veré en casa esta noche.

—*¿Cómo que en casa? Claro que no, vamos a cenar a un lugar bien* —dijo, ofendida.

—No es necesario.

—*¡Claro que lo es! Tienes que aprender a celebrar tus logros. Eres un gran artista y tal vez esta es la oportunidad que estabas esperando.*

También creía que era una oportunidad única, no solo hablando del ámbito laboral. Pero no podía comentarle eso a mi hermana.

—De acuerdo, pasaré por ustedes esta noche, y me dicen a dónde vamos a cenar.

—*Cuídate. Y felicidades por tu nuevo empleo.*

—Nos vemos.

Me dejé caer en la silla. Observé mi camisa manchada de café y sonreí. No estaba seguro de que lo pasaría a partir de ese momento, pero algo en mi corazón decía que esto era lo correcto. Tal vez esta era la forma del universo de decirme que podía avanzar en la vida, que tanto mi hermana como mi sobrino estarían bien, aunque yo no estuviera todo el tiempo con ellos.

Tomé aire y salí de la oficina para ir a Recursos Humanos. Me pidieron que fuera después del tour para tomarme la fotografía de mi credencial y dar otros datos. Al día siguiente tendrían listos mis accesos y mi dirección de correo electrónico corporativo.

Guardé mi *tablet* en la mochila y salí. Mientras caminaba hacia el ascensor vi a la gente trabajar, yendo de un lado a otro, teléfonos sonando… si bien no era mi ambiente, me causaba cierta emoción pertenecer a un lugar, después de casi seis años. Era un giro interesante.

Al subir al elevador, presioné el botón del segundo piso.

—¡Espera!

La voz de Evelyn me hizo reaccionar, de inmediato presioné el botón para abrir las puertas nuevamente. Venía corriendo, sonreía mientras trataba de alcanzar al ascensor. Cuando estaba por entrar, su sonrisa se borró al verme, y eso me dolió.

—Perdona, es que me esperan para una reunión en administrativo, ya voy tarde —comentó, apurada.

—Descuida, también voy para allá. Aún no termino mis trámites de novato —dije, riendo para alivianar el momento.

Ella sonrió forzadamente y se colocó cerca de la puerta, quedando de espaldas a mí. *¿Qué había pasado con ese momento de conexión que habíamos tenido por la mañana?*

—Quiero disculparme —dijo de la nada.

—¿Eh?

Se giró para verme.

—Por lo de esta mañana —aclaró—, no me imaginé ni en un millón de años que fueras a una entrevista, mucho menos que fueras el amigo de Nate. Debiste estar nervioso porque arruiné tu camisa —dijo, avergonzada.

—No te preocupes. Afortunadamente tú estabas ahí, supiste de primera mano lo sucedido —agregué con una sonrisa.

—Si necesitas que cubra la tintorería, avísame, por favor.

—No es necesario, pero gracias —dije, en un intento por calmar su insistencia.

El ascensor se detuvo en el piso de administrativo.

—Bien, nos vemos después —dijo, al tiempo que salía corriendo del elevador.

Suspiré. A pesar de la incertidumbre, y la ahora decepción por ver que ella me evitaba al verme en su entorno, seguía pensando que este era el lugar correcto para estar.

5

Evy - Why?

A los pocos días de la contratación, el señor Wells anunció a todos en Loop que se ausentaría de nuestra división por periodos más prolongados debido a un nuevo proyecto de la empresa. No ahondó en detalles que yo ya conocía. Todos lo tomaron bien; para ellos no representaba cambio alguno, solo para los departamentos administrativos y para mí, como jefa de Loop.

Las semanas transcurrieron con más tranquilidad de la que esperaba. Theo pareció adaptarse a nuestra forma de trabajo. No compartía mucho con él, después de todo el departamento de diseño no era directamente mi responsabilidad. Harper era la jefa de esa área, y ella me reportaba las cosas a mí, así que no tenía porqué cruzar palabra con sus subordinados.

Nunca bajé la guardia: empecé a realizar reuniones semanales con mis editores para supervisar avances; de vez en cuando, llamaba a los autores para darle seguimiento a sus obras; tenía llamadas y juntas con la gente de Saseol para supervisar las promociones de nuestros autores… Todo iba como debía… y eso me estresaba, porque para mí, eso solo podía significar que en cualquier momento estallaría un problema mayor.

En un abrir y cerrar de ojos, llegamos a Septiembre. Con el inicio de mes teníamos la junta para la aprobación de la portada de Enzo. Si todo salía bien, revelaríamos la portada a tiempo, y ahora sí, Theo se quedaría con el puesto de diseñador de manera indefinida. Preparó cuatro opciones, asegurando que hoy tendríamos ya definida la portada. También tenía la mitad de las ilustraciones interiores. Me sentí tranquila.

Enzo llegó a las doce del mediodía, con su característico bastón negro y lentes oscuros. Theo tenía razón, era una diva, pero también un genio increíble. Tras él, llegó el señor Wells. Apenas lo ví, el miedo apareció de inmediato. Todo tenía que salir perfecto, de otra manera estaría fallando de nuevo. Los guie a la sala de juntas porque primero abordaríamos cuestiones de difusión. Bajé a la entrada del edificio para esperar a quien lideraba el equipo que trabajaba con Enzo en publicidad.

—¡Evy! Qué gusto verte —exclamó Liv.

—Gracias por venir —saludé sonriente—. He tenido la intención de visitarlos pero estas semanas han sido una locura.

—No te preocupes, andamos por las mismas —dijo riendo.

—Vamos, ya están listos para empezar —comenté, guiándola hasta el ascensor.

—Enzo no ha dejado de presumir a su nuevo diseñador; ha generado mucha expectativa —mencionó mientras subíamos.

—No tienes idea de cuántos trabajaron con esta portada y los rechazaba de inmediato —mascullé, poniendo los ojos en blanco—. Estuve a punto de ofrecerme a hacerla yo, pero encontramos a alguien justo a tiempo.

—Menos mal. Por cierto, traigo ya toda una programación de los eventos para esta edición, así como ideas de publicaciones para redes sociales —comentó Liv, sacando sus notas—. No sé si se pueda hacer como un detrás de cámaras del proceso de creación.

—Seguro, podemos hablarlo en la reunión.

Empezamos los cuatro revisando la logística, tanto de la edición especial de aniversario, que estaba en puerta, como del lanzamiento de la segunda novela de la saga actual. Se hicieron cambios leves, pero todo fluyó bien.

—Si ya tenemos esto asentado, entonces lo siguiente importante, es elegir la portada —sugirió el señor Wells.

—Claro, iré por el diseñador. Enseguida regreso —comenté, llevándome la carpeta que tenía en mis manos y salí a buscarlo.

No estaba en su lugar. Era extraño; por lo general, no salía de ahí más que para comer. Pasé oficina por oficina; no me llevó tanto tiempo, porque las puertas eran de vidrio, así que podía ver fácilmente al interior. Aún así, no estaba en ningún lado. Me topé a Nate en el camino.

—¿Qué tal va la junta? ¿Ya eligieron portada?

—No, todavía. De hecho, estoy buscando a Theo ¿lo has visto? —pregunté, volteando a todos lados, tratando de encontrarlo.

—No. Creí que estaba con ustedes —respondió, con ceño fruncido.

—Iniciamos la reunión para tratar otros asuntos —dije, empezando a impacientarme—. Él ya sabía que lo buscaría, pero ¡no lo encuentro!

—¿Probaste llamarlo? —sugirió burlón.

Estaba tan estresada que no se me ocurrió.

—Tienes razón, tengo la cabeza en otro lado —dije, sacando el teléfono para marcarle, pero no contestó—. No puede ser, ¿en dónde está? —murmuré, mientras seguía intentando localizarlo.

—¿Qué sucede? —preguntó Harper acercándose a nosotros, venía comiendo galletas.

—No encuentro a Theo y lo están esperando —dije, mientras tecleaba un mensaje con furia.

—Lo vi salir hace rato, iba algo apurado —mencionó, encogiéndose de hombros.

¿Salió? ¿A dónde? ¿Por qué? Éstas y muchas otras dudas llenaron mi cabeza.

—¡¿QUE QUÉ?! —grité enfadada.

—Sí, creí que su junta había terminado porque solo me dijo que volvería rápido —agregó Harper.

—No, no. ¡Él sabe lo importante que es esto! ¡No puede irse así como así!

Empecé a dar vueltas desesperada. *¿Qué diablos iba a hacer ahora? ¿De dónde sacaba otro maldito diseñador? ¿Qué le diría a Enzo y a mi jefe? Prometí tener todo en orden y el idiota de Theo se había largado*.

—Tranquila, lo llamaré —dijo Nate con tiento, como si me leyera la mente.

—A ver, Evy, mírame —exigió Harper, tal cual hacía yo con ella. Apoyó sus manos en mis hombros, mirándome a los ojos—. Respira. Inhala, exhala… otra vez… inhala, exhala… seguro no tarda.

Obedecí, los latidos desaceleraron un poco, pero no del todo.

—¿Theo? —exclamó Nate al teléfono.

Lo miré esperando respuestas.

—¿Dónde? …La junta ya empezó… sí, te están esperando… de acuerdo, yo le aviso… claro.

—¿Qué te dijo? ¿Dónde está? —pregunté desesperada.

—Descuida, tuvo un asunto personal que atender y salió…

¿Acaso se mandaba solo? ¿En qué cabeza cabe que se puede ir uno así como así?

—¡Vaya! —exclamé, llevándome ambas manos a la frente, casi me quería arrancar el cabello— ¡Un asunto personal! ¡no sabía que aquí todos salen cuando se les da la gana! —espeté enfadada.

—Tranquila, ya viene entrando al edificio, era algo que sabía que podía arreglar rápido —dijo Nate.

—Seguro algún berrinche de una novia —murmuró Harper, casi inaudible.

Volteé a verla con incredulidad. Sus comentarios no ayudaban en nada.

—¡No puede hacerme esto! ¡Es la junta más importante y el muy imbécil se larga! —bufé casi a gritos, sintiendo cómo me empezó a punzar la cabeza del estrés.

—No mencionó qué pasó exactamente, pero lo importante es que ya volvió —dijo Nate, tratando de calmarme—. Evy, ve a la sala de juntas, entreténlos dos minutos en lo que sube Theo.

—De acuerdo, de acuerdo —dije, abanicándome con la carpeta que llevaba— ¡Pero se las verá conmigo por esto! —sentencié, apuntándolo con el dedo índice.

No les di oportunidad de replicar. Caminé enfadada de regreso a la sala de reuniones. Todos se quedaron en silencio; solo escuchaba mis tacones resonar contra el suelo. Antes de entrar, respiré hondo y me obligué a sonreír. Fingiría que todo estaba en orden. Esperaba que el "bendito diseñador" no tardara.

—¿Y Theo? —preguntó Enzo, frunciendo el entrecejo.

Lo mismo quisiera saber ¿dónde diablos se metió?, pensé para mis adentros.

—Ya viene, tuvo un problema con los archivos, pero ya los está pasando a la *tablet* para que los veas —contesté, con voz profesional, sin expresar ninguna emoción.

Se quedó serio, igual que mi jefe.

—Me gusta esto de generar expectativa —dijo Liv, tratando de suavizar el momento.

Le sonreí en agradecimiento.

—Valdrá la pena, lo prometo —argumenté, aún sabiendo que mi comentario era arriesgado. Esta vez sí había visto sus trabajos. Eran muy buenos, muy del estilo que se buscaba, pero ahora le tocaba a él elegir uno.

En eso llamaron a la puerta. Theo saludó sonriente a través del vidrio. Lo fulminé con la mirada cuando abrí para que entrara.

—¡Qué bueno que arreglaste lo de los archivos! —exclamé con cierto desdén, camuflado de sorpresa.

—Oh, sí, descuida, estaban almacenados con distinto nombre, pero se resolvió —dijo sonriente mientras entraba—. Buenas tardes, disculpen la tardanza.

Al menos me siguió el juego.

—No hay problema, toma asiento, dime que ya tienes mi portada —dijo Enzo ansioso, golpeteando las manos contra la mesa.

—Mejor que eso, le tengo cuatro opciones —comentó, mientras le pasaba la *tablet* con su trabajo.

Tomé asiento mientras le mostraba las imágenes y le explicaba cada detalle incorporado. Me sorprendió la naturalidad con la que se desenvolvía. Enzo lo escuchaba atento y, de vez en cuando hacía preguntas que podrían resultar agresivas, no por la pregunta en sí, sino por el tono de voz que

empleaba. Eso habría asustado a cualquiera, pero para él, era como si lo conociera de toda la vida. Respondió cada duda y escuchó atentamente los comentarios de los presentes.

No me relajé del todo, aún estaba enfadada por la repentina desaparición, pero me sentía más confiada que cuando empezó la junta.

—Bien, ¿entonces qué decides? —preguntó el señor Wells— ¿Quieres llevártelos para que lo analices con calma?

Se puso pensativo. Se apoyó sobre la mesa y se quitó los lentes de sol. Esto podía ser la señal de que algo estuvo *muy* bien o *muy* mal. No había términos medios con él.

—Sin miedo a que se enfaden conmigo…

Demonios, no otra vez, pensé.

—Me encantan las cuatro portadas.

La tensión que se sentía en la sala se disipó en un segundo. Pude respirar con calma, por fin, me había quitado un peso de encima. Theo estaba orgulloso de su respuesta.

—¿Acaso estás sugiriendo lo que creo? —preguntó Liv.

Enzo asintió enseguida.

—Sí, efectivamente, querida. Ya me conoces. Las quiero todas.

—¿Cómo? —pregunté incrédula.

—Sí, imagina esto —dijo, elevando las manos formando una cartelera ficticia en el aire—. Cuatro ediciones especiales, una por cada personaje. El diseño es excelente, aunque pediría que cada una tuviera un color predominante que reflejara al personaje que representa.

—Cuente con eso —dijo Theo de inmediato.

—Me agrada este chico, enseguida capta lo que necesito —comentó riendo.

Miré a mi jefe, esperando adivinar si esto estaba bien, pero no podía leer su expresión.

—¿Podemos autorizar todas las ediciones?—le pregunté con tiento.

Enzo lo miró inquisitivo. El señor Wells sonrió tranquilamente, suspiró y dijo:

—Tú decides. Eres la que está a cargo —contestó con tranquilidad.

Sí, yo era la responsable, pero comúnmente esas decisiones las tomaba en conjunto con él; le gustaba influir en esa clase de cosas. Y, al parecer, esta vez yo llevaría las riendas por completo. De verdad, me estaba dejando a cargo, como debió haber sido desde que llevé las riendas de Loop como editora en jefe.

Los tres me miraron esperando mi respuesta.

—Por supuesto que sí. Haremos todas —aseguré sonriendo, aunque por dentro me estaban carcomiendo la duda de si esto era financieramente viable. Tendría que revisar el punto con el departamento de contabilidad apenas terminara la junta. Lo único de lo que estaba segura es que no podía negarme.

—Excelente. Entonces, estos son los colores que quiero que…

Enzo le dijo a Theo todo lo que quería, mientras este último tomaba nota de cada petición. Liv estuvo opinando también, sobre todo, para empatar la publicidad.

Como estaban enfrascados en lo suyo, le envié un mensaje a Wendy, de contabilidad, para contarle. Enseguida me contestó con un *"no me extraña para nada, no debe haber problema, pero lo reviso y te llamo"*. Eso me tranquilizó un poco, al parecer, yo era la única histérica cuando las cosas se salían de lo planeado.

El resto de la junta tomé notas de los acuerdos. Una hora después, el señor Wells acompañó a

Enzo y a Liv a la salida. Salí tras ellos, con rumbo a contabilidad; no iba a esperar a que Wendy me llamara.

—Espera, Evy ¿puedo hablar contigo? —preguntó Theo, frunciendo el cejo y mordiendo la mitad de su labio inferior.

6

Evy - Pink cake

Cerré los ojos, no quería hablar con él, estaba furiosa porque se había ido sin avisarme.

—¿Por favor? —insistió.

Me volví hacia él, tratando de tener una expresión neutral.

—Quiero disculparme contigo, sé que te enfadaste porque me fui —reconoció, agachando la mirada.

—Claro que no.

—Sé que sí, Nate me lo dijo. Además, solo hay que ver tu postura: estás zapateando y de brazos cruzados.

Enseguida fui consciente, bajé los brazos y me enderecé.

—Tuve una emergencia familiar, salí sin avisar porque creí que no tardaría tanto.

—Me considero flexible para permisos cuando son de índole personal, pero aprecio que al menos me avisen.

—No quería provocarte más estrés —aclaró, mirándome de nuevo con ojos de arrepentimiento.

Suspiré.

—Olvídalo, lo que fuera, espero que lo hayas resuelto.

—Algo así —emuló, entrelazando sus dedos, nervioso. Como si buscara la forma apropiada de decir algo.

—Déjame adivinar, ¿una novia reclamando atención porque trabajas demasiado? —pregunté burlona, basándome en el comentario de Harper—. No has salido de esa oficina en semanas por estar trabajando en esto, seguro que…

—No, no hay tal cosa —contestó, entornando los ojos y frunciendo el ceño.

Enseguida me arrepentí de lo que dije.

—Lo siento, no quise…

—Descuida. Mi hermana me llamó. Tuvo un problema y no podía salir a recoger a mi sobrino, me pidió que fuera por él. La escuela está relativamente cerca de aquí, así que se me hizo fácil ir y venir sin avisar.

Moría de la vergüenza. *Maldita Harper.*

—Ah, ya veo. —*¿Por qué tenía que ser tan cruel con él? De verdad había sido una emergencia y al final todo salió bien*— ¿Y pudiste recoger a tu sobrino? —pregunté, suavizando el tono.

—Sí, lo dejé en mi oficina haciendo tarea en lo que terminaba la junta, Harper está al pendiente

de él. Espero no haya problema.

Por lo general, me habría enfadado de que un desconocido estuviera en estas oficinas, así fuera un niño. Pero no podía enfadarme después de haber metido la pata tan feo con mi comentario. Se lo debía.

—Está bien, mientras no sea frecuente —sentencié.

Seguía fingiendo enfado, pero estaba muy avergonzada por cómo lo había tratado.

—Claro, no te preocupes. Mi hermana lo sabe; es que esta vez todo se salió de su control…

—No es necesario que me expliques —dije, deteniéndolo en seco. No quería cruzar la delgada línea entre la amabilidad y el inmiscuirme en su vida personal—. Y felicidades por tu gran trabajo. No es común que Enzo se quede sin palabras, y lo has convencido de cuatro diseños. Eso es un gran logro.

Me sentí una basura. Desde que empezó a trabajar aquí, había algo en él que no terminaba de convencerme. Le hablaba con cierta reserva, de alguna manera. Y lo peor era que no tenía sentido; no había hecho nada para merecer que yo lo tratara así. Tenía que cambiar mi forma de dirigirme a él, hablarle como a cualquier otro en la editorial. No podía hacer distinciones.

—Gracias, hago lo que puedo —dijo sonrojado.

—No seas modesto, acepta tus logros, tienes mucho talento —repliqué, tratando de sonar normal.

De inmediato, una ligera sonrisa se asomó en su rostro. Enderezó su postura y agachó la mirada por un segundo.

—Te lo agradezco —afirmó en tono más relajado.

Sus ojos emanaban un brillo muy peculiar, pero el hecho de no parpadear le imprimía una intensidad, que me hizo estremecer y sentir un cosquilleo extraño en el estómago. Mi garganta se sentía seca y yo parecía que estaba en un trance, sin poder apartar los ojos de él *¿Qué clase de efecto tenía en mí?* Carraspeé buscando centrarme.

—Bien, te dejo seguir. Si necesitas irte temprano por tu sobrino, solo avísame.

—De acuerdo —dijo, sin borrar esa sonrisa tan cautivadora.

Titubeé sobre si irme así sin más o decir otra cosa. Finalmente acomodé mi cabello detrás de mi oreja, aún nerviosa, y seguí mi camino al ascensor para bajar al piso de administrativos e ir directo a la oficina de contabilidad.

—Ya sabía yo que no te ibas a esperar —se burló Wendy al verme.

—Buenas tardes, también me da gusto verte —saludé irónica.

—Déjate de sarcasmos, amiga, ven aquí, abrázame —exigió, y extendió sus brazos. No pude evitar reírme—. Eso es, déjalo ir. Sé que estás enfadada por el imprevisto —agregó luego de soltarme.

—Ya sabes que no puedo controlarlo —confesé.

—Claro que puedes, pero no quieres hacerlo. Te hará daño seguir así.

Puse los ojos en blanco. *¿Por qué todos tenían que opinar de mi forma de ser?*

—Ya lo sé. En fin, ¿cómo ves lo de que quieren cuatro ediciones distintas? —pregunté, volviendo al punto importante— ¿Es viable?

Por favor, di que sí antes de que me de un tiro en la cabeza.

—Obviamente sí, despreocúpate.

—¡Gracias!

Ahora sí podía estar en paz. Sentí que perdía toda la fuerza cuando la tensión abandonó mi

cuerpo.

—Te preocupas demasiado por todo —murmuró, negando con la cabeza—. Créeme, si provocara problemas, el señor Wells enseguida lo habría dicho. Aunque fuera Enzo, lo pondría en su lugar de ser necesario. Ya lo he visto hacerlo un par de veces.

—¿De verdad?

—Sí, pero no puedo comentar más, son juntas confidenciales del departamento. De cualquier forma, por tu paz mental, revisé los números. Suben ligeramente el presupuesto, pero según mis proyecciones, se puede obtener poco más del doble de utilidades, así que despreocúpate.

—Eso es genial, al fin podré dormir si ya está resuelto esto.

—Ojalá un día te consigas una vida amorosa —añadió, mirándome fijamente, esperando mi reacción.

—¿Y a qué se debe el comentario? —cuestioné fastidiada, poniendo los ojos en blanco.

—Te enfrascas demasiado en el trabajo, te puedes enfermar. Debes llevar una vida más equilibrada.

Me reí con ganas.

—Con mi carácter y mi trabajo, ¿crees que alguien pudiera querer salir conmigo?

—Siempre hay un roto para un descosido, ahí tienes a Kai Black.

Eché la cabeza hacia atrás. *Otra vez con eso*. Wendy rio con ganas.

—Pero si tan mal lo ves, puedes optar por un *lavender marriage*.

—No quiero saber que de qué se trata. Mejor me voy —dije antes de dar media vuelta.

—Investígalo, creo que sería perfecto para ti.

—Adiós, Wendy, gracias por todo.

De vuelta a mi oficina, seguí con los pendientes que tenía: llamadas, correos por contestar, oficios para firmar… Y cuando terminé todas esas mini tareas tediosas, me enfoqué en un manuscrito nuevo que acababa de llegar a la editorial. En la portada tenía una notita adhesiva: *"Llegó con nosotros primero, pero creo que va más bien para Loop. Kai B."*.

Sonreí al leer el mensaje y negué con la cabeza porque siempre que me enviaba algo firmaba con su nombre y un corazón. Tiré el papelito y empecé a leer el manuscrito.

Mientras cambiaba de página, un movimiento brusco llamó mi atención. Levanté la mirada para ver por la puerta, todo parecía tranquilo. Probablemente ya estaba cansada. Volví a mi lectura. No pasó ni un minuto cuando sentí que alguien me observaba. Sin cambiar mi postura, dirigí la vista al frente y pude ver una cabecita asomándose por la puerta.

—Hola —susurré.

El niño se escondió. Sonreí.

—No muerdo, lo prometo —dije, suavizando el tono.

Se asomó lentamente.

—Hola —repetí.

Esta vez no se fue, se acercó paso a paso.

—Hola —dijo en voz bajita—. ¿Quién eres?

—Soy Evelyn, pero puedes llamarme Evy —me presenté, mientras dejaba el manuscrito a un lado — ¿Cómo te llamas?

No quise levantarme rápido para no asustarlo, seguro me saludaría y se iría.

—Arlo —contestó con firmeza.

Sus ojitos reflejaban curiosidad. Observaba todo a su alrededor con una atención poco común.

—Eres sobrino de Theo, ¿cierto?

—Sí —dijo, vendo a su alrededor. De pronto me miró a los ojos— ¿Tú eres la novia de mi tío?

Vaya ocurrencia.

—No, solo trabajo aquí —respondí, evitando reírme mientras me apoyaba en el escritorio, inclinándome hacia adelante. Me daba curiosidad lo que Arlo pudiera decir, no parecía tener el carácter de un niño.

—Ah —Se enderezó y caminó con más confianza hasta sentarse frente a mí— ¿Qué haces?

—Estoy trabajando en un manuscrito.

Le mostré el documento marcado con mis notas.

—¿En serio? ¿De qué se trata? —preguntó levantando las cejas, parecía realmente interesado. Incluso se inclinó hacia el escritorio para verlo mejor.

—¿Sabes lo qué es? —dudaba que lo hiciera.

—Un libro nuevo que todavía no sale a la venta —contestó de inmediato, como si fuera de lo más obvio.

—Vaya, eres muy listo —dije, recargándome en mi silla, cruzándome de brazos.

—Me gusta aprender —admitió con una sonrisa—. Mi mamá y yo leemos todas las noches.

—Eso es genial. ¿Qué tipo de historias? ¿Cuentos?

No tenía idea de qué estaba de moda en niños de primaria. El gesto que puso no me lo esperaba. Al parecer lo había ofendido.

—No, leo sin dibujos.

Yo lo veía demasiado pequeño para que eso fuera verdad, pero le daría el beneficio de la duda. No pude evitar sonreír.

—¿Cuál es el último que leíste?

—Ayer terminé el primero de *Vampiros y Dragones*, ¿lo conoces?

—No, ¿de qué trata? —pregunté por hacer conversación.

Sus ojitos empezaron a brillar de la emoción y procedió a contarme con lujo de detalle la historia. En sí, era muy interesante, pero si algo llamó más mi atención, era la cantidad de información que este pequeño revelaba y la felicidad con la que compartía.

—…mañana sale el segundo a la venta, mi tío y mi mamá me van a llevar a comprarlo.

—Suena al tipo de historias que me gustan —confesé.

—Si quieres te lo puedo prestar, lo tengo en mi mochila, ya vengo.

Antes de que pudiera contestar, salió corriendo. Lo seguí con la mirada hasta que entró a la oficina de su tío; a los pocos segundos, volvió con un libro bastante grande. Theo venía detrás de él, se veía apenado.

—Este es —dijo, entregándome el ejemplar de pasta dura.

Tenía una cubierta dorada con rojo. Aparecía un dragón acorralando a un vampiro. Era bastante intrigante, empecé a examinarlo con mucho interés. Rara vez tenía oportunidad de ver libros infantiles de esta calidad, ya que mi área era fantasía y ciencia ficción para adultos.

—Evy —dijo Theo, casi sin aliento.

—No le presto mis cosas a nadie, pero según mi tío tú eres muy importante aquí, y trabajas con libros, así que puedo confiar en ti —agregó el niño, orgulloso.

No pude evitar sonreír. El vocabulario y la seriedad con la que hablaba, no correspondían a su

corta edad, seguro no pasaba de los ocho años.

—Gracias por la confianza, prometo cuidarlo —dije, abrazando el ejemplar.

—Disculpa la interrupción, no vi que Arlo andaba aquí molestando…

—Para nada, estábamos hablando —repliqué.

—¿Lo ves? Le conté sobre *Vampiros y Dragones.*

—Justo me acaba de prestar su libro, le prometí que lo cuidaría con mi vida.

Theo pasaba la mirada entre Arlo y yo, parecía estar tratando de entender el humor de la habitación.

—¿Cómo vas con las ilustraciones? —pregunté, intentando despreocuparlo por la presencia de su sobrino.

—Ya estaba terminando, pero cuando llegó corriendo este pequeño por su mochila caí en cuenta de que no vi a dónde había ido, hasta que me contó que estaba aquí contigo. Discúlpame, estaba tan concentrado que no me fijé.

—De verdad, no hay problema. Necesitaba un descanso, y Arlo tiene una conversación bastante emocionante.

Entonces, me di cuenta de que por primera vez le hablaba normal a Theo, como lo hacía con cualquier otra persona en la editorial.

—Me da gusto —dijo él, mientras revolvía el cabello del pequeño.

Ahora que les ponía atención, más que su sobrino parecía su hijo, era una copia exacta de él.

—Bien, te dejamos entonces. Este travieso debe ir a casa.

—No, quiero quedarme a hablar con Evy; ella sabe mucho.

—Ya es tarde, tu mamá ya llamó dos veces preguntando por ti. Anda, despídete.

No pude resistir el gesto de Arlo, puso cara triste cual personaje de caricatura. Theo no se inmutaba, ¿cómo iba a dejar que se sintiera así? Tenía que hacer algo.

—Tengo una idea —dije, captando su atención—. Si tu mamá no tiene inconveniente, puedes venir el lunes después de la escuela, te tendré un manuscrito que te puede interesar para que lo lleves a casa.

—No es necesario… —empezó a decir Theo.

—¡Sí! El lunes estaré aquí —exclamó, empezando a brincar feliz.

—¿No estarás en problemas por soltarle manuscritos? —preguntó en voz baja.

—Descuida, yo arreglo eso —dije, guiñándole un ojo a Arlo.

—Muchas gracias —dijo el niño, abrazándome por la cintura.

Levanté los brazos sin saber qué hacer. Me había tomado por sorpresa el gesto. El contacto físico no era mi fuerte, mucho menos con niños. No supe cómo reaccionar, dejé que me abrazara y le di unas palmaditas en la espalda como si fuera un cachorro. Theo se rio con ganas.

—Bien, vamos, Arlo, ve por tu mochila —apresuró.

—Está bien —acordó mientras corría cual rayo al otro extremo de las oficinas.

—Gracias —agregó en tono más serio.

—No es nada —dije, sin soltar el libro de *Vampiros y Dragones*—. Arlo es un niño muy agradable, no es común ver a niños de su edad tan interesados por la lectura.

—No solo por esto, también por no despedirme —comentó, agachando la mirada—. Ya sabes, por lo de llegar tarde a la junta. Sé lo importante que es el proyecto, no quiero que pienses que no me tomo en serio el trabajo.

Empecé a negar con la cabeza.

—Olvídalo. Me haces sentir mal porque yo no tenía idea de que habías salido por Arlo. Descuida. Borrón y cuenta nueva, ¿de acuerdo? —expresé, extendiendo mi mano en son de paz.

—Muy bien.

Apenas sus dedos tocaron los míos, apareció la misma chispa que experimenté cuando lo conocí. Lo solté casi en automático. Me dio un escalofrío.

—Descansa, nos vemos el lunes —agregó él.

—Que pases buen fin de semana —me despedí.

Sonrió y se alejó para encontrarse con Arlo, quien ya traía su mochila y se despedía de mí con un gesto de la mano.

7

Evy - Scenery lullaby

Mientras conducía camino a casa, agotada de una semana tan complicada, podía ver cómo mucha gente iba ya vestida para salir de fiesta. Era viernes en la noche, y muchos venían de zonas aledañas a divertirse en La Gran Manzana: música, teatro, arte, gastronomía… las posibilidades eran infinitas. Por algo llamaban a este lugar la ciudad que nunca duerme.

Pero, en mi caso, no tenía nada de ánimo para salir a "divertirme". Lo único que quería era llegar a mi casa, tirarme en la cama y dormir cuanto pudiera. Por primera vez en semanas, no me llevé trabajo a casa; de verdad, quería desconectar de todo.

Fue entonces que recordé que tenía días sin hablar con mi hermano. Aproveché el semáforo en rojo para marcarle y conecté el manos libres.

—*Gracias por llamar a la línea telefónica del mejor cardiólogo de Nueva Jersey, el doctor Samuel Hope, ¿en qué puedo ayudarle?*

Solté la carcajada.

—Vaya, alguien ha tenido un gran día, me da gusto —dije, divertida por el saludo. Miré por el retrovisor, asegurándome de que no viniera nadie, antes de doblar la esquina.

—*Anímate, Evy, es viernes, ¿no tienes planes para hoy?*

Resoplé.

—Lo único que quiero es morirme —bromeé.

—*No digas esas cosas ni de chiste* —exclamó inmediatamente. Su voz se volvió más aguda, como si lo que le había dicho lo pusiera en alerta.

—Ya… ya… es un decir. Tuve una semana horrible, problemas por todas partes… Dentro de poco tenemos el viaje a la feria del libro de Frankfurt, así que te harás una idea de cómo andamos de locos. Ahora solo quiero dormir —emulé en medio de un bostezo—. Pero dime, ¿a qué se debe tu alegría? Al menos me anima que tú la estés pasando bien.

—*Ay, hermanita, es que no sé si decirlo ahora o esperar a que vengas a visitarnos* —vaciló, como si sopesara las palabras antes de soltarlas.

—Vamos, no me hagas rogarte. Ya dijiste que tuviste un gran día.

—*No es que no quiera compartirlo... es que no sé si sea correcto que te enteres por teléfono* —comentó con duda.

Apreté los labios y tamborileé los dedos sobre el volante.

—¿No sería correcto? —pregunté extrañada—. Mientes, puedo detectar un dejo de emoción en

tu voz, algo bastante raro por cierto —agregué, sonriendo con suficiencia—. No te escuchaba así desde que le diste el anillo de compromiso a Maddie.

—*Algo así* —reconoció, riendo con nerviosismo.

—¿Qué?¿Van a renovar votos? —insistí—. Apenas llevan cuatro años de casados.

Eran unos cursis, ridículos, pero me encantaban. Desde que eran novios, derrochaban miel sobre hojuelas, y aunque tenían sus peleas fuertes, no duraban mucho tiempo enojados. Los admiraba, pero también les tenía cierta envidia. Yo nunca tuve tanta suerte, y al parecer, nunca la tendría.

Lo escuché suspirar. Moví rápidamente la cabeza, despejando los pensamientos y enfocándome en la llamada.

—*No hay forma de decir esto de manera sutil.*

—Te escucho.

—*Maddie y yo vamos a ser papás.*

¿Qué?

Las palabras de Samuel resonaban en mi cabeza. *¿Acaso era verdad lo que escuchaba?* De la impresión, pisé el freno de golpe. El rechinar de las llantas y el sonido del claxon me sacaron del trance. Mi cuerpo se tensó al instante al ver cómo el coche que venía detrás de mí quedó a escasos centímetros de mi parachoques. Miré por el retrovisor, esperando que no se bajara para reclamarme. Me mordí el labio inferior y arrugué la frente al verlo.

—¡Lo siento! —exclamé como si me fuera a escuchar.

El conductor volvió a sonar el claxon, me sacó la vuelta y me rebasó.

—*¿Estás ahí?... ¿Hola?* —gritó Samuel, alterado, al otro lado de la línea—. *No me asustes, ¿está todo bien?*

—¡No pasó nada! ¡Olvida eso! —exclamé, ignorando el casi accidente. Miré a ambos lados para seguir conduciendo— ¿Maddie está embarazada? —pregunté, en un intento de asegurarme de haber escuchado bien.

—*Sí* —respondió entre risas.

La euforia que me embargó fue tan grande que no pude contener un grito que retumbó en todo el auto.

—¡Es la mejor noticia que pude recibir el día de hoy! —exclamé en tono agudo. No podía dejar de sonreír, era casi un milagro que estuviera embarazada, pues había tenido problemas de fertilidad— ¿Cómo está? ¿Cómo se enteraron? ¡Cuéntamelo! —exigí.

Samuel rio con ganas, se escuchaba más relajado tras darme la noticia.

—*A inicios de año decidimos que nos tomaríamos las cosas con calma* —explicó—. *Pero, hace unos días, fuimos al médico porque no le bajaba la regla, quería asegurarse de que estaba todo en orden.*

—¿Tuvo algún síntoma que les diera una pista? —pregunté con curiosidad.

—*No, ninguno. Por eso la sorpresa fue mayor cuando vimos el monitor* —exclamó emocionado.

Proferí otro grito.

—¡VOY A SER TÍA! —canturreé, mientras bailaba en mi asiento, feliz por lo que estaba por venir — ¡Cuídala, por favor! —insistí—. No se desvelen, que no se mueva más de lo necesario, ese bebé tiene que tener las mejores condiciones.

—*Tranquila, ya el doctor nos dio indicaciones, tampoco la voy a tener inmóvil los meses que faltan*.

—En lo que pueda ayudar, házmelo saber, ¿de acuerdo? —ofrecí.

—*Gracias, se lo diré* —contestó orgulloso.

—Y Sam… —dije, mordiéndome el labio.

—*¿Sí?*

—¡Felicidades! ¡Estoy muy emocionada por ustedes!

—*Gracias, hermanita.*

—¿Mañana estarán en casa?

Quería ir a verlos, abrazarlos y festejar la llegada de este pequeñito.

—*Sí, pedí libres estos días por si se necesitaba*

—¿Puedo ir a verlos?

—*Claro, nos avisas cuando vengas en camino.*

—¡Excelente! Estamos en contacto.

Al llegar a casa, abrí una botella de vino. No acostumbraba beber, pero la ocasión lo ameritaba. Empecé a ilusionarme con lo maravilloso que sería la llegada de este bebé. Y en eso, la imagen de Theo con su pequeño sobrino se me vino a la cabeza, y me hizo sonreír. La forma en que convivían, la confianza con la que se hablaban, me hacían anhelar esa experiencia.

Desperté a las siete de la mañana y aproveché que no había llevado trabajo a casa para tomarme todo el tiempo del mundo en hacer mi rutina de cuidado personal. Tras desayunar, pensé en pasar a comprar un regalo para Maddie, ya que por la tarde iría a visitarlos.

Fui a Bloomingdale's, y luego de pasar tres horas viendo opciones, decidí comprar una almohada de maternidad, al parecer era algo que era imprescindible, o eso me dijeron las tres mamás a las que les pregunté en la tienda.

Pasé por el departamento de juguetes y ropa de bebés, tratando de elegir algo para mi futuro sobrino. En eso, sonó mi teléfono.

—*Hola, Evy, habla Theo. Disculpa que te llame, ¿estás muy ocupada?*

—Hola, no, no ¿Qué sucede?

—*Oh, qué bien. Es que tengo una situación y me preguntaba si podrías ayudarme.*

—Sí, dime.

—*¿Recuerdas que Arlo mencionó el lanzamiento de un libro el día de hoy?*

—Sí, la parte dos de *Vampiros y Dragones*.

¿Cómo olvidarlo? Tenía planeado empezar a leer la primera parte esa noche.

—*Justo ese. Bueno, me da pena preguntar, pero ¿sabrás de casualidad si los ejemplares de edición especial se vuelven a surtir en tiendas?*

—Depende de la editorial, pero por lo general no —dije, al tiempo que devolvía el *body* a la percha y me enfocaba en la llamada.

—*No puede ser* —susurró.

—¿Por qué? —pregunté, arrugando el entrecejo con curiosidad.

—*Resulta que hay una edición especial con los cantos pintados y dos capítulos extra. El problema es que todas se vendieron en preventa y no nos dimos cuenta. Cuando llegamos a la librería.Y tengo a Arlo algo alterado.*

—Lo entiendo perfectamente, suelo ser así también.

Y no era broma, dolía no poder conseguir esa información extra en cualquier libro. Me sentí mal de saber que el pequeño Arlo estuviera pasando por eso.

—¿Ya revisaste en otras tiendas? —pregunté, mientras pensaba en dónde pudieran encontrarlo.

—*Ya fuimos a Target, dos Barnes & Noble, Three Lives & company, Strand Bookstore y ahora vamos a*

McNally Jackson Books en SoHo.

—¿Y en Bloomingdale's?

—*No, aún nos falta ir allá* —contestó con voz cansada.

—Déjame buscarlo, estoy en la tienda —ofrecí, mientras caminaba a la sección indicada.

—*Gracias, no tienes porqué molestarte.*

—No es molestia, al contrario, todo por un pequeño lector —dije, sonriendo—. Te llamo en cuanto sepa algo.

Llegué al departamento de libros, y enseguida vi los displays y carteles de la novela, había mucha gente. Estuve atenta por ediciones con los cantos pintados pero todos llevaban normales. Di un vistazo a las mesas de exhibición especial, busqué en las estanterías de fantasía y en infantiles, sin encontrar nada. Busqué a un empleado para preguntar, quien amablemente entró al sistema por si quedaban de casualidad. Según él, tenían un pequeño apartado para venta sin reserva. Mientras revisaba en la computadora, sentía mi corazón acelerado, esperando que por un milagro hubiera una copia.

—Lo siento, señora, se vendió el último hace una media hora.

La decepción. Suspiré.

—Gracias, la verdad no sabía qué tan cotizados estaban, habría venido antes por uno para mi sobrino —dije, usando el recurso del chantaje, a ver si por arte de magia aparecía el último ejemplar.

—Lo lamento, puede suscribirse a la lista de novedades para que sepa con tiempo las preventas de colecciones así.

¡La audacia de este sujeto!

8

Evy - Enough

No me iba a quedar tranquila hasta conseguirlo. Si tan cotizado estaba, sería mejor que comprara una normal; no quería arriesgarme a que luego no hubiera nada y tuviéramos que esperar más tiempo. Tomé un ejemplar del estante más cercano y lo compré.

De camino al auto, llamé a Theo.

—Lo siento, no hubo suerte. Pero llevo una copia por si acaso se agotaban.

—*No tenías que hacerlo, pero gracias de todos modos.*

—¿Puedo llevártela a algún lado?

—*Aún estamos buscando en otras tiendas. Si quieres, nos la das el lunes cuando Arlo vaya a la oficina.*

—Bien. Nos vemos entonces, ojalá lo encuentren.

—*Gracias, que pases buen día.*

Entré al auto, decepcionada como si no hubiera conseguido una edición para mí. Saqué el libro para examinar la portada. Aunque fuera edición normal era muy bonita. Empecé a ver los detalles de la ilustración, las letras en dorado con relieve: *Vampiros y Dragones: La Profecía* de James Allen. James… Allen. Ese nombre lo había escuchado antes.

Intrigada lo abrí para buscar la información editorial y entonces entendí el porqué me resultaba familiar. Era un autor de uno de los sellos editoriales de Insight: Playground Books. Se dedicaba a libros de ficción infantil y juvenil. Al pertenecer al mismo corporativo, conocía casi a todos en las diferentes divisiones. Sin pensarlo, llamé a Kai, el editor en jefe de Playground.

No contestó.

Insistí dos veces más sin éxito. Exasperada, le envié un mensaje de texto, luego lancé el teléfono al asiento de copiloto y encendí el auto para salir del estacionamiento. Pensé en ir a otras librerías, pero sería engañarme a mí misma, no había forma de conseguirlo en tiendas a estas horas.

Entonces tomé camino hacia Nueva Jersey para ver a Samuel y Maddie. A mitad del camino, entró una llamada de Kai, y la atendí sin dudar, aceptándola desde el volante.

—*¡Qué milagro! La princesa de la ciencia ficción me llama. ¿A qué debo el honor?*

Resoplé divertida. Empecé a negar con la cabeza. Luego miré por el retrovisor y me percaté de que podía pasar el vehículo del carril contiguo.

—No seas tonto, no soy la princesa de la ciencia ficción —dije, en lo que puse la direccional y me cambié de carril.

—*Oh, cierto, eres la reina, master of puppets de la ciencia ficción.*

Solté una risotada.

—No maduras ¿cierto?

—*Ya.. ya... pues. Es que me emociona que me llames.*

—¡Qué exagerado eres! En fin, te buscaba porque necesito un favor.

—*Directa al grano, como siempre* —soltó, cambiando el tono a uno más serio—. *¿En qué te puedo ayudar?*

—Estaba en Bloomingdale's y me di una vuelta por la sección de libros —dije, mientras le hacía cambio de luces al carro frente a mí para que me diera el paso, al ver que me entendió, proseguí—. Vi que hoy tuvieron el lanzamiento de *"Vampiros y Dragones: La Profecía"*.

—*Oh, sí, va mucho mejor de lo que esperaba. No sabía que estabas enterada de nuestros lanzamientos* —anunció, dejando escuchar la emoción en su voz nuevamente.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Pertenecemos a Insight, a final de cuentas. —Era una mentirosa, jamás ponía atención a los lanzamientos de los otros sellos de la editorial. Y no porque no quisiera, sino porque el tiempo no me daba para hacerlo—. Lo que no sabía era que habría una edición *muy* limitada con capítulos extra.

—*Esa fue idea mía* —dijo orgulloso.

Idiota.

—El caso es que no tuve la precaución de reservar una copia. He estado buscándolo por varias librerías sin éxito. ¿Sabrás de casualidad si tendrán uno en Playground?

—*¿Ahora lees fantasía adolescente?* —se burló.

—No, no es para mí. Es para un pequeño superfan.

—*¿Quién?*

—Mi sobrino —dije, manteniendo la vista en la carretera.

No iba a explicarle todos los detalles.

—*Creo que puedo ayudarte.*

—¿De verdad?

—*Sí, tengo una caja con esas ediciones que tenemos reservadas para concursos de redes sociales de Playground. El lunes irá James a firmarlos, así que puedes pasar por la tarde a mi oficina. Tendré lista una copia para tu sobrino.*

—¡Eres un amor! Muchas gracias, no sabes lo feliz que estará.

—*¿Cómo se llama tu sobrino?*

—Arlo.

—*Genial, aquí lo anoto.*

—De verdad, muchísimas gracias. Me salvaste el día.

—*Todo sea por ayudarte.*

Sabía perfecto la intención con la que decía eso.

—Nos vemos el lunes entonces. Que pases buen fin de semana —colgué sin esperar a que me contestara.

Me sacudí la culpa que sentía cada vez que hablaba con él. Era un gran chico; entramos a trabajar a la editorial el mismo día y nos hicimos buenos amigos. Pocas semanas después, me confesó que le gustaba, me invitó a salir y me negué lo más cordial posible. Sé que lo herí, pero nunca dejó de ser amable conmigo, y estaba eternamente agradecida por ello. Casi al cumplir el año trabajando para Insight, se dio el arranque de los diferentes sellos, donde ambos aplicamos para trabajar en alguno de

ellos. La intención era quedarnos juntos, al fin y al cabo nos llevábamos bien; sin embargo, a él le dieron una vacante en Playground como editor, y a mí en Loop. Ahora, casi diez años después, ambos éramos jefes, teníamos más ocupaciones, por lo que nuestras interacciones fueron disminuyendo. Éramos de esos amigos que casi nunca se ven, pero cuando lo hacen parece que no ha pasado ni un día.

Luego de casi dos horas de camino, por fin estaba llegando a casa de Samuel. Me estacioné detrás de su auto en la cochera. Saqué los regalos del maletero y me dirigí a la entrada.

—¡Evy!

Apenas escuché su voz, me sentí tranquila, me sentí en casa. No pude evitar sonreír. Dejé los regalos en el suelo y corrí a abrazarlo. Me soltó y enseguida vi a Maddie acercándose a la puerta.

—¡Ven aquí, tía favorita!

No pude evitar reírme. Enseguida la abracé con todo el cuidado posible para no lastimarla, pero ella me presionó con todas sus fuerzas.

—¡Cuidado! No quiero lastimarte.

La solté rápido.

—Vamos, no estoy enferma, solo estoy embarazada.

—Por eso, debemos cuidarte para que ese bebé tenga las mejores semanas en tu pancita.

—¡No exageres! —exclamó Samuel, negando con la cabeza.

—Parece que soy una bomba de tiempo —reclamó, fastidiada—. ¿Qué es eso de ahí? —Señalando las compras.

—Oh, sí, espera, la grande es para ti. Y esta pequeña es para el bebé —expliqué, tomando las bolsas del piso, antes de que ella se agachara para tomarlas.

—No era necesario, pero muchas gracias —contestó con un brillo peculiar en sus ojos. Sonreía tanto que hasta se le formaban unas pequeñas arrugas en los ojos.

—Yo los llevo —me ofrecí.

Entramos y, enseguida abrió los regalos. Me aseguró que la almohada era algo que le urgía comprar, pero no había podido ir a buscar una. Luego abrió el regalo del bebé, un set de mantas de muselina.

Cenamos tranquilamente y luego se disculpó para ir a dormir, el embarazo la agotaba un montón. Me quedé para ayudar con la limpieza de la cocina. Ayudé a Samuel a meter los platos en el lavavajillas y, luego, me encargué de secar y guardar los que no iban allí. No tardamos mucho en dejar todo en orden.

—Será muy diferente todo esto una vez llegue el bebé —comentó, observando la cocina y la mesa del comedor.

Se cruzó de brazos, tamborileó sus dedos, ansioso. Sonreí al verlo tan nervioso, era totalmente entendible.

—Pero será increíble a pesar del desorden —aseguré—. Además, ya tienes experiencia cuidando de mí, así que puedes estar tranquilo, serás un gran papá.

—No me halagues —dijo, sonriendo avergonzado—. Y bueno, basta de hablar de mí y mi vida, ¿cómo estás tú?

—Todo tranquilo —dije al tiempo que ponía el trapo de cocina colgado perfectamente en la manija del horno.

—No de la editorial; me refiero a tu vida *fuera* del trabajo.

Alcé la ceja y suspiré.

—Nula, pero estoy bien —aseguré entre risas.

—¿Cómo?

—El trabajo es mi vida, fuera de eso, mi única motivación es dormir y, comprar cosas en línea.

No tenía corazón para contarle el porqué prefería abstenerme de una vida social como los demás. La única enterada de todo era Maddie, mi confidente. A la pobre la hice jurar jamás decirle nada a mi hermano al respecto; jamás podría entenderlo.

—Pero ¿y tus amigas?

—Harper trabaja conmigo, nos vemos diario. Fuera de la oficina no porque ella está recién casada, y no quiero ser mal tercio. Sobre Angie, ella se mudó a Amsterdam con su nuevo novio.

—¿Y tú? —preguntó, arrugando el entrecejo, dejando ver su preocupación.

—¿Yo qué?

—¿No buscas algo así como… un novio?

Si tan solo supieras, hermanito. De haber estado Maddie presente, lo habría regañado y cambiaríamos de tema, pero esta vez estaba sola. Mi única arma era, como siempre, fingir que todo estaba bien. Solté la carcajada, mientras él se quedó serio.

—¿Hablas en serio? —pregunté entre risas, arqueando una ceja y con mi mejor expresión de incredulidad pintada en el rostro.

—Totalmente.

Borré mi sonrisa, me esperaba un regaño. Tomé aire, me crucé de brazos y me apoyé en la mesa.

—Tu sabes que mi última relación terminó mal.

Era lo único que él sabía, ignoraba todo el contexto. No tenía ni idea de quién fue mi novio ni todo lo que pasó después de que terminamos. Preferí que así fuera para no involucrarlo en cuestiones legales. Lo resolví yo sola; así era mejor.

—Es un idiota, pero no por eso puedes cerrarte a tener una vida amorosa para siempre —agregó con determinación, viéndome fijamente a la cara.

—¿Qué quieres que te diga? No tengo tiempo, ni tampoco prisa por encontrar a alguien —respondí, encogiéndome de hombros—. Hasta el año pasado tenía claro que no quería saber nada del tema, y este año, avanzando en terapia, llegué a la conclusión de que lo que se tenga que dar, se dará, y lo recibiré si es para mí.

Sonrió triste, se acercó para abrazarme.

—Quiero que seas feliz —sentenció casi en un susurro, a mi oído.

—Lo soy sabiendo que ustedes están bien. Además, ahora seré la "tía rica y soltera favorita". Ese bebé estará más consentido que nadie en este mundo —aseguré, sonriendo de lado, totalmente ilusionada por lo maravilloso que sería tener a un pequeño sobrino o sobrina.

Samuel me dio un beso en la cabeza.

—Te amo, hermanita.

—Y yo a ti.

Seguimos hablando de otros temas menores, y regresé a casa casi a la media noche.

En el camino a casa empecé a divagar en las nuevas experiencias y momentos extraordinarios que se avecinaban con la llegada del bebé. Imaginaba que ambos estarían muy nerviosos, pero estaba segura de que serían excelentes padres. Sam siempre fue muy protector conmigo desde que éramos niños, por lo que sabía que este bebé estaría más que cuidado. Empecé a recordar cuando me llevó a

instalarme a la NYU para iniciar mi carrera, los consejos dados, las llamadas preguntando cómo estaba… él ya era un papá. Tan solo esperaba poder estar a la altura para devolverle el favor.

9

Theo - Youth

Después de una mañana ocupada, me dirigí al colegio para recoger a mi sobrino. Me fui con treinta minutos de antelación. No había visto a Evy en toda la mañana, así que le envié un mensaje para avisarle que saldría brevemente. El texto se marcó como leído casi de inmediato, pero no hubo respuesta. Supuse que estaba ocupada.

Llegué a la escuela y Arlo no tardó en salir. Se veía un poco más animado de lo que estuvo el sábado, cuando no logramos encontrar el libro que quería. Yo me había dado por vencido. Evy no nos había llamado durante el fin de semana, así que asumí que era imposible conseguir la dichosa edición.

—¿Qué tal tu día? —pregunté alegre.

—Bien —contestó con un ligero encogimiento de hombros y la mirada triste.

Tomé su mochila y me la puse al hombro.

—Ánimo, sé que es lunes pero hoy vas conmigo al trabajo y verás a Evy.

Apenas me escuchó, abrió los ojos sorprendido. Una sonrisa apareció de la nada.

—¡Sí! ¡Seguro ya tiene el manuscrito! —exclamó, dando pequeños brincos mientras me jalaba el brazo— ¿Podemos ir rápido?

—Tranquilo, no corras —dije entre risas.

—¡Pero tú caminas muy lento! —protestó, tirando más fuerte de mí—. ¡Vamos, vamos, rápido! ¡Ya quiero llegar!

—No fijamos hora. Descuida, Evy se va hasta las siete.

Empezamos a caminar, estábamos a cuatro cuadras de la editorial.

—¿Qué sucede? —cuestioné.

—¿Podemos llevarle una flor? —preguntó, señalando el puesto frente a él, con los ojos grandes y llenos de esperanza.

—¿Una flor? —pregunté, con sorpresa— ¿Por qué? —insistí frunciendo el ceño, mirándolo con desconcierto.

—No sé. Creo que a todas las mujeres les gustan, ¡son bonitas! —dijo, encogiéndose de hombros, con expresión inocente.

—Es verdad —dije, alzando las cejas—. Pero normalmente se regalan en ocasiones especiales. Hoy solo es lunes, y no es su cumpleaños.

—Pero mamá dice que todos los días son especiales. Quiero llevarle una, ¡a lo mejor un día es tu

novia! —exclamó, mientras me veía expectante, esperando mi respuesta.

Ay, Alessia, pensé. Tallé mi frente, sopesando si explicarle a qué se refería su madre. Arlo todavía se tomaba todo literal. Suspiré.

—Está bien —conferí—. Vamos —dije, acercándome al puesto de flores junto con él.

No me molesté en hacerlo entender, seguro no me escucharía, ya tenía la idea de llevarle una flor y no habría poder humano que lo hiciera cambiar de opinión. Me di por vencido.

Al estar frente al puesto, miramos con atención las pocas opciones disponibles.

—¡Quiero esta! —señaló una rosa roja, y viendo al vendedor.

—¡NO! —grité más fuerte de lo pensado.

Ambos me vieron confundidos.

—Quiero decir, mejor una blanca, por favor —puntualicé al vendedor.

—Pero yo quiero esta —insistió Arlo, frunciendo el ceño y cruzando los brazos, como si estuviera convencido de que su elección era la mejor.

—llevemos la blanca; no podemos llevar la roja.

—¿Por qué no? —preguntó, enfadado. —Yo quiero ese color.

Porque esto podría malinterpretarse, pensé.

—¿Y por qué no una azul? —sugerí, acercándome un poco, sonriéndole e intentando hacer que cambiara de parecer. —Es algo más original, seguro que…

—Pero esta combina con el libro que le presté —dijo, haciendo un pequeño puchero y mirando la flor con desdén.

No lo había visto desde ese punto. Para él tenía sentido, pero yo sabía que si llegaba con una rosa roja, por más que dijera que fue idea de mi sobrino, Evy podría tomarlo a mal. Por otro lado, Arlo insistía mucho en que fuera precisamente esa. Suspiré derrotado.

—De acuerdo, ¿puede darme una roja y una azul, por favor?

Enseguida nos las entregaron, envueltas cada una en papel estraza. Pagué y nos dirigimos directamente a la editorial. Tuve suerte de que, al subir al quinto piso, no nos encontráramos con algún conocido; sería difícil de explicar el por qué llevábamos rosas. Nunca imaginé que la primera vez que le comprara flores a Evy sería de esta forma. Me apenaba lo que pudiera interpretar pero también me invadía la curiosidad por ver su reacción. *¿Y si creía que estaba utilizando a mi sobrino como excusa para darle un regalo? ¿Se enfadaría? Podría decirle que era un agradecimiento por tomarse la molestia de buscar el libro. O por lo del manuscrito que le prometió. Podría ser una forma de disculpa por lo del viernes que llegué tarde a la junta...*

—¿Por qué tienes las orejas tan rojas? —preguntó Arlo, frunciendo el ceño y mirándome con curiosidad, interrumpiendo mis pensamientos.

—No las tengo así —respondí de inmediato.

Sin mirarlo, me llevé las manos a las orejas. Busqué mi reflejo en el espejo del ascensor. Al verme, me di cuenta de que efectivamente estaban rojas. Instintivamente traté de taparlas con las manos, solo para darme cuenta de que estaban ardiendo.

—Probablemente me voy a resfriar —contesté con lo primero que se me ocurrió decir.

—Deberías tomar un té como hace mamá —comentó, con una sonrisa, como si esa fuera la solución a todo.

Afortunadamente, después de eso, no volvió a decir más nada. *Este niño me meterá en problemas en cualquier segundo.* Las puertas del ascensor se abrieron y justo nos encontramos a Nate, quien, al

vernos, sonrió burlón.

—Vaya… vaya… —exclamó con sarcasmo—. ¿Qué haces por aquí, pequeñín? ¿Y esas flores? —preguntó, mirando las rosas y alzando las cejas, con curiosidad.

—¡Son para Evy! —dijo con mucha alegría, balanceando las rosas de un lado otro con entusiasmo.

Cerré los ojos un segundo, tratando de mantener la compostura. Apreté los labios, evitando dar explicaciones innecesarias. No importaba cuántas excusas intentara dar, nadie me creería.

—Ya veo, esto se ve… —empezó a decir Nate.

Lo fulminé con la mirada.

—Muy bien. Después me cuentas cómo les fue —dijo mi amigo, mirando a Arlo, pero sin perder esa sonrisa burlona.

—Fue idea de él —aclaré.

—Sí…. claro…—comentó con escepticismo—. Fue su idea —añadió, manteniendo la sonrisa.

No me cree. ¡Por supuesto que no me cree!

—¡Nos vemos! —gritó Arlo.

Estaba desesperado por ver a Evy. Y no era el único. Sin embargo, yo no podía demostrar tal efusividad, tenía que comportarme normal. Se trataba de entregar las flores a mi jefa, solo eso.

Ajá, ¿y por eso nos tardamos tanto en elegir qué ponernos hoy, peinarnos y ahora nos sudan las manos?. Gruñí para mis adentros. La tensión se apoderaba de mi cuerpo, moví el cuello de un lado a otro y eché los hombros hacia atrás, en un intento de relajarme un poco. Nate lo notó y rio.

—Sí, sí, vayan, Evy acaba de regresar a su oficina —informó Nate, entrando al ascensor detrás de nosotros.

—¿Hubo reunión? —pregunté arrugando la frente.

Mi mente empezó a correr, tratando de recordar todos los pendientes del día.

Nada más falta que lo hubiera olvidado, sería la segunda vez que llegaría tarde, pensé.

—No. Tuvo una cita, o algo así escuché.

¿Una cita? ¿Salía con alguien? ¿Desde cuándo? ¿Por qué?. Repasé mentalmente todas las interacciones desde mi llegada a Loop, no recordaba haberla visto con alguien. *Un momento*, pensé, *tal vez sería una cita de trabajo, no tenía que tratarse de algo romántico.*

—¡Vamos a buscarla! —exclamó Arlo, sacándome de mis pensamientos; tomó mi mano y avanzó, arrastrándome a la oficina.

A escasos metros, nos paramos en seco al ver que estaba despidiéndose, muy sonriente, de un hombre de traje.

—¿Quién es él? —preguntó Arlo, mirando con desconfianza, como si no le gustara lo que veía.

—No lo conozco, supongo que es de alguna otra oficina —contesté, intentando sonar lo más relajado posible, aunque podía sentir la incomodidad recorriendo mi cuerpo de pies a cabeza.

El pequeño me miró y asintió con la cabeza, como si la explicación que le di fuera suficiente. Nos quedamos de pie a un costado, esperando, hasta que vimos a Evy entrar a su oficina. Aquel hombre sonriente y de cabello extremadamente bien peinado caminó en nuestra dirección. Al pasar junto a nosotros, nos saludó amablemente. Le devolvimos el gesto y él siguió su camino.

Sentí un hueco en el estómago, como si me hubieran golpeado. No podía negar que verla con alguien más me iba a doler; después de todo, me sentía atraído por ella desde el día que la conocí, pero no tenía el derecho a interferir de ninguna manera.

Arlo me jaló para seguir caminando, así que lo seguí. Nos asomamos por la puerta y pude verla sonreír al ver algo que estaba dentro de una caja. *¿Acaso era un regalo? El hueco de mi estómago se hizo más grande. Jamás consideré que tuviera competencia. Aunque, pensándolo bien, ni siquiera estaba seguro de que alguna vez pudiera hablar con ella de algo tan personal.*

—¡Hola, Evy! —exclamó Arlo, emocionado, acercándose con una gran sonrisa mientras escondía las flores detrás de su espalda.

—¡Hola! ¡Qué gusto verte! He estado esperándote todo el día.

La forma en la que habló, tan cariñosa, parecía que se conocían de toda la vida. Verlos interactuar era algo que me daba mucha tranquilidad, sobre todo porque Arlo solía ser retraído con gente nueva y, de alguna manera, ambos conectaron bien desde que se conocieron.

—Acabo de salir de la escuela. ¡Ten, son para ti! —dijo, sacando las flores de detrás de su espalda y dándoselas todo sonriente.

—¿Para mí? —exclamó, con los ojos abiertos de asombro— ¿De verdad? —preguntó, volteando a verme, como si no pudiera creer aquello.

Su mirada era tan profunda que sentí una oleada de calor recorrer todo mi cuerpo. Tragué saliva con dificultad, sentí mis mejillas arder. Tan solo esperaba que no lo notara.

—Fue su idea traerte un regalo —dije con voz trémula, esforzándome por ocultar la incomodidad que me invadía.

¿Estaba enfadada? ¿Me iba a reclamar?

Volteé a ver a mi sobrino, quien solo sonrió emocionado. Metí mis manos a los bolsillos del abrigo para que no notara que me sudaban. Tenía que agregar algo coherente, que no se notara mi duda, pero no se me ocurría nada.

—Muchas gracias, me encantan las rosas —dijo Evy, viendo a Arlo con ternura.

Escucharla y verla sonreír me hizo sentir aliviado. *Uf, me preocupé por nada*. Me temía que se enfadara o se sintiera incómoda, pero al parecer, recibir flores fue un gran acierto. Sus ojos brillaban con ilusión, empecé a perderme en ellos.

—Sobre todo las azules, tienen un significado muy lindo —acotó ella, con una sonrisa enorme mientras sus ojos se iluminaban al ver el detalle.

¿Significado especial? Mi estómago me dio un vuelco. *Debí elegir la blanca, era lo más inocente, ¡lo más seguro!. ¡Pero no! había optado por una menos común. ¿Y si había metido la pata? A todo esto ¿qué tenía de especial?* No estaba seguro. Me llevé una mano detrás del cuello, miré al piso, intentando pensar en algo inteligente qué decir.

—Yo elegí la roja, ¡y tío Theo la azul!

¿Qué? ¿Cómo se le ocurría decir eso? ¡Necesitaba con urgencia entrar a internet a revisar qué significaba el maldito color! ¿Y si estaba enviando un mensaje erróneo? ¿Algo como "amigos por siempre"? Me jalé el cabello de la desesperación.

—¡Me encantan las dos! ¡Muchas gracias! —exclamó efusiva. Luego me miró, sonrojada—. A ti también, Theo, gracias. Acaban de mejorar mi lunes.

La sonrisa que me dedicó me quitó el aliento. Mi corazón era como una locomotora sin freno, y una segunda oleada de calor me subió al rostro, obligándome a desviar la mirada momentáneamente.

—De nada, queríamos alegrar tu día —dije, encogiéndome de hombros, queriendo sonar casual.

—Las pondré aquí —dijo, colocando las flores en un florero en forma de libro que tenía junto a la ventana y echándoles un poco de agua de su botella—. Listo. Ahora, tengo una sorpresa para ti —

comentó, volviendo la mirada hacia Arlo, subiendo y bajando las cejas de forma juguetona, anticipando su reacción.

—¿Qué? ¿El manuscrito? —preguntó, con los ojos bien abiertos, mostrando su inquietud y pegando saltos emocionados.

—Ah… —exclamó, apretando los labios y llevando el dedo índice a su boca, denotando duda—. Ahora que lo pienso, son dos sorpresas, no una —añadió, con sonrisa traviesa.

—¿¡Dos sorpresas!? —preguntamos al unísono, sin poder ocultar nuestro asombro.

Evy soltó una risa juguetona. *¡Me estaba volviendo loco con sus gestos!, nunca la había visto tan relajada y contenta como hoy. Se veía tan hermosa, quería abrazarla, oler su perfume...¿A qué sabrían esos labios?* Me mordí la lengua al darme cuenta de que mis pensamientos se estaban alejando del presente.

—Está bien, espera. Primero este. —Sacó un encuadernado de un cajón y se lo entregó—. Es un borrador que llegó hace un mes, más o menos. —Luego se dirigió a mí—. Cody lo revisó y dice que tiene potencial, pero que cree que podría ser para un público más joven. Ya lo leí y pienso igual. Lo pasé a la editorial que se enfoca en niños y adolescentes, pero guardé una copia para mí. Entonces pensé que sería bueno si me das tu opinión. Serías el primero en tenerlo antes de que se publique.

—¿Voy a ser el primero en leerlo? —preguntó Arlo, dando saltos de emoción—. ¡Eso suena increíble! ¡Voy a leerlo todo rápido!

Ella sonrió divertida, al parecer esperaba esa reacción del pequeño.

—Ahora escúchame bien —dijo, poniéndose seria y clavando la mirada en él, mientras levantaba el dedo índice, como si subrayara cara palabra—. Le pedí permiso al autor antes de prestártelo, así que por favor, no se lo cuentes ni compartas con nadie ¿de acuerdo?

—*¡Pinky promise!* —dijo Arlo, entrecerrando los ojos y levantando el meñique con una sonrisa traviesa, como si fuera un juramento serio.

Evy, feliz de su reacción, levantó el dedo y entrelazó su meñique con el de él, sellando el pacto.

—Muchas gracias, no tenías que hacerlo —dije apenado.

No quería que se sintiera obligada a hacer cosas que pudieran meterla en líos.

—No hay problema —dijo, sonriendo mientras negaba ligeramente con la cabeza—. Arlo es un lector importante así que estoy feliz de poder prestarle un material así —comentó, mirando al niño con una expresión de satisfacción—. Lo cual, por cierto… —añadió, poniendo una caja voluminosa sobre el escritorio, la misma que había estado en su silla cuando entramos y que ahora observaba con una sonrisa cómplice—. …me lleva a la siguiente sorpresa, creo que esto te gustará aún más —susurró, guiñándole un ojo mientras se le iluminaba el rostro con complicidad.

—¿Qué es? —pregunté, frunciendo el ceño, totalmente intrigado.

Arlo se paró de puntillas para alcanzar a ver. Evy se mordió el labio, tratando de ocultar su emoción. Sacó una bolsa de terciopelo de la caja. Era una bolsa muy elegante, con un cordón dorado. Por cómo lo tomó, asumí que era un libro.

—Ustedes me llamaron el sábado por la edición especial de *Vampiros y Dragones: La Profecía* —dijo, con una sonrisa enigmática—. La busqué en tiendas, pero ya no había… —agregó, con un deje de tristeza en la voz, como si aún sintiera la frustración de no haberla encontrado a tiempo.

—Fuimos a un montón de lugares y no la encontramos —murmuró Arlo, mirando al suelo mientras jugaba con su pie, como si pateara suavemente una pelota invisible, claramente decepcionado.

—Pero… —exclamó Evy, haciendo que la mirara expectante—. Pude conseguirte esto —dijo mientras le entregaba la bolsa de terciopelo negro.

Arlo tomó el presente con curiosidad, abriéndolo con cuidado. De repente, sus ojitos se agrandaron de la impresión y se quedó boquiabierto. Arrugué la frente, sin entender su reacción; me parecía un poco exagerada, entretanto, ella no paraba de sonreír viéndolo.

—¡¿Lo conseguiste?! —exclamó, con la voz llena de asombro.

¿Conseguir? Era una edición normal ¿o no? Pronto me di cuenta de que estaba equivocado. Había sacado de la bolsa una edición especial con los cantos pintados. Ahora, el que se quedó con la boca abierta ¡fui yo!

—¿De dónde lo sacaste? Me dijiste que no lo habías conseguido —exclamé, mirando el dichoso libro en las manos de mi sobrino.

Mi sorpresa se mezcló con un tono que, sin querer, sonó a reproche.

—Digamos que tengo mis contactos—dijo, pavoneándose orgullosa—. Pero eso no es todo, ábrelo.

El niño obedeció, y casi de inmediato empezó a gritar emocionado. Sin poder contenerme, me incliné para ver y pude entender el motivo de su reacción. Era una edición firmada por el autor y con dedicatoria especial. Evy rio, encantada con su entusiasmo, y él, sin dudarlo, la abrazó.

—¡Gracias, Evy! ¡Eres la mejor del mundo!

Ella dejó de reír. Se quedó como congelada, sin saber dónde poner las manos, o qué hacer. Al parecer no estaba acostumbrada a los niños.

—No es nada —contestó un poco sorprendida, en medio de un suspiro.

—¿Cómo que no es nada? —pregunté, inquieto, bajando un poco la voz—. Seguro esto costó una fortuna… —añadí, rascándome la nuca, algo apenado porque no quería se tomara tantas molestias.

—Te prometo que no —dijo, levantando las manos y sacudiendo la cabeza para enfatizar su negativa—. De verdad. Alguien lo consiguió por mí, no fue nada. Solo tuve que mentir un poco, lo admito —susurró al final, poniendo una expresión cómica, como si confesara una travesura.

—¿Por qué? —pregunté, cruzándome de brazos, ladeando un poco la cabeza, totalmente intrigado.

—Ejercí un poco de presión diciendo que era para mi sobrino —reconoció, mordiéndose el labio y arrugando la frente, avergonzada.

Me quedé boquiabierto ante su respuesta. *¿Dijo que era su sobrino? ¿Por qué pensó que eso ayudaría a conseguir el libro? ¿Habría pensado en ser su tía? Eso significaría que yo tenía una ligera posibilidad y... ¡No! Theo ¡contrólate!*

—De otra manera no lo habría conseguido, espero no les moleste —añadió, a manera de disculpa.

—¡Si quieres, puedo ser tu sobrino! —comentó sin dudarlo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Arlo! —exclamé, llamándole la atención.

De verdad, este niño provocaría que me despidieran antes de tener una mínima oportunidad de invitar a salir a Evy.

Ella se rio. Yo también, pero de lo nervioso que me estaba poniendo el rumbo que había tomado la conversación.

—Bien, creo que tienes mucho que leer ahora —añadió ella, centrándose nuevamente en el niño.

—¡Sí! ¿Cuándo te lo tengo que regresar? —preguntó Arlo, con mucha seriedad para sus ocho años.

—No hay prisa, tómate tu tiempo. Solo necesito pedirte un favor.

—¡Claro, tía!

Puse los ojos en blanco, pero ella no le tomó aprecio al comentario.

—No descuides la escuela, de otra forma tu mamá no te dejará venir de nuevo, ¿está bien? Primero las tareas y después el manuscrito y los dragones.

—Sí, lo prometo.

Volvió a levantar el meñique y los entrelazaron en señal de promesa.

—Creo que ya te quitamos mucho tiempo —comenté, apresurado por salir de la oficina antes de que saliera con más ocurrencias—. Estaremos en la oficina para que precisamente este pequeño haga tarea y después pueda dedicarse a leer sus libros nuevos.

—Excelente. Yo tengo unas llamadas que hacer pero, cualquier cosa, aquí me encuentran.

Quitó la caja del escritorio para dejarla en el suelo y tomó el teléfono. Esto era señal de que realmente estaba ocupada. Puse mi mano en la espalda de Arlo, incitándolo a salir, pero no sin antes agradecerle nuevamente a Evy por el gran favor de habernos conseguido esa edición firmada.

Una vez en mi oficina, el pequeño no podía contener su felicidad. Hizo tarea en tiempo récord e inició con su libro de dragones. Mientras yo trabajaba con unas portadas para una novela gráfica, lo veía de reojo, sumido en esas historias de fantasía. Sentí nostalgia pensar en mi Alessia, que también era una lectora incansable desde pequeña. Me dio tristeza y coraje recordar que su exesposo odiaba que leyera tanto. Esa fue una de las muchas cosas por las que discutían; no la dejaba ser ella misma.

Para eso de las siete de la noche, apareció el mismo hombre que habíamos visto salir de la oficina de Evy. Disimuladamente me puse de pie y me asomé por la ventana. Salieron juntos unos minutos después. Ella llevaba su abrigo y su bolsa, conversaban animadamente. Se notaba interesado, su forma de moverse a la par, la mirada que le dirigía… esto no podía ser de trabajo, debía ser otra cosa.

La sangre empezó a hervirme, mis músculos se tensaron y una rabia silenciosa se instaló en mi garganta. La imagen de ellos dos juntos me hizo apretar los puños, luchando por no dejar que mi enojo me dominara. Ni yo mismo me reconocía.

Se le notaba contenta y… hermosa. Me quedé hechizado con la forma en que sonreía, de repente, pasaron frente a mi oficina y los seguí con la mirada hasta que subieron al ascensor. *¿Quién era ese sujeto?*

10

Theo - Jealous

Al día siguiente, pasé por un par de cafés; quería tener un detalle con Evy después del tremendo regalo que le había hecho a Arlo. No sabía exactamente qué tipo de bebida era el de su preferencia, así que me aventuré a pedir uno de temporada. Llegué animado a la editorial, pero mi alegría se esfumó casi de inmediato cuando la vi subiendo al ascensor, del brazo del mismo hombre con quien la había visto la noche anterior. Ambos reían y ella apoyaba su cabeza en su hombro. Me quedé pasmado hasta que las puertas del elevador se empezaron a cerrar.

En el último segundo, su mirada se cruzó con la mía y me sonrió. No pude devolverle el gesto; algo se quebró dentro de mí al verla tan feliz con aquel hombre.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Nate, quien se había acercado de manera sigilosa, sacándome de mis cavilaciones.

—No, estaba tratando de recordar algo, pero lo olvidé —dije, girándome hacia él e intentando que mi voz sonara casual—. ¿Quieres un café? —pregunté, buscando distraerme.

Aunque mi gesto podía ser sereno, la verdad es que por dentro me estaba consumiendo la rabia.

—Oye, no soy tu jefe, no tienes que quedar bien conmigo —se rio y sacudió la cabeza en un gesto de negación divertida, antes de tomar uno de los vasos.

—Tenían dos por uno, no bebo tanto café —mentí, procurando poner una expresión relajada.

—Gracias. Me hace falta para despertar —dijo, antes de darle un sorbo a la bebida—. Anoche Harper y yo tuvimos bastante acción, casi no dormimos…

—No me cuentes esas cosas —lo interrumpí, arrugando la frente ante las imágenes que llegaban a mi cabeza—. Mucho menos tan temprano, me quitarás el poco ánimo que tengo —dije asqueado.

—El señor amargado necesita salir con alguien para que recuerde lo que es bueno —dijo, propinándome un codazo suave en el costado.

El poco humor que me quedaba, lo perdí. Nate andaba de simple, así que mejor me fui. Lo dejé hablando solo. Apenas alcancé a escuchar que volvió a darme las gracias por el café. Subí al ascensor; el día estaba iniciando mal. Subieron conmigo otras seis personas; íbamos algo apretujados. Tres de ellos bajaron en el piso de administrativo, dos más en Riddle Books, en el cuarto piso. Llegamos al quinto, donde estaban las oficinas de Loop. Me despedí de la señora que quedaba y caminé viendo al suelo.

—Buenos días —dijo una voz, sacándome de mis pensamientos.

Era el jefe.

—Buenos días, señor Wells. ¿Cómo está? —saludé, con una breve inclinación de la cabeza.

—Bien, aunque algo apresurado. ¿Ya estás listo para esta tarde?

Fruncí el ceño, no sabía de qué hablaba.

—¿Esta tarde? —respondí, algo desconcertado, sin saber a qué se refería.

—Tenemos conferencia de prensa.

—¿¡Hoy!? —exclamé, abriendo los ojos con sorpresa.

Harper no había mencionado nada. Ni siquiera Nate, que lo acababa de ver en el lobby. ¿O tal vez era que no había leído el correo con la información?

El señor Wells se rio al notar mi sorpresa.

—No te preocupes, nadie lo sabía hasta esta mañana —dijo, al cabo de un rato, divertido con mi cara de confusión.

Le devolví la risa por compromiso, aunque no entendía lo gracioso.

—¿De qué es la conferencia? —me aventuré a preguntar.

—Solo algunos anuncios importantes que debo darle a todo el personal, cosas que también le competen al público, así que vendrán medios de comunicación. Seguro Harper te avisa en cuanto te vea. Los espero a las cuatro en punto en la sala de usos múltiples.

—Claro que sí, ahí estaré —afirmé con la cabeza enseguida.

—Excelente.

Me dio unas palmadas en la espalda y se marchó.

¿Qué clase de anuncios importantes tendría que dar para que vinieran los medios? Hasta donde sabía, la difusión de nuevas publicaciones se hacía primero en redes sociales y después las entrevistas con los medios. Pero esto sonaba a algo más grande, pensé para mis adentros.

Seguí caminando, intentando imaginar qué se anunciaría. Iba tan distraído que, de pronto, solo sentí un golpe, escuché hojas caer al suelo y mi café derramarse junto con ellos.

—¡Perdón! ¡He manchado tus papeles! —exclamé apresurado, agachándome para recogerlos.

Luego, escuché una risa que hizo que mi corazón se acelerara.

—Si esto se hace costumbre, más te vale usar impermeable.

Sentí mis orejas arder.

Evy seguía recogiendo el desastre en el piso; se veía alegre… *muy alegre para mi gusto. ¿Sería por aquél tipo con el que la vi en el lobby?*

—Discúlpame, iba muy distraído… ¿Te eché a perder algo importante?

—No, descuida, es papel reciclado que iba a llevar a administración —confirmó.

El día de hoy lucía particularmente hermosa. Llevaba su cabello suelto, cosa no muy común, ya que siempre lo llevaba amarrado con una pinza o hasta con lápices. Sus ojos brillaban como estrellas en una noche oscura… Fijó sus ojos en mí. Aclaré mi garganta para que no notara que me había perdido en ella.

—Yo lo llevo, sin problema —ofrecí de inmediato.

—¿De verdad?

—Sí, claro. Te veo algo apresurada así que, puedo hacerlo sin inconveniente —aseguré, intentando sonar casual.

—Gracias —dijo, con una gran sonrisa que me estaba partiendo el alma, tan solo de pensar que era por alguien más y no por mí—. Tengo varias cosas que organizar, tendremos una rueda de prensa más tarde.

—Justo por eso iba distraído, el señor Wells me comentó.

—Oh, excelente. Te espero ahí entonces; es a las cuatro en punto.

Recogió la última hoja y la ayudé a incorporarse. *¿Me esperaba?* Mi ilusión subió levemente al escuchar esas palabras.

—Ahí estaré —le aseguré, sonriente.

—¿Dónde dejo esto?

La poca alegría recuperada se fue seis metros bajo tierra al escuchar la voz del de cabello perfecto. Llevaba una caja con afiches y *displays*. Lo peor fue ver que ella seguía sonriendo cuando se giró hacia él.

—En la sala del primer piso, Liv dijo que querían poner los promocionales de libros anteriores —le contestó amablemente.

—De acuerdo, los llevaré abajo —replicó el tipo, guiñándole un ojo.

Me tensé al verlo hacer eso, *¿cómo se atrevía?*. Evy me dejó la pila de papeles para reciclar, así que me dirigí al ascensor esperando que el tipejo no fuera conmigo. Hice como que no lo vi, presioné el botón del segundo piso y las puertas empezaron a cerrar, pero para mi maldita suerte, venía corriendo tras de mí. Apenas puso un pie dentro, las puertas lo aplastaron un poco antes de retroceder, lo cual me dio risa pero me contuve de mostrarla.

—Lo siento, no vi que venías justo detrás —mentí por ser amable, no podía perder la compostura tan fácilmente.

—Descuida, creí que iba a bajar más cosas pero al final no.

Me irritaba que fuera tan amable. De no ser porque salía con Evy, me caería bien.

—Disculpa, no me he presentado formalmente, soy Kai Black, editor en jefe de Playground —dijo, extendiendo su mano hacia mí, sonriente.

Lo saludé con la mano libre, intentando no triturarle la mano al estrecharla, aunque vi con satisfacción un gesto de dolor en su rostro.

—Theo Haven, ilustrador —contesté, lo más diplomáticamente posible.

—¡Tú eres Theo! Evy habla mucho de ti, la salvaste con tu talento —exclamó emocionado.

—No es para tanto —comenté con desdén.

—¡Claro que sí! —replicó, un tanto emocionado.

Apreté los labios, quería que se callara de una buena vez, pero parecía no darse cuenta.

—Trabajar con Enzo es complicado —continuó—. Cuando estábamos en Insight, tuve una junta con él y…

Por fin las puertas del elevador se abrieron en el segundo piso.

—Disculpa, debo bajar aquí —lo interrumpí, apresurándome a salir.

—Sí, luego te cuento, nos vemos.

Apenas se cerró el ascensor, pude quitar de mi rostro la sonrisa falsa que cargaba.

—Idiota —murmuré entre dientes, encabronado.

—¿Todo bien, querido?

Me sobresalté al escuchar a la señora Georgina.

—Perdona por asustarte, creo que venías muy concentrado.

—Disculpe… —dije avergonzado—. Me enviaron a dejar este papel para reciclar.

—Claro, ven, es por aquí —me guio hacia el pasillo de la izquierda donde estaba un área de escritorios pegados entre sí.

Varios empleados trabajaban y conversaban animadamente. Hacia el final, había un contenedor enorme que decía "papel reciclado".

—Muchas gracias, es usted muy amable —agregué.

Dejé la pila de hojas y regresé al quinto piso. Todos corrían como gallinas sin cabeza, no los había visto tan nerviosos. Al parecer, el evento de más tarde era importante.

No podía concentrarme en nada por estar pensando en Evy y la relación con el tal Kai Black. Ella nunca había mencionado que salía con alguien, aunque tampoco tenía motivo para hacerlo.

Arrastré los pies hasta mi escritorio y me puse a dibujar cualquier cosa. No estaba haciendo nada en particular; estaba demasiado enfadado. Por lo menos, si alguien se asomaba y me veía dibujando, creerían que estaba ocupado y se alejarían.

Me salté la hora de comida. La decepción me quitó el hambre. Empecé a dibujarme a mí mismo golpeando al tal Black; al menos podría desquitarme con mis ilustraciones.

De pronto, mi celular sonó. Lo tomé para ver que tenía un mensaje de Evy.

"Empezamos en cinco minutos, ¿vendrás? Te vi ocupado y no quise interrumpirte. Pero si es posible, te espero aquí"

Respiré hondo y me dispuse a bajar a la sala de usos múltiples.

Cuando llegué al primer piso, el lugar estaba repleto; tan solo veía gente hablando, flashes de cámara, dos televisoras, presentadores con sus micrófonos… Vi al señor Wells junto con Liv, que, si mal no recordaba, se encargaba de las Relaciones Públicas de la editorial, especialmente de Enzo. Enseguida vi a Evy, conversando con el idiota de Black y otras personas, que, por su vestimenta, asumí eran los editores en jefe de cada sello editorial de Insight.

Dudé en acercarme, puesto que Harper y los otros dos diseñadores no estaban con ellos, ni siquiera los otros editores. Quise marcharme, pero en eso Evy me vio y me hizo señas para que me acercara. Puse mi mejor cara y caminé hasta ellos.

—Ven, ya casi empezamos —dijo ella alegre.

—¿Está bien que esté aquí, casi al frente? —le pregunté directamente, en voz baja, ignorando a los demás.

—Sí, descuida. Ya toda la sala está llena. Nosotros pasaremos allá arriba con el señor Wells, pero puedes quedarte de este lado. Por cierto… —dijo, tomando el brazo de Black—. No te he presentado, él es…

—Kai Black —comenté, terminando la frase, no quería escuchar lo emocionada que estaba por hablar de él—. Nos conocimos esta mañana en el ascensor.

—Es verdad, fue una gran coincidencia —admitió el aludido, sonriente.

Cerré mis manos en puños, me estaba costando controlarme.

En eso, las luces se apagaron para dejar solo las que enfocaban el templete. Había una mesa con micrófonos y detrás de esta, cinco sillas. Asumí que era una para cada editor en jefe.

La gente empezó a guardar silencio. Subió una chica rubia a dar la bienvenida a la conferencia de prensa. Presentó a quienes estarían en el escenario: el señor Wells, Evy, Black, y otras dos personas, cuyos nombres no recordaba, pero que, efectivamente, eran los dirigentes de los otros sellos.

Una vez terminada la presentación por parte de la chica, le cedió la palabra al jefe. Desde su asiento, empezó a dar su mensaje, hablando primero de lo orgulloso que se sentía de que la editorial estuviera creciendo y otras cosas típicas de un dueño. No entendía qué papel jugaba yo, como diseñador, estando aquí, pero si Evy me necesitaba, aquí estaría.

—Creí que no habías venido —dijo Nate, parándose al lado mío.

—Llegué casi cuando iniciaba esto, estuve ocupado —repliqué serio, tratando de poner atención a lo que decían a los medios.

—Al señor Wells le encanta hacer un escándalo de cualquier cosa. Según escuché a Harper, anunciará resultados de ventas de los sellos, por eso subieron a los editores en jefe.

Me crucé de brazos, esto iba a ser largo entonces.

—¿Van a hablar todos? —pregunté, arrugando la cara, en un claro gesto de aburrimiento.

Se rio y aclaró su garganta para pasar la risa desapercibida.

—No lo creo, solo los quiere de apoyo moral. Pero, aunque hablaran, no tardaremos más de cuarenta minutos, ya lo verás. Estamos a poco de que inicie el otoño, y eso significa nuevos lanzamientos. Probablemente anuncie algo sobre lo más esperado, como lo de las ediciones especiales de Enzo.

Levanté una ceja. Él sabía más que yo, así que me quedaba confiar en sus palabras. La verdad, no pude poner atención a lo que decía el señor Wells; mi mirada estaba fija en Evy. Desde donde estaba, podía observarla sin temor a que lo notara. Las luces la hacían resaltar; yo estaba en la oscuridad. Poco a poco, todo a mi alrededor dejó de importar y de existir. Solo tenía ojos y atención para ella.

De pronto, sentí un codazo. Me quejé.

—¿Te estás durmiendo? —preguntó Nate, mirándome fijamente con curiosidad.

—No.

—Pues parece, tienes los ojos de borrego a medio morir —se burló.

Puse los ojos en blanco. *¡Ya que se acabe el día, por favor!,* rogué mentalmente.

—Si quieres sal de aquí, nadie notará que no estás, hay demasiada gente. Si alguien pregunta, yo te cubro —añadió Nate, sin darle mucha importancia a mi cara de fastidio.

Iba a replicar cuando, en eso, escuché la voz de Evy por el micrófono. Mi atención fue directamente hacia ella. Empezó a dar las gracias a su equipo en Loop por tanto esfuerzo y nos felicitó. No pude evitar sonreír. Mencionó el próximo lanzamiento de la edición especial de Enzo y que estuvieran atentos para una sorpresa. Asumí que se refería a las cuatro portadas. Me sentí orgulloso. Cuando terminó de hablar, todos empezaron a aplaudir, incluyéndome.

—¡Qué efusivo! —exclamó Nate con sarcasmo, quien también aplaudía, pero no tanto como yo.

Lo ignoré.

Hablaron los otros editores; más me valía poner atención para no ser tan obvio de que solo atendía a lo que Evy dijera o hiciera. Cuando el editor de Panic terminó de hablar, el señor Wells tomó la palabra de nuevo.

—¡Por fin, esto ya va a terminar!, tengo que hacer unas llamadas —murmuró Nate, fastidiado.

Sonreí a medias.

—Gracias a nuestros jefes editores por sus novedades; esperamos que este otoño sea tan exitoso como lo han logrado hasta ahora. Para terminar, me queda un anuncio más por hacer. Me complace anunciar que uno de nuestros autores más cotizados, después de tomarse un par de años sin publicar por otros proyectos personales, regresa con una nueva novela… —dijo el señor Wells, ceremonioso.

Todos empezaron a murmurar. Vi que todos los editores que estaban en el templete, se miraron entre sí, nerviosos y emocionados, pero Evy no; se veía más bien tensa. Eso llamó mi atención. Fruncí el ceño. Vi de reojo que Nate se removía algo incómodo en su lugar, miró al suelo y volvió la vista al frente. El señor Wells esperó unos segundos a que todos se calmaran, lo cual no tardó en

ocurrir.

—Bien, aunque esta clase de avisos se suelen hacer por sello, quise aprovechar la ocasión para dar el anuncio yo mismo. Alexander, ¿puedes ponerte de pie, por favor? —finalizó el señor Wells.

11

Theo - Lose my breath

Los *clicks* de las cámaras en modo ráfaga no se hicieron esperar. Los flashes cegaban a todos, quienes buscaban entre la multitud al tal Alexander. Toda la atención estaba en un hombre que se ubicaba al fondo de la sala, vistiendo traje gris oscuro, camisa azul y corbata roja. Cabello engominado y mirada severa. Sonreía maliciosamente, para mi gusto. Saludó con un gesto de la mano mientras los destellos de las cámaras lo acaparaban. Muchos se veían emocionados, pero a mí me dio mala espina por alguna razón. De pronto, busqué a Evy con la mirada, me di cuenta de que su ojo derecho empezaba a temblar, y su gesto se ensombreció. Se cubrió la boca con ambas manos.

"¡Alexander! ¡Por aquí! "

"¡Mira hacia acá!"

"¡Alexander! ¡Alexander!"

Los fotógrafos gritaban para poder captar una mejor imagen del susodicho.

—Como podrán adivinar, Alexander Lavigne tiene un proyecto en camino. Y, aunque sus últimas obras fueron publicadas con el sello de Riddle, en esta ocasión trabajará con Loop para una nueva obra de ciencia ficción que será lanzada… —decía el señor Wells, levantando el mentón, claramente orgulloso de la reacción de todos.

El autor entrecerró los ojos; su mirada era calculadora. No parpadeó, veía algo fijamente al frente. Cualquiera creería que sonreía ligeramente a las cámaras, pero más bien miraba a alguien.

¡A Evy!.

Me enfurecí cuando me di cuenta de que era el objetivo de su expresión.

Mientras tanto, ella enderezó su postura y puso gesto serio, como cualquier otra ocasión en el trabajo. Sin embargo, su ojo tembloroso y su mandíbula apretada me daban a entender que estaba incómoda. Era como si tuviera *¿miedo?*

Empezó la ronda de preguntas de los medios, pero no puse atención.

—¡Qué horror tener que trabajar con él! —expresó Nate, fastidiado, sin quitarle la mirada de encima.

—¿Por qué? ¿Lo conoces? —pregunté, tratando de sonar desinteresado.

—Sí, publicó su primer libro con Loop hace años. De hecho, Evy fue su editora, pero…

Negó con la cabeza, visiblemente molesto.

—¿Pero qué?

Resopló.

—Es que es raro —continuó diciendo, con gesto de incomodidad—. Cuando publicó por primera vez, era muy sociable y agradable con todos. Pero después de publicar el tercer libro, cambió de género literario.

—¿Y por qué? —le pregunté, inclinándome levemente hacia adelante para escucharlo mejor.

—Tenía una carrera prometedora en la ciencia ficción, pero en el proceso de publicación del segundo y tercer libro, su actitud se volvió fría y pedante. Algún problema debió tener, porque, de la nada, anunció que se alejaría para dedicarse a otros géneros literarios —comentó, ladeando un poco la cabeza—. Lo que llama la atención es que no cambió de editorial. Simplemente empezó a dedicarse a novelas policiacas y *thrillers.* Trabajaba intercalando con Panic y Riddle. Todos sus libros fueron exitosos. Luego, anunció que se tomaría un descanso para viajar por el mundo, y ahora regresa precisamente con nosotros a Loop. No entiendo.

Me intrigaba más la reacción de Evy; no podía importarme menos lo que Lavigne hiciera o no con su carrera.

—…gracias por su asistencia… —dijo la chica rubia, dando por finalizada la conferencia de prensa.

Las luces se encendieron y las personas empezaron a avanzar hacia las mesas donde había bocadillos y bebidas.

Me quedé en mi lugar, esperando que Evy bajara del escenario. La seguí con la mirada; me dio la impresión de que estaba *¿enfadada?*. En parte, su actitud me tranquilizó un poco; prefería eso a que tuviera miedo de algo. De cualquier forma, quería saber qué había sucedido.

Bajaron los editores de los otros sellos; conversaban animadamente del regreso de Lavigne a la editorial. Black le tendió la mano a Evy para ayudarla a bajar, le decía algo, pero ella simplemente no contestaba. Sin darle las gracias, se fue siguiendo al señor Wells. De algún modo, el que lo ignorara, me dio una satisfacción enorme.

Harper se acercó a nosotros; también se veía molesta. Nate, al verla, le extendió los brazos para abrazarla. Ella sonrió y resopló.

—¿Cómo les cayó la noticia? —preguntó un tanto desanimada.

—No sé qué pensar —le respondió su marido, encogiéndose de hombros—. Supongo que todavía no saben quién va a trabajar con él, ¿cierto?

—No, no sabemos aún. El maldito de Wells no nos dijo nada —musitó Harper—. Pobre Evy, estaba toda sorprendida. Debió avisarnos; bueno a mí no, a ella por ser la jefa.

—Tranquila, al menos tú no vas a lidiar con él —la consoló, tratando de animarla.

—No directamente, pero en algún momento tendré que cruzar palabra por el diseño. Pobre del editor o editora que le asignen —emuló ella, alzando las cejas—. En fin, no me preocuparé hasta que Evy dé instrucciones; seguro ella resuelve de la mejor manera para que nadie sufra.

—Apuesto a que ella se hace cargo de la edición —se burló Nate.

—No lo dudaría —resopló resignada.

No me causó gracia escuchar eso. Lavigne no me daba buena espina.

—¿Y tú qué? ¿Por qué tan serio? —preguntó Nate, dándome una palmada en la espalda con más fuerza de la necesaria, haciéndome perder el equilibrio.

—Estoy fastidiado —dije, ladeando mi cabeza, tensando la mandíbula—. Creo que iré por algo de comer; vi bocadillos por allá.

—Adelante, come algo —dijo Harper, señalando el camino.

Sonreí levemente y me fui hacia la mesa. Tomé unas galletas. Varias personas estaban abandonando la sala, y algunos de mis compañeros estaban hablando y comiendo, al parecer nadie tenía prisa por volver a las oficinas.

No quería estar cerca de nadie; me interesaba encontrar a Evy para asegurarme de que estaba bien, pero no la pude localizar.

Salí de la sala, me detuve frente a una de las columnas del *lobby* para terminar mis galletas y luego, subir a la oficina. Si nadie tenía prisa por volver a trabajar, yo tampoco.

Estaba mordiendo la segunda galleta cuando escuché unos tacones y un par de zapatos caminar apresuradamente. No volteé a ver para no ser chismoso, pero los pasos se detuvieron del otro lado de la columna donde yo estaba. Pude ver sus sombras.

—No seas así, ¿no te alegró la noticia? Volveremos a trabajar juntos —era la voz de Lavigne.

—Deja de seguirme, ¿¡quieres!?

Me puse en alerta al escuchar a Evy. Casi me atraganto. No hice ruido para escuchar mejor. Lavigne soltó una risa baja y profunda, cada carcajada sonaba medida y suave. Era obvio que el sujeto era calculador.

—¿De verdad creíste que te habías librado de mí? —se burló.

Su voz era grave, pero a un volumen bajo, casi en un susurro. Enunciaba cada palabra correctamente.

—¡Que vayas a publicar con nosotros no significa que yo vaya a trabajar directamente contigo!, ¿¡está claro!? —exclamó Evy, firme.

—Tienes razón. No había tenido oportunidad de felicitarte. Editora en jefe de Loop. Impresionante que lo lograras sin mí. O tal vez fue a raíz de trabajar para mí.

Mi cuerpo se tensó. Un calor intenso subió por mi cuello, mis puños se apretaron involuntariamente. Cada palabra de Lavigne me retumbaba en la cabeza, como si estuviera a punto de explotar.

¿Dónde estaba Black? ¡Tenía que estar con Evy para defenderla!, pensé.

Escaneé el *lobby,* pero no lo vi.

—Las cosas no son como antes, te lo advierto —espetó ella.

—Vamos, *Evelyn-lyn*. Al menos finge un poco que te da gusto volver a verme —dijo en tono desagradable.

—¡Quítate! —lo reprendió.

Escucharla, en lo que parecía una mezcla de enfado y repulsión, causó que se me acelerara el pulso. Su voz, tensa y cortante, me dio el valor de interrumpir. Caminé hacia el otro lado de la columna, como si no los hubiera visto.

—¿Todo bien por aquí? —pregunté, tratando de sonar despreocupado.

Lavigne me miró con superioridad.

—Estamos en mitad de algo importante, así que si no te importa… —dijo, intentando que me fuera.

No lo iba a lograr.

—Me importa bastante —afirmé.

Me escaneó de pies a cabeza, tratando de descifrarme.

—Me presento, soy Theo Haven, el novio de Evy.

No supe en qué momento pensé que decir eso era buena idea, pero si el maldito de Kai no

aparecía para protegerla, lo haría yo.

Lavigne se quedó pasmado, no pudo disimularlo. Lo miré sin parpadear, mostrando toda la seguridad posible. Evy no dijo nada. Ni siquiera volteé a verla, pero tomé su mano y ella enseguida la aceptó.

—Vaya, esto no lo esperaba. Creí que no tenías tiempo para una relación —recriminó, sin rastro de emoción alguna, entornando los ojos.

Tenía que ser más convincente de alguna manera. Piensa rápido.

—Cuando se ama de verdad, uno se da el tiempo —acotó ella, sin chistar.

La seguridad con la que habló me tomó por sorpresa. Sin embargo, me enfoqué en controlar mi expresión para no demostrarlo o se caería este circo.

—Disculpa ¿y tú eres? —pregunté, fingiendo curiosidad.

Extendí mi mano hacia él. Me miró con desdén, pero la estrechó. Con gusto, la presioné más de lo debido.

—¿No sabes quién soy? —bufó, y su mirada, fija y desafiante, me dejaron ver que no esperaba esa respuesta.

Sonreí de medio lado. No iba a intimidar a Evy, mucho menos a mí.

—No, discúlpame —respondí.

—Seguro no eres del medio —comentó para sí mismo, acomodando su saco.

—Llevo doce años en la industria y nunca había escuchado de ti —agregué de inmediato.

Bufó, torciendo el gesto. Miró a ambos lados, ajustó su corbata y entornó los ojos hacia mí

—Soy Alexander Lavigne, autor de *Insensatos* y *Teorías de un asesino*.

—No me suenan —refuté, frunciendo la boca—. Lo siento, pero es un gusto conocerte.

Su rostro se desencajó al instante. De reojo, vi que Evy se llevó una mano a la boca, intentando no reír.

—Preciosa, ya es hora de irnos —mencioné, suavizando la mirada, mordiéndome medio labio inferior.

—Cierto, vamos —me contestó, alzando la mirada, sus ojos brillaban. Claramente estaba siguiéndome el juego.

Vio a Lavigne pero no le dijo nada. Apretó mi mano, y fue mi señal para empezar a caminar. Avanzamos hacia los ascensores.

—Gracias —susurró, un poco más tranquila.

—Espera, que esto no parece haber terminado aún —alerté, alzando su mano para darle un beso y así poder ver de reojo qué hacía el imbécil de Lavigne.

Evy se desconcertó por el gesto, se detuvo en seco y yo con ella.

—¿Por qué…?

—No mires atrás —musité, sonriendo lo más cautivador que pude para no levantar sospechas—. Espera un momento más, nos está siguiendo.

Lo pude ver acercándose a nosotros, enfadado. Al parecer, no tenía intención de dar por terminada la interacción. Volteé hacia donde estaba Lavigne, para que Evy entendiera a qué me refería. Ella giró levemente la cabeza y vi miedo reflejado en su rostro. Tenía que hacer algo, lo que fuera pero rápido.

—Discúlpame por esto —murmuré, apresurado.

—¿Por qué? —preguntó ella, levantando las cejas, claramente desconcertada. Su boca se abrió

ligeramente mientras inclinaba la cabeza hacia un lado, intentando procesar mi disculpa.

Jalé su mano, la pasé alrededor de mi cuello mientras, con mi mano libre, rodeé su cintura y la besé. Fue todo muy rápido y lento a la vez. Pude ver la sorpresa en su gesto, pero nunca dudó ni me quitó de encima. Pronto cerró sus ojos y se dejó llevar, yo hice lo mismo. Me perdí en sus labios. Jamás había probado algo tan delicioso. Tras el beso, apoyé mi frente en la suya. Me encontraba un poco agitado.

—Perdón —susurré, sin dejar de sonreír.

Toda mi atención estaba en ella. Su mirada se paseaba por mi rostro; con su mano derecha, me acomodó el cabello.

—Perdóname tú a mí por esto —dijo en voz baja y me jaló hacia ella para besarme de nuevo.

Esta vez el sorprendido fui yo, pues todo esto estaba ocurriendo a mitad del *lobby* de la editorial, donde cualquiera podía vernos. El beso terminó; noté que estaba algo agitada. Yo estaba totalmente perdido en el momento. De pronto, se escucharon aplausos. Se sobresaltó y yo sentí mis orejas arder con el primer clac.

—¡Pero qué escondido se tenían esto, ustedes dos! —exclamó Liv, sorprendida.

Fue muy gracioso, porque era una mezcla de sorpresa y reclamo. Remojé mis labios, disfrutando el sabor de Evy, que aún sentía en mi boca. No podía dejar de sonreír. A ella se le veía estaba estresada.

—Lo que pasa es que… —intentó explicarle.

Liv empezó a negar con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—No tienen que decir nada, me encanta que estén juntos. Sabía que había algo entre ustedes desde aquella vez que me presentaste a Theo. ¿No te lo dije, Diego?

Un chico, vestido todo de negro, le sonrió.

—Sí, apenas llegamos lo mencionó —comentó, en tono formal.

Evy soltó una risita avergonzada y desvió la mirada.

—Bueno, nosotros no… —intenté decir algo coherente, pero mi mente aún divagaba en los besos.

—¡Perdón, interrumpimos su momento! —exclamó Liv, un poco avergonzada—. Nosotros ya nos vamos. Los llamo mañana para seguir con la planeación —agregó.

Lavigne pasó cerca, nos echó una mirada asesina y salió a toda velocidad el edificio.

—Gracias —le respondí—. Vamos, hermosa.

Tomé a Evy de la mano y nos encaminamos al quinto piso para ir a la oficina. Mi intención era que habláramos en el ascensor, pero no fue posible porque subieron varias personas con nosotros. Quedamos atrapados hacia el fondo. Ella quedó pegada a la esquina de la derecha y yo quedé casi encima, de frente. Tuve que apoyar una mano en la pared para no tocarla ni incomodarla. Podía sentir su respiración nerviosa. Evitaba mi mirada, sin éxito. La observaba intentando descifrar sus pensamientos. *¿Estaría molesta conmigo?,* me pregunté.

Podría despedirme, al fin y al cabo, me había pasado de la raya con mi jefa.

En el piso de administrativo bajaron algunos, pero seguía estando lleno el ascensor como para hablar. Al menos pude dar un par de pasos hacia atrás para darle más espacio. Aclaré mi garganta y me giré hacia la puerta. Sentía que, si seguía tan cerca, la volvería a besar y ahora no tendría una razón lógica para hacerlo.

¿Razón lógica? ¡Fue una tremenda locura besar a tu jefa!, me gritó mi conciencia.

Llegamos al quinto piso; Evy salió apresurada y yo tras ella. No había nadie porque, al final,

todos habíamos bajado al evento; éramos los primeros en volver.

—Espera —dije, pero no me hizo caso, siguió caminando hacia su oficina—. Tenemos que hablar —insistí, desesperado.

Se detuvo en seco, pero no se giró. Empecé a caminar hacia ella.

—Oye, sobre lo que pasó… —balbuceé, no podía hilar una explicación coherente.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó, con voz ligeramente temblorosa, entre sorprendida y perdida en sus propios pensamientos.

12

Evy - Someday

Theo no me contestaba; no quería verlo porque estaba completamente nerviosa. Me sentía temblorosa, con los latidos tan acelerados de tantas emociones, que pensé que mi corazón estallaría en cualquier momento. No podía controlar mi maldita respiración. Me costó mucho comportarme profesional y diplomática ante la aparición de Alexander, pero que Theo se adjudicara el papel de mi novio me desconcentró, *aunque debo reconocer que de la mejor manera,* pensé.

La gota que derramó el vaso fue el beso. *¿Por qué lo hizo?*

Escuché sus pasos detrás de mí, y conforme se acercaba, mi respiración se volvía más errática. Finalmente, me giré hacia él.

—¿Por qué lo hiciste? —insistí, intentando controlar mi voz, para que no se notara lo afectada que estaba.

Quedamos a dos metros de distancia. Él estaba completamente rojo; no sabía qué postura adoptar. Se movía tratando de encontrar qué hacer o qué decir.

—Discúlpame, sé que me pasé de la raya, pero ese tipo te estaba molestando, y como no vi a Kai cerca…

—¿Kai? ¿Qué tiene que ver él? —arrugué la frente e incliné la cabeza hacia un lado, tratando de entender.

—Pues es tu novio, ¿no? Se supone que su responsabilidad es cuidar de ti, defenderte, pero como no lo vi…

—¿Por qué creerías eso? —cuestioné, cruzándome de brazos, con los labios ligeramente abiertos —. ¿Te dijo algo? —alcé una ceja, con la mirada fija en él.

¿De dónde había salido esa idea de que estábamos juntos? ¿O sería que le había dicho algo? Theo se vio molesto cuando los presenté. Mencionó que ya se habían conocido... maldito Kai, ¡me las pagará!

—No me dijo nada, lo que pasa es que… bueno, yo creí que estaban juntos —mencionó, apresurado—. Ayer, después de lo de Arlo, vi que entró a tu oficina; salieron muy abrazados… y esta mañana también los vi juntos.

—Solo somos amigos —sentencié, sosteniéndole la mirada, con la respiración agitada.

No era relevante seguir hablando de Kai, aquí lo importante era lo que acababa de suceder.

—¿Amigos? —exclamó, con los ojos muy abiertos, parecía sorprendido.

Un indicio de sonrisa parecía asomarse en su rostro.

¿Se alegraba? Ash, ¡concéntrate!, me regañé a mí misma.

—Sí, somos amigos —confirmé, un poco exasperada.

No quería seguir hablando de él, ¡quería entender lo que había sucedido entre nosotros!

Parpadeó varias veces. Se pasó una mano por detrás del cuello, sonrió de lado y enseguida bajó la mirada al suelo. Aclaró su garganta y frunció el ceño.

—Como sea, te debo una disculpa porque, para empezar, eres mi jefa y…

—No importa —dije, en un afán de tranquilizarlo.

Ladeó su cabeza, confundido por mi comentario. Abrí la boca para decir algo, pero no supe cómo formular mi pregunta sin sonar… *¿Imprudente? ¿Rara? ¿Emocionada? ¡Haz la pregunta, Evelyn!*

Sacudí mi cabeza, fruncí el ceño, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Cómo…? —empecé a preguntar, con el corazón acelerado—. ¿Cómo se te ocurrió esa forma de ayudarme?

Estaba agradecida. Y aunque quisiera negarlo, una parte de mí estaba muy emocionada, como si fuera una chiquilla. Él era bien parecido, eso era innegable, pero no podía ilusionarme con alguien que estaba a mi cargo y que, para empeorar las cosas, era menor que yo.

—Me dio rabia ver que Lavigne te estuviera molestando —exclamó, cabizbajo.

Estaba inquieto, intentó cruzarse de brazos pero enseguida los bajó para ocultar sus manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Por qué? —suavicé la voz, intentando mirarlo a los ojos.

Debería estar molesta. Lo tenía todo controlado. Sabía perfectamente cómo tratar con Alexander. Sin embargo, cuando él llegó...

—No sé el contexto —interrumpió mis pensamientos—. Pero, al parecer, que él volviera a trabajar a Loop desconcertó a varios, pero sobre todo a ti.

¿Por qué tenías que ser tan observador?, pensé.

—Cuando salí de la sala lo escuché hablarte de mala manera y… sencillamente no pude ignorarlo —agregó, con ceño fruncido, levantando levemente la mirada—. Lo siento, sé que no debí intervenir, pero no iba a soportar que estuviera hablándote así —finalizó, levantando el mentón, con la postura firme y su mirada fija en la mía.

Los nervios me invadían.

¿Qué tanto había escuchado de nuestra conversación?

Mi ojo empezó a temblar de la ansiedad.

Tenía que contestar algo pero ¿qué? Cualquier respuesta que pudiera darle daría pie a preguntas que no quería responder, al menos no a él.

—¿Por qué estabas ahí? ¿Me seguiste? —cuestioné, sonando más ilusionada de lo que me hubiera gustado.

—No, te lo juro que no. Salí de la sala porque había demasiada gente. Iba a la oficina, pero me entretuve comiendo unas galletas. Me detuve cerca del pilar y escuché sin querer.

Tomé aire, intentando calmar mis nervios.

No mencionó nada que me delatara; al menos tenía eso a mi favor, me dije a mí misma, para tranquilizarme.

—De acuerdo, de acuerdo —asentí—. Te creo.

Acomodé mi cabello detrás de mis orejas, *debí traer algo para sujetarlo.*

—Oye, sé que estuvo mal que yo… —se acercó a mí y me puse nerviosa. Sus ojos tenían un destello muy peculiar, su frente arrugada lo hacía ser convincente de lo que quería—… me

presentara como tu pareja cuando….

El ascensor sonó al abrirse y nos hizo retroceder a ambos.

—¡Uy, perdón! Creo que interrumpí algo —exclamó Harper al salir, llevando una caja con promocionales.

—Discúlpame —dije de inmediato, para alejarme de Theo—. Olvidé por completo ayudarte a recoger las cosas.

—Descuida, tengo una idea de cómo estás en este momento —dijo ella, frunciendo la nariz en señal de desagrado.

—Permíteme —dijo Theo.

Cargó la caja que llevaba Harper y enseguida la llevó a la bodega. Aprovechando que se había alejado, decidí enfocar mi atención en otra cosa.

—¿Puedo hablar contigo en mi oficina? —pregunté a mi amiga, preocupada.

Junté mis manos en señal de súplica; quería alejarme cuanto antes.

—Claro, vamos —contestó ella.

Me apresuré a entrar; necesitaba despejarme de todo lo que había sucedido. Theo no tenía idea de quién era Alexander ni de lo que había pasado conmigo. Ni siquiera le importaba, y aún así había intervenido.

¿Y de qué forma se le ocurrió? ¡Presentándose como mi novio! Era una locura, tan solo acarreó más problemas que ahora yo tendría que resolver.

Cerré la puerta con pasador; no quería que nadie interrumpiera. Lo que estaba por decirle a Harper no iba a ser fácil para ninguna de las dos.

—Amiga —dije angustiada.

—¡No me hables así! ¡No me gusta para nada ese tono! —reclamó con voz aguda.

Fruncí los labios y abrí los ojos tanto como pude.

—Definitivamente no me gusta lo que sea que vayas a decir —agregó, con mirada asustada.

—Siéntate —dije, resignada.

Obedeció sin dejar de mirarme; ni parpadeaba porque intuía lo que le iba a decir. Me senté a su lado. Quise tomar su mano, pero me arrepentí enseguida; no sabía ni cómo empezar.

—¡Ya!, ¡suéltalo, rápido! —exigió, cubriéndose los ojos con ambas manos—. Que sea como una bandita. Entre más rápido, mejor.

—Hablé con el señor Wells sobre Alexander.

Abrió sus ojos lentamente, mirando entre sus dedos, aún con ceño fruncido esperando lo peor.

—Me pidió que eligiera a los mejores para trabajar con él —continué, arrugando la frente y frunciendo los labios, a manera de disculpa.

—¡Ay, no! —exclamó, dolida.

—¡Eres la mejor diseñadora que tengo! —justifiqué, esperando comprensión.

—¿No puedes enviar a Theo? ¡Es la sensación en Loop! —refutó, ofendida—. Seguro él puede con Alexander.

Lo había pensado cuando me enteré de la noticia, pero, tras lo sucedido en el *lobby*, tendría que mantenerlos alejados. Harper no estaba enterada de los hechos.

—No fue mi primera opción, tú eres la mejor —dije con la mejor sonrisa posible.

Obviamente, no me creyó.

—Pero no lo suficiente para que Enzo quisiera mis diseños.

Pude percatarme de la desilusión en su voz.

—Por algo eres la jefa de diseño —argumenté.

Entrecerró los ojos.

—Tú ocultas algo —comentó con una sonrisa pícara.

¿Lo sabía? No era posible. De haber sido así lo habría dicho cuando nos interrumpió.

—Vamos, dime —insistió, un poco compungida—. No quieres estar sola con ese tipejo, ¿cierto?

—Necesito personas de mi entera confianza para poder tolerar a Alexander —respondí entristecida.

No era la principal razón, pero no por eso dejaba de ser verdad.

—No quiero estar sola con él, Harper. Te juro que no voy a aguantar esto.

Legalmente, no podíamos estar a solas juntos, pero no tenía permitido contarle.

—¿Ya podrás decirme lo que sucedió? —preguntó, preocupada.

Negué con la cabeza. Ella sabía que yo ocultaba algo, me dolía no poder contárselo.

—Te hicieron firmar un acuerdo de confidencialidad, ¿cierto?

Asentí. Un nudo apareció en mi garganta al recordar todo. Harper suspiró, triste.

—No te preocupes. Estaré contigo todo el proceso —dijo con tono más suave—. ¿Ya le asignaste editor?

—Oficialmente no, pero pensaba en Nate —respondí, torciendo un poco el gesto, esperando que no se enfadara—. Es el mejor editor que tengo en el equipo, con suficiente experiencia para trabajar este proyecto —justifiqué de inmediato—. Así, en las juntas de supervisión, seríamos tres contra Alexander.

Ella soltó una risa burlona.

—Cuenta con él, yo se lo diré.

No pude evitar abrazarla; me quitaba un gran peso de encima que accediera a ayudarme con esto.

—Vaya, debió ser algo fuerte para que te pongas así —mencionó, alzando una ceja, seguro imaginando mil escenarios sobre lo sucedido.

—No tienes idea, Harp.

Las pesadillas de seis años atrás regresaban para atormentarme.

—Tranquila. Todo esto terminará pronto, ya lo verás. Al menos, no lo están contratando de editor.

Ambas reímos y ella se puso de pie.

—Bien —exclamó, suspirando pesadamente—. Será mejor que vayas a casa a descansar. Esta clase de noticias no son fáciles de digerir. Si alguien pregunta, yo te cubro.

—Gracias. De cualquier forma ya no queda mucho que hacer por hoy, así que, me iré —aseguré, forzando una sonrisa.

—Bien. Yo buscaré a Nate para hablar con él de esto de una vez —acordó, antes de salir de la oficina.

Me dejé caer en la silla detrás de mi escritorio, mirando al techo.

¿En qué momento todo se retorció así?

El sonido de una llamada entrante a mi celular me sobresaltó. Era una videollamada de Maddie. Eso fue inesperado; no me llamaba a media tarde porque sabía que estaba trabajando. Teníamos establecido comunicarnos después de las ocho de la noche, a menos que fuera una emergencia.

13

Evy - I'm fine

Presioné el botón de contestar.

—¡Evy! ¡Gracias a Dios que contestas!

Estaba en la sala de su casa, lo cual me tranquilizó un poco.

—¿Qué sucede, Maddie? —pregunté, angustiada.

—¿Interrumpo algo? —inquirió, curiosa.

—No, descuida. Estoy en la oficina aún, puedo hablar sin problemas. Pero, dime, ¿está todo bien? —insistí, apretando los labios, preocupada por ella.

—Sí, sí, perdona, es que no tengo ni noción del tiempo en este momento.

—¿Por qué? —fruncí el ceño.

Se veía inquieta, pero no asustada.

—Tuve cita con mi ginecólogo hoy de nuevo.

Me cubrí la boca, empecé a temblar.

—Tranquila, está todo perfecto —aseguró ella, con una sonrisa de oreja a oreja, haciendo un pequeño baile.

Me llevé la mano al corazón y me apoyé en mi silla.

—¡No me asustes así! Pensé que había pasado algo malo. No podía creer mi mala suerte de hoy —me quejé, cerrando los ojos, tratando de calmarme., cerrando los ojos, tratando de calmarme.

—Un momento, ¿cuál mala suerte? —preguntó mientras acomodaba el celular en algún sitio para poder verme bien y cruzarse de brazos.

—Vas tú primero, tú me llamaste. ¿Por qué volviste al médico si el viernes pasado fuiste? —cuestioné.

—El viernes no pudieron hacerme la ecografía, y esta vez sí. ¡Fue hermoso! —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja. —El bebé está bien. Estoy de trece semanas, y ¡ya sé qué es! —empezó a dar pequeños saltos.

—Oye, oye, tranquila, ¿sí? No brinques o te harás daño —la regañé, acercándome a la pantalla del teléfono.

Puso cara de pocos amigos.

—¿De verdad ya sabes si es niño o niña? —pregunté emocionada—. ¿Tan pronto se puede saber?

Yo no tenía experiencia en eso, pero asumía que se requería más tiempo para asegurarse. Sin embargo, Maddie asintió, mordiéndose los labios, tratando inútilmente de no sonreír.

—Bueno, sabes lo desesperada que soy —dijo, riendo. Resoplé, divertida—. Entonces, apenas supe que estaba embarazada, corrí a Walgreens por una prueba casera, ¡así que ya lo sé! —presumió, orgullosa.

Fruncí el ceño, nunca había escuchado que existieran pruebas que revelaran el sexo del bebé.

—¿Y harán una fiesta para revelarlo? —pregunté, intentando averiguar si esto era una invitación o simplemente me lo diría.

—No. El estúpido de tu hermano estaba tan emocionado que empezó a decirle a medio mundo y ya no es sorpresa para nadie.

—¡Hey! ¿Y yo estoy pintada o qué? ¡A mí nadie me ha dicho nada todavía! —reclamé, enfadada—. Samuel ni siquiera me ha enviado mensaje para saludar.

Malddie soltó una carcajada.

—Perdón. Lo amenacé con castrarlo si no me dejaba decírtelo personalmente.

Por primera vez en el día pude reír sinceramente. Podía imaginar la cara de Samuel al escuchar la amenaza.

—Por eso te llamaba. Como sé que no puedes venir así de la nada, quise hacer videollamada para darte la noticia. ¿Estás lista?

—Adelante, no puedo esperar —dije, expectante, enderezando mi postura.

Me mordí el labio esperando la respuesta. Fuera lo que fuera, solo me interesaba que estuviera sano.

—¡Tendremos una niña! —gritó con gran alegría.

Me cubrí la boca con una mano, mientras con la otra, me sostuve del descansa brazos de mi silla. De repente, sentí unas lágrimas rodar por mis mejillas, empecé a sonreír pero no podía mantener el gesto porque mis labios empezaron a temblar, eran demasiadas las emociones.

—¿Tendré una sobrina? —sollocé.

—Así es. ¡Serás la mejor tía del mundo para esta princesa! Estoy segura de ello.

Juntó sus manos, entrelazando sus dedos.

—¡Esto es increíble! —dije, secando mis lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó, arrugando su frente, con la mirada fija en la pantalla.

—Sí, estoy bien. Es solo que todo esto ha sido tan rápido que aún me cuesta creer que es real —reí y sollocé a la vez.

—Entonces, dime ¿por qué dices que tuviste un día de mala suerte? —preguntó, frunciendo la boca.

Resoplé, derrotada.

—¿Tan mal estuvo? —insistió, con gesto de desagrado.

—No, mal no, es solo que… ni si quiera puedo explicarlo, si me hubieran dicho lo que iba a pasar hoy creería que era la trama de una novela.

—¡Uy, suena interesante! Permíteme sentarme para escucharte con atención —dijo, al tiempo que se dirigía al sillón para estar más cómoda.

—Pues, hoy hubo una conferencia de prensa, tuvimos muy buena respuesta de los medios a pesar de la premura…

—¿Pero? —interrumpió.

—Apareció Alexander —solté de golpe.

Vi mi propio miedo reflejado en su expresión. Se cubrió la boca con ambas manos.

—¿Qué dices? —exclamó con un hilo de voz.

—Como lo escuchas. Mi jefe anunció que volverá a publicar con nosotros en Loop.

Sentía mis ojos pesados. La cabeza me dolía tanto que parecía que me iba a explotar.

—¿Y cómo te sentiste? —preguntó Maddie, pues conocía perfectamente mi historia con él.

Era la única que sabía por completo lo sucedido. Jamás me atreví a contárselo a nadie más.

—No lo voy a negar, parecía que me estaban enterrando dagas por todo el cuerpo, fue… —expliqué, estremeciéndome—. Horrible.

—¿Aún… tienes…sentimientos por él? —preguntó con cautela.

—Sí —dije, sorprendiéndola—. Odio. Es lo único que puedo experimentar cuando lo veo.

—¡Vaya, me habías espantado! —reveló, llevándose una mano al corazón.

—No tengo idea de porqué regresó si ya tiene años en el extranjero pero… en fin, al finalizar el evento fue a buscarme —confesé, negando con la cabeza, aún incrédula de lo acontecido—. No sé qué pretendía, pero si antes era pedante, ahora lo es el triple.

—¡Qué fastidio! —exclamó, ofendida.

En eso sonó el teléfono de mi oficina.

—¿Llamada de trabajo?

Entorné los ojos para distinguir la extensión del remitente. Mis ojos se abrieron de improviso cuando vi que era de la oficina de Theo.

—No es de trabajo, es mejor que la ignore —presioné el botón de desviar llamada.

—Evy —sentenció Maddie, obligándome a mirarla—. Tu cara habla por ti —añadió, cruzada de brazos, esperando que dijera algo— ¿Quién es?

—¿Quién es quién? —pregunté, fingiendo demencia.

—¡El que te llama! —exclamó desesperada.

Resoplé. No quería hablar del tema pero por alguna razón, ella intuía algo.

—Es alguien de la oficina —contesté con desdén.

—¿Qué no habías dicho que no era de trabajo? —cuestionó con voz intrigada.

—De acuerdo, me atrapaste —respondí.

Me tallé la sien, completamente fastidiada.

—¡Suéltalo!, vamos, no le diré a Samuel —me animó.

Ver su carita ilusionada me hizo rendirme. No podía ocultarle nada. Amaba su complicidad, a veces parecía más una hermana que mi cuñada.

—¿Recuerdas cuando te conté sobre el chico al que le derramé el café?

—¿El ilustrador guapo? ¡Claro! —exclamó con sonrisa traviesa.

No pude evitar perderme en los eventos recientes, en el cómo tomó mi brazo y lo pasó por encima de su cuello, la forma en que sostuvo mi cara y me besó. Suspiré sin querer.

—¡Evy! ¡Ese suspiro! ¡Cuenta ya! —apresuró Maddie.

—No es lo que crees…

—¡Entonces, suéltalo! Porque mi imaginación ya voló con la poca información disponible —insistió.

Resoplé enfadada.

—Cuando Alexander me buscó, empezó a molestarme con que jamás me desharía de él. Estábamos a mitad de la discusión cuando Theo apareció a defenderme.

Se cubrió la boca con una mano y empezó a manotear con la otra. Me dio risa.

—Se presentó como mi novio y me sacó de ahí —dije, logrando que gritara emocionada—. Y aún hay más. Cuando nos alejamos, Alexander nos siguió y… Theo me besó para que nos viera, logrando que se largara.

—¿Te besó? —preguntó, boquiabierta.

Tan solo asentí mirándola de reojo.

—¡Qué bella noticia! —exclamó feliz.

—Tranquila —me apresuré a decir, antes de que articulara lo que me estaba imaginando—. Fue fingido. No somos nada, era para que me dejara de molestar.

—Oh, no, por un momento pensé que…

—No, no, no. Vamos, ¿de verdad crees que alguien querría estar conmigo? ¿Con el carácter que me cargo? —resoplé—. ¡Y ni hablar de la diferencia de edad! Es más joven que yo. Sería una asalta-cunas.

Recargué mis codos sobre el escritorio y sobé mi sien. A esas alturas, ya me dolían la cabeza. Tan solo quería ir a casa, dormir y olvidarme de todo.

—¡Ni que le llevaras diez años, no seas cínica! —me reprendió mi cuñada.

—Tres años es mucho —argumenté, mirándola fijamente.

—Samuel me lleva cuatro.

Puso sus manos en su cintura como jarra.

—¡Pero no es igual! ¡Él es hombre! —exclamé, fastidiada—. Que una mujer sea mayor se ve mal.

—Tonterías, pero dejando eso de lado, ¿estás segura que solo lo hizo por salvarte de ese imbécil? —preguntó, haciéndome dudar—. No estás segura.

—¿Por qué puedes leerme el gesto y saber algo que ni yo sé?

—Creo que es mi nueva intuición de mamá —mencionó orgullosa—. Pero en fin, averigua qué pasó realmente, no cualquiera te besa para salvarte.

—Igual no me hago ilusiones. Obviamente el chico se cae de guapo —confesé, encogiéndome de hombros—. Pero, está a mi cargo, es menor que yo… no puede pasar nada entre nosotros.

—No seas ridícula, tu puesto y tu edad no son impedimento. Y sobre lo de Alexander, sé que no se volverá a repetir. Es prácticamente imposible que existan dos cabrones iguales.

Alcé las cejas. Técnicamente tenía razón.

Aunque podría existir uno peor, pensé.

Suspiré enfadada. Nuevamente entró una llamada, Theo era insistente.

—Mejor te dejo, creo que tienes una llamada más importante que atender. Luego me cuentas ¿De acuerdo? Cuídate, cielo.

Lanzó un par de besos a la pantalla y colgó.

El teléfono de la oficina seguía sonando. Lo miré fijamente, como si eso fuera a lograr que se callara. No lo hizo, así que me armé de valor para contestar.

—¿Sí, diga?

—*¡Evy! ¡Al fin te encuentro!* —exclamó Theo, sonaba desesperado, pero fingí no darme cuenta.

—Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—*¿Estás molesta?* —preguntó, un tono más agudo de lo normal.

—No… estoy bien —mentí, aunque mi voz sonaba descaradamente enfadada.

—*Bien. Me gustaría hablar contigo, en persona ¿podemos vernos?*

—¿Para qué? —espeté más molesta.

—*Es mejor que sea cara a cara, es importante, lo juro* —expresó, con voz temblorosa y acelerada—. *De preferencia fuera de la oficina.*

No tenía idea qué más tendría para decirme. Aún no encontraba una solución para este nuevo problema. Sin embargo, necesitaba un café, urgentemente.

—¿Te parece en Little Collins? Salgo en cinco minutos.

—*Bien, paso por tu oficina* —colgó.

Vaya misterio. Terminé de acomodar unos documentos, guardé mis cosas y me puse el abrigo.

—¿Lista? —preguntó Theo, apoyado en el marco de la puerta, con su mochila al hombro y el rostro desencajado.

Me preocupó porque se veía pálido.

—Sí, dime, ¿qué sucede? No luces bien —dije, mientras tomaba mi bolso del perchero para salir.

Hizo una mueca de incomodidad.

—Preferiría que habláramos fuera de aquí. Al parecer, las paredes tienen oídos —susurró.

De ser otra ocasión, me habría reído. Pero estaba tan tensa que solo resoplé. Pensé en iniciar la conversación en el ascensor, puesto que íbamos solos, pero se veía inquieto, así que esperé.

Al llegar al *lobby* y caminar hacia la puerta principal, noté que algunas personas murmuraban a nuestro paso, pero al voltear a verlas, se callaban. Sacudí mi cabeza, estaba paranoica.

Ahora tenía que pensar en qué hacer para resolver esto de que Alexander creía que Theo era mi novio. Si estaría visitando Loop constantemente, se daría cuenta de que todo fue falso.

Pronto llegamos a Little Collins. Ordenamos y, al tener nuestros cafés, encontramos una mesa cerca de la ventana. Me relajé un poco al oler el reconfortante aroma de mi bebida. No había olor ni sabor que me centraran más que el café.

Salvo los labios de Theo, pensé. *¿Qué rayos estaba pasando?*

Me dio un escalofrío imaginar que…

—¿Estás bien? ¿Tienes frío? —preguntó Theo.

Sus ojos denotaban preocupación. Su frente arrugada y sus labios apretados me distrajeron. Empecé a parpadear para concentrarme.

¿Por qué me ponía nerviosa?

—Estoy bien, descuida. Ahora, ¿qué es lo que tenías que decir con tanta urgencia?

—Bueno —empezó, enderezándose en su silla—. Contestando nuevamente tu pregunta de hace rato, te besé porque me enfadó la forma en que te acosaba el tal Alexander Lavigne. Quería que supiera que no estás sola.

La simple insinuación de que yo era una damisela en peligro me ofendió.

—Tampoco tengo porqué depender de un hombre, ¡sé cuidarme! —espeté, enfadada.

Me crucé de brazos, frunciendo la boca. *¿Cómo se atrevía a proclamarse mi salvador y protector? ¿Quién se creía?*

—No lo tomes así, sé que eres independiente, eso no cabe duda. Pero, bueno en mi experiencia, un hombre no dejará de insistir hasta que sepa que hay otro hombre.

Ladeé la cabeza, atónita a lo que estaba escuchando.

—¡Sé que está mal! Pero es lo que he visto. Te lo comento porque a mi hermana le pasó… en fin. Me disculpo por todo, no se repetirá —aseguró.

¿No me volverás a besar?, pensé decepcionada. *¿De dónde rayos salían esos pensamientos?*

—Entonces, ¿fue únicamente por ayudar? —pregunté, intentando ocultar mi decepción,

sintiendo cómo el estómago se me hacía un nudo, y la imagen de la fantasía que pudo ser, se desvaneció.

—Sí.

Me dolió la firmeza con la que contestó. Empecé a asentir.

—De acuerdo. Bien, si eso es todo, será mejor que me vaya —dije, poniéndome de pie.

Me tomó de la mano para detenerme. Lo miré; se veía avergonzado, aunque ahora no entendía el motivo.

—Espera, hay algo más —agregó.

Volví a sentarme. Relamió sus labios, provocando que mi corazón se acelerara. Alcé las cejas, sin saber qué esperar, pero por alguna razón, me ilusioné ante sus palabras.

—Pasó algo después de que te fuiste.

Aclaré mi garganta.

—¿Qué sucedió? ¿Hubo algún problema con los medios? —pregunté, confundida.

Theo empezó a darle vueltas a su vaso de café. Intentando ordenar sus ideas, al parecer.

—No, nada del evento, es… no sé cómo empezar a explicarlo.

—No me asustes, solo dímelo —apresuré.

Se cubrió la cara con sus manos.

Cualquier problema de trabajo podría resolverlo; sin importar la crisis de marca que ocurriera, siempre había forma de solucionarlo, pero eso requería rapidez. Necesitaba saber enseguida qué había pasado para evitar que el problema creciera. El tiempo era oro en esta industria.

—Se corrió la voz de que tú y yo estamos juntos —soltó de la nada.

Abrí los ojos de par en par, dejando caer la mandíbula, completamente estupefacta por lo que estaba escuchando.

—¿Que qué? —exclamé, intentando recuperar el aire.

Se quitó las manos de la cara y por fin pude ver sus ojos. Me recargué en el respaldo de mi silla. Ahora sí estaba en serios problemas.

14

Evy - Wish you luck

—Lo siento mucho. No sé quién nos vio. Sophie llegó bastante eufórica a preguntarme, casi a gritos, que si era verdad que yo estaba saliendo con la jefa Evelyn —exclamó, con ceño fruncido y tamborileando los dedos sin cesar en la mesa.

Me llevé las manos a la boca.

—¡No lo creería hasta que lo viera con mis propios ojos! —gritó Harper.

Ambos volteamos sorprendidos hacia ella, que estaba de pie junto a nosotros. Parecía un fantasma; jamás hacía ruido al caminar.

—Con razón estaban tensos cuando los vi hace rato al salir del ascensor —agregó, con una gran sonrisa y mirada traviesa, paseando la mirada entre nosotros dos.

—Oye, no… —intenté explicar, pero me quedé sin voz.

Mi garganta estaba completamente seca.

Y de todas formas, ¿qué iba a explicarle? ¡Esto era una locura!, pensé.

—No digan nada. Los detalles de su relación les competen a ustedes, y no se preocupen por los de la oficina; ya los aleccionaré para que no los molesten. Que pasen una excelente noche —nos lanzó un beso al aire y se fue.

Hacia el final de la cafetería, vimos a Nate esperándola. Nos saludó desde lejos, bastante entusiasmado. Le devolvimos el gesto.

—¿¡Qué voy a hacer ahora!? —me quejé en voz baja, llevándome las manos a la cabeza, masajeando mi cabello en desesperación.

Mi imaginación empezó a volar en direcciones cuestionables. No podía concretar una solución rápida para esto. Fruncí la boca, pensando con rapidez.

—¡Esto es mi culpa! Yo puedo hablar con todos mañana, no te preocupes, lo resuelvo —dijo Theo, asintiendo como si ya hubiera decidido qué decir.

Fuera lo que fuera, estaba segura de que no funcionaría.

—No —espeté pensativa, con la mirada fija en él.

—¿No? —estaba claramente extrañado.

—Alexander conoce a todos en la editorial —expliqué, sin perder el contacto visual—. Con su proyecto, estará visitando Loop más veces de las que me gustaría —agregué, bajando la mirada hacia sus manos, con la boca ligeramente abierta, atando cabos—. Si le pregunta a cualquiera, le dirán la verdad y enseguida me buscará para… —parpadeé, ahuyentando esa razón—. No importa… —

interrumpí lo que iba a decir—. Nadie entendería que lo hiciste por ayudarme. ¿Quién podría creer eso?

Ni yo lo hacía, para ser honesta.

—¿Y qué propones? —preguntó intrigado.

—¿Tienes novia? —inquirí en voz baja.

—¿¡Qué!? —casi gritó; enseguida recordó que no estábamos solos—. No, no tengo —su voz también se volvió un susurro.

—Y dices que hiciste eso solo por ayudarme, ¿cierto?

—Sí —contestó, encogiéndose de hombros.

—¿Te molestaría seguir fingiendo que estamos saliendo? —pedí, arrugando la frente, juntando ambas manos a manera de súplica.

La rojez de su rostro se desvaneció en un segundo, pasando a parecer un fantasma de la palidez.

¿Me estaba tildando de loca? ¡Claro que lo hacía! A este paso, me demandaría por acoso laboral, pensé.

—Solo por el tiempo que Alexander esté visitando Loop —insistí, mordiendo mi labio inferior—. Serán unas cuantas semanas, después, podemos decir que no funcionó y seguimos trabajando como siempre.

Era una locura, estaba consciente de ello. Pero, ¿de qué otra forma podría resolverlo?

—Pero… ¿Fingir?… —aclaró su garganta—. Es decir, ¿cómo… cómo explicamos que se dio lo nuestro? —musitó, inclinándose sobre la mesa para que solo yo escuchara.

—¡Ya bésense! —gritó Nate desde el otro lado de la cafetería.

No volteé, solo cerré los ojos, esto me estaba fastidiando. Cuando los volvía a abrir, Theo estaba mostrándole el dedo medio a Nate. Cuando se dio cuenta de que lo descubrí, bajó la mano. Pude escuchar las risas de mis dos amigos a lo lejos.

¿Cómo era posible esto? Parecíamos estudiantes. Me levanté de la silla.

—Creo que es mejor que… —empecé a decir.

—¡No te vayas! —interrumpió, con voz ¿suplicante?

Lo observé extrañada.

—Es decir, tenemos que resolver esto, ¿no? —preguntó él, alzando ambas cejas, mostrando interés.

—No me dejaste terminar —resoplé.

—Lo siento —susurró en tono de disculpa, aunque no parecía para nada arrepentido, parecía sonreír con los ojos, y relamió sus labios.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

—Decía que es mejor que vayamos a otro lugar. Tenemos que estar solos para poder pensar bien qué haremos.

—Claro, vamos.

Se levantó y me tomó de la muñeca. Me estremecí. Al darse cuenta me empezó a soltar pero yo presioné su mano para que no lo hiciera. Al fin y al cabo, teníamos que fingir. Volteé a ver hacia donde estaba Harper, me despedí de ella con una sonrisa. Ella me guiñó el ojo.

Salimos de la cafetería y enseguida lo solté. Resopló y guardó sus manos en los bolsillos de su abrigo. Empezamos a caminar hacia el estacionamiento de la editorial. No hablé; ni siquiera sabía qué decir exactamente. Aún estaba alterada. Tenía que calmarme y razonar.

—Y bien —empezó Theo, sacándome de mis pensamientos— ¿Cuál es el plan?

—De primera instancia —establecía, mientras esperábamos que cambiara el semáforo para cruzar la calle por el paso peatonal—, se me ocurre que debemos conocer más uno del otro. Lo básico como: color favorito, familia cercana, tatuajes secretos… ¿Qué? —pregunté, al no escuchar sus pasos.

Me giré hacia él, y lo vi apretando los labios evitando una risa. Tenía sus ojos muy abiertos. Lo miré, frunciendo el ceño, confundida. De la nada, echó su cabeza para atrás y soltó una carcajada que hizo que me perdiera, pero al mismo tiempo, me enfadara porque parecía estar burlándose.

—¿¡De qué te ríes!? —inquirí, molesta.

La pregunta era seria, pero él no parecía haberla entendido así. Continuó riendo. Sus ojos se hacían chiquitos cuando reía; no lo había notado. Su sonrisa era de medio lado, haciendo que su expresión fuera algo coqueta. Enseguida, parpadeé para dejar de pensar en eso.

—¿De verdad quieres saber si tengo tatuajes? —cuestionó con mirada pícara.

La forma en que preguntó me descolocó. *¿Lo había entendido con otra intención?* Sentí el latir de mi corazón algo pesado, de la vergüenza. En eso, el semáforo se puso en verde para peatones, así que cruzamos la calle. Gracias al cielo, no tenía que verlo a la cara porque me puse roja. Al llegar al otro extremo, se me ocurrió qué decir.

—Bueno, es algo que las parejas deben saber, ¿no? Debemos ser realistas.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué más?

Su media sonrisa me puso nerviosa. Aclaré mi garganta.

—Podemos decir que llevábamos una relación secreta por el hecho de que tú eres nuevo y… —me detuve a media frase.

No quería decirlo, pero era seguro que él también ya lo había pensado.

—Y que eres mi jefa, lo entiendo.

Me mordí el labio. Lo que menos quería era ofenderlo, ahora estábamos juntos en esto.

—No quería decirlo así —confesé.

—Pero es la verdad. No me lo tomo a mal, continúa —me animó, con voz amable.

Escaneé su rostro, en busca de alguna señal que me indicara que mentía, pero no la encontré. Esbozó una sonrisa. Sentí mis mejillas arder. Desvié la mirada y continué hablando.

—Si se supone que ahora todos saben de lo nuestro, debemos comportarnos como lo haría una pareja: venir juntos al trabajo, comer juntos, salir juntos —sugerí.

—Bien, puedo pasar por ti en las mañanas. Supongo que vives cerca de aquel lugar donde nos conocimos —adivinó.

—Sí, vivo en Tribeca —contesté mientras buscaba las llaves de mi auto; ya habíamos entrado al estacionamiento.

Theo me seguía como un pollito sigue a su mamá.

—Excelente, yo también. Pásame tu ubicación para coordinar tiempos. Pasaré por ti a eso de las siete —mencionó.

Esto parece ser el destino, pensé emocionada. Me volví a estremecer.

—¿Tienes frío? —preguntó Theo, preocupado.

No, la verdad es que me pones nerviosa.

Pero no podía decirle eso, no tenía sentido.

—Sí, ya es tarde —mentí mientras presionaba el control de las llaves para quitar la alarma del auto.

Enseguida, abrió la puerta para mí. Nadie había hecho eso antes.

—Gracias —dije sorprendida.

No esperaba tanta caballerosidad. Su respuesta fue una sonrisa amable mientras cerraba. A la par que me ponía el cinturón de seguridad, lo vi cruzar por la parte delantera del auto para subirse de copiloto. Parecía estar en cámara lenta. Su cabello era removido por el viento helado que empezaba a soplar por la noche, y su perfil parecía brillar con la luz mercurial.

Evy, ¿qué te está pasando? Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de la puerta abriéndose.

—¿Te incomoda que entre contigo? Digo, para continuar la conversación donde estábamos —explicó, animado.

Ni siquiera me pasó por la mente preguntarme el por qué se subía a mi auto. Así de distraída estaba.

—Adelante, sube. Hace mucho frío para estar afuera.

Encendí el auto para poder prender la calefacción. Realmente hacía mucho frío.

—¿Citas? —preguntó, como si se tratara de una lista de cosas por hacer.

—¿Qué dices? —exclamé, parpadeando sin cesar, como si eso me aclarara lo que acababa de escuchar.

—Debemos salir de vez en cuando, tener fotos para complementar nuestra coartada —explicó, sonriente.

Vaya, esto lo estaba llevando a un nivel más profesional de lo que habría pensado. Al menos entendía la importancia de los detalles.

—Sí, podemos salir los fines de semana —sugerí.

—Dos cosas más.

Se veía emocionado por esto. Asentí para que continuara hablando.

—¿Hay algo en especial que te moleste? Algo que sepas sobre seguro que no te gusta que tu pareja haga.

—Que no me engañe —solté sin pensar.

Él se rio, pero yo no. La respuesta era sincera.

—Obviamente la fidelidad es parte del trato —se apresuró a decir—. Pero me refería a… no sé, apodos que no te gusten, gestos o caricias que prefieras evitar.

¿Caricias? Mi corazón se aceleró. Me miraba esperando mi respuesta, no parpadeaba *¿por qué rayos no parpadeaba?* Simplemente negué con la cabeza. No tenía oposición al cariño, probablemente porque Alexander nunca fue detallista ni cariñoso del todo.

—De acuerdo, y una última cosa —musitó, pensativo— ¿Hay algo en especial que te habría gustado que tu pareja hiciera?

Eso era más sencillo para mí de identificar.

—Dos cosas —me reacomodé en mi asiento para poder verlo a los ojos—. Que no se enfade porque siempre estoy leyendo, por trabajo o por gusto.

Alzó las cejas, sorprendido.

—No es que ignore a mi pareja; si salimos, obviamente estoy física y mentalmente presente, pero me gusta leer antes de dormir o cuando nos quedamos en casa…

De pronto caí en cuenta de que estaba yendo muy lejos. *¿Por qué le habría de importar si leía antes de dormir?* Me di cuenta de que él sonreía al escucharme. Me sonrojé.

—¿Y la segunda? —insistió.

—No creo que deba decirlo; al fin y al cabo, esto no es…

—Adelante, dime, no te juzgo.

Me animé a decirlo solo porque se veía muy interesado en el tema. Todo fuera porque esto saliera bien. Suspiré.

—Me gustan las sorpresas—confesé, antes de hacer una pausa, esperando que se burlara, pero no lo hizo. Tan solo me miraba atento—. Me gustan los pequeños detalles de vez en cuando, solo porque sí. Creo que nadie ha sido así conmigo —agregué, encogiéndome de hombros.

—Anotado, cuenta con ello —afirmó sonriente.

—No es necesario, de verdad —me apresuré a decir.

—Claro que sí, tenemos que ser creíbles.

—Bien, te lo pagaré, descuida, no quiero alterar tus cuentas por mis tonterías y…

Puso un dedo sobre mis labios, haciendo que me callara. Mi corazón y mi respiración se detuvieron por un segundo. Abrí los ojos de par en par, paralizada mentalmente, pero físicamente, temblando con cada respiración. Tener su piel en mi fría boca me estaba provocando sensaciones que hacía mucho no experimentaba.

—En primera, no son tonterías —sentenció—. Que a ti te guste algo, lo hace especial. En segunda, no tienes que pagarme. Déjame actuar como un buen novio, ¿de acuerdo?

Quitó su dedo de mis labios. Aún podía sentir la calidez de su roce.

—Está bien —contesté en un susurro.

Sonrió. Vi un destello en sus ojos. *¿De verdad iba a ayudarme sin esperar nada a cambio?* Ninguno de los dos preguntó o mencionó qué obtendría él de todo esto, salvo que quería ayudarme a salir de este problema. Nos quedamos callados por un momento. Parecía que esperaba que dijera algo.

—Ahora es mi turno —me animé a decir— ¿Qué debo hacer yo para ser una buena novia para ti?

Se sentía extraño tener una conversación así. En mi experiencia, nadie hacía esta clase de preguntas en una verdadera relación. Parecía que elaborábamos un proyecto escolar.

—Ser tú —contestó casi de inmediato.

Me quedé helada con su respuesta.

—No tienes que hacer nada distinto; ser como eres será más creíble. Yo me encargo de lo demás —aseguró, un poco más serio.

La ilusión que de pronto sentí elevarse cayó en picada tras decir que sería más creíble si yo era yo. Por un momento me dejé llevar. Tenía que ser lo bastante fría y cuidadosa para no cruzar la línea de la actuación, si no, se volvería otra cosa.

Todo por evitar que el idiota de Alexander no me volviera a molestar. Una orden de restricción sería más rápida y efectiva, aunque solicitarla nos metería en problemas, pensé.

—Bien, entonces, te envío la ubicación de mi departamento —aseguré, mientras sacaba mi teléfono para pasarle la información.

—La tengo. En cuanto a lo demás, lo de color favorito y todo, haré una lista y te la hago llegar esta noche, ¿de acuerdo? —mencionó mientras tecleaba algo en su teléfono.

—Claro. Igual yo te haré una lista —confirmé.

—Te prometo que esto saldrá bien, no te preocupes por nada —me dio un beso en la mejilla para luego bajar del auto.

Me llevé la mano en automático, pues sentí que mi piel ardía donde habían estado sus labios.

—Hasta mañana… novia. —agregó animado.

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero la volvió a abrir de inmediato.

—Ah, por cierto —expresó con tono travieso—. Solo tengo un tatuaje en la espalda, es un dragón —me sonrió antes de cerrar la puerta.

Demasiada información.

Apenas logré decirle adiós con un gesto. El corazón me latía a mil por hora.

15

Theo - Boyfriend

Esa noche me quedé trabajando en la lista de detalles que debería saber de mí. No la terminé porque ya era tarde y quería revisar bien qué información le estaba enviando.

Al día siguiente, llegué a su casa faltando cinco minutos para las siete de la mañana. Me detuve en el departamento 2210 y toqué el timbre.

—¡Un segundo! —la escuché gritar desde el interior.

La sonrisa que se dibujó en mi rostro tras escucharla era inaudita. Empecé a bailar de la nada. Dos minutos después, abrió la puerta y me quedé quieto.

—¡Buenos días! —exclamó en tono alegre y los ojos abiertos de par en par—. No esperaba que fueras puntual.

Se veía contenta, esperaba que fuera por mí.

—Eso fue cruel, solo una vez llegué tarde —dije, frunciendo la boca, fingiendo estar ofendido.

—Dos —indicó con un par de dedos, mientras tomaba su bolso del perchero para salir—. En la entrevista inicial y en la junta con Enzo —dijo, en tono burlón.

—Bueno, la primera fue por culpa tuya —le recordé—. Quería quitar la evidencia del café en mi camisa, aunque no pude hacerlo bien, por eso tardé en entrar.

Ella se rio, y yo me quedé encantado de verla. Su risa era ligera y melodiosa. Se notaba muchísimo más relajada que la noche anterior.

—No importa, gracias de todas formas. No soy fácil ni agradable de acompañar, así que… —suspiró—. Valoro mucho lo que estás haciendo por mí.

—¿Por qué lo dices? —pregunté, arrugando la frente.

¿Acaso creía que me estaba obligando o molestando?

—Tal vez no has convivido conmigo lo suficiente. Suelo ser demasiado aprehensiva, desesperada y perfeccionista para el gusto de todos —dijo en tono apagado, mientras cerraba el departamento.

—Más bien diría apasionada por tu trabajo, por eso has llegado tan lejos para ser jefa —corregí, mientras avanzábamos al ascensor.

Se sonrojó y agachó la mirada.

—Es otra forma de verlo, supongo —dijo, aunque el tono de voz delataba que no estaba muy convencida de ello.

Al llegar al auto, abrí su puerta y le ayudé a subir. Podía notar que no sabía cómo actuar. *¿Tan mal la trataban sus novios anteriores?* No me entraba en la cabeza tal cosa.

Camino al trabajo, le pregunté por su tipo de música; quería hacer una lista de reproducción adecuada con lo que a ella le gustaba. Se negaba a decírmelo al inicio, pero eventualmente, compartió sus gustos musicales.

Era notorio que le preocupaba que la criticara. Al parecer nunca había tenido una relación madura con nadie; se sentía juzgada todo el tiempo. Me enfurecía saber eso, pero yo me encargaría de que supiera lo que era una relación de verdad. Aunque fuera fingido para ella, yo daría lo mejor de mí.

Sabía que esto no estaba bien para ninguno de los dos. En primera, porque no podía estar huyendo toda la vida de Lavigne como para pensar que fingir una relación era la solución. En segundo lugar, no significaba nada para ella, pero para mí sí. Me lastimaría mucho cuando terminara. Por eso dudé en ayudarle, pero, por otro lado, era probar lo que sería salir con alguien tan maravilloso.

Jamás me habría atrevido a invitarla a salir. por el simple hecho de que no mostraba interés en mí, más allá de ser un empleado. Sin embargo, era mi culpa que esto pasara. Ya había complicado las cosas por mi impulsividad, así que tendría que resolverlo a su manera, aunque me doliera.

Al llegar a la editorial, abrí la puerta del auto para que saliera y cargué su maletín. La acompañé todo el camino, y me ofreció su mano antes de llegar a las oficinas de Loop. Ambos estábamos comprometidos con la actuación. Decidí que disfrutaría de lo que durara esta farsa.

Al caminar por el pasillo hasta su oficina, todos nos miraban con curiosidad y hablaban en voz baja entre ellos. Yo actuaba normal, o esa era mi intención, pero la verdad es que me sentía vigilado. Entonces, me empezó a preocupar que fuera demasiado estrés para ella. Pronto, me di cuenta que no era necesario preocuparme; caminaba con la cabeza en alto, sonriendo y segura de sí misma. Jamás soltó mi mano; la sujetaba con firmeza, lo cual me alegró el corazón.

Evy no tenía idea de lo admirable que era como persona y como profesional, pero todos los demás sí que podíamos verlo.

Al llegar a su oficina, cerró la puerta tras de mí. Dejé su maletín en su escritorio.

—Vaya, salió mejor de lo que pensé —exclamé, un poco más relajado.

Se rio, su tono cómplice me divertía.

—No era necesario que cargaras con mis cosas —dijo, entre risas, un poco sonrojada de las mejillas.

—Es mi trabajo como novio facilitarte todo, así que, no te preocupes.

—Gracias.

Aunque su voz era firme, la notaba un poco nerviosa. No encontraba una postura qué adoptar y jugaba con sus manos. Asumí que intentaba actuar normal, pero que estaba siendo un verdadero reto para ella. A final de cuentas, le estaba estorbando.

—Bueno, *novia*, te dejo trabajar. Iré a mi lugar para seguir con lo mío —dije, a forma de despedida.

—¿Nos vemos para comer? —preguntó, y luego se mordió el labio.

Lo hacía de manera inconsciente, bastante seguido. Y cada vez que lo notaba, recordaba el sabor de sus labios.

—¿Quieres que salgamos o traigo algo? —ofrecí.

—O podríamos bajar al comedor con todos —sugirió.

—¿Estás segura? —pregunté, incrédulo—. Seremos el blanco de conversaciones.

Y no quería incomodarla más de lo que ya estaba.

—Si ya lo somos desde ayer —dijo, encogiéndose de hombros—. Démosles de qué hablar, ¿no crees?

Tenía una mirada pícara, no pude evitar reírme.

—De acuerdo, ya te está gustando. Paso por ti para bajar juntos.

—Nos vemos… *novio* —se despidió sonriente con un gesto de la mano.

Me llegó al corazón que me apodara "novio".

Salí de la oficina con la mirada perdida y una gran sonrisa. De pronto, sentí que toda la atención estaba encima de mí. Varios esperaban una reacción mía.

—¿Qué? —pregunté fríamente.

Todos volvieron a lo suyo entre risas. Los ignoré por completo. No podrían hacerme sentir mal.

Al llegar a mi lugar, me senté ante la computadora y la *tablet*. Me puse los lentes de armazón y un guante para ilustrar, pero no podía concentrarme en mi trabajo; divagaba en Evy a cada segundo. Sentía la responsabilidad de hacerla sentir bien este tiempo de "novios" o al menos que se divirtiera un poco durante el proceso. Ella había mencionado que le gustaría tener detalles de vez en cuando. Sabía de antemano que amaba leer, su trabajo, así que podría conseguir algo que pudiera utilizar.

Llamaron a la puerta, cerré las pestañas de la página donde estaba comprando y abrí un archivo de ilustración para disimular que estaba ocupado.

—Adelante —contesté sin ver quién era.

—Andamos de muy buen humor hoy, ¡qué diferencia de ayer!

Miré a Nate con cara de fastidio.

—Vamos, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Creías que me burlaría de ti? —preguntó mi amigo, subiendo y bajando sus cejas, dejando en evidencia la burla. Se sentó del otro lado de mi escritorio.

—No he dicho nada y ya lo estás haciendo, ¿tú que crees? —formulé de la forma más seca posible.

Quería que notara mi fastidio, pero no se daba por enterado. Se relajó en la silla.

—No es burla, es carrilla sana a manera de reclamo porque no me di cuenta de que te interesaba Evelyn —puntualizó.

—Pues sí, la verdad es que sí.

Y esa era la verdad.

—¿Y cómo pasó? Es decir, Harper nos advirtió que no los molestáramos, y obviamente a la jefa no le puedo cuestionar nada —comentó, alzando una ceja—, pero tú y yo somos amigos. Así que suelta la sopa —exigió.

Por muy amigos que fuéramos, no podía confiarle un secreto como el de esta relación falsa. Lo estimaba mucho, pero sabía que guardar silencio no era uno de sus fuertes. Entre menos personas involucradas, mejor.

—Pues, simplemente se dio —mencioné, encogiéndome de hombros, sin darle mucha importancia.

—Pero ¿cómo? ¿Hace cuánto? Lo escondieron bastante bien hasta ayer.

Era demasiado entrometido. *Paciencia, paciencia,* me recordé.

—¿Y tú cómo te enteraste? —inquirí, cruzándome de brazos, interesado en su respuesta. Nate se rio, sacó su celular.

—Ayer Cody los vio besándose a mitad del *lobby.* Creo que no fueron muy discretos. Envió la foto al chat de Insight y Harper me la reenvió.

Me mostró una foto donde, efectivamente, nos estábamos besando.

—Vaya, tu esposa sí que es metiche —contesté, tratando de no delatar mi sorpresa por la fotografía.

—Por favor, es más discreta que nadie. Pero le molesta que su mejor amiga le oculte cosas así de importantes. Quería saber si yo tenía información —explicó, mientras guardaba el teléfono—. Se sorprendió mucho cuando le dije que no tenía idea de que ustedes salían.

Levanté una ceja y volví a la pantalla de la computadora.

—Digamos que ayer no pensé bien en lo que hacía —traté de justificar, mientras volvía mi atención a la *tablet* para dibujar.

—¡Ah, perro! Mantén tus manos bajo control, no puedes tener demostraciones amorosas excesivas en el trabajo, aunque sea la jefa quien te lo pida —se burló.

Sabía que era broma, pero me ofendió el comentario y la connotación de éste. Lancé el lápiz electrónico y me volví hacia él.

—Número uno —interrumpí su risa con mi tono enfadado—. Aunque sea nuestra jefa, te pido por favor que hables de ella con respeto.

El volumen de mi voz se intensificó.

—Fue solo un beso y metí la pata. Ella ya me había dicho que quería discreción, pero, en fin, me equivoqué y ahora asumo mis consecuencias. A mí me puedes decir lo que quieras, pero de ella no te expreses así —señalé.

Mi corazón estaba sumamente acelerado del coraje. Me dolía el cuello y los hombros por la tensión repentina. Nate se quedó pasmado. Me conocía lo suficiente para saber que había sobrepasado mi límite.

—Disculpa, amigo —balbuceó—. No creí que fuera serio, no… no era mi intención. Creí que sólo te divertías…

—Pues para que te vayas enterando, lo de Evy y yo va en serio. Tan serio como tú y Harper —sentencié.

Ojalá fuera verdad, pensé.

—Así que por favor, eviten esa clase de comentarios —finalicé, más enfadado de lo que quise sonar, mirándolo fijamente.

—Sí, sí, descuida, yo me encargo —se incorporó de inmediato, arregló su camisa y miraba para todos lados evitándome.

—Gracias —lo dije con sinceridad.

Nate aún estaba impactado por mi reacción. No me arrepentía de mi forma de contestarle; no toleraría que se burlaran de ella. Aunque ya me imaginaba los comentarios, seguro iban por el lado de que yo quería un aumento, crecer en la empresa o que Evy buscaba un juguete más joven… La cantidad de idioteces que podrían decir no tenían límite.

—Bien, me voy, sé que estás ocupado. ¿Te veo en la comida?

—No iré hoy —dije fastidiado—. Saldré con Evy, quiero darle una sorpresa.

Me las ingeniaría para sacarla de la editorial. No quería que estuvieran comentando tonterías en el comedor.

—Claro, claro. Oye, espera, una pregunta —dijo con tiento.

—Dime —espeté, esperando que no siguiera con sus bromas de mal gusto.

—Tú habías dicho que no querías un trabajo fijo desde lo de… —se aclaró la garganta—. Bueno,

eso, ya sabes. Cuando viniste aquí era por hacerme un favor y salir de un embrollo, ganar tiempo, y al final te quedaste.

—No entiendo la pregunta —comenté, frunciendo el ceño. *¿A qué se refería?*

—¿Aceptaste solo por Evy?

Tragué saliva con dificultad. Eso era verdad. Aunque no esperaba que ella fuera mi jefa.

—Sí, la verdad es que sí —confesé—. Ella me lo pidió cuando nos dejaste solos, no podía negarme, quería seguir viéndola.

Sonrió emocionado.

—Te entiendo perfecto, así me hace sentir Harper —dijo en un tono cariñoso, incluso se podría interpretar como soñador.

Su voz cambiaba ligeramente cada vez que hablaba de su esposa. Podría ser muy bromista y pesado, pero cuando se trataba de Harper, era completamente diferente. La amaba de verdad.

—Me da gusto, amigo, lo digo de corazón. Veo lo serio que es, ojalá prospere —puntualizó antes de marcharse.

16

Theo - By your side

Llegó la hora de comida y fui a la oficina de Evy. Iba a entrar, pero alcancé a escuchar que discutía por teléfono, visiblemente desesperada, así que esperé afuera. Luego colgó de golpe, lo que me dio la pista para entrar.

Estaba con la cara oculta tras sus manos, bastante estresada. Quería correr a abrazarla.

—¿Todo bien, novia? —pregunté, frunciendo la boca, preocupado por ella.

Al instante quitó las manos de su rostro y me sonrió.

—¿Ya es la hora de comida? No puedo creerlo —exclamó, mientras se reacomodaba el cabello con rapidez.

—Sí —contesté, forzando una sonrisa—. ¿Está todo bien? —insistí.

Me sentía raro, quería acercarme a ella, que me dijera qué había pasado, abrazarla y luego decirle que todo estaría bien. Pero tampoco podía pasar sus límites, esto era actuado.

—No —dijo, frunciendo la nariz; intentando disimular su enojo—. Estaba discutiendo con un autor que está pidiendo puras idioteces —agregó, llevándose las manos a la sien—. Pero no te preocupes, gajes del oficio; de vez en cuando tengo que lidiar con gente así —completó, enderezando la espalda y forzando una sonrisa.

Su ojo derecho empezó a temblar ligeramente.

—Estás muy estresada.

—No, claro que no. Puedo con esto y más —replicó de inmediato, negando con la cabeza.

—No pregunté, puedo verlo. Tu ojo está temblando.

Enseguida se tapó el ojo derecho, seguro no era la primera vez que pasaba.

—¡No es verdad! —exclamó sorprendida.

—¿Entonces por qué cubriste tu ojo derecho si yo no dije cuál? —pregunté, cruzándome de brazos y sonriendo genuinamente esta vez.

Se sonrojó, avergonzada, y bajó su mano.

—Te pasa seguido, ¿cierto? —adiviné.

—Más de lo que me gustaría, sí —contestó, resignada.

—Sé que es difícil, pero trata de tomarte las cosas con calma. No siempre podemos resolver todo al instante —comenté, en afán de no hacerla sentir mal.

—No lo entiendes… —musitó con voz cansada—.Tengo que dar lo mejor de mí en el trabajo para demostrar que valgo la pena como jefa.

Su forma de hablar era entre una mezcla de queja y tristeza. No me gustaba que se sintiera así.

—Ser mujer y estar en puesto de líder no es fácil, todo mundo juzga lo que hago… bueno, aquí en Loop la mayoría me conoce y sabe de mi trabajo, pero allá afuera… —empezó a negar con la cabeza, decepcionada—. Si cometo un error, como ya lo he hecho antes, me culpan por el simple hecho de ser mujer, por mis hormonas, o asumen que soy una arpía. Pero si hago algo bien, seguro es porque me acosté con alguien, o soy fría y calculadora, sin sentimientos, que no le importa pasar por encima de los demás. Es… es realmente desgastante luchar para que me tomen en serio —finalizó.

Fruncí el ceño y tragué con dificultad. Las ganas de tenerla en mis brazos y consolarla eran cada vez más grandes.

Tranquilo, no cometas una imprudencia, pensé.

Solté un suspiro profundo.

—No podemos caerle bien a todos, pero tampoco puedes estar desviviéndote por probar tu valía a gente sin oficio.

Sonrió débilmente.

—Y eso me recuerda algo —agregué, tratando de animarla—. Ya se me ocurrió qué quiero que hagas mientras seas mi novia.

Levantó la mirada con interés. Se cruzó de brazos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es?

—Que por favor no hables mal de ti misma —respondí con franqueza.

Su sonrisa se desvaneció. Hasta se enderezó en su silla.

—No me gusta que te hagas menos por agradar a otros. No te das cuenta de lo mucho que vales. Y tampoco es la primera vez que te lo digo, ojalá me creyeras —comenté, tratando de que no sonara a regaño—. Que te valga un comino si a los demás les da envidia lo talentosa que eres. ¡Mírate nada más! A tu edad editas para grandes autores y diriges una editorial en ascenso.

—Bueno, tampoco estoy tan joven —replicó, avergonzada.

—Sí lo eres. Ambos lo somos. Me llevas un par de años más o menos, ¿qué más da?

—¡Vaya! —exclamó, sorprendida. Su sonrisa volvió a aparecer—. Mi novio sí que sabe levantarme el ánimo —soltó una tierna risa.

—Lo digo en serio, aunque solo sea tu novio del trabajo. Siempre estaré para ti, apoyándote —murmuré sin pensar.

Eso sonó fuerte, y sé que ella lo notó, debo cambiar de tema.

—Bien —agregué y aplaudí para desviar la atención— ¿Qué se te antoja comer?

—¿No íbamos a bajar al comedor? —preguntó, mientras echaba su celular en el bolso y me miraba inquisitiva.

—Preferiría que no. Van a empezar a hacer preguntas y aún no hemos armado nuestra historia de cómo empezamos a salir.

Esperaba que mi excusa fuera lo suficientemente convincente. Torció la boca y asintió.

—Bien pensado, vamos. Conozco un lugar que vende comida casera deliciosa.

Salimos de su oficina tomados de la mano. Ella orgullosa y sonriente. Su cabeza siempre en alto. Yo iba embelesado. Sentía las miradas encima de nosotros, pero no me importó; iba con Evy, y eso era lo importante.

Llegamos al restaurante. Era un lugar pequeño y hogareño, dirigido por una señora mayor muy amable, de nombre Rachel Betts. En cuanto entramos, la señora saludó a Evy; al parecer, frecuentaba

el lugar.

—¿Y este joven apuesto? —preguntó, viéndome de pies a cabeza, con bastante interés.

—Señora Betts, le presentó a mi novio, Theo Haven.

La alegría y seguridad con la que hablaba, me sorprendía cada vez más; le era totalmente natural ser convincente.

—Mucho gusto, señora Betts —saludé.

—El gusto es mío. Me alegra que nuestra pequeña tenga a alguien a su lado, y tú pareces ser una buena persona.

—Gracias, es usted muy amable —incliné levemente la cabeza.

—Pero pasen, pasen. La mesa que siempre eliges está ocupada, cariño, pero tengo una junto a la ventana.

—Esa estará bien, muchas gracias —dijo Evy, y me llevó de la mano.

Nos sentamos uno frente al otro; se veía tranquila y contenta. No podía dejar de verla.

—¿Qué fue eso? —pregunté, una vez que nos quedamos solos.

—¿Qué cosa? —replicó sin dejar de mirar el menú.

—Lo de presentarme como tu novio —susurré.

—Eso eres, ¿no? —comentó en tono travieso, me guiñó el ojo y volvió su atención al menú.

Esto se trata de fingir, ella quería que se viera lo más real posible ¡no lo olvides!, me recordé una vez más.

Comimos delicioso. Evy no mentía cuando dijo que era la mejor comida casera en todo Manhattan. Conversamos nimiedades; yo me sentía feliz de estar con ella todo el tiempo.

Tras terminar, volvimos a la oficina y el ambiente se sintió distinto. Aunque las miradas nos seguían por donde pasábamos, los cuchicheos y burlas se desvanecieron. Al parecer, Nate sí se había hecho cargo.

El resto de la tarde transcurrió sin novedades. Al terminar la jornada, la llevé a casa. La acompañé hasta la puerta de su departamento, como un buen novio debía hacerlo. O eso me decía a mí mismo, porque, realmente *quería* que me viera como su novio de verdad.

Ella empezó a abrir la puerta de su departamento; eso me daba dos minutos, como máximo, para estar a su lado, y fue justo cuando recordé que quería darle algo. Era una cursilería, pero si ella quería realismo, lo tendría.

—Por cierto, antes de irme…

Se giró para verme. Sus grandes y resplandecientes ojos parecían sonreír.

—Tengo esto para ti —me quité mi anillo de dragón y se lo entregué.

Abrió los ojos sorprendida.

—Es mío pero, si fueras mi novia, me gustaría que lo tuvieras —agregué.

—Pero… —tomó el anillo y lo observó con detenimiento—. Esto es tuyo, es… —levantó la mirada y le sonreí. Se mordió el labio y se sonrojó—. Es demasiado valioso ¿Por qué harías algo así?

—¿Por qué no? —pregunté, interesado en saber su opinión.

—Es demasiado —intentó devolvérmelo, pero no la dejé; encerré su mano entre las mías. Su cálida piel tenía una suavidad increíble. Noté que tembló ligeramente al contacto.

—Pero quiero hacerlo, por ti. Así es más realista, ¿no crees?

Sonrió tímidamente. Solté su mano. Enseguida se midió el anillo pero le quedaba grande, incluso en su pulgar.

—Tengo una idea —agregó más animada. Se quitó su collar y puso el anillo a manera de dije— ¿Me ayudas, por favor?

—Voltea, déjame ponértelo.

Sin dudarlo, se dio media vuelta y recogió su cabello con una mano. Pensé que esto sería fácil, pero pasar el collar por su cuello y rozar su piel sin querer fue algo que no esperaba que me pusiera tan nervioso. Estaba temblando, tratando de abrochar el collar, pero mis dedos eran muy grandes para el pequeño broche. Su aroma me estaba hipnotizando; de pronto pensé en lo genial que sería besar su cuello, pasar mis dedos… pero no podía hacerlo. Finalmente, logré ajustar el collar. Evy soltó su cabello y giró hacia mí, mientras tomaba el anillo entre sus manos.

—Gracias, te prometo cuidarlo con mi vida —musitó viendo el anillo.

Lo sostenía con una delicadeza que parecía que tenía un tesoro. Luego, frunció el ceño, apretó los labios y suspiró. Me intrigaba esa reacción.

Nuestras miradas se cruzaron.

—Será una lástima cuando deba regresártelo —susurró.

—¿Por qué lo harías? —pregunté con curiosidad.

—Sería raro que siguiera usando el regalo de un exnovio, ¿no crees? —exclamó con una risa débil.

Me dolió el recuerdo de que esto era temporal, mas no podía demostrarlo.

—Esto queda fuera de este trato, es un regalo de mi parte.

Sus ojos se abrieron con sorpresa, parecían sonreír, aunque su boca demostraba preocupación.

—Un símbolo de una amistad sincera, y una especie de amuleto —aseguré.

—¿Ah, sí? —preguntó con curiosidad.

—Cuando sientas que las cosas van mal, necesites un abrazo y yo no esté, toma el anillo y será como si estuviera contigo.

A veces me pasaba en intensidad, pero era lo que pensaba. Quería que supiera lo importante que era para mí, al menos que tuviera una mínima idea.

—Gracias. De verdad, gracias por todo esto.

—Mereces ser feliz. Y si puedo ayudarte, lo haré sin dudarlo —confesé.

—Eres un sueño —suspiró mientras veía el anillo con atención—. Si haces esto por mí… no puedo imaginar lo que harás cuando tengas una novia. Esa chica será realmente muy afortunada.

Y como quisiera que esa chica fueras tú, pensé triste.

Triste porque sabía que, difícilmente, se daría cuenta de que yo sentía algo por ella.

—Buenas noches, Evy.

Me quería ir ya, de otra forma iba a volver a besarla y todo se iría al traste.

—Buenas noches, te veo mañana.

La vi ingresar a su departamento, cerró la puerta y entonces pude respirar con normalidad. Solté aire sonoramente, como si un hechizo se hubiera desvanecido. Apenas llevábamos un día fingiendo y yo ya estaba enamorado de ella. ¿Cómo era posible?

17

Evy - Miracle

Apenas cerré la puerta, me apoyé en ella, viendo el anillo de Theo. Al parecer, esta familia tenía algo con los dragones, o al menos él influía en su sobrino. El anillo era de plata, increíblemente detallado; recuerdo haberlo visto cuando lo trataba de convencer de que se quedara con el puesto de diseñador.

Me parecía algo bastante fuerte que me diera algo suyo para usarlo; me recordaba a esas películas de adolescentes donde el atleta popular le daba a su novia la chaqueta del equipo. No pude evitar sonreír. Debía ser una sensación hermosa tener una relación seria con alguien así.

Ya basta, Evelyn, solo es un buen amigo. ¡Vuelve a la realidad!, me dije a mí misma.

Me preparé para ir a dormir, pero esta vez no me quité mi collar, quería tener el anillo cerca de mí. Tras dejar mi ropa lista para la mañana siguiente, me metí entre las cobijas y me dejé caer entre las almohadas. Cerré los ojos con intención de dormir y no seguir pensando en lo que acababa de ocurrir cuando sonó el teléfono de casa. Ya era tarde, así que no podía ser nada bueno a esta hora.

Maddie, pensé. Me senté de un brinco, tomé la bocina con tanta desesperación que casi lo tiro. Lo atrapé antes de que se estrellara con el suelo.

—¿Aló? —pregunté desesperada.

—¡EVELYN HOPE!

El grito de mi hermano me hizo brincar de la cama del miedo. El corazón me golpeaba con fuerza.

—Samuel, por vida tuya, dime ¿qué pasó con Maddie? No te andes con rodeos —exigí, llevándome la mano al corazón, respirando con dificultad.

—¡NO ME DESVÍES EL TEMA! ¿¡ME QUIERES EXPLICAR QUÉ DEMONIOS ESTÁ PASANDO!?

Arrugué el entrecejo, totalmente confundida.

—Oye, oye ¿¡Qué rayos haces gritándome!? Si me llamas tarde, es obvio que piense que algo está mal —reclamé con tono severo.

—¡CLARO QUE ALGO ESTÁ MAL! ¡PERO CONTIGO!

No podía entender la furia. Del miedo pasé al enojo.

¿Qué se creía mi querido hermano mayor?

—¿¡Te calmas o te cuelgo!? ¡Yo no trato con gente así!

Pude escuchar a mi cuñada reír y arrebatarle el teléfono. Samuel no dejaba de balbucear, fúrico.

—Evy, disculpa. Tu hermano se puso como un energúmeno. Le advertí que no te llamara; apenas fui al

baño y, lo encuentro gritándote.

—¿Qué pasa? No entiendo. ¿Estás bien? —pregunté, aún confundida, no tenía idea de qué se traían estos dos.

—*Estoy bien, ¡que no soy una bomba, por Dios!* —se quejó.

—¿¡Entonces!? —pregunté al borde del colapso.

—*Nada malo, espera... ¡Samuel, sal de la casa, por favor! Ve a que te dé el aire o algo...* —Se escuchó un portazo y me sobresalté—. *Ahora sí, Evy, cuéntame.*

—¿Contarte qué? —cuestioné, rascándome la cabeza, totalmente desorientada. Estos dos me iban a matar de un infarto.

—*¿Cómo que qué? ¡Tus novedades! Que para eso te llamó tu hermanito.*

—¿Cuáles novedades?

—*Evy, no tienes que ocultarlo, lo sabemos todo.*

—Por favor, dímelo, porque no tengo ni la más mínima idea de lo que me hablan. Primero Samuel me da el susto de la vida llamándome a las… —vi el reloj en la mesita de noche— ¡Once de la noche! ¿Qué le pasa a este idiota?

Maddie se carcajeó.

—*De acuerdo, de acuerdo, sé que querías ocultarlo, pero las redes no ocultan nada, nena.*

—¿Las redes?

¿Es que acaso todos creían que les podía leer la mente? Pensé rápido en todas las opciones. Por un segundo se me cruzó la idea de Theo, pero… no, no podía ser. No habíamos hablado de publicar nada en redes sociales.

—*Creo que no lo has visto aún, ya estabas dormida, ¿verdad?* —preguntó, burlona.

—Casi.

Tomé el anillo con mi mano libre, dándole vueltas; estaba muy nerviosa.

—*Revisa tu perfil, por favor, porque si no lo has visto, quiero escuchar tu reacción.*

—*Okey*… —Tomé mi teléfono y abrí la aplicación. Tenía 37 notificaciones; no me había dado cuenta porque tenía el celular en silencio—. Qué extraño, hoy no publiqué nada y tengo…

Entonces me quedé helada cuando abrí la notificación "theohaven te invitó a colaborar en una publicación" seguido de notificaciones como "A harper42, c0dy_b y 234 personas más les gustó tu publicación". Abrí los ojos como platos y ahogué un grito.

—*¿Ya lo viste?* —preguntó Maddie, emocionada.

Abrí la publicación y vi una foto del día de la conferencia de prensa. En la foto, estábamos todos los editores en jefe de cada sello, el señor Wells hablaba por el micrófono y yo salía enfocada a la esquina de la mesa, sonriendo hacia donde estaban los medios. Era una foto común, que sacaban en las noticias, pero lo que provocó las reacciones fue la descripción de la fotografía:

"Sigo sin creer que estemos juntos @evy_hope. #afortunado #couplegoals"

De esto no habíamos hablado. Quería contarle a Maddie la verdad del asunto pero lo había dejado pasar. Me puse de pie, cubriéndome la boca con la mano izquierda mientras sostenía el teléfono con la derecha. Di vueltas por la habitación, tratando de pensar cuál sería la forma correcta de actuar

¿Qué pasaría si le decía ahora que todo esto era una farsa?

—*¿Hola?, ¿Estás ahí?* —preguntó Maddie en tono travieso.

—Ya… ya lo estoy viendo —respondí mientras veía los *likes* y los comentarios de felicitación de

compañeros del trabajo, amigos de la universidad…

—*¿Por qué no me habías dicho que están saliendo? ¿Qué pasó después de la última vez que hablamos?* —la curiosidad en su voz era cada vez mayor.

—Bueno, pasó justo después de que habláramos —confesé, dubitativa.

—*¡Y no me contaste!* —reclamó—. *¿Fue esa llamada, cierto?*

—Sí —dije sin más remedio—. Me invitó un café, quería hablar sobre lo del beso en el *lobby* y…

Ya no podía contarle la verdad, tenía que seguir con esto, de otra forma se descubriría todo por algún descuido.

—Confesó sus sentimientos por mí —finalicé.

—*¿¡Y le dijiste que también te gusta!?* —exclamó emocionada.

—Sí, obviamente sí. Luego me pidió ser su novia, fue…

Esta era mi oportunidad de soltar mi creatividad, si tenía que seguir con la farsa, lo haría sonar hermoso.

—Fue muy romántico, me regaló flores.

—*¿Y se volvieron a besar?*

—Sí.

No, obviamente no, pensé amargamente.

—*¡Qué emoción! Por favor, tráelo la próxima vez que vengas, quiero conocerlo.*

Reí por compromiso.

—*Y por tu hermano no te preocupes, creo que en parte fue mi culpa que reaccionara así.*

—¿Por qué?

—*Estábamos por ir a dormir, y tú sabes que siempre estoy viendo las redes antes de dormir. De pronto, llegó una notificación de que te habían etiquetado. Siempre estoy pendiente de lo que puedan decir o escribir de ti.*

Le encantaba el chisme, esa era la verdad de su monitoreo.

—*Y cuando vi la foto, recordé lo que me contaste del innombrable, pero luego vi la descripción y el nombre. Obviamente, empecé a ver su perfil, y enseguida supe que él era el guapo ilustrador del que hablabas. No tardé en decírselo a Samuel, y aquel se lo tomó todo a mal. Pero no te preocupes, yo lo calmo, no te volverá a molestar.*

—¡Es un Idiota! ¡Dile que me asustó mucho! —me quejé, cerrando los ojos y llevándome una mano al pecho, aún tenía mis latidos acelerados—. Me tiene que compensar, casi se me sale el corazón pensando que te había pasado algo a ti o a la bebé.

—*Entendido, yo lo haré pagar* —dijo, divertida.

—A todo esto, ¿cómo va la bebé?

—*Todo bien, aunque me está haciendo comer un montón.*

Me reí.

—Bien, cuídate entonces. Duerme, porque te hará falta una vez que la bebé llegue.

—*Lo sé, disculpa de nuevo por lo de Samuel. Y manténme al tanto de lo tuyo con Theo... Theo y Evy, ¡qué bonito se escucha! Bueno, te dejo, que descanses.*

Una vez que colgué, fui dimensionando lo que esto significaría. Decir que estaba en una relación incluía *todos* los aspectos de mi vida, no solo el trabajo, como suponía. Tenía que esforzarme para que todo resultara bien. No sería cosa de una o dos semanas; teníamos que ser creíbles.

Me dejé caer en la cama, respirando hondo y tratando de controlarme. Seguí dándole vueltas al

anillo de dragón entre mis dedos. En eso, me llegó un mensaje del susodicho.

"Novia, te mando mi lista de virtudes y defectos, junto con mis antecedentes penales"

Leerlo me dejó helada. Al segundo, entró otro mensaje.

"Es broma, son los detalles que me pediste, espero te sirvan"

Adjuntó un archivo con la lista de sus cosas favoritas y otros detalles que se suponía que, como su novia, debía saber. Al menos él sí se estaba tomando las cosas en serio desde el inicio.

"Gracias", le contesté vía mensaje, acompañado de un emoji de carita con corazones alrededor. Dejé el celular en la mesita de noche, y me acosté, cerré los ojos y volví a tomar el anillo entre mis dedos. Era una locura lo mucho que el objeto, lograba calmarme.

Luego sonó mi celular. Lo tomé sin ver y contesté.

—¿Aló?

—¿Aún despierta, novia?

Abrí los ojos de golpe.

—Theo…, sí, sigo despierta. Acabo de hablar con… no importa.

—Vamos, dime, es la clase de cosas que los novios se cuentan.

Me reí.

—Me llamó mi hermano, se llama Samuel.

—No sabía que tenías un hermano. ¿Es mayor o menor? —preguntó con curiosidad.

—Mayor que yo, y es una pesadilla —respondí, llevando mi mano a mi frente.

—Creo que todos los hermanos mayores lo somos, pero, ¿por qué hoy, en especial, es una pesadilla?

—Me llamó para gritarme.

—¡¿Qué!?

Su tono se volvió más serio de la nada, provocando que yo riera.

—Descuida, es que es un celoso. Se enteró de lo nuestro por la foto que subiste.

—Ah, ¿ya viste la publicación? —preguntó, un poco avergonzado.

—Sí, la vi porque mi cuñada me avisó; no había entrado a mis redes.

—¿Estuvo mal que la subiera? ¿Te provoqué problemas?

Se escuchaba realmente consternado, me dio ternura.

—Por mi hermano no te preocupes, es un idiota, ya se le pasará. Mi cuñada está muy contenta por la noticia.

—No le dijiste la verdad —sentenció, con tono decepcionado.

—Quería hacerlo pero me llamó tan emocionada que no tuve corazón para romperle la felicidad. Está embarazada y es de alto riesgo; no quería hacerla pasar un coraje.

—Oh, entiendo. ¿Y tú qué piensas de la foto que subí?

—Escogiste una buena foto —comenté riendo, aunque sabía a qué se refería—. Si soy sincera, me encantó la descripción.

—Me da gusto —sonó más alegre—*. Debo informarte que me encanta subir fotos. Está anotado en la lista que te envié. Si no te molesta, quisiera que nos tomáramos fotos juntos, ya sabes, para mantener la coartada.*

—Claro —acordé sonriente. Me mordí el labio, dudando si decir algo más—. Oye…

—¿Sí?.

—Gracias. Te estás esforzando un montón por esto, de verdad te debo mucho.

—Yo encantado de poder ayudar. Eres una gran amiga, claro que haría cualquier cosa por ti.

Una gran amiga, ahí estaba el golpe de realidad que necesitaba. Me estaba dejando llevar por la emoción del momento, pero solo era eso, un momento.

—Gracias, nos vemos mañana.

—*Claro, descansa.*

Me fui a dormir con una mezcla de sentimientos encontrados.

18

Evy - I like it

A la mañana siguiente, Theo estaba puntualmente a las siete de la mañana llamando a mi puerta.

—Buenos días, novia —saludó en cuanto abrí.

Tenía las manos detrás de él, ocultando algo.

—Buenos días, novio, amaneciste de buen humor —agregué, mientras tomaba mi bolso, lista para salir.

—Siempre, ten, esto es para ti —me entregó una flor que había mantenido escondida en su espalda.

—¿Una rosa azul? —pregunté, abriendo los ojos de par en par. Mi corazón se aceleró al ver el obsequio.

¡Lo recordó! ¡Lo recordó!

—Dijiste que te encantaba su significado.

—Gracias —contesté, ruborizada y emocionada a la vez. Tomé la flor con cuidado y cerré la puerta tras de mí.

—¿No vas a dejarla en agua?

—Quiero tenerla en la oficina, así la podré ver todo el día —respondí genuinamente alegre.

De reojo, pude ver que se dio una media vuelta, cerró el puño y lo levantó ligeramente, en un pequeño gesto de victoria. Me dio ternura su reacción, pero fingí no darme cuenta. Llegamos a la oficina tomados de la mano; yo llevaba la rosa en la mano libre para que todos vieran. Al fin y al cabo, no era la primera vez que fingía algo con tal de dar una pantalla en el trabajo. Y, hasta la fecha, todo salía tal cual lo planeaba, y esta vez no podía ser la excepción. Todos nos miraban mientras caminábamos, cuchicheaban, pero nadie se atrevió a decirnos nada. Así era mejor.

—Bien, ya estás en tu oficina, novia —afirmó cuando llegamos a mi lugar.

No pude evitar carcajearme.

—¿De qué te ríes? —preguntó, frunciendo el ceño, divertido.

—Me divierte que me digas "novia"; se escucha bonito.

—Tu puedes seguir diciéndome "novio", o si te gusta otro apodo, no tengo problema.

—"Novio" está bien, me gusta como suena —confesé.

—En un rato vengo, tengo que mostrarte mis avances para la portada de Beckinsale.

—Es la reunión de Sophie ¿cierto? —pregunté con curiosidad.

Mi trabajo era supervisar a mis editores; sin embargo, tomaba parte en sus reuniones cuando era

realmente necesario. Ya más avanzado el proyecto, me involucraba para dar mi visto bueno. En el caso de Beckinsale, el proceso estaba en sus inicios, así que no era necesario intervenir aún.

—Sí, pero necesito tu opinión antes. Yo digo que no hay problema, pero ella cree que se podría mejorar.

—¡Ay, ya me imagino! —exclamé, sonriendo, un poco nostálgica.

Si algo me encantaba de Sophie, es que era una editora perfeccionista; me recordaba a mí misma cuando entré a la industria. Por lo mismo, sabía que podía ser exagerada con los detalles.

—No me lo tomo a mal, pero júzgalo tú primero —comentó.

—De acuerdo. Te espero y lo revisamos —aseguré.

—Nos vemos —Se despidió.

—Hasta pronto, *novio.*

Se rio y salió de la oficina.

Me dispuse a revisar unos contratos cuando, en eso, la puerta se abrió de golpe.

—¡Evelyn!

—¿Qué pasa? —pregunté, asustada por la abrupta interrupción pero también confundida porque Harper venía frenética.

—Es que yo creí que… perdóname, sabes que no suelo ser chismosa; al contrario, hago control de daños pero, es que no resisto —se llevó las manos a la cabeza.

—A ver, tranquilízate primero —señalé el asiento frente a mí para que se sentara y ordenara sus ideas.

—¿Cómo quieres que me tranquilice si estoy viendo que mi mejor amiga tiene un novio divino, como se lo merece? —exclamó mientras daba vueltas frente a mi escritorio.

—¿Lo dices por Theo? —levanté una ceja, siguiéndola con la mirada. El comentario me había tomado por sorpresa.

—¡Obviamente! Es que, cuando vi la foto que mandaron por el grupo, pensé: "no, esto no va a funcionar".

—Espera, espera, espera… ¿cuál foto? —cuestioné asustada.

Ella se detuvo en seco, me miró con cautela y enrojeció cual tomate.

—Harper… ¿De qué foto hablas? —insistí, hablando despacio para que mis palabras fueran claras. Incliné mi cuerpo hacia adelante, esperando su respuesta.

—¡Ay, creo que metí la pata! —exclamó, arrugando su frente y mordiéndose un dedo.

Me puse de pie y me crucé de brazos.

—Muéstramela, por favor.

—Pero…

—No te lo pido como amiga, sino como tu jefa —exigí enfadada.

Extendí mi brazo, esperando la evidencia. Tenía que poner cara seria, aunque por dentro me comían los nervios. *¿De qué foto hablaba?* Harper sacó su teléfono, buscó en su galería y me mostró la imagen. Era una donde Theo me estaba besando, saliendo de la conferencia de prensa. Se me fue el alma al cielo.

—¿Tú la tomaste? —pregunté en un hilo de voz.

—No —contestó, negando con la cabeza y tapándose la boca.

—¿Quién fue? —insistí, nerviosa.

—La mandaron al *chat* de Insight, por eso todos nos dimos cuenta.

Mi ojo derecho empezó a temblar de los nervios.

—¡Pero tranquila! —agregó de inmediato—. No es como que fuera algo malo.

—Ya me imagino que somos la comidilla de la empresa completa.

—No creas que todos reaccionaron, algunos solo le dieron *like*. Además, si llevaban una relación a escondidas, ¿por qué se andan besando a mitad del *lobby*? —cuestionó entre risas.

Le regresé su teléfono sin decir nada.

¿Para qué me alteraba si ya todos lo sabían?

—Perdona, no tienes la culpa es solo que… —me senté en el escritorio, tapándome la cara con ambas manos—, no teníamos planeado que todos se enteraran ese día.

—Vamos, tarde o temprano lo harían. ¿Por qué no querías que lo supieran? Hacen una pareja relinda.

La miré con tristeza, no quería ocultarle a mi mejor amiga esto, pero no podía arriesgarme a que el maldito de Alexander se enterara.

—¿Qué te preocupa, amiga? —preguntó, acercándose para darme un fuerte abrazo.

—No sé, siento que todos me van a juzgar porque soy mayor que él o porque soy su jefa —confesé a medias.

—No vivimos en la inquisición, Evy —susurró, sin soltarme.

Resoplé.

—En la inquisición, las mujeres no eran jefas de hombres, ni siquiera tenían trabajos formales.

—Sabes lo que quiero decir, ahora nadie se fija en esas cosas —me soltó y me vio con cariño.

—Sí lo hacen, tal vez no lo digan, pero lo leo en sus miradas —agaché la mirada.

—A ver, necesitas aterrizar. Ni siquiera sabía que eras mayor que él, no se nota, aún eres joven y te ves joven.

Sonreí débil.

—Por otro lado —continuó—, si eres su jefa, ¿qué más da? No es como que dependa de ti siempre, tampoco. Disfruta tu relación, tenías muchos años sola, y luego llega ese bombón…

—¡Harper, eres casada! —sentencié.

—*Que no pueda beber vino no significa que no pueda apreciar el bouquet* —dijo, fingiendo la voz de hombre, provocando que me riera con ganas.

—Tonta, ¿citaste la novela de Crepúsculo?

La risa fue incontrolable por parte de ambas.

—Anda, así está mejor: ríe, disfruta. Que te valga lo que digan los demás, sé feliz por ti.

Ojalá pudiera ser posible.

—Gracias, amiga —dije sincera.

—Pero bueno, quiero detalles —exigió.

—No hay mucho que contar porque, esto es reciente.

Además de que faltaban detalles por especificar para mantener la misma historia, pensé para mis adentros.

—Pero, ¿desde cuándo se gustan? —preguntó emocionada.

Me sonrojé de recordarlo. Enseguida sonrió, como si pudiera leer mi mente.

—¡Pícara! Dime, anda.

No hacía daño que le contara la verdad. Además, podía romantizar todo lo "previo" tanto como quisiera. Entonces, se me ocurrió cómo podía empezar. Sonreí al recordar el momento en que nos

conocimos.

—¿Recuerdas aquel día que estábamos estresados por no encontrar diseñador para Enzo? —empecé a contar.

—¡Cómo olvidarlo! Fueron cinco semanas angustiantes para todos en Loop.

—Esa mañana, mi auto no quiso andar y perdí un taxi por chocar con un hombre al que le derramé el café.

—Sí recuerdo, fue el que te trajo porque se sintió mal de hacerte perder el taxi.

—Pues ese hombre era Theo —confesé.

Harper se quedó boquiabierta.

—¿¡Qué!?

—Así fue… como cuento de hadas —relaté, mordiéndome el labio, perdida en el recuerdo—. Después de chocar, me disculpé y él se fue. No le puse atención; estaba más preocupada por alcanzar el taxi, pero aún así, alguien más lo ganó. Estaba maldiciendo cuando Theo me llamó, se disculpó por dejarme sin transporte y se ofreció a llevarme. Y cuando me encontré con sus ojos… y su sonrisa… —No pude evitar suspirar.

—¡Amiga! Flechada desde el primer momento, ¡qué romántico!

—Sí lo fue —respondí, queriendo creer que lo había sido.

—¿Y por qué no le diste tu número? —preguntó, tomando asiento en la silla frente a mí, apoyando sus codos en mi escritorio. Me miraba atenta, como si le contara de una novela nueva.

—No sé —me encogí de hombros y tomé asiento también—. Iba tan presionada por lo del diseñador que solo le di las gracias y se fue.

—Pero el destino se aferró a que se encontraran. ¡Mira que vino a pedir trabajo aquí! ¡Esto es justicia divina! De verdad espero que todo esto prospere. Sería una gran anécdota para sus hijos.

Me quedé pensativa al respecto. *Una gran anécdota para nuestros hijos ficticios. En otra vida, quizá,* pensé con melancolía.

—Es una gran historia —confirmé en voz alta.

—¡Me encantan, son tan tiernos! Me recuerda mis inicios con Nate.

Fruncí el ceño. Me invadió la curiosidad sobre su relación.

—¿Cómo supiste que era para siempre?

—Es difícil de explicar, pero es algo que sientes cuando lo ves. Es como una chispa. No siempre es cuando se conocen. Llega un punto donde él hace algo y simplemente lo sabes.

Sonreí; me daba mucha alegría verla feliz con su marido. Harper suspiró.

—Bueno, solo quería hablar contigo brevemente sobre Theo. Ya no te sigo interrumpiendo, debo irme. Wendy me está esperando en contabilidad para lo de los viáticos de la feria del libro. Creo que soy la última en arreglar eso…

Me cayó como balde de agua fría lo que dijo; había olvidado por completo que el siguiente mes teníamos un viaje para la Feria del Libro de Frankfurt, e íbamos todos los de Loop. Los nervios se apoderaron de mí porque Theo estaba incluido en ese viaje y se suponía que ahora éramos novios, lo cual significaba que… Me abrumé de la nada.

—Oye… ¿me escuchas? —se inclinó hacia adelante, haciéndome señas con una mano.

—¿Eh? —el gesto me devolvió a la realidad.

—¿Que si los boletos de avión los vamos a comprar nosotros o Recursos Humanos? —preguntó.

—Ah, sí, Recursos Humanos ya tiene los boletos. Más cercana la fecha nos entregan itinerario,

boletos y todo eso.

—Excelente, entonces no tengo de qué preocuparme, ya me estaba agobiando por buscar que fuéramos en el mismo vuelo —comentó, riendo.

—No te preocupes, ya está todo resuelto —aseguré.

—Bien, ¿nos vemos a la hora de comida?

—Claro.

Harper salió de la oficina muy contenta, pero yo me quedé pensativa por lo que el viaje implicaría. Aunque, por otro lado, no debería preocuparme; se trataba de seguir fingiendo como hasta ahora. Al final, cada quien tenía su habitación, solo era una ciudad distinta.

Me senté al escritorio para revisar unos documentos, pero no podía concentrarme. Era consciente de que había letras en las hojas, pero no entendía nada. Mi mente estaba en cómo sobrevivir en el viaje fuera de horas de trabajo, pues, al final, mientras estuviéramos en la feria del libro no habría problema, todos teníamos nuestras ocupaciones, pero *¿y las horas libres?* No eran demasiadas pero aún así…

—Tierra llamando a Evy, tierra llamando a Evy.

Parpadeé cuando escuché mi nombre. Era Theo, que me miraba divertido. Traía un portafolio enorme.

—Discúlpame, estoy con la mente en otro lado.

Puse los documentos a un lado y desvié la mirada de él.

—¿Todo en orden? Te ves preocupada.

19

Theo - Nice guy

—Sí, sí, todo en orden —contestó un poco sonrojada.

Se veía tan hermosa.

—¿Estás muy ocupada? Vengo a mostrarte los bocetos de Beckinsale y, de paso, también los afiches que hicimos para poner en los caballetes de nuestro estand —expliqué mientras abría el portafolio para sacar los bocetos en papel de la portada que le había comentado y, después, poder mostrarle el trabajo para la feria del libro—. Aún faltan los *displays;* supuestamente llegan la próxima semana.

—¿Te aseguraste de eso? Porque no quiero contratiempos —indicó mientras veía un afiche tras otro, pero sin mirarme. Se le notaba nerviosa; su ojo derecho empezó a temblar ligeramente.

—Sí, no te preocupes, está bajo control.

Empezó a asentir mientras paseaba la mirada entre las ilustraciones de la portada. Iba a preguntar si estaba segura de que estaba todo bien, pero en eso empezó a hablarme de la próxima junta con Beckinsale, así que no tuve más remedio que estar enfocado en el tema. Me gustaba verla cuando estaba así de concentrada en su trabajo. La forma en la que hablaba era distinta; si bien era profesional, no podía dejar de notar la emoción por lo que hacía.

Una hora después, tuve la tan "ansiada" junta. La autora empezó siendo muy cerrada a opciones, con razón Sophie me insistía mucho en que modificara mis propuestas de portada. Sin embargo, Evy me dio unas ideas de cómo persuadir a la escritora de las opciones que ya teníamos, ya que eran lo que ella había pedido en la junta anterior. Así que, seguro de mi trabajo y con los consejos de mi *novia* (ojalá lo fuera), abordé la junta sin contratiempos.

—Muchas gracias por la ayuda. Llegó un momento donde creí que rechazaría todo —dijo Sophie, aliviada.

—Descuida, entiendo el porqué de sus dudas. A final de cuentas, es su bebé, no puedo tomármelo personal. Haré los cambios que acordamos y te envío los resultados.

—Genial, muchas gracias —dijo Sophie antes de marcharse.

Volví a mi lugar para trabajar en los cambios solicitados. De pronto, empecé a escuchar mucho barullo en los pasillos. Me molestó que no podía concentrarme, así que me puse de pie para cerrar la oficina.

Necesitaba terminar este trabajo hoy. Sin embargo, al acercarme a la puerta, vi que los demás se asomaban desde sus lugares, cuchicheaban entre sí y señalaban hacia el otro extremo del pasillo. No

era el ruido habitual del día a día, algo estaba sucediendo. En eso vi pasar a Nate con gesto de fastidio.

—¡Hey! —dije para llamar su atención.

Enseguida se acercó conmigo. No traía buena cara.

—¿Qué sucede?

No era común que anduviera de mal humor. Fruncí el ceño.

—Tenemos la primera junta con Lavigne —espetó.

—¿Era hoy?

Me extrañó porque Evy no había mencionado nada al respecto.

—No, no era hoy. Estaba programado para después de la Feria del Libro pero el imbécil apareció de la nada y viene con el señor Wells, así que… ya te imaginarás. Tuve que abandonar todo para esto.

Estábamos abarrotados de trabajo, así que entendía la molestia. Sin embargo, era obvio que ni Evy, Nate o Harper querían trabajar con él. No tenía idea de si era algo personal o qué pasaba, porque solo ellos actuaban así. El resto de la oficina estaba fascinado con su presencia. Las chicas se veían muy alborotadas; las veía pasar cerca de la sala para verlo.

—Debo irme, seguro Evy te cuenta al rato, también está ahí dentro.

Mis teorías al respecto variaban bastante. Podría ser algo tan simple como que era un asco de persona, difícil de tratar y por eso no lo querían. Pero la conversación que había escuchado entre Evy y él me daba la impresión de que había algo más personal.

Quería asegurarme de que no había problemas. La ventaja de la sala de juntas es que era completamente de vidrio, por lo que podría tener una vista perfecta con solo pasar. Ahora necesitaba una excusa para ir en esa dirección. Lo único que había cerca era una pequeña área de impresoras y copiadoras, así que caminaría hasta allá a traer cualquier cosa. Salí de mi oficina, tratando de actuar normal, como si no supiera lo que sucedía.

Pasé sin voltear a ver a la sala para no ser tan obvio, pero una vez dentro del área de copiadoras, fingí estar buscando algo para poder observar a todos los presentes en la reunión. Podía ver de frente a Lavigne; a su derecha tenía al señor Wells y a su izquierda a Evy. De espaldas a mí estaban Harper y Nate. El jefe hablaba alegremente, mientras Lavigne firmaba algo. Luego le pasó las hojas a Evy, quien, se las arrebató de un tirón para luego proceder a firmarlas. Tenía las cejas levantadas y la mirada alerta. No había mucho que pudiera hacer desde mi escondite, así que tomé unas hojas de las impresora, tan solo para pasar con algo en las manos. Salí de las copiadoras como si fuera las estuviera revisando. De reojo, vi que ella me miró, pero no quise voltear.

Seguí trabajando, tratando de convencerme de que todo estaría bien. No estaba sola, no habría ningún problema.

No pasó mucho tiempo cuando me llegó un mensaje a mi celular. Era Harper.

"¿Puedes venir con alguna excusa a la sala de juntas? Esto se está extendiendo de manera innecesaria"

Me puse de pie de un salto. Tomé la *tablet*, el lápiz electrónico y me dirigí a la sala con paso decisivo. Cuando llegué a la puerta, pude ver que el señor Wells seguía hablando y moviendo las manos, reía bastante animado. Lo que no me agradó fue que, aunque todos le prestaban atención, Lavigne le echaba una mirada lasciva a Evy. Tensé la mandíbula, quería entrar directo a golpearlo, pero no podía hacer eso.

Llamé a la puerta, manteniendo la cordura tanto como me fue posible. Enseguida, todos voltearon. El señor Wells me indicó que podía pasar, así que abrí.

—Disculpen la interrupción. Señora Green —dije, dirigiéndome a Harper.

Pude ver que el imbécil puso los ojos en blanco.

—Necesito su aprobación del diseño que le comenté para enviarlo a la imprenta —agregué, ignorando la mirada inquisitiva del autor.

Extendí la *tablet* hacia Harper, quien, enseguida, se puso de pie.

—Oh, sí, tienes razón —dijo, frunciendo el ceño—. Pero esto no es lo que pedí. Vamos a mi oficina para darte los requerimientos.

Asentí.

—Siento mucho tener que retirarme, pero me comunico con usted regresando de Frankfurt, señor Lavigne —añadió Harper en tono serio.

—Esperaré la llamada —contestó con esa voz arrastrada.

Harper salió, no sin antes darme las gracias en un susurro.

—Y señorita Hope —dije, llamando la atención de todos.

Evy alzó la mirada esperanzada. Mientras el idiota escaneó cada gesto.

—Tiene una llamada importante. Es la tercera vez que marcan, suena urgente.

—Disculpa, Theo, ¿de quién es la llamada? —preguntó Evy confundida.

—Alessia Haven.

No podía recordar el nombre de su hermano o su cuñada, además de que no quería asustarla. Darle el nombre de mi hermana le daría una idea.

—Es cierto, gracias, voy para allá —contestó ella con una sonrisa—. Entonces, estaré al pendiente de todo. Con su permiso, señores.

Salió casi corriendo. Pude ver a Lavigne mirarme con enfado.

—Bueno, supongo que ya terminamos la reunión —comentó el señor Wells—. De cualquier forma, estás en buenas manos, Alexander.

—Gracias. Estaré esperando con ansias la próxima reunión —replicó con desdén.

Sonreí de lado y me fui. Nate se puso de pie y salió detrás de mí sin decir nada, dejando al jefe con aquel idiota.

—Gracias, amigo, te debo una —murmuró, tomando aire y dándome alcance—. Me estaba durmiendo.

—¿Por qué no terminaba la reunión? —pregunté, interesado en saber más del tema.

—El señor Wells se puso a charlar de toda la historia de Lavigne con Loop. Harper y yo estábamos por quedarnos dormidos, pero la que sufrió más fue Evy.

Me ardieron las manos de coraje.

—¿Por qué?

—Desconozco qué pasó cuando ella era su editora, pero se nota que no lo tolera. En fin, te dejo, tengo cosas que atender.

Pasé por la oficina de Evy, quería asegurarme de que estaba bien. La vi frente a su computadora, tecleando con fuerza.

—¿Señorita Hope, está todo en orden? —pregunté desde la puerta.

Enseguida volteó y me dedicó una hermosa sonrisa.

—¡Gracias por sacarnos de ahí! —comentó, poniendo sus manos juntas— ¿Cómo supiste que necesitábamos un rescate?

—Harper me envió un mensaje —dije, y le mostré mi teléfono—. Iba a decir que te llamaba tu

hermano, pero no pude recordar su nombre y, además, no quería asustarte.

Evy soltó una risa muy tierna.

—Me quise reír cuando mencionaste a tu hermana. Recordé haber leído su nombre en la lista de detalles que me enviaste. Fue una gran idea.

No estaba seguro de qué me impresionaba más: si el hecho de que recordara el nombre de mi hermana o su forma de reaccionar ante mi "rescate".

—Me alegra haber ayudado. Por cierto, ¿puedo preguntar algo?

—Claro, adelante —dijo, señalando una silla para que tomara asiento.

Me senté, evaluando si era correcto querer averiguar sobre el caso de Lavigne. Me arrepentí, porque no quería ser entrometido. Aunque la duda me invadiera, no podía intervenir si ella no quería que lo hiciera. Me recordé que esta relación no era real. Me había prometido hacer lo que fuera necesario para ayudarla, y cuestionarla sobre lo sucedido con Lavigne en el pasado no era parte del trato. Tenía que mantenerme al margen.

—Quería saber si habías oído algo sobre los viáticos para el viaje a Frankfurt.

Era una tontería; podía ir a preguntar a Contabilidad al respecto.

—Ah, descuida. Antes de la junta con Alexander, fui con Wendy; tenía otra cosa que tratar con ella y me comentó que no habías ido a hacer tu trámite, así que lo hice por ti.

No esperaba esa respuesta.

—Vaya, gracias —exclamé, alzando las cejas y esbozando una sonrisa.

—Ya más adelante nos darán toda la información pertinente —continuó explicando—. Salimos un viernes temprano; ese día paso por ti para ir al aeropuerto…

—¿No se supone que el novio debe ir por la novia? —bromeé.

Entornó los ojos y se cruzó de brazos.

—Por favor, tampoco puedo hacer que gastes en combustible por mí hasta el aeropuerto. Vamos en mi auto esta vez.

Si así se sentía cómoda, no podría negarme. Me encogí de brazos sin dejar de sonreírle.

—Como digas, novia.

Enrojeció enseguida y eso alegró mi corazón.

—Nos vemos al rato —dije antes de salir de su oficina.

El resto de la jornada pasó como de costumbre.

20

Theo - Who

Las siguientes semanas fueron caóticas; no hubo mucho tiempo para pasar al lado de Evy. Se mantenía ocupada con negociaciones y juntas previas al viaje a Alemania. Conversábamos un poco por las mañanas cuando pasaba por ella para ir a la oficina, a la hora de comida y de regreso a casa. Eran escasos minutos, pero lo suficiente para mantenerme anonadado.

No tenía idea de todo lo que implicaba una feria del libro tan importante como la de Frankfurt. Supe que Evy y los editores tendrían reuniones con editoriales extranjeras para la compra de derechos de algunos títulos que querían comercializar en Estados Unidos. También esperaban poder vender los derechos de algunas obras de Loop para traducirlo a otros idiomas y ampliar la distribución. Y yo creía que solo era ir a vender libros.

Hasta antes de entrar a trabajar aquí, mi única relación era ilustrar portadas y ediciones especiales, más no sabía todo lo que implicaba.

Una noche antes del viaje, dejé a Evy en casa más temprano de lo usual porque debía preparar su equipaje. Al llegar a mi departamento, empecé a buscar mi maleta. Tenía tiempo sin viajar, así que ni siquiera sabía dónde la había dejado. No tardé en encontrarla, toda empolvada.

La saqué del armario, la limpié a fondo y luego la puse encima de la cama para empezar a arrojar las cosas que debería llevar. Cuando llené el equipaje, me entró una especie de nervio por mi ropa. Saqué todo para revisar que fuera la mejor ropa que pudiera llevar. No del todo formal, pero sí lo suficientemente decente para no avergonzar a Evy.

Más bien, para quedar bien con ella, chisté. Tomé la ropa para revisarla, la doblé con cuidado y la guardé nuevamente. Me aseguré de llevar loción y la máquina de afeitar.

Diez minutos después cerré la maleta y la coloqué en la entrada. Tomé la mochila del trabajo, puse la *tablet*, los audífonos, cargadores, billetera y el sobre con lo del viaje. La dejé encima de la maleta para no olvidarla. Suspiré profundamente cuando vi mi equipaje listo, me emocionaba pasar los próximos días con Evy en Frankfurt, tendría más oportunidades de estar con ella con la excusa del trabajo.

A la mañana siguiente, pasó por mí como habíamos acordado. Llegamos al aeropuerto con suficiente antelación. Tras estacionar el auto bajé de inmediato para abrirle la puerta.

—Gracias, no tenías por qué hacerlo —comentó sorprendida.

—Te prometí ser un novio caballeroso —le recordé con una sonrisa que la hizo sonrojarse.

Una vez que bajó, abrí el maletero para sacar el equipaje.

—Yo puedo llevar mi maleta sin problema —replicó, tratando de ayudar.

—Descuida, tú eres… ¿cómo dice mi hermana? La *passenger princess*, deja que te consienta.

Se rio.

—¿Qué? —pregunté, sonriendo de medio lado, con la mirada fija en sus ojos.

—Así no se usa el término de *passenger princess* —mencionó, cruzándose de brazos, arrugando la frente.

—Como sea, no quiero que cargues con el equipaje.

Intentó quitarme su valija mientras yo cerraba el maletero; sin embargo, fui más rápido y empujé ambas al otro lado para que no las alcanzara.

—¡Pero cada quien lleva sus cosas! —alegó, estirando el brazo para tomar sus pertenencias, mientras yo las alejaba de ella.

Estaba empezando a enfadarse, pero no dejaba de reír, lo cual me resultó muy gracioso. Dimos vueltas en círculos, ella intentando tomar la maleta y yo impidiendo que lo hiciera. En un punto, nos enredamos con la mochila y su bolsa, quedando pegados el uno al otro. Las risas cesaron cuando nos vimos a los ojos. El tiempo pareció detenerse para ambos; ninguno parpadeaba. Poco a poco me fui acercando a su boca. Sabía que sería mi perdición volver a probar esos dulces labios sabor a café. Ella no se alejó, pero de pronto noté que empezó a temblar. Su respiración, algo agitada, hacía que de su boca saliera el vapor a bocanadas con cada exhalación. Fui entonces consciente de que estaba haciendo mucho frío. Separé el contacto visual de inmediato para lograr desenredar su bolso y mi mochila.

—Debemos apresurarnos, hace mucho frío y no quiero que te enfermes —sentencié, logrando quitar el motivo del enredo: un llavero del bolso de Evy se había atascado con mi mochila. Los separé con cuidado—. Vamos, te sigo —añadí, llevando las maletas de ambos.

Ella sonrió débilmente. Daría lo que fuera por saber en qué estaba pensando en ese momento.

Entramos al aeropuerto, documentamos el equipaje y pasamos por seguridad en tiempo récord. Una vez que recogimos nuestras pertenencias, hicimos la parada obligada por un café y luego nos dirigimos a la sala de abordaje. Harper y Nate ya estaban ahí, hablaban animadamente pero, apenas nos vieron, Harper se puso de pie con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Buenos días, par de enamorados!

—Buenos días —saludamos al unísono.

—Ya hasta hablan al mismo tiempo. ¿Están listos para su luna de miel? —preguntó Nate en tono burlón.

Su esposa le dio un codazo.

—Por favor, es viaje de trabajo, y ustedes vienen con nosotros —contesté enseguida, antes de darle un trago a mi bebida.

—No le hagan caso —espetó Harper—. No durmió bien —agregó, y lo fulminó con la mirada.

Nos quedamos conversando. Cuando menos pensamos, nos estaban llamando para abordar el avión. Evy pasó antes porque ella estaba en *Business Class*. Yo me quedé con mis compañeros en la fila.

—Enseguida vuelvo, voy al baño —dijo Harper—. Parece que todavía tardaremos en subir.

—Te cuido tu bolso, amor, pero date prisa, la fila avanza rápido —comentó Nate.

—Sí, sí, enseguida vengo —replicó ella, corriendo al baño.

—¡Oye, Haven! —exclamó Nate.

—¿Qué?

—Ya está arreglado —susurró, misterioso, aguantando la risa.

—¿El qué? —pregunté, confundido.

Se inclinó para hablarme al oído.

—Harper se aseguró de que todo esté listo para que pasen más tiempo juntos. No puedo dar detalles, pero quería que supieras. Tú no sabes nada, ¿de acuerdo? —susurró.

Fruncí el ceño. Hoy estaban actuando muy raro los dos; no podía imaginar qué habían tramado.

—¿Y por qué me lo dices si se supone que no debo saber?

Mi amigo soltó una carcajada y luego me dio unas palmadas en la espalda. Entorné los ojos y, enseguida, di un paso atrás.

—Para que tengas tiempo de pensar cómo aprovechar el tiempo. Solo puedo decirte que el hotel al que vamos tiene paredes insonorizadas.

Bufé fastidiado. No quería dar rienda suelta a mi imaginación, así que volví mi vista al frente.

—Eres muy extraño en los viajes —espeté.

Harper se unió a la fila a los pocos minutos. Ellos subieron adelante de mí. La mujer que recibía los boletos era bastante antipática; escaneó mi boleto y me lo regresó sin decir nada.

—Gracias —exclamé con una sonrisa forzada.

Avancé por el pasillo y entré al avión. Enseguida me recibió una azafata muy amable.

—Bienvenido al vuelo 4528, ¿me permite su boleto?

Se lo entregué y lo observó con detenimiento.

—Oh, nos faltaba usted, señor Haven —exclamó sonriente—. Su asiento es el 3C, por aquí.

Dio cuatro pasos y me señaló un asiento. Fruncí el ceño; yo no iba adelante.

—Disculpe, debe haber un error. No voy en *Business Class* —confesé apresurado.

—Pero ese es su asiento, lo dice aquí en su boleto —señaló el enorme "3C" en mi boleto, y yo creía que era un código de otra cosa—. Adelante, por favor.

Debía ser una broma. Me dirigí al asiento señalado y encontré a Evy hablando por teléfono en el asiento contiguo. No entendía porqué yo tenía un asiento aquí, debería ir con mis amigos, no con mi jefa.

Evy terminó su llamada.

—¿Vas a ir de pie todo el vuelo? Es un largo viaje hasta Frankfurt —se burló.

—Lo sé, son siete horas y media… eh… ¿Por qué tengo un boleto en *Business*? —pregunté.

—Porque lo actualicé para que vinieras conmigo —contestó como si nada— ¿Estuvo mal? —inquirió, arrugando su frente, preocupada.

—No, no, para nada. No esperaba el ascenso. Gracias —respondí, sentándome finalmente.

—Lo hice porque se vería muy extraño que fuéramos separados —puntualizó, sin dejar de verme.

—No pensé en eso —murmuré mientras guardaba mi mochila bajo el asiento frente a mí—. Si alguien preguntaba yo iba a decir que como eres jefa, llevas asiento adelante.

—De hecho, no —replicó con una sonrisa—. Todos vamos en económica, pero siempre uso mis millas para ir en *Business.* Así tengo tiempo para descansar y pensar en paz.

Ahí estaba de nuevo, anteponiendo las necesidades y opiniones de los demás antes que su propio bienestar. Yo no tenía porque ir aquí adelante. Si esta era su única oportunidad de descansar sin estresarse, le daría su espacio. Se lo debía.

—En todo caso, debería ir con Nate y Harper, o no te daré esa paz que buscas.

Hice ademán de levantarme del asiento, pero enseguida me tomó de la manga de mi abrigo para detenerme.

—No, no, claro que no. Al contrario, contigo me la paso muy bien —musitó con una sonrisa.

Probablemente no era por eso; le estresaba más el "qué dirán" los demás si nos veían distanciados cuando se supone que éramos pareja. Aunque podía ser verdad, cabía la pequeña posibilidad después de aquella interacción en el estacionamiento del aeropuerto.

—Me alegra escucharlo —agregué, mirándola a los ojos.

Aún no dejaba de pensar en ese momento que tuvimos antes de registrar el equipaje. Mi corazón se aceleró al recordar lo cerca que estuve de besarla, así como de pensar que pasaría más tiempo con ella los próximos días.

—Vaya, vaya, no esperaba encontrarlos aquí.

Reconocí la sarcástica voz, y aunque no lo hubiera hecho, el gesto de Evy me dio toda la información que necesitaba. Su rostro se ensombreció al ver al idiota. Enseguida me puse de pie para bloquearle la visión. No me había dado cuenta, hasta ese momento, que yo era ligeramente más alto que él, así que, estando frente a frente, parecía haberlo cohibido.

—¿Se te ofrece algo? —pregunté lo más amable posible, pero con mirada desafiante.

—No, tan solo me acercaba a saludar a *Evelyn-lyn* —replicó Lavigne con arrogancia—. Creo que vamos con el mismo propósito a Frankfurt.

Dio un paso atrás para ver a Evy, pero le volví a bloquear la vista. Era un cobarde. Quería darle una paliza, pero no podía rebajarme a su nivel.

—Probablemente, pero adelante, toma tu asiento. Hay gente esperando pasar.

Señalé con la mirada la fila que había detenido por estar queriendo llamar la atención de Evy.

—Señor, disculpe, le dije que su asiento es el 23C —insistió la azafata, alcanzando a Lavigne.

Sonreí, orgulloso de que el imbécil no fuera en *business;* al menos así no estresaría a Evy.

Lavigne bufó y siguió su camino. Lo seguí con la mirada hasta que pasó el umbral a la siguiente sección del avión.

Empecé a reír, el karma sí que sabía hacer de las suyas. Me senté.

Volteé a ver a Evy. Tenía los ojos llorosos y se mordía los labios; no supe interpretar su reacción hasta que se soltó a reír y las lágrimas empezaron a brotar.

—¡Eso fue épico! —exclamó entre risas—. Nunca lo había visto así de enfadado, fue tan gracioso.

—Es lo menos que podía hacer —musité, encogiéndome de hombros.

Puso su mano sobre mi brazo.

—Es la segunda vez que sales a mi rescate, gracias. Apenas y puedo soportar tener que trabajar con él, como para todavía tener que encontrármelo fuera del trabajo.

Tomé su mano y le sonreí.

—Siempre te voy a cuidar.

Sus cejas se levantaron y sus labios se quedaron ligeramente abiertos por la sorpresa. Enseguida, su gesto se volvió una hermosa sonrisa que hizo que mi corazón se acelerara.

Pronto, el avión comenzó el vuelo de siete horas y media hasta Frankfurt, Alemania.

Siete horas y media al lado de Evy, sin interrupciones.

Quería que esto durara una eternidad.

21

Evy - Airplane

"En breve comenzará el descenso hacia la ciudad de Frankfurt, les pedimos enderezar sus asientos, así como apagar todo aparato electrónico hasta nuevo aviso"

Escuché el anuncio y abrí los ojos con pereza. Me dolía la espalda. Aunque el sillón se doblara como cama, no lo encontraba cómodo. Me estiré y logré sentarme.

Miré hacia mi izquierda para ver a Theo dormido en la división de nuestros lugares, apoyado encima de sus brazos, como si me estuviera viendo y el sueño lo hubiera vencido. Me enterneció verlo dormir tan profundamente; sus labios estaban fruncidos, como si fuera a dar un beso. Era tentador verlo así.

Me acerqué lentamente para comprobar que dormía. Quedé a escasos centímetros de su rostro; podía escuchar su respiración tranquila. Sonreí. Lo que daría por tener una relación así de bonita. Suspiré y retiré un mechón de su frente con cuidado para no despertarlo. Podría quedarme viéndolo por horas.

En eso pasó una azafata.

—Buenos días, señorita. Estamos por aterrizar, ¿podría avisarle a su pareja que necesita enderezar el asiento, por favor? —susurró amable.

Mi pareja. Sentí mariposas en el estómago.

—Claro que sí, un minuto.

Sonrió y siguió pasando el mensaje al resto de los pasajeros. Aún no amanecía; debían ser poco más de las cinco de la mañana.

—Theo —susurré. Toqué su hombro despacio—. Ya vamos a aterrizar.

Ronroneó y apretó los ojos, como un niño pequeño que no quiere despertar. No pude evitar sonreír.

—Amor, ya vamos a llegar.

Enseguida me di cuenta de lo que dije, me cubrí la boca, ahogando un grito. Abrió los ojos de golpe.

—¿Qué? —exclamó con voz áspera.

Nos quedamos viendo a los ojos y sentí mi rostro arder de vergüenza.

—Perdón si te asuste, es que ya vamos a llegar y nos piden enderezar el asiento.

—Oh, sí, claro —dijo, levantándose enseguida, obedeciendo la instrucción de la tripulación—. Perdona, tengo el sueño pesado. ¿Me dijiste otra cosa?

—No —contesté apresurada.

—Creí que habías dicho algo más.

Se frotó los ojos para despertar por completo.

—No, no, solo era eso del asiento. Enseguida vengo.

Tomé mi neceser del bolso y me apresuré al baño. Entré y me vi al espejo; tenía un aspecto horrible para mi gusto. Aunque había hecho mi rutina de noche antes de dormir, no lucía como esperaba. Me daba una vergüenza terrible que Theo me viera así de demacrada. *Un momento, ¿por qué me preocupaba lo que pensara?*

"Despierta ya, Evelyn Hope, esto es fingido, te está haciendo un favor" me dije a mí misma, viéndome a los ojos.

Suspiré y me lavé la cara. Realicé mi rutina matutina, lavé mis dientes, me maquillé y di una cepillada rápida a mi cabello. Una vez lista, regresé a mi lugar. Theo estaba leyendo la información del vuelo.

—Vaya, buenos días, novia —saludó alegre, logrando que me sonrojara.

—Veo que ya despertaste —mencioné, sin atreverme a verlo a los ojos, pero de reojo me di cuenta de que no me quitaba la mirada de encima. Aclaré mi garganta—. No puedo creer que nos consiguieran un vuelo para llegar de madrugada.

—Descuida, tenemos el día libre, ya mañana será de trabajo —comentó él, acomodándose en su lugar.

Aunque íbamos en la fila de asientos central, pude ver por una de las ventanas que estábamos cerca de tocar tierra. Me aferré al descansabrazos de mi lado derecho y a la división de asientos del lado izquierdo, tratando de que nadie lo notara. La parte que más nerviosa me ponía de un vuelo era justo este: el aterrizaje. Odiaba la sensación de choque de las llantas con la pista. Por muy hábil que fuera el piloto, seguía siendo una experiencia horrible para mí. Conforme se acercaba el momento de aterrizar, más me aferraba. Tomé aire e hice fuerza en el abdomen para no sentir mi estómago revolotear. Cerré los ojos y luego sentí algo en mi mano.

Abrí los ojos para ver que Theo sostenía mi mano y, con su pulgar, acariciaba mis nudillos.

—Tranquila, estará bien —dijo con cariño en voz baja.

—No es que tenga miedo, es que siento feo el contacto con la pista. Siempre me da la sensación de que vomitaré.

—Pero nunca lo has hecho, ¿cierto? —preguntó paciente.

Negué con la cabeza, aún aferrada de ambos lados. De haberle dicho a Alexander sobre ese miedo irracional, se habría burlado. Me habría dado una letanía sobre porqué era una ridícula, que le avergonzaba viajar conmigo y un largo etcétera… pero Theo no. Me sonrió amable, tomó mi mano con fuerza y no la soltó hasta que el avión hizo contacto con la pista y redujo velocidad. Fue entonces que pude relajarme. Probablemente fue la pena de confesar esa peculiaridad. Tal vez, fue el nerviosismo por sentir su piel sobre la mía. O pudo haber sido la seguridad que me brindó al tomar mi mano, tranquilizarme con palabras y no soltarme hasta que hubiera pasado el momento hostil. O una combinación de todo eso. Como haya sido, en diez años, era la primera vez que no me sentía mal al aterrizar. Y es que, cualquier viaje antes de entrar a trabajar a Loop, Samuel siempre me tomaba de la mano, justo como Theo en ese momento. *¿Era instinto de protección? ¿O simplemente fui muy obvia al aferrarme a lo que pude?*

Tras detenerse el avión, esperamos a que todos bajaran. Segunda cosa que yo solía hacer porque

odiaba que me apresuraran. Theo tampoco se movió, así que vimos salir a todos, incluyendo al imbécil de Alexander, que ni se molestó en mirarnos.

Una vez que recuperamos el equipaje y pasamos por migración, nos encontramos con Harper y Nate en la puerta de llegadas internacionales para tomar un taxi que nos llevara al hotel.

No tardamos en llegar. A pesar de ser temprano, había bastante gente en el *lobby*. Probablemente más profesionales como nosotros que venían con anticipación para la feria del libro. Harper se formó para hacer todo el trámite de registro. Nosotros lo único que queríamos era que nos dieran nuestras respectivas llaves para recuperarnos del viaje y más tarde salir a comer algo. La esperábamos en un sillón, quedándonos dormidos.

—Ahora sí, chicos, sus llaves. Theo, habitación 735. Nate y yo estamos en la 627—anunció alegre.

—¿Y la mía? —pregunté ansiosa.

—¿La tuya qué? —replicó Harper, frunciendo el ceño.

—No seas chistosa, dame mi llave para ir a dormir, muero de cansancio.

Extendí mi mano esperando mi tarjeta.

—Pero si tú y Theo son novios —dijo, alzando una ceja, con mirada inquisitiva.

El susodicho se puso rojo como un tomate, yo tardé en captar la información.

—Bueno… —dudé—. Como es viaje de trabajo, pedí habitaciones para cada uno. Así estaríamos más enfocados en lo que venimos a hacer.

Traté de sonar racional, pero solo estaba provocando que mis supuestos amigos se divirtieran a costa mía.

—¡Oh, ya veo! Wendy no te lo dijo.

Nate se aguantaba la risa, pero no estaba de humor para reprenderlo.

—Ilumíname, si eres tan amable —dije, frunciendo la boca, con todo el cuerpo tenso. El enfado se estaba haciendo presente, me crucé de brazos, tratando de mantener la calma.

—Wendy me avisó el viernes que solo había reservado dos habitaciones porque todos los hoteles estaban llenos, y como sabía que veníamos en pareja, no le vio problema a la distribución de habitaciones.

Me mareé al escucharla *¿estaban esperando que compartiéramos habitación?* Sentí una presión en el pecho. No podía hacer escándalo porque en teoría, era lo lógico.

—Corazón, descuida, sé que querías tiempo a solas para descansar de mí, pero prometo darte tu espacio —musitó.

Lo fulminé con la mirada.

—Vamos, no te hagas la santa. Disfruta que están en Alemania, aprovechen que tenemos bastante tiempo libre. Se merecen tiempo a solas, sin interrupciones —animó Harper.

¿Qué se supone que debía contestar a eso?

—Vamos, necesitas descansar —insistió Theo, sonriendo de medio lado y una mirada suave.

Abrí los ojos de par en par. Iba a replicar, pero me tomó de la mano, haciendo que me estremeciera, y me guio al ascensor para ir a la habitación. El botones que llevó nuestro equipaje, fue muy amable; abrió la puerta por nosotros y dejó nuestras pertenencias en la entrada, no sin antes ponerse a la orden para cualquier cosa. Contesté "gracias" en automático, pero mi mirada estaba perdida. No podía pensar con claridad lo que sucedería a partir de esto. Cuando el empleado salió, Theo soltó mi mano, me quedé viéndolo a los ojos, nerviosa.

—Evy, te juro que yo no sabía, pero no hay ningún problema, yo puedo dormir en este sillón o en

el suelo… —Se desvivía en explicaciones mientras mi mente iba a mil por hora pensando—. O puedo buscar otro hotel, no te preocupes, lo que menos quiero es agobiarte.

—¿Qué? —exclamé, sorprendida, llevándome una mano al corazón—. No, no quiero que te vayas —mi voz sonó más suplicante de lo que me hubiera gustado.

—¿No quieres que me vaya? —preguntó esperanzado.

Piensa rápido.

—Si te vas a otro hotel, creerán que estamos peleados. Además, sería inconveniente para todo lo que tenemos que hacer en la ciudad, no vas a encontrar otra habitación cerca. Y en el supuesto de que la encontraras, sería muy costosa… —fue lo primero que se me ocurrió, poner excusas del trabajo, aunque en realidad no quería que estuviera lejos. No era lo ideal compartir habitación, no por mí, sino por él. No quería incomodarlo—. Quédate, por favor. Ya veremos cómo arreglamos lo de dormir juntos —apenas salió de mi boca el *dormir juntos,* me llevé las manos a la cara—. No *juntos juntos,* me refiero a que…

Theo se veía divertido por mi confusión de palabras y significados. Desvié la mirada, pero enseguida se acercó para encontrar mis ojos.

—Tranquila, novia, lo entendí perfecto. No te preocupes, igual esto nos sirve para seguir nuestra coartada.

Me cubrí los ojos de la vergüenza por unos segundos. Me di por vencida y suspiré.

—Gracias, de verdad que no sé cómo voy a pagarte todo esto que haces por mí.

Sonrió. Casi podría jurar que lo había escuchado suspirar. Iba a decir algo más, pero no pude controlar un bostezo. Me estaba cayendo de sueño.

—Si quieres cambiarte de ropa y dormir un poco, yo saldré a dar la vuelta para darte privacidad. ¿Está bien?

—No tienes que irte, tampoco quiero ser un inconveniente para ti —admití, preocupada por él.

—Hagamos esto, apenas son las ocho de la mañana. Iré a buscar café y algo de desayunar, mientras tú te pones cómoda. Cuando regrese, comemos juntos y sigues descansando. ¿Suena bien?

—Sí, suena bastante bien.

—Excelente, vuelvo pronto —dijo antes de salir.

Apenas se escuchó el *click* de la puerta, me sentí tan sola en esa habitación que no podía creerlo. Era una locura sentirme así porque no era la primera vez que viajaba sola. Desde 2017 venía a Frankfurt cada año, más otros viajes que se presentaban de trabajo o por meras vacaciones, sin acompañantes. Nunca había sido problema, hasta este momento.

Probablemente eran las horas de viaje, el estrés y cansancio. Saqué las cosas de mi maleta, las guardé en las cajoneras. Saqué mi pijama, el neceser con *skincare* y me di una ducha. Una vez refrescada, saqué la *laptop* de mi bolso con la idea de revisar detalles de la feria del libro. Sin embargo, las letras empezaban a verse borrosas; tenía muchísimo sueño.

Encendí el televisor para tener ruido de fondo, puse la *laptop* sobre la cama y me recosté a un lado, apoyando mi cabeza con la mano derecha. El sueño me estaba venciendo. Seguí "trabajando" mientras bostezaba y cerraba los ojos por segundos en un intento de dormitar, pero los volvía a abrir. Llegó un punto donde finalmente caí como piedra.

22

Evy - Your existence

Unos segundos después, abrí los ojos y no vi mi *laptop* junto a mí. Me senté de un brinco para darme cuenta de que estaba cerrada sobre el escritorio que daba a la ventana. Yo estaba atravesada en la cama, cubierta por una cobija. La televisión seguía encendida, pero en volumen muy bajo. A mi izquierda, en el sillón, estaba Theo, durmiendo. Vestía otra ropa, probablemente también se había duchado; su cabello lucía húmedo. En la mesa junto a él estaban dos cafés y algo que parecía pan dulce. Por lo visto, no habían pasado segundos. Tomé mi celular de la mesita de noche para ver que eran casi las doce de medio día.

Me sentí culpable por acaparar la cama, así que me levanté para despertarlo.

—Theo, es tu turno de dormir en la cama, puedo mudarme al sillón —musité.

Poco a poco abrió los ojos. Le sonreí y enseguida enderezó su postura.

—Tranquilo, quería que pudieras descansar —susurré, mordiéndome una uña, no quise asustarlo.

—No estaba dormido —espetó, tallándose el rostro—. Estaba… descansando mis ojos.

Definitivamente no sabía mentir. Puse los ojos en blanco.

—¿Comiste algo?

—Sí. Te traje café, pero no quise molestar, estabas durmiendo muy en paz.

—Perdona, el sueño me venció —confesé, avergonzada.

—¿Quieres que vaya por algo más para que comas? —se puso de pie, dispuesto a salir. No podía traerlo como sirviente, eso era muy cruel.

—Descuida, puedo ir yo mientras descansas. Necesitas usar la cama.

Fui al armario para sacar un cambio de ropa. Quería salir de la habitación por un rato.

—No dejaré que vayas sola, puedo ir contigo.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí, vamos, debes comer algo —me animó.

Salimos a pasear por la zona y lo llevé a comer a un pequeño restaurante que acostumbraba visitar cada vez que iba a la feria del libro. Luego fuimos a caminar por un parque bastante grande. Eventualmente, encontramos un jardín precioso que, según nos dijeron se llamaba *Bürgergarten*.

Pasamos casi toda la tarde caminando y charlando. Capitalicé la conversación sin querer. En mi nerviosismo, solo hablaba y hablaba de la feria del libro. Theo me ponía mucha atención. Por un momento creí que estaba esperando para burlarse o quejarse de mí, pero no lo hizo. De vez en

cuando hacía preguntas; realmente se interesaba por lo que decía.

Encontramos algunas tiendas y entramos a ver. Llegamos a otro restaurante para la cena y, antes de las nueve de la noche, volvimos al hotel. Me sentía relajada hasta que cruzamos la entrada al *lobby* y recordé mi dilema: *¿cómo íbamos a arreglar lo de dormir?*

Teníamos una sola cama y era muy cruel pedirle que durmiera en el sillón; no era para nada cómodo. Dimos vuelta hacia los ascensores cuando se detuvo, y yo con él.

—Espera aquí —indicó, caminando de regreso a la recepción.

Se dirigió con seguridad hacia la recepcionista y empezó a hablar amablemente con ella. Una ola de celos se hizo presente cuando noté que la chica se inclinó, le sonrió y abrió los ojos exageradamente cuando lo vio acercarse. Iba a ir con él cuando sonó mi teléfono. Contesté sin ver quién era.

—¿Aló? —espeté, sin dejar de observar la interacción entre Theo y la chica de recepción.

—*Hermanita, por fin contestas. ¿No te llegan mis mensajes?*

—Perdona, no hay buena señal de internet fuera del hotel.

La verdad es que ni siquiera había revisado mis mensajes, la estaba pasando muy bien como para preocuparme por mi celular.

—*Me imagino* —dijo con tono irónico.

Puse los ojos en blanco.

—*Llamaba para saber cómo te fue, ¿qué tal el vuelo?*

—Bien, todo tranquilo. Llegamos muy temprano. Dormí casi toda la mañana y luego salimos a dar la vuelta cerca del hotel por perder tiempo. Mañana tenemos que presentarnos temprano en el recinto para preparar el estand.

—*¿Y tu novio?*

—¿Qué con él? —espeté irritada y en volumen más alto de una conversación normal.

Mi enojo no era porque me preguntara, sino porque veía que la recepcionista estaba coqueteando con Theo. No me constaba lo que decían, estaban bastante lejos, pero esos parpadeos intensos de la chica no podían significar otra cosa. Todo mi cuerpo se tensó, y no fui consciente hasta que los hombros me empezaron a doler. Samuel carraspeó, haciéndome volver a prestar atención a la llamada.

—*Uy, alguien anda de malas. Nada más quería saber cómo está* —contestó a la defensiva, igualando mi enojo— *¿No puedo preguntar o qué?*

—Bien, bien. Venimos de trabajo así que, no hay mucho que decir.

—*Me parece bien que... Maddie, espérate...*

Se escuchó ruido de fondo, probablemente mi cuñada quitándole el teléfono.

—*Hola, ¿qué tal Frankfurt?* —saludó alegremente.

Me hizo sonreír escucharla.

—Todo bien, ¿y tú? ¿La bebé?

Probablemente la tenía fastidiada por preguntarle en cada oportunidad, pero no podía dejar de preocuparme por su salud y la de mi futura sobrina.

—*Todo marcha bien, pero ¿qué es eso de que van de trabajo nada más?*

El repentino cambio de tema me tomó desprevenida. Se escuchaba a reclamo, pero no entendía el motivo.

—¿Eh?

—*Le dijiste a Sam que solo van de trabajo...*

—Porque es la verdad. ¿Qué tiene de malo?

—*¡Por favor! no trabajas las veinticuatro horas del día* —susurró.

Seguro me diría algo que haría enfadar a Samuel.

—*No es París pero estás en Europa, es más romántico que aquí así que, aprovecha el tiempo con Theo, ya sabes...*

—Por Dios, ¿qué cosas dices?

¿Por qué todos se empeñaban en decirme que aprovechara y disfrutara con él?, pensé.

—*¿Qué, no son pareja o qué?* —inquirió cortante.

He ahí mi respuesta. Para todo el mundo éramos pareja. Se esperaba que ansiáramos tiempo a solas para tener intimidad. Tragué saliva de nervios.

—Obviamente sí, pero este viaje es de trabajo. Vamos a estar ocupados.

—*Esa no te la creo ni yo. No te hagas la inocente, sé que no quieres contarme tus intimidades. No tienes que hacerlo si no quieres, pero disfruta, ¿de acuerdo? Tú que puedes, ¡hazlo!*

Sacudí mi cabeza porque una imagen mental bastante explícita iba a invadir mi imaginación.

—No necesito detalles, gracias.

—*Asumo que aún no hay esa clase de detalles entre ustedes, pero me encantaría saber cuando pase por primera vez.*

—*¡Maddie!* —gritó Samuel, provocando que ambas riéramos.

—Ya veré si te cuento —agregué por hacer enfadar más a mi hermano.

Theo se acercó a mí mientras la chica de recepción no le quitaba la vista de encima.

—Bueno, debo dejarlos. Voy llegando al hotel y ya voy a dormir.

—*Acompañada, espero* —acotó mi cuñada, riendo, mientras Samuel la reprendía a lo lejos.

—Claro que sí —canturreé. Era la verdad, aunque no como ella esperaba—. Cuídense, por favor, estamos en contacto.

—*Chao* —colgó la llamada.

—Listo, ya podemos subir —dijo Theo, dándome la mano.

La acepté sin dudar, todo porque la empleada del *front desk* nos viera.

Discretamente miré en su dirección. La chica tenía el gesto torcido, y eso me alegró, como si hubiera ganado una batalla.

—¿A qué fuiste a recepción? —cuestioné mientras presionaba el botón para el ascensor.

—Fui a preguntar si había camas extras para la habitación.

Eso no lo esperaba. También a él le preocupaba esa situación.

—Oh… ¿y qué te dijeron?

En eso las puertas del ascensor se abrieron y entramos.

—Que no tienen —respondió con calma.

Oh, no.

—Pero me dicen que el sofá se puede volver cama, y que hay sábanas y cobija extra en la parte superior del armario. Así que ya tenemos arreglado ese asunto.

—Me alegra —dije, un poco avergonzada por todo lo que tenía que pasar por mi culpa.

—Descuida, te prometí que te daría tu espacio.

Llegamos a la habitación y enseguida entré al baño a prepararme para dormir. Cuando salí, Theo ya tenía acomodado el sofá cama con sábanas, almohada y cobija. La televisión estaba encendida;

estaba viendo una película.

—Listo, ya puedes usar el baño —le informé tímidamente.

—Gracias. Encontré una película, pero si quieres, puedes cambiarle o apagarla si te molesta el ruido.

—No, así está bien. Suelo dormir con la televisión encendida, necesito el ruido para conciliar el sueño.

De otra forma, mis pensamientos intrusivos no me dejarían dormir.

—Oh —exclamó, pensativo—. Bien, iré cambiarme. Descansa, nos espera un día pesado mañana —dijo antes de entrar al baño.

—Descansa tú también —dije sonriente.

Apenas se cerró la puerta del baño, me enterré entre las cobijas y me quedé dormida casi en automático. Estaba exhausta.

23

Theo - Falling

Al cerrar la puerta del baño, no pude evitar suspirar. Estar en la misma habitación con Evy era… abrumador. El destino de verdad tenía algo contra mí al ponerme en esta situación tan tentadora.

Tentadora en el sentido que disfrutaba estar a su lado y, cada vez me resultaba más difícil no confesarle mis sentimientos. Quería volver a besarla, tenerla en mis brazos como hacía unos días el *lobby* de la editorial. Aún recordaba su desconcierto cuando la besé, y ahora estábamos en una relación falsa.

El karma, pensé.

Alessia tenía razón. En mi arrebato por defenderla, actué sin pensar. La besé y ahora estaba atado a ella para no darle problemas. Yo nos metí en esto, así que tenía que hacer todo lo que pudiera por arreglarlo.

Me eché agua en la cara para despejarme, me puse un pantalón de pijama y una camiseta blanca. Luego, guardé la ropa sucia en una bolsa de plástico, salí del baño y la puse en la maleta.

—Evy, ¿quieres que te despierte a alguna hora en especial? ¿O usas alarma? —pregunté mientras cerraba la valija. No obtuve respuesta— ¿Evy? —dije caminando hacia la cama.

La encontré profundamente dormida, abrazando una almohada. Sonreí, pero me sentía intranquilo. Seguro esta situación la molestaba. Ella estaba acostumbrada a estar sola, tener su espacio, y ahora, tenía que compartir habitación.

Por mi culpa tenía que mantener una imagen que ella no buscaba.

Pero tampoco la rechazó, me dijo una voz insidiosa en mi cabeza.

Me acerqué un poco más y me agaché a la altura de la cama para verla. Dormía con la mandíbula apretada.

Estrés, intuí.

Suspiré, angustiado por ella. *¿Por qué tenía que estresarse por todo? ¿Por qué dormía con la televisión encendida? ¿Qué clase de abandono sufrió para estar así?*

Recargué mis brazos sobre la cama y apoyé mi cabeza sobre ellos, frunciendo el ceño y mordiéndome el labio inferior. La vi dormir de la misma forma que en el avión: encogida, abrazando una almohada.

—Quiero protegerte, Evy —susurré sin dejar de observarla. Poco a poco, iba relajando su respiración—. Si me dejas, siempre estaré para ti.

Un mechón de su cabello cayó por su cara, e hizo mueca por el roce. Lentamente lo aparté hacia

atrás y se estremeció. Me asusté, porque creí haberla despertado, pero no lo hizo. Se giró al otro lado con todo y almohada. Sonreí.

Me puse de pie para ir al sofá. Tomé el control de la televisión para bajar un poco el volumen. Luego, activé el temporizador para que se apagara una hora más tarde; así me aseguraría de que ella no despertara ante la falta de ruido y luz.

Me acosté pero no sentía sueño. Evy me quedaba de frente desde mi lugar, sonreí al verla. Este viaje apenas comenzaba y ya había aprendido tanto sobre ella: lo sola que estaba, que cargaba con ciertos remordimientos, se disculpaba por todo y agradecía millones de veces.

Quería saber qué la molestaba tanto para impedir que lo siguiera haciendo *¿Qué había sucedido con Lavigne para que ella lo repudiara tanto? ¿Acaso había algo más personal que profesional?* Con muchos pensamientos rondándome, me quedé dormido.

A la mañana siguiente, desperté por un zumbido constante y algo lejano. Abrí los ojos con pereza. La cama estaba vacía. Las cortinas seguían cerradas, pero entraba un poco de luz a través de ellas. Me estiré antes de levantarme.

Enseguida reconocí el sonido, provenía del baño. Era la secadora de cabello. Evy ya se estaba preparando.

Busqué mi celular para ver la hora. Eran las ocho y media. En lo que buscaba mi ropa en la maleta, el zumbido se detuvo. Segundos después se abrió la puerta del baño.

—Oh, buenos días. ¿Te desperté? Quería dejarte dormir más tiempo.

—No, no, descuida, fue la luz del sol.

Suspiró, un poco más relajada. La vi radiante; usaba un pantalón de color claro con una camiseta negra. Su cabello, perfectamente peinado, caía sobre sus hombros en unas ondas que la hacían lucir como una modelo.

—Te ves muy linda —dije, sonriendo.

Enseguida se puso roja. Me gustaba saber que provocaba eso en ella. Me hacía pensar que, muy en el fondo, le agradaba como un amigo de verdad. Agachó la mirada y acomodó un mechón de cabello detrás de su oreja.

—Gracias —dijo, tímida—. Ya recogí el baño, si quieres pasar. Te espero para bajar a desayunar.

—No tardo.

Para las nueve de la mañana ya estábamos comiendo, charlando del clima y nimiedades. A pesar de eso, me sentía feliz solo por estar con ella.

Tras terminar, tomamos un taxi hacia el *Messe Frankfurt*, el sitio donde se desarrollaba la feria del libro. Yo esperaba que fuera como cualquier centro de convenciones de Estados Unidos, donde se destinaba una o dos salas para el evento. Un lugar grande, con cientos de expositores, nada fuera de lo común. Al menos, a lo que yo conocía.

Ella se rio cuando comenté eso en el taxi, pero no me contradijo.

Cuando llegamos al lugar, me di cuenta del porqué de la risa: no podía estar más equivocado. El *Messe Frankfurt* era un lugar enorme, parecía un centro comercial entero. Me quedé boquiabierto cuando bajamos del taxi. Evy seguía riendo al ver mi expresión.

—La feria de Frankfurt es la más grande e importante del mundo. Este año somos cuatro mil trescientos expositores.

—¿Cuatro mil…? —exclamé, abriendo los ojos como platos—. Ni siquiera dimensiono el número —reí, incrédulo.

—Si quieres, después de terminar el acomodo del espacio de Insight, puedo darte un tour para que conozcas más o menos cómo se distribuye el evento —ofreció emocionada.

—Me encantaría.

Me interesaban los libros, sí. En algún punto de mi vida quise pertenecer a la industria; de otra forma, no habría aceptado la entrevista de trabajo en Loop. Pero no sabía tanto del medio como Evy. Para mí, todo esto era un mundo por descubrir, uno que me encantaría conocer con ella a mi lado.

Entramos al gran edificio, y después de caminar por no sé cuantos pasillos, llegamos al espacio donde estaría el estand de Insight, con divisiones internas para cada sello editorial, incluyéndonos a nosotros de Loop.

Harper y Nate estaban ahí junto con otros; eran como unas doce personas. No reconocí a los demás, más que a Kai Black. Asumí que pertenecían al resto de los sellos editoriales.

Tras presentarnos, estuvimos arreglando el espacio con *displays.* Acomodamos libreros, ediciones especiales en inglés y alemán… y no terminamos. A pesar de ser un equipo grande, era muchísimo lo que había que tener en orden.

Salimos casi diez de la noche y, al día siguiente, continuamos con el trabajo, que nos llevó casi toda la jornada.

Fue hasta el tercer día que dio inicio la feria. Era una locura la cantidad de personas que asistían al evento. Una vez que se hizo la inauguración del evento, Evy cumplió su promesa y me llevó de tour por todo el sitio.

Vi editoriales que jamás había escuchado, ediciones con unas ilustraciones que hacían que mi trabajo parecieran dibujos de jardín de niños. Era impresionante lo invertido aquí. A pesar de sentirme un poco intimidado por las obras que estaban en exhibición, lo tomé como motivación para seguir perfeccionando mi arte.

Evy, como buena lectora, terminó comprando unos ocho libros en el proceso. Me alegró el corazón verla como una niña pequeña, viendo tanto ejemplar y no poder decidir cuáles llevar. Daba pequeños saltos cada vez que encontraba algo que le llamaba la atención y me explicaba cada detalle del porqué necesitaba comprarlos.

Tomé nota mental de todos los que mencionó que le gustaron, pero que no compró pues, si llevaba demasiados, le cobrarían exceso de equipaje. Hubo uno en especial que sí quería llevar, pero no consiguió, estaba agotado.

Cargué sus compras mientras paseábamos por los pasillos y veíamos diferentes expositores.

Un rato después, volvimos a nuestro estand. Guardé sus compras debajo de una de las mesas, junto a nuestras cosas, y tomamos el siguiente turno para atender a los clientes, mientras otro equipo iba a comer y pasear por el lugar.

Al día siguiente, teníamos que acompañar a uno de nuestros autores a una presentación de su libro, uno bastante prometedor de la ciencia ficción. Evy estaba nerviosa porque era la primera vez que este chico tenía un evento fuera de Estados Unidos, pero él se veía confiado.

Preparamos todo para la ocasión en uno de los salones. Evy dio comienzo al evento y le dio la palabra al autor, quien, como si fuera cosa de nada, empezó su intervención con seguridad, captando la atención del público.

Media hora más tarde, dio inicio la firma de autógrafos, y una larga fila se hizo en torno a la mesa. Ayudé a organizar la fila y guiar a los fans para que todo fluyera con tranquilidad.

Al finalizar, los últimos espectadores salieron de la sala y recogimos nuestras cosas, pues en un

rato empezaba otro evento en esa sala.

—Gracias al cielo, todo estuvo en orden —exclamó Evy, satisfecha.

—Te preocupas demasiado, te dije que no habría problema —replicó Harper, abrazando a su amiga.

—Lo sé, lo sé. Dejaría de ser yo si no me preocupara —musitó entre risas.

—Iré a guardar los promocionales —mencionó Nate, cargando un par de cajas—. Theo, llévate esas dos, ¿quieres? —señaló con la mirada.

—Sí, claro.

En lo que recogía las cajas, escuché a Evy resoplar, enfadada. Vi de reojo que revisaba su celular.

—¿Todo bien? —pregunté antes de irme con los promocionales.

—Déjame adivinar, ya tenemos que… —empezó a decir Harper.

—Tú no, solo yo —interrumpió, con mirada triste.

Chistó. Yo no entendía nada, tan solo las miraba, esperando una explicación.

—Lo que tengan que hacer, lo puedo hacer yo sin problema —me ofrecí.

—¡Ay, me encanta lo enamorados que están! —exclamó Harper, frunciendo la boca.

Me sonrojé y Evy soltó una risita nerviosa.

—Ojalá pudieras, pero no. Es algo que debo encargarme como editora en jefe. Pero gracias por el ofrecimiento. Los veo al rato —se despidió.

Fruncí el ceño. Miré a Harper, quien solo sonreía burlona.

—¿Qué es lo que tiene que hacer? —pregunté.

—Las negociaciones de derechos —contestó, poniéndose ambas manos a la cintura—. El problema es que la primera reunión al respecto es sobre las obras de Alexander Lavigne.

Tomé con demasiada fuerza las cajas, que hice que se doblaran.

—Cuidado, enamorado, o destruirás el material promocional —sentenció Harper.

—Lo siento.

—Te entiendo perfecto. No se llevan, pero trabajo es trabajo. El señor Wells concretó una negociación de derechos con una editorial local, y Alexander insistió en estar presente.

—¿En dónde se dan esas reuniones? —pregunté con curiosidad.

—En aquel lado—señaló a lo lejos un área designada a profesionales—. No te dejarán entrar, tendrías que tener un gafete especial. Pero descuida, estará bien. Sabe defenderse.

No lo dudaba ni un poco, pero no quería que estuviera sola.

—Vamos, tórtolo. Tenemos cosas que hacer en el estand.

La seguí, pero mi mente divagaba en Evy y la situación a la que no se quería enfrentar. Quería correr a buscarla, asegurarme de que había alguien más con ella, pero no tuve tiempo. Apenas llegamos al estand de Insight, me asignaron ciertas actividades. Los visitantes eran demasiados, así que se necesitaban todas las manos posibles para atenderlos.

24

Theo - Day & Night

Perdí la noción del tiempo, pero cuando menos pensé, vi a lo lejos una silueta familiar acercarse al estand. Era Evy. Caminaba con la frente en alto, pasos decididos y enfadados. Su gesto denotaba furia contenida: ceño y labios fruncidos. Llevaba una carpeta de la editorial en la mano izquierda y una pluma en su mano derecha. La pluma la llevaba como si empuñara una daga. Daba miedo verla. Quien la miraba se quitaba de su camino enseguida.

Me preocupé. No era buena señal que viniera así.

—¡Ay, Dios! —exclamó Harper, agachando la mirada.

—¿Qué crees que haya sucedido? —pregunté en voz baja.

—Nada bueno. Seguro no llegaron a un acuerdo —contestó.

Quise salir corriendo para tranquilizarla, pero me detenían dos cosas. En primer lugar, no podía llegar y simplemente abrazarla. Jamás acordamos tener contacto físico, ni en público ni en privado. No quería molestarla más de lo que ya estaba. En segundo lugar, no tenía porqué involucrarme. Tenía que conocer mi lugar y mis límites. Todos los de Insight la miraron, pero ninguno se atrevió a preguntar.

Llegó al estand sin decir nada. Tenía la mandíbula tensa. Sacó cajas de libros de debajo de la mesa, las abrió y empezó a colocarlos libros en cualquier lado. Los ponía sobre la mesa con demasiada fuerza, denotando su furia. Tan solo la observé. Podría dejarla en paz hasta que dijera algo, pero tampoco podía fingir que no me había dado cuenta.

—Evy —la llamé con tono nervioso y ansioso.

—¿¡Qué!? —espetó enfadada. Ni siquiera me miró.

—Ven —extendí mi mano hacia ella.

—No quiero hablar —sentenció, ignorando mi mano y evadiendo mi mirada. Se mantuvo moviendo ejemplares.

—No te estoy pidiendo eso —comenté, lo más tranquilo que pude.

También estaba enfadado, no con ella, si no con el imbécil de Lavigne, pero aquí se necesitaba prudencia.

—¡Estoy ocupada! —masculló, concentrada en lo suyo.

—Cariño, deja eso —dijo Harper quitándole lo que traía en las manos.

Solo así logró que se detuviera.

—Los libros no tienen la culpa, tú tampoco. Deja que ese idiota siga su camino, y tú deja de

atormentarte, ¿quieres? —la reprendió.

Fue como si la sacaran de un trance. Parpadeó varias veces y luego miró a su alrededor, como dándose cuenta de dónde estaba. Aún estaba algo enfadada pero al menos ya era un poco más racional.

—¡No! —exclamó, negando con la cabeza, como si se contestara a una pregunta elaborada por ella misma—. ¡No es posible, tengo que arreglar esto de una vez!—añadió de la nada.

Tomó la carpeta de nuevo y se alejó del estand. Fui tras ella.

—¡NO ME SIGAS! —me gritó—. De verdad, tengo trabajo que hacer —añadió, un poco desorientada, como si se hubiera dado cuenta de su actitud—. Después hablamos.

Me quedé pasmado por el rechazo, aunque era entendible. Yo no era nadie para ella en realidad, quería estar sola, como debería de ser. Sentí impotencia.

—Dale tiempo, campeón, estará bien —comentó Nate, llegando hasta donde estaba.

—No puedo dejar que se vaya sola —me quejé, enfadado.

—Tranquilo, dale oportunidad de que se despeje, sigue alterada. Se le pasa pronto. Lo que haya pasado, ella lo arreglará, ya verás.

—¿Cuánto tarda eso? —cuestioné.

Me parecía inaudito que ambos actuaran como si nada. Para ellos era normal estas reacciones, pero para mí, no. Me preocupaba que Evy se estresara y se enojara a tales niveles. Se haría daño si seguía así.

—Alrededor de… ¿Qué? ¿Dos horas? —contestó Nate, tratando de adivinar como cualquier cosa.

—¡Eso es demasiado! —bufé.

No la conocía tanto como para saber qué podría hacer en casos así, necesitaba estar con ella.

—¡Ay, cosita! Me encanta lo enamorados que están —se burló Harper—. Nunca te había tocado verla así, ¿cierto?

Negué con la cabeza.

—Cuando no logra lo que quiere, se bloquea, de todo y de todos. No te lo tomes a mal, dale su espacio —añadió Nate.

No era tranquilizador el comentario. No me gustaba para nada esto de darle su espacio, pero tampoco podía hacer escándalo. Resoplé enfadado y me puse a recoger todo lo que Evy había movido.

—Velo, son tan para cual —se murmuraron entre sí.

Los había escuchado, pero no quise responder a eso. Preferí tragarme el orgullo y el coraje. Trabajé en silencio, pasando ejemplares a mis compañeros cuando los vendían. No tenía ganas de hablar con gente. Veía el tiempo pasar como si alguien hubiera presionado el botón de reducir velocidad a lo más lento posible.

Hubo un momento donde llegó demasiada gente y no me quedó de otra más que atenderlos. Puse mi mejor cara y voz de servicio al cliente para empezar a vender como si fuera pan caliente. Cuando por fin bajó la afluencia, vi mi reloj. Ya habían pasado tres horas desde que Evy se había ido.

Preocupado, la llamé, pero no contestó. Lo volví a intentar, me envió a buzón de voz.

—Harper —llamé su atención— ¿Sabes algo de Evy?

Se rio, sacó su celular para buscar algo y me mostró la pantalla.

—Hace casi una hora me envió este mensaje. Te avisé, pero no me escuchaste. Está en el hotel, se fue a descansar después de la negociación —me informó.

—¡No me dijiste nada! —reclamé.

Puso los ojos en blanco.

—Ve a buscarla, enamorado —mandó Nate.

—¿No va a regresar? —pregunté, angustiado.

—Hoy no —contestó Harper.

—Bien, me voy entonces. Si necesitan que les ayude a recoger, puedo volver más tarde.

—Ya, sal de aquí —se burló Nate.

Tomé mi mochila y me fui. Mientras caminaba por los pasillos, recordé el libro que Evy había mencionado que quería llevar. Pasé por la editorial y, casualmente, habían llegado pocas piezas, así que lo compré para ella y lo pedí envuelto para regalo. Después me dirigí al hotel; no estaba tan lejos, estaba a diez minutos caminando.

Subí rápido hacia la habitación. Iba a abrir, puesto que tenía llave, pero luego pensé que sería de mala educación entrar sin anunciarme. ¿Qué tal si se estaba cambiando? Aunque estaba desesperado, llamé a la puerta.

—¡No estoy! —gritó, fastidiada.

Escucharla me dio cierta tranquilidad. Seguía enfadada, pero al menos estaba bien.

—Soy yo, novia —repliqué, un poco más tranquilo.

Me abrió enseguida. Estaba en pijama, cara lavada y el ceño fruncido. Amaba verla; era la segunda vez que la veía igual de hermosa y enfadada.

—Perdona que me fuera sin avisar —musitó, haciéndose a un lado para que pasara—. La negociación fue complicada, pero al final lo logré. Después de eso, no tenía cabeza para otra cosa. Le pedí a Harper que te avisara.

—Me imagino. Quería ayudarte, pero pronto entendí que, más bien, estorbo —comenté a manera de disculpa.

Ladeó la cabeza y me miró con la frente arrugada.

—No eres un estorbo —se apresuró a decir—. No vuelvas a decir eso, por favor —añadió, negando con la cabeza—. Vamos, pasa.

La seguí y cerré la puerta.

—¿Pudiste descansar? —pregunté con cautela.

—Sí. Después de soltar toda la bilis acumulada, vine a pie para que el frío me despejara. Me di un baño, hice un poco de yoga y estaba viendo televisión.

—¿Quieres que traiga algo para cenar? —ofrecí.

—No, quédate. Ya no quiero estar sola. Pidamos algo a la habitación —dijo, tumbándose en la cama.

—Bien.

Tomó el control del televisor y bajó el volumen. Luego, se sentó en la orilla de la cama y respiró hondo.

—¿Cómo estuvo todo? —cuestionó.

—Raro, porque no estabas —respondí sinceramente.

Sonrió enternecida.

—Pero de ventas… —especificó de inmediato—. Fue bastante movido, no tenía idea de lo cotizado que eran ciertos libros. Vendimos más de cien ejemplares de Sebastian; se acabaron todos los de exhibición de Enzo y tuve que reabastecer dos veces… fue una locura.

Evy suspiró.

—Oye, lamento no haber estado para ayudar —se disculpó; su enojo se desvaneció, se veía dolida y preocupada.

—Descuida, ¿quién podría andar como si nada después de hablar con semejante idiota?

Resopló.

—Ni me lo recuerdes. Sé que es inevitable, pero… No importa —negó con la cabeza—. Mañana será otro día y no lo veré de nuevo, escuché que se iba hoy mismo.

—Menos mal. Nos quedan dos días de trabajo, podemos aprovechar y divertirnos.

—Sí —contestó, un poco más calmada.

Hubo unos segundos de silencio, y de pronto, recordé el regalo.

—Por cierto, tengo algo para ti —mencioné mientras sacaba el libro de la mochila.

—¿Para mí? —exclamó, un tono más agudo de lo normal, arrugando la frente y mirándome expectante.

—Sí. Cuando venía para acá, recordé que habías dicho algo sobre una edición difícil de conseguir. Fui a preguntar con la editorial y, casualmente, habían llegado más ejemplares, así que lo compré para ti.

Le entregué el paquete. Pude ver sorpresa en su rostro. Cual niña pequeña, abrió la envoltura y al ver el libro, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Esto es increíble, no tenías que hacerlo…

—No es nada —musité, sentándome junto a ella.

—¿Cómo que "no es nada"? No es solo el hecho de conseguir el libro, sino que… bueno… recordaste ese detalle de mí, me pusiste atención… esto es… —sollozó.

Iba a llorar, y no me gustaba que lo hiciera.

—Alguien alguna vez hizo algo similar por mi sobrino… No recuerdo quién era —conté, llevándome una mano a la barbilla, mirando al techo, fingiendo demencia. Logré hacerla reír—. ¡Ah, espera! Ya recuerdo, fuiste tú —la señalé.

—Gracias, de verdad. Esto es realmente invaluable —susurró mientras examinaba el libro con mucho cuidado.

Lo que sea por verte feliz, pensé, esbozando media sonrisa y mirándola absorto.

—Si quieres, puedo salir, así podrás leer en silencio y sin distracciones.

—No. De verdad, quédate. Me alegra que toda esta situación hiciera que estuviéramos juntos aquí —confesó—. De estar sola, me estaría ahogando en mi furia por lo de hoy. Al menos contigo puedo desahogarme y reír.

—Si quieres despepitar de ese malnacido, adelante, soy todo oídos. Es más, si quieres puedo ir por él para darle su merecido. O lo detengo para que tú te desquites.

Soltó una carcajada, abrazando el libro.

—No, nada de agresiones. Tampoco es como que haya cometido un delito…

Su risa se esfumó al instante. Se quedó seria, viendo a la nada.

¿Habría recordado algo?

Quise preguntar, pero una vez más, pensé en que no era de mi incumbencia. Si ella no quería hablarme de ello, no la iba a presionar.

Aclaró su garganta.

—Bien, ¿qué se te antoja de cenar? —inquirió, mientras acomodaba su cabello detrás de su oreja.

Terminamos pidiendo un par de *club sándwich* en servicio a la habitación. Cenamos y conversamos todo el rato, logrando que se olvidara de lo sucedido en la feria. Luego llegó la hora de dormir; me puse el pijama y me dispuse a desdoblar el sofá para volverlo cama.

—Espera —me detuvo.

—¿Necesitas algo?

—¿Puedes dormir conmigo? —preguntó en voz baja y temblorosa.

¿Me estaba pidiendo que qué?

Se me secó la garganta, sentía que me faltaba el aire, *¿qué estaba insinuando?*

—No estoy seguro de…

Su rostro se enrojeció en un segundo. El miedo se hizo presente en su gesto.

—No seas tonto, no te estoy pidiendo *eso*. Solo… —dudó por un instante—. Duerme aquí conmigo en la cama. Solo descansar.

—¿Estás segura? —no quería dar pie a malas interpretaciones.

—Sí. Después de todo lo que has hecho, es muy injusto que duermas en el sofá —explicó, sonrojada.

—No tengo problema, lo juro —aseguré, sonriente.

—Pero no quiero que estés allá.

Dio unas palmadas a la almohada que tenía enseguida y no me quedó más que obedecer. Decir que no me emocionó estar en la misma cama, aunque solo fuera para descansar, sería una mentira. Me acosté mientras ella me cubría y luego se acomodó frente a mí, poniendo laa almohada en medio de los dos. Nos miramos el uno al otro, sin decir nada.

—¿No tienes sueño? —preguntó.

Era imposible poder dormir teniéndola tan cerca. Quería quitar la almohada y besarla. Sus grandes ojos brillaban, expectantes y hermosos.

—No. ¿Y tú?

—No —contestó. Miraba para todas partes, evitando el contacto visual. —¿Quieres… charlar sobre algo?

Esta era una oportunidad muy valiosa. Podríamos hablar sobre su pasado para tratar de entenderla.

—Tengo una pregunta, si no te molesta.

Iba a romper mi promesa, pero sentía que debía saberlo. No mentía cuando dije que quería protegerla.

—Adelante —musitó, encogiéndose de hombros

—¿Qué pasó entre tú y Lavigne?

Era obvio que no esperaba el tema. Enseguida se sentó en la cama e imité el movimiento.

—Si no quieres contarme, está bien —me apresuré a decirle—. Es solo que me intriga saber qué te hizo, por qué cada vez que lo ves te bloqueas.

Desvió la mirada. Se tensó, podía notarlo en su postura.

—Para ser honesto, no me gusta verte mal. Si puedo ayudar de alguna forma, ten por seguro que lo haré. No era broma cuando dije que puedo ir a golpearlo. Estuve en karate muchos años y soy cinta negra, puedo hacerlo sin dejar marcas.

Sonrió y suspiró. Relajó sus brazos. Parecíamos ir por buen camino.

25

Evy - Nobody notices your pain

Si dos semanas antes alguien me hubiera dicho que estaría compartiendo mi habitación y mi cama con el novato de Loop, fingiendo ser mi novio, no lo habría creído ni en un millón de años. Y aquí estaba, acostada con Theo frente a mí, preguntándome por mi pasado.

Quienes me rodeaban, sabían a grandes rasgos la situación; al menos lo que legalmente podía comentar. La única que conocía los detalles era Maddie. Infringí el acuerdo de confidencialidad, pero es que sentía que me moriría si no le contaba a alguien de confianza. Ella era como mi hermana; sufrió conmigo cada cosa que me pasó. Quiso intervenir, pero no la dejé. Le expliqué las implicaciones, así que no podía actuar. Al final se había arreglado de cierta forma que, quedábamos todos con algo de paz. Pero, a pesar del tiempo, no dejaba de doler.

No era parte de mi plan contarle mi pasado; al fin y al cabo, esta relación falsa terminaría en unas semanas. No debería ser relevante. Sin embargo, algo me empujaba a decirle. Quería que supiera esa parte de mi pasado. Tal vez la promesa de que podría golpearlo era el incentivo.

—La historia es larga —advertí, un poco temerosa.

—La noche también, y no tengo sueño —comentó él, atento—. Te escucho.

Eso era mi luz verde para hablar del tema. Me mordí el labio; no sabía por dónde empezar. O tal vez sí, pero temía que al saber mi pasado, me viera y me tratara con lástima, como si fuera alguien muy frágil.

—Debo mencionar que, legalmente estoy impedida a dar detalles de lo sucedido.

Theo se asustó, abrió los ojos exageradamente, y no era para menos. Tragué saliva con dificultad.

—Pero —agaché la mirada—, eso no me impide querer decírtelo.

—No quiero meterte en problemas…

—Está bien —aseguré—, solo hay una persona que sabe todos los detalles. La cuestión legal ya la infringí —comenté con una risita, pero él no le encontró lo gracioso—. Descuida, estaré en problemas si los medios de comunicación se enteran. ¿Me puedes prometer guardar el secreto? —pregunté temerosa, con la frente arrugada.

Él asintió enseguida. Se me hizo un nudo en la garganta. Tomé aire profundamente. Hacía años de todo esto.

—Si te hace daño podemos omitir que pregunté —aseguró, secando una lágrima que rodó por mi mejilla.

Un escalofrío me recorrió por completo al sentir su piel sobre la mía. Su mirada era profunda,

sin parpadeos. Me puse nerviosa.

Tan solo sonreí, esperando relajar el momento, pero mis labios me traicionaron con un temblor inevitable. Verlo frente a mí, paciente y preocupado, me quebró por completo. Comencé a llorar sin control.

¿Qué demonios me pasaba? ¿Cómo perdía la compostura de esta forma?, me pregunté a mí misma.

Acarició mi cabello, sin decir nada. Apoyó su barbilla en mi cabeza y me abrazó fuerte, dejándome llorar.

Unos minutos después, aún sollozando, lo solté, viendo y acariciando la almohada que se interponía entre los dos. Esto marcaba un antes y un después en la imagen que él tenía de mí. Me tenía en un pedestal de mujer empoderada, y esa idea se iba a desmoronar después de esto.

No era consciente del poder que tendría sobre mí. Podría acabar conmigo cuando quisiera si contaba lo que estaba por revelar. Y, aún así, sentía la necesidad de contarle. De alguna forma, necesitaba que él conociera la parte más oscura de mí.

—Todo empezó cuando tenía unos pocos meses como editora en Loop —comencé, aún dubitativa—. Harper y yo hacíamos dupla, yo me encargaba de corrección ortotipográfica y estilo, mientras que ella maquetaba y diseñaba la portada —hice una pausa, y aclaré mi garganta.

Theo miraba sin parpadear, y eso me estaba poniendo nerviosa. Sin embargo, decidí continuar.

—Nos asignaron un manuscrito de un novato, Alex Lavigne. Era un chico amable, respetuoso, y atento a cualquier corrección o sugerencia que le hiciéramos. Se emocionó mucho cuando le presentamos el contrato en la primera reunión de trabajo —recordé con una sonrisa triste.

Más lágrimas salieron, las vi caer sobre la almohada blanca. Theo se removió en su lugar, sin despegar la vista de mí.

—¿Y qué pasó? —preguntó con voz suave.

—Hicimos todo al pie de la letra. Le fue bien a su primer libro, poco a poco se hizo conocido y él no podía creerlo. No dejaba de elogiar nuestro trabajo. Nos invitó a cenar para celebrar cuando logró posicionarse en el *ranking* del *New York Times* —solté una risa irónica; cómo cambiaban las cosas—. Harper no pudo ir porque estaba de aniversario con Nate, así que solo fui yo. Todo fue bien y… bueno, después de tantos tragos… pasé la noche con él —me encogí de hombros.

—¿¡Qué!? —exclamó inquieto, pude ver que su respiración se agitó, lo notaba en sus hombros que subían y bajaban más rápido de lo normal. —¿Se propasó? —preguntó, con los ojos abiertos de par en par.

Negué con la cabeza. Me forcé a sonreirle, pero las lágrimas seguían desbordando. Limpié mi nariz.

—Nada de eso. La oportunidad se dio, fue consensuado pero… ese fue el inicio de todo.

—No entiendo, es que… —se llevó una mano a la cabeza, se rascó, como queriendo ordenar sus ideas—. ¿Te hizo daño? —preguntó finalmente.

—Déjame seguir contando, por favor. Necesitas saber toda la historia para entender.

Iba a replicar, pero se abstuvo.

—Perdona, continúa.

—Después de esa noche, Alex me invitó a salir. Me negaba porque no quería que me despidieran. Sin embargo, me convenció de que podíamos llevar una relación a escondidas. Así yo evitaría problemas en la editorial y su nueva fama estaría intacta, pues se cotizaba como el autor soltero favorito.

Theo bufó, poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué ridículo, no? —me reí, queriendo alivianar el momento sin éxito, así que seguí—. Poco después, anunció que publicaría otro libro, así que enseguida le avisé a Harper que seríamos las encargadas. Estaba bastante emocionada, porque aparte yo era la novia de aquel autor famoso.

—Sí, eso suena realmente ridículo —confirmó, con voz cortante.

Me llevé una mano a la boca y empecé a carcajear. Theo me miró de arriba a abajo, con ceño fruncido. Sabía que no era un chiste, pero escucharlo así, tan serio, me hizo reír y logré contagiarlo.

—En un afán de mezclar el trabajo con el placer, empecé a agendar reuniones semanales en la oficina, para vernos más tiempo —negué con la cabeza. Pronto las risas se fueron desvaneciendo—. Harper casi nunca estaba presente; solo nosotros dos, así que, podrás imaginar qué clase de cosas pasaban en aquella oficina —revelé tímidamente.

Vagos recuerdos empezaron a aparecer en mi cabeza.

—No necesito detalles de eso —sentenció, arrugando la nariz.

Me cubrí el rostro con ambas manos, avergonzada.

—Como sea. En esa época me sentía invencible: joven, exitosa y amada —conté entre risas, incrédula ante los hechos.

Descubrí mi rostro, Theo me miraba serio, la mandíbula apretada y la boca fruncida. Carraspeé.

—Fui muy estúpida, porque con la fama, la actitud de Alex fue cambiando. Llegó un punto donde exigió que lo llamáramos Alexander. Se volvió frío y distante —levanté una ceja al recordar esos cambios tan repentinos—. Nuestra relación también fue cambiando, pero por tonta no lo vi… o tal vez no lo quise ver… Se volvió más demandante conmigo, posesivo e incluso algo agresivo.

—¿Agresivo? —cuestionó, inquieto, tenía los ojos muy abiertos y su labios ligeramente separados.

—Hacía muchos comentarios pasivo-agresivos sobre mí cuando algo no salía como quería. Se lanzó el segundo libro y, para entonces su nombre ya estaba bien posicionado en la industria. "El gran Alexander Lavigne", "la promesa de la ciencia ficción". La soberbia lo empezó a dominar…

—¿Y qué pasó después? —preguntó casi en un susurro.

Abrí los ojos, me miraba con la frente arrugada. Subía y bajaba la mirada, como queriendo adivinar qué era lo que estaba pensando.

—Después de su gira de promoción, me aparecí en el aeropuerto con un letrero de bienvenida. Ahí estaba yo, de ilusa —dije con voz apresurada—. Cuando salió del área de reclamo de equipaje, me miró con desdén, leyó el letrero y siguió de largo. Se fue así, sin más. No entendía la actitud.

—¿Y entonces? —preguntó, con cautela.

Nos miramos a los ojos. Era el momento de hablar de lo que más dolía. Cerré los ojos, respiré hondo y volví a abrirlos.

—Por la noche, se apareció en mi casa. Prácticamente fue a reclamarme por haber ido al aeropuerto, sobre que nos iban a descubrir si seguía siendo así de ingenua. Me gritó que debería ser más cuidadosa, que estaba en riesgo la carrera de los dos —empecé a hablar más rápido. Los recuerdos se agolparon en mi mente—. Me acorraló contra la pared y casi me da un puñetazo. Yo lloraba de miedo. No podía gritar por ayuda, simplemente el sonido no salía.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pude ver que la respiración de Theo se descontroló, lo noté en sus hombros y en su pecho. Bajó la mirada, detecté tensión en su rostro.

—Cerré los ojos muy fuerte —continué con voz temblorosa—, esperando el golpe. Luego, tuvo un cambio repentino. Se disculpó de forma desmedida. Me empezó a besar, y yo solo temblaba —fui

agachando la mirada y me abracé a mí misma, encogiéndome—. No lo quería cerca, quería alejarlo de mí pero no se quitó. Siguió besándome… me quitó la ropa… luego la suya, y…

—No sigas, por favor —interrumpió, con voz suplicante.

Se levantó de la cama y se llevó ambas manos a la cabeza, desesperado. Lo seguí con la mirada mientras daba vueltas por la habitación.

—Lo denunciaste ¿verdad? —cuestionó, subiendo el tono de voz—. Dime que lo denunciaste.

Lo miré a los ojos, vi mi miedo reflejado en los suyos. Negué con la cabeza. Theo volvió a sentarse en la cama. Apoyó sus codos en sus rodillas, escondiendo el rostro entre sus manos. Pude ver cómo sus hombros subían y bajaban más rápido, de lo alterado que estaba. Tomé aire para poder seguir hablando.

—Después de que… hizo todo lo que quiso conmigo, aseguró que hacíamos una gran pareja. Que, con mi ayuda él sería tan famoso que pronto anunciaría nuestra relación y ya no tendríamos que escondernos.

—Evy… —susurró, mirándome triste.

—Sabía que no era verdad —continué, levantando la cabeza, mirando al techo. Intentando no derrumbarme—. Después de esa noche, supe que eso no estaba bien, tenía que contarle a alguien, pero ¿a quién? ¿Quién me creería?

—Pero ¿y tu hermano? ¿Por qué no le dijiste? —insistió.

Se deshacía en preguntas que yo también me hice a mí misma en su momento. *¿Por qué fui tan tonta como para no contarle a Harper o a Samuel? ¿Por qué había dejado que todo llegara tan lejos?* Ahora ya tenía una respuesta. Una muy simple y absurda: quería resolverlo sola. Sentía la necesidad de demostrar que podía hacer todo por mi cuenta, sin intervención de nadie, pero me costaba admitirlo. No quería que pensaran que era una fracasada, o que me hacía la víctima. Alexander siempre me dejó en claro que nadie me creería porque, siendo mujer y desconocida, cualquiera pensaría que quería arruinar su carrera por despecho o por aprovechada. Y aunque en terapia trabajé esos temas, seguían siendo un miedo recurrente.

—Me daba pánico perder mi trabajo —confesé, negando con la cabeza y encogiéndome de hombros.

—¡Pero habrías conseguido otro! —espetó, enfadado— ¡Evy, Insight no es la única editorial que existe!

—¡Lo sé! —repliqué.

Se quedó callado, enderezando su postura. No esperaba mi respuesta. Más lágrimas rodaban por mi rostro.

—Créeme que ahora lo sé —afirmé—. Pero en ese momento, irme de Insight era como fracasar.

Theo resopló resignado.

—¿Y qué hiciste después? —preguntó inquieto, frunciendo el ceño y mordiéndose la boca, visiblemente preocupado.

—Hablé con él, le dije que ya no quería tener una relación, que podría seguir editando su trabajo, pero que todo quedara en lo profesional.

—Y él no quiso, ¿cierto? —adivinó, su tono denotaba sarcasmo.

—Por supuesto que no —confirmé, frunciendo la boca—. Empezó a amenazarme con decirle a mi jefe que yo me le insinué, que lo acosaba. Al fin y al cabo, él era alguien importante, yo era una simple editora desconocida.

—¡Pero si fue por ti que él logró…! —chistó—. ¡Debiste hacer algo…! ¡por algo no me daba buena espina! La próxima vez que lo vea…

—¡No puedes hacer nada! —interrumpí con voz tajante—. De verdad, no lo busques —advertí, con la mirada fija en él.

Theo tenía los ojos desorbitados.

—¿¡Por qué no!? —reclamó.

—¡Porque eso quedó atrás! —repliqué irritada, con el corazón acelerado y la respiración descontrolada.

No quería que me siguiera cuestionando. Él no estuvo ahí, él no vivió lo que yo.

—¡Eso quedó atrás y se resolvió! —le dije, secando mis últimas lágrimas.

Su rostro se desencajó, la repentina furia se tornó tristeza, palideció. Su mirada ahora era apenada.

—A partir de sus amenazas, se volvió un infierno para mí trabajar con él —continué, tenía que terminar mi historia—. Apenas había sacado su segundo libro y ya trabajábamos en el borrador del tercero, pero yo ya no podía. Fui a hablar con el señor Wells directamente, no veía salida de esto.

—Entonces, sí hubo intervención legal —afirmó, con un tono suavizado.

—Algo así. Le confesé todo a mi jefe, le conté del abuso y las amenazas. Lo hubieras visto. Dudó de mí, me cuestionó hasta el cansancio pero nunca cambié mis respuestas como él esperaba —dije, esta vez en tono firme.

La rabia que sentí en esa ocasión que no me quiso creer, volvía a aparecer.

—Cuando vio que no podía zafarse de esto, mandó llamar a Alexander y nos confrontó —cerré los ojos, esto dolía como si me quemaran en carne viva—. Fue la reunión más caótica y difícil que he tenido. El señor Wells trajo a los abogados de Insight para que llegáramos a un acuerdo: él me pagaría una compensación y me dejaría en paz, y yo no diría nada.

—¿¡Qué clase de arreglo es ese!? —cuestionó Theo, con tono irritado.

—¡Tenía miedo porque estaba sola en esto! —lo miré suplicante.

¿Acaso no veía lo mucho que me dolía contarle?

Mi corazón latía con pesadez con tan solo recordar todos aquellos tiempos tan oscuros.

—Pedí que agregaran al acuerdo que yo no trabajaría con él a partir de ese momento, pero el jefe me rogó que al menos terminara el tercer libro. No quería arriesgar que el éxito de Alexander se fuera al caño. Las pérdidas serían horribles. En ese entonces, él era el único autor famoso que tenía Loop, no podía darse el lujo de perderlo. No se podrían recuperar financieramente de eso.

Se puso de pie nuevamente, con los puños cerrados. Se llevó uno a la boca, como queriendo evitar decir algo. Probablemente algo de lo que pudiera arrepentirse. Comenzó a pasear por la habitación.

No continué hablando, quería que dijera algo. Lo seguí con la mirada. De pronto, se detuvo en seco. Bajó su brazo y me miró, con ceño fruncido.

—Pero, ¿y Enzo? —preguntó con pesadez.

—Enzo llegó mucho tiempo después —contesté.

—Pero ¿por qué aceptaste ese acuerdo?

—¡Te dije que tenía miedo! —espeté enfadada.

Mi respiración estaba tan agitada que me dolía el pecho. Respiré hondo antes de seguir

—El tercer libro fue el último que trabajé. Fue una tortura porque constantemente me recordaba

que podría destruirme si decidía hablar. Amenazó con hacerle daño a mi familia. Las juntas eran horribles, se enfadaba por cualquier corrección que le hacíamos.

—¿Y nadie más lo notó? —cuestionó, incrédulo.

—Harper no entendía el cambio de actitud, simplemente asumió que la fama se le fue a la cabeza. Por eso lo odia. No sabe todo lo que pasó entre nosotros —confirmé. —De cualquier forma, todo se tranquilizó después de publicar el tercer libro.

Theo se acercó de nuevo a la cama, se sentó con cautela.

—¿Cómo? Si me dices que, incluso después de su "gran arreglo" te siguió amenazando.

—No supe si el señor Wells habló con él y se dijeron más cosas; ni tengo idea de si alguien más intervino; solo sé que Alexander se alejó de Loop —dije, ladeando la cabeza—. La versión oficial fue que quería explorar otros géneros. Y, como querían proteger las finanzas a como diera lugar, lo convencieron de publicar con los otros sellos de Insight. Me pagó mi compensación y ya no lo volví a ver.

Frunció el ceño y bajó la mirada. Apretó los labios, frotó sus manos entre sí, ansioso.

—¿Hace cuánto fue todo esto? —preguntó finalmente.

—Seis años atrás —afirmé.

—Y… ¿qué hiciste después?

—Vivía con el miedo constante de encontrármelo de nuevo —admití, recordando lo paranoica que me volví—. Tomé terapia, me mudé de donde vivía y seguí trabajando sin mirar atrás. Me tomó bastante tiempo, pero me prometí que no dejaría que me robara la felicidad.

Lo escuché resoplar sonoramente.

—Sé que solo tu sabes porqué lo toleraste —dijo en tono apagado—. Pero ¿nunca pensaste en dejar Loop? ¿Ir a otros horizontes?

—Sí. Todos estos años busqué trabajo en otro lado, pero no encontré nada. Solo una vez conseguí una entrevista, pero en ese ínter me nombraron editora en jefe y acepté.

Su mirada era de pura decepción. Lo sabía, a partir de ahora sentiría lástima por mí. *Eres una tonta*, pensé enfadada conmigo misma.

—Sé lo que piensas —dije, tomando el valor de no volver a llorar. Ya me había dado el lujo de mostrarme débil—. Qué macabro que me quede en el lugar que me hizo callarme, ¿no? Pero Loop es mi hogar. Me dieron la oportunidad de dedicarme a lo que más me gusta, me apoyaron en mi carrera.

Soltó una risita sarcástica, negando con la cabeza.

—Pero…

—Pero nada —interrumpí, tajante—. No tienen la culpa de lo que me pasó, yo me lo busqué por estar con él a escondidas. Y entiendo perfecto su temor si yo hablaba. Esto era más grande que las pérdidas financieras, también implicaba un golpe de marca tremendo. Jamás se hubieran recuperado de eso. No me podría perdonar que, por un error mío, todos se vieran afectados —finalicé.

Suspiró resignado, llevándose una mano a la sien.

—Lamento mucho lo que te pasó, Evy. Créeme que no tenía ni idea de… lo grave que fue. No sé qué decir —dijo, agachando la mirada.

Observé cada movimiento que hizo. Esperaba ver algún cambio en su postura, en su forma de hablar, de mirarme. Quería encontrar una señal que me dijera que estaba loca si pensaba en él como algo más que un amigo.

—¿Puedo preguntar otra cosa? —se animó a decir, esta vez con un tono más suave.

—Claro.

Me imaginaba que a partir de ahora, el trato sería condescendiente. Ahora me convertía en su obra de caridad. Tal vez hasta aquí debería llegar la relación falsa, antes de que se creyera con la autoridad de querer intervenir en esto.

—¿Por qué me lo contaste? —preguntó, frunciendo el ceño, con la mirada agachada.

Enderecé mi postura, abriendo los ojos tanto que me dolían. Parpadeé varias veces, no esperaba esa pregunta.

—Es decir —agregó, relamiendo sus labios, con la frente arrugada, pensativo—. Si solo tu cuñada lo sabe, ¿por qué creíste que era buena idea contármelo? Esto es tan delicado y… si por mi fuera, iba en este momento a bajar a Lavigne de su avión para matarlo…

Se quedó callado de la nada. No contesté de inmediato. Levantó el rostro y nuestras miradas cruzaron. Su mirada era tan transparente; la tristeza que reflejaba era sincera. No pude evitar sonreír y encogerme de hombros.

—Quería que conocieras la parte más oscura de mí —confesé—. Quería que supieras el porqué me tiene tan tensa esto de trabajar con Alexander, que entendieras las razones por las que soy tan fría y desconfiada con todo aquel que no conozco.

Theo se mordió el labio.

—Ya no estamos en la misma posición —continué—. Él sigue siendo un autor respetado, pero yo crecí y me hice un nombre en la industria. No puede manipularme, ni le tengo miedo como antes. Sé manejarlo perfectamente, así que no busco que me rescates —aclaré, un poco más tranquila.

—Entonces ¿por qué fingir una relación conmigo?

Me dolió su pregunta. Sentí como si me enterraran mil agujas al corazón. Forcé una sonrisa.

—Creo que esto lo provocaste tú cuando me besaste —contesté, apretando los labios para evitar sonreír más. Por fin logré sacarle una sonrisa.

—Cierto, lo siento —dijo agachándose, avergonzado.

—Pero no te preocupes, esto no durará mucho. Tan solo espero que el proyecto de Alexander avance un poco para que Harper y Nate se hagan cargo y no tener que verlo. Confío plenamente en su capacidad.

—No tengo prisa, descuida. Sigue en pie lo que te dije. Mientras me lo permitas, siempre estaré para ti, te ayudaré en todo —confirmó, mirándome a los ojos.

—Solo te pido que por favor no me veas ni me trates con lástima. Esto forma parte de mi pasado, está trabajado y superado, ¿de acuerdo? Seguí con mi vida y no quiero que esto cambie nuestra amistad.

—De acuerdo —contestó no muy convencido—. Gracias por contármelo, agradezco la confianza. Juro que esto no cambiará las cosas.

Enseguida subió su meñique hacia mí, lo cual provocó mi risa.

—No te rías, esto es serio, promesa por el meñique.

Miré su dedo y luego a él, intentando no reír. *¿Cómo era tan tierno?* A veces me daba la impresión de que yo le gustaba, y eso me emocionaba. Sin embargo, no podía decirle que también lo encontraba atractivo. Aunque estos meses trabajando juntos me habían demostrado que era una buena persona, el miedo de que todo cambiara de repente, como con Alexander, seguía presente. Era mera atracción, ya se me pasaría.

Theo alzó la cejas, esperando que sellara la promesa. Enderecé mi postura y entrelacé mi dedo.

—Prometido por el meñique —susurró, un poco más animado.

—Promesa por el meñique —corroboré, sonriente.

Nos quedamos viendo a los ojos el uno al otro. Parecía que el tiempo se había detenido. Sentí mi rabia y mi tristeza empezar a desaparecer. Una sonrisa se abría paso en mi rostro. Me estaba perdiendo en su mirada. De pronto, aclaró su garganta.

—Creo que ya deberías dormir —mencionó, desviando la mirada—. Es tarde y ha sido una jornada complicada. Más de lo que pensé —suspiró.

—Tú también tuviste un día difícil, descansa —musité, avergonzada por el tumulto de emociones —. No invadiré tu espacio, por eso es esta almohada —señalé nuestra barrera.

Me acosté, y enseguida, me cubrió con la sábana y la cobija. Se acostó del otro lado y quedamos de frente uno del otro.

—Gracias, eres un gran amigo —mencioné, por romper el silencio.

Me miró con esos ojos brillantes que me cautivaban.

—Quien te tenga de novio será muy afortunada —agregué.

El comentario era más para mí que para él. Aunque a veces sentía que yo le atraía, prefería mantener la distancia.

Suspiró y se acomodó en su lugar para ver al techo.

—¿Qué sucede? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Duerme —susurró sin mirarme.

Sonreí ante su respuesta. Era lógico.

—Hay alguien, ¿cierto? —pregunté en voz baja pero alegre.

No contestó. Sonreí más. Claro que había alguien, era obvio.

—Supongo que ella no lo sabe aún —comenté, divertida. También me acomodé boca arriba para ver el techo—. Porque de hacerlo sería una tonta en no aceptarte.

Siguió sin hablar, así que continué. Giré la cabeza para verlo. Seguía con la atención en el techo.

—Si un día te animas a decirme quién es, te juro que muevo cielo, mar y tierra para ella se entere —aseguré—. Me has salvado tantas veces que lo mínimo que puedo hacer es encargarme de que seas feliz.

Cerró los ojos. Vi que su respiración se agitó un poco. Estaba enamorado. Qué afortunada era esta chica… y tan estúpida, también. Bostecé.

—Te lo prometo —dije antes de quedarme dormida.

26

Theo - Candy

Me dolió escucharla hacer esa promesa. No tenía ni la más remota idea de que quien me quitaba el sueño y me hacía feliz era ella. Y saber por todo lo que había pasado me estaba torturando. Sentía el cuerpo pesado, como si me hubieran dado una paliza y apenas alcanzara aire.

¿Cómo es posible que nadie notó nada para ayudarla? ¿Cómo sobrevivió esto sola? Porque de haber estado yo... Suspiré y derramé unas lágrimas de furia. ¡Maldito Lavigne! Se había salido con la suya y andaba tan campante por la vida. Esto era injusto.

De pronto, me invadió la necesidad de contarle mi historia. Yo no tenía un secreto así. Lo más oscuro de mi pasado fue lo que le sucedió a mi hermana con su exesposo. Esa había sido la razón por la cual había dejado un trabajo estable en Kansas. Me mudé a Nueva York para protegerla, junto con Arlo, de un destino terrible. Sufrí con ellos, aunque nunca como Alessia, de eso estaba seguro. Me juré protegerlos, así significara que no volviera a tener un gran empleo ni a tener una vida propia. Desde muy chico fui el único hombre de la casa; era mi responsabilidad.

Quería que supiera esa parte de mí porque, aunque no se diera nada entre nosotros, ella había sido transparente conmigo. Lo justo es que yo también lo fuera. Sentía la urgencia de protegerla, y no solo porque tuviera sentimientos por ella, sino porque era una buena persona. No se merecía lo que le pasó.

—¿Evy? —pregunté en voz baja, pero no contestó.

Ya estaba dormida. Me levanté de la cama, llorando de furia. Me llevé ambas manos detrás del cuello. La desesperación me invadió desde que me contó todo, pero ahora, estando ella dormida, quería salir corriendo a buscar al malnacido de Lavigne.

Quería descargar mi furia contra él y contra todo el que se pusiera de su lado. Destrozar todo a mi alcance, deshacerme de esa sensación de impotencia.

Tenían un acuerdo legal; ella dijo que todo estaba "arreglado". A mí no me lo parecía, más no podía intervenir.

No podía dormir; era una locura poder pegar el ojo con todo lo que me acababa de enterar. Me aseguré de que estuviera dormida, me cambié de ropa y salí a caminar por el parque cercano al hotel.

No dejaba de darle vueltas al asunto. Ahora entendía las miradas el día de la conferencia de prensa, los gestos de Lavigne hacia Evy, la conversación que escuché a medias… Era una locura que todo esto pasara bajo las narices de todos y nadie se hubiera dado cuenta.

Aún estaba alterado, así que me puse a correr. Hacer ejercicio me tendría que ayudar a

despejarme o, al menos, cansarme lo suficiente para poder dormir. Corrí tanto como pude hasta que mi reloj empezó a pillar sonoramente.

Paré en seco, intentando recuperar el aliento. El reloj marcaba exceso de trabajo en mi corazón. Había una banca cerca, así que me tumbé, tratando de agarrar aire. Pude ver vapor salir de mi boca. La gente alrededor iba bien abrigada, y yo había salido con una camiseta de manga corta. No había sido consciente del clima hasta ahora.

Apoyé los codos en mis rodillas y oculté mi rostro en mis manos. Lloré cuanto pude para sacar la furia contenida. Mi Evy estaba tan herida y yo no podía hacer nada.

Me quedé un rato ahí, hasta que me cansé de llorar. Con el brazo, limpié mis ojos y mi nariz. Vi el reloj, ya era pasada la media noche. Tenía que volver.

Caminé de regreso, viendo al cielo, tratando de encontrar la forma de ayudar a Evy sin intervenir. De protegerla de todo y de todos.

Llegué a la puerta de nuestra habitación, abrí con cuidado para no despertarla. Seguía dormida. Tomé el pijama de la maleta y me di una ducha. El sueño me evadía.

Me acosté a su lado y apoyé mi cabeza sobre la almohada que nos dividía. Nunca había estado tan cerca de ella para aprenderme su rostro con detalle. El reflejo de la televisión me dejaba ver que tenía unas pequeñas pecas, apenas visibles, alrededor de la nariz. No las había notado hasta este momento. También descubrí un lunar en su barbilla, del lado derecho. En sí, todo su rostro era cautivador. Sus ojos estaban cerrados de forma relajada, no apretados como la había visto dormir los últimos días. Su mandíbula tampoco estaba ejerciendo presión; de hecho, su boca estaba ligeramente abierta. Se escuchaba su respiración de forma regular.

Acaricié su cabello con cuidado. Pareció gustarle el gesto porque sonrió dormida, y eso me dio un pequeño rayo de esperanza, de que, se sentía cómoda conmigo. No podía dejar de observarla y soñar despierto con que me correspondiera. Suspiró y no pude evitar darle un beso en la frente.

—Perdóname, Evy —susurré—. Perdóname por no llegar antes a tu vida. Y por no tener el valor de decirte lo que siento realmente por ti.

Quería tenerla en mis brazos y no soltarla jamás. La habían dañado tanto. Se habían aprovechado de su inexperiencia e ingenuidad de tantas formas… Pero, mientras yo estuviera cerca de ella, la cuidaría con mi vida. Era una juramento en secreto.

27

Evy - from

Las cosas se sentían un poco distintas entre Theo y yo después de que le contara lo que me había pasado. Me sentía más ligera al no tener secretos con él.

Para mi sorpresa, ahora éramos más unidos, amigos de verdad.

Aunque a veces me daba la impresión de que podría haber algo más, me convencía a mí misma que simplemente era amable. Probablemente ahora me cuidaba más tras conocer mi pasado. No estaba segura.

Harper bromeaba con que nuestra relación de pareja se había reforzado en el viaje a Alemania. *Nada más alejado de la realidad.*

Además de eso, intentaba averiguar quién era la chica que le robaba el sueño a Theo. Sin duda, él había hecho mucho por mí; tenía que devolverle el favor de alguna manera o me sería una ingrata.

De vuelta a Nueva York, el trabajo se intensificó. Teníamos que presentar las cuatro portadas de las ediciones especiales de Enzo. El anuncio se hizo un martes a primera hora. El asunto me tenía tensa, porque junto al comunicado iniciaba la preventa.

Para empeorar todo, llegó mi periodo a mitad del día, así que estaba enfadada, inflamada y estresada. *Gran combo*. Lamentablemente, no tenía analgésicos en la oficina, ni tiempo para ir a la farmacia, así que mejor me enfoqué en el trabajo. Seguro me distraería de los cólicos.

Conforme avanzaba la mañana, estuve monitoreando comentarios, reacciones y pedidos. Para mi paz mental, la respuesta del público era en general positiva. La mayoría comentaba querer comprar las cuatro versiones, lo cual me alegraba bastante.

Seguí leyendo hasta percatarme de algunos mensajes que llamaron mi atención. Hablaban sobre las ilustraciones; querían saber quién era el artista. Dudé en preguntarle a Theo si era correcto etiquetarlo, pero conociéndolo, se negaría.

Por otro lado, no quería dejar a la gente con la duda. Merecían saber quién era el artista; tenía que ser reconocido. Llamé de inmediato a Vivian, la *community manager* de Insight.

—¡Qué gusto! ¿Estás viendo las reacciones a la publicación sobre los libros de Enzo? —preguntó entusiasmada.

—Sí, lo he monitoreado desde que se publicó —respondí, mordiéndome el labio; aún dudaba de si esto era correcto—. Estoy viendo que muchos preguntan por el ilustrador.

Mientras pronunciaba las palabras, llevé mi mano al anillo de dragón por instinto, como si me diera seguridad tenerlo entre mis manos.

—Sí lo vi. Sería genial si tuviera redes sociales para que la gente vea su trabajo. Después de todo, supe que Enzo quedó fascinado con los resultados de sus portadas.

—Pues me has leído la mente. Te llamo por si puedes etiquetarlo. Sí tiene redes sociales profesionales de cuando era *freelancer*.

—¡Excelente! Pásame por mensaje el usuario para etiquetarlo enseguida.

Sonreí emocionada. Tomé el celular para enviarle la información.

—Claro —presioné el botón de "enviar".

—Perfecto, ya lo tengo. Al finalizar el día te hago llegar el reporte de impresiones, alcances y reacciones.

—Muchas gracias. Tan eficiente como siempre.

Soltó una carcajada.

—Cualquier cosa más, me llamas.

Con el pasar de las horas, entre otras responsabilidades que tenía, revisaba con gusto los resultados hasta el momento. Las preventas aumentaban casi por minuto, y en general, los comentarios eran buenos.

Revisé las cuentas profesionales de Theo; estaban subiendo en número de seguidores de manera impresionante. Me sentí orgullosa de él.

A la hora de comida, iba emocionada a contarle sobre la respuesta del público, cuando el teléfono de mi oficina sonó.

Demonios, ¿quién me buscaba a esta hora si todos iban al comedor?

Quise ignorar la llamada, pero podría ser urgente, así que mi lado profesional me obligó a atender el teléfono. Un poco desganada, levanté el auricular.

—Loop Books, habla Evelyn Hope.

—*Señorita, creí que no te encontraría.*

Kai tenía un tono alegre sin importar la hora, era impresionante.

—¿A qué debo que el jefe Black me llame a hora de comida si es su tiempo sagrado? —pregunté, imitando su voz.

—*¡Qué chistosa!* —rio divertido—. *No te quito valiosos minutos, solo quería tratar dos cosas. Primero, ¿qué le pareció el libro a tu sobrino? Supongo que ya terminó de leerlo.*

—Obviamente —mentí. Theo no había mencionado nada al respecto, pero yo asumía que sí—. Había olvidado decírtelo, está fascinado. Gracias, nuevamente, fue una locura conseguir esa edición.

—*Me alegra escuchar que le gustó. Te llamaba por algo relacionado al tema, algo que quedó pendiente.*

—¿Pendiente? —cuestioné, frunciendo el ceño—. Ya me cobraste el favor, acepté ir por un café contigo ese mismo día.

Me crucé de brazos, intentando adivinar qué excusa usaría ahora para invitarme a salir.

—*Lo sé, lo sé, fue mi último intento de conquistarte. Ahora sé que no lo lograré.*

Eso era una sorpresa, Kai no se rendía.

—¿En serio? ¿Después de ese café por fin te diste cuenta de que solo podemos ser amigos? —pregunté, intrigada por ese cambio de actitud—. ¿Qué tenía el café?

—*Qué cruel eres* —reprochó—. *Pero sí, algo así.*

—¿Cómo?

—*Después de verte con Theo en Frankfurt, creo que fue obvio que yo no tengo oportunidad. Siempre pensé que moriría de celos si te viera con alguien, pero debo decir que me alegra que seas feliz con él. Es*

buena persona, lo he tratado lo suficiente para saber que es amable. Te protege y está pendiente de ti. Eso es suficiente para mí.

Se me encogió el corazón al escucharlo. Por un lado, porque Kai era una buena persona, más nunca pude verlo con interés romántico. Me dolía un poco lastimarlo de esa manera, aunque no era a propósito. Por otro lado, me enterneció el hecho de que comentara que Theo era una buena persona y que le era suficiente vernos felices.

—Gracias, eres un gran amigo —comenté, aún sorprendida.

—En fin, me desvié del tema. Te llamaba para darte información privilegiada para tu sobrino.

—¿En serio? —pregunté incrédula.

—Sí, tuve una junta muy temprano con James Allen. Acaba de entregar el manuscrito de su tercer libro. Solo quería avisarte que se tiene previsto el lanzamiento para finales de julio.

—Vaya, gracias. Sé que a Arlo le hará mucha ilusión saberlo.

—Créeme que, si pudiera, te daba una copia del manuscrito...

Me asusté porque eso le acarrearía mínimo una demanda; no podía permitir que hiciera algo ilegal por quedar bien conmigo.

—No, no, no es necesario —me apresuré a decir—. No quiero meterte en problemas. Además, si apenas entregó el manuscrito, me imagino que faltan revisiones y cambios.

—Sí. De igual forma, si puedo conseguir el libro antes del lanzamiento, te aviso.

—De verdad, no es necesario, con tener la fecha es suficiente.

Mentira, si el plan iba como lo previsto, para entonces, Theo y yo habríamos partido caminos.

—Bien, si me entero de algo más te llamo.

—Te lo agradezco. Que tengas un buen día —contesté alegre.

—Igualmente, Master of Puppets.

Reí y colgué. Tomé aire; ahora sí podía ir con Theo para bajar a comer y contarle todo sobre la publicación de las portadas. La sorprendida fui yo, porque él estaba apoyado en el marco de la puerta de mi oficina.

—¡Dios, me asustaste! —exclamé, llevándome una mano al pecho—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Lo suficiente. ¿Hablabas con Kai? —inquirió.

Sabía lo que estaba pensando.

—Sí, me llamó para hablar de lo nuestro, y comprobé que tienes razón —comenté, un poco más relajada.

—¿En qué? ¿Interfiero entre ustedes?

Su respiración se agitó de la nada. Solté una carcajada mientras me acercaba a él.

—Claro que no —contesté.

Sin pensarlo mucho, tomé el cuello de su camisa para acomodarlo, pues lo traía doblado, y seguí hablando.

—Tenías razón en que un hombre no dejaría de invitar a una mujer hasta que supiera la existencia de otro en la vida de ella —expliqué, terminando de acomodar su cuello—. Listo, ya quedó mejor —agregué, sonriente, apoyando mis manos en su pecho y subiendo la mirada para encontrarme con la suya. Me perdí en sus ojos.

Pronto noté que su rostro enrojeció. Cuando me di cuenta de dónde estaban mis manos, las quité de inmediato. Reacomodé mi cabello detrás de mis orejas y di un paso atrás.

—Kai por fin admitió que no puede tener nada conmigo —continué, desviando la mirada, con las

manos temblorosas por haberlo tocado—, y me dijo que le daba gusto saber que estoy con alguien respetuoso y amable como tú. Le caes muy bien.

—Oh… No esperaba eso —suavizó el gesto.

—Yo tampoco, pero al menos cerré ese caso gracias a ti.

Se rio de nervios.

—También me llamó porque quería asegurarse de que a *mi sobrino* le hubiera gustado el libro.

—¿Ah, sí?

Esta vez sonrió. Esa sonrisa de lado y los ojitos de borrego que me tenían boba.

—Le aseguré que le encantó, y me dio información privilegiada para él. Quería que tuviera la primicia de que habrá un tercer libro, saldrá a la venta a finales de julio.

—Increíble, estará fascinado, gracias —expresó, relamiéndose los labios—. Estaré atento para pedir el libro apenas anuncien la preventa.

Sentí mi garganta seca al verlo así *¿qué me estaba pasando?* Sacudí mis pensamientos, las hormonas me traían loca.

—Yo te aviso en cuanto tenga más información —aseguré.

Nos quedamos viendo a los ojos. Llegó un punto donde su intensa mirada me cohibió. Aclaré mi garganta.

—¿Ya estás listo para ir a comer? —pregunté, moviendo los ojos a diferentes puntos, no sabía en dónde enfocarme sin sentirme nerviosa.

—Sí, claro. ¿Quieres comer aquí o salimos?

Apenas iba a contestar cuando vi a Sophie venir corriendo hacia donde estábamos; su cara demostraba preocupación. Theo se giró para ver qué había llamado mi atención.

—No es buena señal esa premura, ¿cierto? —se burló mientras cruzaba sus brazos.

—No, definitivamente no lo es —resoplé, resignada.

—¡Jefa Evy! Por fin la encuentro.

Lucía bastante nerviosa. Al ver a Theo, se sonrojó y cubrió su boca con una mano.

—Lo siento mucho, interrumpí algo importante… —afirmó.

—Descuida, ¿qué sucede? —pregunté, esperando cualquier cosa.

—Tiene una llamada de la señora Wells. Ha intentado comunicarse ya tres veces a su oficina. Se desvió al conmutador y contesté; la tengo esperando en la línea.

¡Pero qué tino tenía la esposa de mi jefe!, me quejé internamente.

—Gracias. ¿Puedes pasarla a mi oficina, por favor?.

Asintió y se fue corriendo.

—Lo siento, el deber llama —comenté, mirando a Theo con cara de disculpa.

—No te preocupes, ¿te espero? —preguntó.

—Sí, no creo tardar mucho —respondí, resignada.

El teléfono empezó a sonar y levanté la bocina.

—¿Sí, diga? —contesté con mi voz de servicio a cliente.

—*¡Cariño! ¡Qué gusto escuchar tu voz!*

—Señora Wells ¿cómo está?

—*Nada de "señora", ya te he dicho que me llames Sara* —reclamó.

Puse los ojos en blanco, fastidiada.

—Sara… lo siento, es la costumbre de ser formal —suspiré y vi de reojo a Theo, que se burlaba—.

Pero dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

—*Sé que es de último minuto, pero necesito que vengas a mi oficina, por favor. Tengo un... un favor urgente qué pedirte.*

—Claro… está bien… ¿a qué hora necesita…?

—*De inmediato, cariño* —exigió.

No entendía la premura, pero no me quedaba de otra más que ir con ella. El jefe me había encargado que la ayudara con su nueva editorial, así que, de vez en cuando, me pedía asesorías. Lo raro es que me llamara y me quisiera ahí en ese preciso momento.

—Por supuesto, voy para allá.

—*Gracias, querida. Disculpa que te interrumpa en tu día, pero es urgente. Juro que no será así siempre.*

—Descuide, iré enseguida.

Colgué y cerré los ojos, fastidiada.

—¿Todo bien?

Me sobresalté. Había olvidado por completo que Theo estaba sentado en el sillón, esperando que terminara mi llamada para ir a comer.

—Discúlpame, creo que no podré ir a contigo —repliqué sin ánimos.

Mi ojo derecho empezó a temblar.

Se puso de pie de inmediato y se acercó, tenía el ceño fruncido.

—¿Está todo en orden? —preguntó, intrigado.

—Es la señora Wells, me requiere en su oficina en este preciso momento —me quejé, poniendo los ojos en blanco de nuevo.

—¿A la hora de comida? —se cruzó de brazos.

Asentí, haciendo gesto de desagrado.

—¿Puedes creerlo? —exclamé, cansada.

—Como has dicho, el deber llama —dijo resignado—. Ve, te traeré algo de comer, ¿sí?

—Eres un amor, gracias —contesté con una sonrisa.

Se sonrojó. Aclaró su garganta y descruzó los brazos sin saber qué hacer con sus manos.

—Bien, te llamo más tarde —afirmó, saliendo de mi oficina con prisa, pero apenas dio un par de pasos fuera de mi oficina cuando regresó—. Me llamas… ¿me llamas cuando salgas? Para traerte tu comida.

Me reí, divertida.

—Sí, descuida, yo te llamo. Ve a comer —indiqué, despidiéndome con gesto de la mano.

Sonrió y se fue.

Cuando me quedé sola, resoplé sonoramente. La cabeza me estaba matando del dolor desde rato atrás, pero ahora los cólicos agudos hacían su aparición, doblándome del malestar. Me recargué en el escritorio, respirando profundo hasta que se pasara el dolor.

Vamos, Evy. Puedes con esto y más, me dije a mí misma.

Tomé mi agenda, la *tablet* y salí hacia el ascensor para ir al octavo piso, donde se estaban instalando las oficinas de Wish Books.

Al llegar con Sara, empezó a soltar una lista de dudas que me abrumó. Tomé nota de todo lo que necesitaba, aguantándome el coraje, porque todo esto se pudo haber resuelto con un correo electrónico. No me quedó más que sonreír y decirle que yo le resolvía sus dudas.

Pensé que sería todo, pero luego mencionó el motivo principal por el que me necesitaba con

urgencia: quería que tratara con la primera posible autora de Wish, por lo que, sin consultarme, agendó una cita con ella en ese momento.

Le pedí cinco minutos para llamar a Harper y pedirle ayuda para acomodar mis actividades programadas después de la hora de comida, pues seguro esto tardaría, y bastante. Afortunadamente, mi amiga se hizo cargo de todo junto con Sophie.

Sara me acompañó a la sala de juntas y empezó a contarme sobre la escritora a quien entrevistaría. Era la hija de una de sus mejores amigas de la universidad, por lo cual había bastante presión para mí. No me lo dijo así, pero podía intuirlo.

Entramos juntas, y la chica, July Ross, ya estaba ahí. A juzgar por su actitud, era bastante mimada, lo cual no era una buena señal. Sin dejar que me intimidara, inicié la reunión como lo hacía con cualquier autor nuevo en Loop. La reunión iba bien, hasta que Sara me interrumpió.

—Debo decirte que aquí mi querida July tiene mucho potencial. Uno de mis editores de confianza revisó su manuscrito.

¿¡Entonces por qué me quería aquí ahora!?, pensé para mis adentros.

—Sin embargo, como Wish es prácticamente nueva, quería tu opinión, ya que aún no tengo a mi equipo completo —agregó Sara, con voz aguda.

De verdad que esto no era para nada urgente, pero en fin. Mis prioridades y las de los dueños jamás empatarían. Así que, como siempre, tenía que mover mis asuntos para resolver los de ellos.

—No dudo de su potencial —comenté, con una sonrisa profesional y mirada firme—. Agradezco que me tomen en cuenta para su proceso, pero debo recordarle que actualmente mi área de trabajo es la ciencia ficción…

—Pero Sara me dijo que tu fuerte siempre fue el romance, desde que entraste a Insight — interrumpió July, con su voz nasal y tono quejumbroso.

Me mordí la lengua. Eso era verdad. Cuando entré a trabajar aquí, mi objetivo era dedicarme al género romántico, con todos sus subgéneros. Sin embargo, al ser un rubro bastante cotizado, requerían personal de muchísima más experiencia de la que yo tenía en ese entonces.

Cuando Loop empezó a crecer, confiaron en mí para darme el puesto de editora en jefe, y llevaba cinco años llevando las riendas con bastante éxito, a pesar de todo.

Suspiré.

—Tienes razón. Descuida, podré evaluar tu manuscrito. Pero antes, cuéntame sobre ti. ¿Qué te motiva a ser autora publicada? ¿Por qué pensaste en Wish como tu primera opción? —cuestioné, alzando una ceja.

Obviamente, sabía la respuesta. Si Sara era la mejor amiga de su madre, era lógico que buscaran aprovechar esa relación. No era lo ideal; no me agradaba el que usaran a nadie para lograr un objetivo. Tenía bastante experiencia con eso.

Aquí el caso era distinto, porque, al parecer, Sara se había ofrecido de manera "voluntaria" a ayudarle a publicar a July. Al final, yo era una empleada; tenía que seguir órdenes, pero sin dejar mi profesionalismo. Si el trabajo de esta escritora no encajaba, diría la verdad, aunque me costara el puesto.

La chica empezó a hablar de sus motivaciones, sus anhelos y deseos como autora publicada. La verdad era que su actitud no estaba encajando con lo que acostumbrábamos en Insight en general. Era bastante arrogante y presuntuosa. En mi experiencia, ese tipo de personas eran descartadas de inmediato; si así eran antes de publicar, no se podía esperar nada mejor para después.

Insight valoraba mucho la trayectoria de sus autores, y personalidades complicadas solo traerían problemas. A pesar de eso, toleré la junta por hacerle el favor a Sara. Le prometí leer el manuscrito y darle un informe pronto.

—En dos días te tendrá una respuesta —aseguró Sara.

La miré atónita.

¿Dos días? Era imposible que pudiera hacer un análisis profundo en dos míseros días. Iba a protestar, pero July se me adelantó.

—Me queda perfecto, porque en dos días me voy a Bali, así que si me pudieras dar respuesta antes de mediodía, lo apreciaría mucho, Evelyn —comentó esto último poniendo su mano sobre la mía, como si fuéramos amigas de toda la vida—. Estoy muy emocionada.

No tan sutilmente, retiré mi mano de la suya.

—Haré lo que pueda en este tiempo y te daré retroalimentación —finalicé, manteniendo mi compostura como pude.

La chica se puso de pie de un salto y empezó a aplaudir.

—Muchas gracias, Sarita. Le diré a mamá que esto ha sido un éxito —acotó, tomando su bolso y lanzando un par de besos al aire—. *¡Au revoir!*

Salió muy feliz de la sala de juntas.

Cerré los ojos, fastidiada de esto.

—Gracias, Evy —dijo Sara, poniendo su mano en mi hombro—. Me mantienes al tanto, ¿de acuerdo?

—Claro, me comunico con usted a la brevedad.

28

Evy - Falling into you

Me despedí y bajé al quinto piso. Moría de hambre y de dolor por los malditos cólicos. Pero, como toda mujer, tenía que comportarme como si no me estuviera desangrando y seguir con mis deberes.

Mientras bajaba por el ascensor, vi la hora en mi celular: las cinco de la tarde. Esto se había tardado demasiado. Luego recordé lo de la preventa de Enzo y entré a las redes sociales de Loop para ver las estadísticas. Los números crecían bastante bien.

Revisé comentarios y empezó a llamar mi atención que muchos etiquetaban a Theo, en su perfil profesional, alabando su trabajo. No pude evitar sonreír, me sentía orgullosa de la respuesta. Seguro él estaría muy feliz al ver esto.

Seguí bajando hasta que di con uno de una editorial canadiense que me quitó la sonrisa de inmediato:

"@TH_Dragon cuando quieras venir a Montreal, te ofrecemos una plaza con nosotros".

¡Qué mal gusto escribir algo así!, pensé, enfadada. Ignoré el comentario y continué. Para mi sorpresa, encontré tres más, de otras editoriales, interesados en el trabajo de Theo. Preguntaban que si tenía contrato exclusivo con nosotros; otro diciendo que le había enviado un mensaje privado, que lo revisara en cuanto tuviera oportunidad.

—¡Malditos bastardos! —grité a la pantalla.

Mi respiración se aceleró, sentía que echaba fuego por la boca del coraje. Empecé a ejercer más presión sobre el teléfono, incluso mis dedos se tornaron blancos, a medida que presionaba la pantalla para deslizar los comentarios.

—¿Tan mal estuvo la reunión?

Levanté la mirada al escuchar la pregunta. Theo parecía divertido, cruzado de brazos, esperando que saliera del ascensor. No me di cuenta en qué momento había llegado a Loop y las puertas se habían abierto. Estaba tan concentrada en los malditos mensajes que me aislé de la realidad.

—No tienes idea —respondí, mientras guardaba el celular en el bolsillo de mi pantalón y salía del elevador—. ¿Comiste?

—Sí, hace rato. Te guardé un poco de estofado que sirvieron en el comedor, pero al ver que tardabas, decidí ir a comprarte algo. Acabo de llegar y dejé todo en tu oficina.

—¡Gracias! Muero de hambre.

Me llevé la mano al abdomen, pero más que por el hambre, por el dolor menstrual. Me abstuve

de hacer cualquier gesto; no quería demostrar debilidad.

—Te acompaño.

Me ofreció su mano.

—No quiero interrumpirte, seguro estás ocupado.

—Vamos, novia —susurró sonriente.

Caí en cuenta de que había gente mirando desde los cubículos, y se suponía que yo era su novia.

—Te acompaño a comer.

—De acuerdo, vamos —musité, tomando su mano.

Caminamos hasta mi oficina.

—Me tomé la libertad de ir a comprar unos *wraps*, pastel de chocolate y de beber no supe qué te apetecía… —señaló, mientras tomaba la bandeja de mi escritorio y nombró cada bebida.

Sonreí porque, a pesar de lo que pasara, siempre buscaba cómo resolver.

—… Así que traje un refresco, un café frío, una clase de *smoothie* y… este es un té helado. Lo que quieras tomar, si no te gusta, puedo…

Un cólico fuerte se hizo presente y me doblé del dolor.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

No podía hablar porque mi interior se retorcía con ganas. *Maldito periodo*.

Le hice señas con una mano para que me diera tiempo. El pobre estaba asustado; se acercó a mí, pero no supo qué hacer. Fueron segundos eternos, pero pronto pasó el dolor agudo.

—Lo siento, solo son unos cólicos —confesé, avergonzada.

—¿Necesitas que compre algo para el dolor? —preguntó, agachándose a mi lado, tomando mi mano, angustiado.

Tenerlo tan cerca me descolocó. Me gustaba sentir su mano tomar la mía, pero me estaba poniendo nerviosa y no podía moverme.

Si quisieras, te habrías quitado, me dijo mi subconsciente.

—No, no, descuida, siempre me pasa esto —comenté por minimizar la situación.

Yo no era ninguna débil, no podía darme el lujo de mostrarme así, menos ante él.

—Tampoco te hagas la insensible, puedo traerte analgésicos —replicó entre risas nerviosas.

—No, gracias, estoy bien —aclaré, aunque mi voz sonó temblorosa, dando a entender exactamente lo contrario.

Cerré los ojos porque otro dolor agudo se hacía presente.

—Vamos, siéntate y yo te sirvo —agregó con una paciencia que nunca había encontrado en un hombre, ni siquiera en mi hermano.

—¿Seguro no estás ocupado? —pregunté, aún con gesto de dolor.

—Descuida, lo que tenía que arreglar hoy lo he terminado —se apresuró a servirme el *wrap* y acercó la bandeja de bebidas, tomé el café helado y le di las gracias.

Empezamos a comer, y aunque los cólicos me seguían torturando, puse mi mejor cara y empezamos a conversar del día. Le conté todo lo que pasó con July Ross y me escuchó con atención.

—¡Pues vaya jefes tenemos! —exclamó Theo, arqueando una ceja.

—Gajes del oficio, ni siquiera me extraña —comenté, y me encogí de hombros.

De pronto recordé lo de las portadas de Enzo.

—¡Por cierto!

Él se sobresaltó.

—Disculpa, es que acabo de recordar. Te debo una sorpresa, eres todo un éxito —lo señalé con una papa frita.

—¿Yo? ¿Qué hice? —preguntó divertido.

—¿No has visto tus redes?

De inmediato saqué mi teléfono para que viera.

—Entro todos los días a mi perfil personal nada más, cuando subo fotos de nosotros —anunció orgulloso.

—Eso lo explica —puse los ojos en blanco—. Estás etiquetado con tu perfil de ilustrador. Esta mañana se anunciaron las cuatro portadas que ilustraste para Enzo.

—Sí, escuché algo sobre eso.

—Bueno, pues por lo visto no te has enterado de lo bien que marcha —aseguré, buscando la publicación para mostrársela—. Al parecer es la mejor preventa que hemos tenido desde que Loop inició operaciones.

—Eso es una gran noticia, pero este logro es más tuyo que mío entonces —mencionó, sin entender a lo que me refería.

—Revisa los comentarios —estaba ansiosa porque viera lo que decían de él.

Poco a poco leyó todos los halagos a su trabajo.

—Subiste de seguidores como por el doble de los que tenías hasta esta mañana —agregué orgullosa.

—*Wow*, esto es genial. Aunque debo decir que nunca le he dado mucha importancia a lo que dicen en redes de mi trabajo.

—Deberías. Y, si puedo agregar algo, me estoy poniendo celosa —sentencié con seriedad.

Me crucé de brazos, recordando lo de las malditas editoriales.

—¿Celosa? —repitió, devolviéndome mi teléfono, divertido.

—Hay editoriales interesadas en ti —dije un poco arisca—. Al menos las que vi que escribieron, etiquetándote. Te quieren arrebatar de Loop, pero no los dejaré. Si recibes ofertas, las duplicaré —amenacé con tono decidido, la mirada fija en él.

—¿Crees que me iré si me ofrecen otro trabajo? —preguntó, entornando los ojos.

—Claro, ¿quién no lo haría? —me encogí de hombros—. Si te ofrecen algo mejor creo que es lógico, ¿no?

Levantó una ceja, como sopesando la idea. Me dolió que siquiera lo considerara, pero tampoco podía hacerme la tonta. Si una oportunidad mejor se presentaba, era obvio que la aceptaría; no había nada que lo atara a Loop.

—Fuera de broma, lo que me molestó es la forma en que te escribían —expliqué, buscando los comentarios que había visto—. Se me hizo de mal gusto que en una publicación de un lanzamiento, fueran tan informales para ofrecerte trabajo.

El enojo volvió; temblaba de rabia de recordar las palabras:

"cuando quieras venir a Montreal te ofrecemos una plaza con nosotros".

Estaba frenética tratando de encontrar el comentario cuando Theo me quitó el teléfono.

—No es necesario que lo vea —comentó, cerrando la publicación y devolviéndome el teléfono. Me miró directo a los ojos, intimidante—. No me interesa ver lo que tengan que ofrecer. Mi intención es quedarme aquí.

—Oye, era una broma, no podría detenerte si quisieras irte —repliqué con voz temblorosa.

Su mirada era tan profunda, y el hecho de que no parpadeara, me ponía la piel de gallina.

—Sé que era en tono de broma, pero pude notar que de verdad te molestó lo que escribieron —comentó con tranquilidad.

Respiró hondo, relajando el cuerpo.

—Ignóralos, de verdad. No pasa nada —me pidió, sonriendo dulcemente.

—De acuerdo.

—Bien, me llevaré la basura —tomó una bolsa de plástico para echar los restos de los empaques y comida—. Cuando estés lista para ir a casa, me dices.

—Gracias. Avanzaré un rato el manuscrito de July y después nos vamos.

—Espero tu llamada entonces —se despidió y salió de la oficina.

No pude evitar suspirar al verlo partir. Pero *¿por qué lo hacía?* Sacudí mi cabeza, realmente los cólicos me tenían afectada.

Tomé el manuscrito y empecé a leer. Pude avanzar un tercio cuando llegó la hora de ir a casa.

Theo me acompañó hasta la puerta de mi departamento, como lo había hecho las últimas semanas. Sin embargo, cuando nos despedimos, se sintió algo distinto. No estaba segura de que fuera algo positivo del todo. Me había quedado un mal sabor de boca por lo de los comentarios de las otras editoriales.

Aunque me había asegurado que no se iría de Loop, sabía que eventualmente tendría que hacerlo. Tenía que estar preparada para dejarlo ir, ya fuera por trabajo, o por aquella mujer que le quitaba el sueño. Ninguna de las opciones me gustaba, pero era la realidad.

Entré a casa, cansada, inflamada, enfadada… Más me valía darme una ducha y seguir leyendo. Si lograba terminarlo esta noche, llamaría a Sara temprano al día siguiente para decirle mis opiniones. Al fin y al cabo, yo no era la editora en jefe de Wish; no me correspondía la decisión de contratarla o no.

Me di una ducha con agua casi hirviendo; quería quitarme el estrés de encima y calmar los cólicos un poco.

Preparé té porque ya era tarde para ir a la farmacia sola.

Estuve en el sillón leyendo. El sueño me estaba venciendo, pero me estaba obligando a terminar el trabajo para no tener que atrasar el resto.

Cerré los ojos por un momento.

De pronto, sonó el timbre. Me levanté sobresaltada. Vi la pantalla de mi teléfono, eran las diez de la noche. Me había quedado dormida por casi dos horas. *¡Qué perdida de tiempo!*

El timbre volvió a sonar.

—¡Ya voy! —grité mientras entraba a revisar la cámara de seguridad en mi teléfono. El internet estaba un poco lento, pero por fin, pude entrar para ver quién venía a estas horas.

Era Theo.

Me levanté rápido. Di un vistazo al espejo y acomodé mi cabello revuelto.

Corrí a la puerta, tomé la perilla, respiré hondo y abrí, fingiendo que no sabía quién era.

—¡Hey! ¿Qué haces aquí?

—Disculpa la hora —musitó, mordiéndose el labio inferior—. Creo que te desperté.

—No, no, claro que no.

Claro que sí, pero le agradecía; de lo contrario, habría amanecido torcida en el sillón. Y lo peor; sin haber terminado el trabajo.

—Como sea, no me quedé tranquilo sabiendo que te sentías mal, así que, compré unas cosas para ti. Sé que no puedo hacer que el dolor desaparezca de inmediato, pero, espero que al menos esto te anime.

Me mostró una bolsa llena de cosas. Me enterneció el gesto, aunque no tenía idea de qué había comprado.

—No tenías que molestarte. Pasa.

Lo guie a la sala y levanté rápido el manuscrito del suelo.

—¿Seguías trabajando? —preguntó mientras dejaba las cosas en la barra del desayunador.

—Sí, quería terminar lo de July Ross.

—Novia, te dije que tenías que descansar. De seguir así vas a colapsar.

Cada vez me gustaba más que me dijera *novia*, aunque sabía que era broma.

—Ya estoy fastidiada, me falta poco para terminarlo —comenté, frotándome los ojos del cansancio.

Erguí mi postura y me crucé de brazos. Intentaba demostrar que podía con esto y más. Sin embargo, mi cuerpo me traicionó, soltando un gran bostezo. Theo sonrió de lado, tomó el manuscrito de mis manos y lo alejó de mí.

—¿Qué haces?

—Aclaro que no me molesta que leas, a mí también me gusta, pero ahora estás cansada y adolorida; debes dejar el trabajo por ahora —explicó con esa dulce voz.

—¡Oye, no! ¡Tengo que seguir! —insistí, queriendo arrebatarle las hojas, pero las elevó para que no alcanzara.

No era justo porque él era más alto que yo.

—Vamos, no estoy jugando, debo terminarlo para no retrasarme con todo lo que ya tengo agendado —exigí.

—Yo lo terminaré por ti —dijo, frunciendo el ceño mientras leía el título del manuscrito.

—¿¡Qué dices!? —pregunté dos tonos más agudo.

Puse las manos en la cintura como jarra, con los ojos totalmente abiertos, esperando que me devolviera el documento.

—Dime en qué te quedaste, leeré tus notas y yo lo terminaré… —aseguró.

—Pero…

—Mientras duermes, yo lo puedo trabajar. Me quedaré aquí a terminarlo, así me aseguro que de verdad descanses.

—No, pero… —intenté alegar, pero no me dejó.

Sin previo aviso me llevó en brazos al sillón. Se me escapó un pequeño grito del susto.

—Sin "peros", quédate aquí.

Fue por la bolsa a la barra. De ella sacó una cobija rosa, una bolsa para agua caliente que, por fuera, era de peluche, un antifaz, un frasco con ibuprofeno y una pequeña dotación de chocolates variados. Esbocé una pequeña sonrisa mientras tomaba la cobija y los chocolates.

—¿Y esto? —pregunté con curiosidad.

¿Cómo sabía qué era lo que necesitaba?, me pregunté.

—Tengo una hermana, así que sé cosas. Déjate consentir un rato —dijo, tapándome con la cobija, y dándome la bolsa con los chocolates.

Fue a la cocina, sirvió un vaso con agua y lo puso en la mesa de centro junto al frasco del

medicamento. Luego calentó un poco de agua para ponerla en la bolsa térmica, y, una vez lista, me la dio. Después tomó un refresco del refrigerador, se sentó en el suelo junto a mí y se dispuso a leer el manuscrito. No podía creer lo que acababa de pasar en esos minutos; me sentí una inútil. Esta clase de cosas podría hacerlas yo cuando tuviera tiempo, no cuando tenía tanto por hacer. Quise levantarme, pero enseguida me detuvo.

—Señorita, usted no se mueve de ahí —señaló el sillón y me quedé en mi lugar.

Me mordí el labio.

—No tienes que leerlo, puedo trabajar desde aquí —aseguré, extendiendo mi mano para que me devolviera el documento.

—Duerme, yo me encargo.

Ni siquiera me miró; estaba atento al escrito. Sacó de su mochila un bolígrafo y empezó a hacer notas. Esto era una batalla perdida para mí.

—Gracias —murmuré.

Mientras él leía, abrí el frasco de ibuprofeno para tomar una píldora. Luego me acurruqué en la cobija suave, puse la bolsa de agua caliente en mi vientre y se sintió un alivio casi instantáneo. En cuanto me relajé, mis ojos empezaron a cerrarse. No quería quedarme dormida; me daba pena que Theo estuviera haciendo mi trabajo y que estuviera sentado en el suelo. Sin embargo, el sueño me venció.

29

Theo - Hold me tight

En menos de diez minutos, cuando Evy se quedó dormida, pude escuchar su respiración relajada. Sonreí al verla. Dejé momentáneamente el manuscrito en la mesa de centro para asegurarme de que estuviera cómoda. La tapé bien con la cobija y volví a mi trabajo.

Una hora y media más tarde, terminé de leer y hacer mis anotaciones. La lectura era sencilla, así que avancé rápido. Asumí que ella le dedicaba mucho tiempo a cada página y no había terminado por eso. Como hubiera sido, me sentía bien de poder estar para ella, sobre todo, que se dejara ayudar.

Volteé a verla una vez más; se veía tranquila, pero a ratos hacía gestos de incomodidad, probablemente era por los cólicos. Con cuidado, quité la cobija de encima, tomé la bolsa térmica que tenía apretada contra su vientre y le cambié el agua.

La llevé en brazos a su habitación. Volví por la compresa, la puse en su abdomen con mucha delicadeza, y luego la tapé nuevamente con las cobijas y la sobrecama, pues hacía frío.

Apagué la luz para dejarla descansar. La observé dormir tranquila por unos segundos. Aún resonaban en mi memoria todas las veces que me agradecía cuando hacía algo por ella. Me daba rabia que nadie la hubiera cuidado así antes.

Ya casi era medianoche, sería mejor irme. Sonreí al verla una última vez antes de cerrar la puerta de su habitación. Sin embargo, ella emitió un quejido. Esperé a que despertara por si necesitaba ayuda. Empezó a balbucear entre sueños; no se entendía al inicio, pero pronto las palabras se volvieron claras.

—Ay, Theo…ojalá…ojalá sí fueras mi novio… abrázame.

Se acurrucó en una almohada y yo me quedé paralizado.

¿Estaba soñando conmigo? Se me hizo un nudo en el corazón. Me quedé congelado en la puerta, pero no volvió a hablar. Mi parte más insensata quería despertarla y preguntarle, pero no podía hacer eso.

Cerré la puerta con mucho cuidado, caminé a la cocina, un poco desorientado. No podía pensar con claridad.

Miré hacia la habitación con temor, como si al volver, fuera a escuchar que era una broma o una pesadilla.

Tratando de despejarme, recogí las cosas de la sala. Tomé la bolsa de chocolates que había dejado en la mesa de centro, la guardé en la cocina, cerca de su cafetera, para que los viera en la mañana. Dejé el manuscrito terminado sobre la barra. Me iba ir así, sin más, pero luego me percaté que cerca

del teléfono había una libreta. Arranqué una hoja para dejarle una nota:

"Me fui a medianoche, ya está terminado el manuscrito con las observaciones. Cerré con seguro el departamento y dejé todo ordenado. Paso por ti a las 7 a.m., no olvides desayunar algo antes de irnos."

Luego llegó la hora de firmar y dudé. Siempre firmaba "*tu querido novio*", puesto que era una ironía entre nosotros, pero después de escuchar lo que dijo entre sueños… no estaba seguro de poder seguir con esto de fingir. *¿O es que yo estaba exagerando?* Suspiré sin saber qué pensar. Por otro lado, si firmaba solo con mi nombre, creería que estaba enfadado por quedarme, y no podía dejar que pensara eso. Se castigaría a sí misma por dejar que alguien la ayudara.

Finalmente la firmé "*Tu novio, Theo*". Sentí un escalofrío tras firmar, como si estuviera firmando un contrato. Dejé la nota encima del manuscrito, junto con mi pluma. Puse el seguro en la puerta principal para que, al salir, quedara bien cerrada y me fui.

No quise tomar el ascensor porque quería distraerme, así que bajé por las escaleras. Me subí al auto y conduje a casa. No supe cómo llegué; para cuando fui consciente, ya estaba estacionado afuera de mi edificio. Me sentía inquieto. Saqué el celular y quise llamarla para asegurarme de que estaba bien, pero era una locura ya era muy tarde. Luego pensé en a quién sí podría llamar a altas horas de la noche, así que busqué el contacto y presioné el número.

—*¿Aló?*

Ya estaba arrepintiéndome de llamarla.

—Hermanita, ¿te desperté?

Esperaba que me dijera que sí, para darme cuenta de que estaba exagerando e irme a casa dormir.

—*No, estaba viendo una película, ¿te encuentras bien?*

Me llevé una mano a la sien, intentando despejar mi maraña de sentimientos.

—No estoy seguro. ¿Puedo hablar contigo?

—*¿Y qué estamos haciendo?* —preguntó entre risas.

Estaba de graciosa, entonces sí me pondría atención. Crucé la calle para ir a su edificio.

—En tu casa.

—*Claro, te espero. ¿Preparo café? ¿Vino? ¿Pañuelos desechables?*

No pude reírme. Tragué saliva con dificultad.

—*¿Por qué no te ríes?* —preguntó, burlona.

Solo suspiré.

—*Ok, esto es serio. Ven, no puedes ir a dormir así.*

—Voy subiendo.

Colgué y avancé rápido por las escaleras. Para cuando llegué a su piso, estaba casi sin aire. Mi condición física era escasa. Alessia estaba esperándome en la puerta, con brazos cruzados.

—¿Por qué no subiste por el ascensor?

La vi a los ojos, tratando de tomar aire. Vi su mirada cambiar de fastidio a preocupación.

—Por Dios, ¿qué pasó? Ven aquí. Estás temblando —expresó, preocupada.

—Vengo de casa de Evy —hablé con voz débil, apenas audible.

—¿A estas horas? ¿Está bien? —preguntó, alzando las cejas, llevándose una mano al corazón.

Soplé aire sonoramente.

—No vas a creer todo lo que sucedió —respondí, cansado.

—Por lo visto, pasaron cosas muy feas. Traes un semblante terrible; me sorprende que puedas hablar.

Hice mueca de dolor.

—Necesito un trago —admití.

—Ven, tengo las copas listas.

Efectivamente, Alessia tenía el vino servido en la barra de la cocina. Me senté y, enseguida, tomé la bebida de un solo trago.

—¡Oye, oye! ¡Nada puede ser tan malo como para desperdiciar un vino así! ¡Disfrútalo! —me reprendió.

Dejé la copa con cuidado sobre la barra, tomé la botella y serví más.

—Esto es inaudito —se quejó, poniendo los ojos en blanco—. Si mamá te viera así, ya te habría lanzado una chancla.

Me reí desganado.

—Te prometo que esta vez la voy a tomar despacio. Necesitaba algo fuerte para empezar.

—¡Cuánta intriga! ¡Cuéntame! ¿¡Qué sucedió!? —insistió, con tono fascinado.

No sabía por dónde empezar.

—Adivino —se apresuró a decir—. El trato está por terminar y dejarás de ser el novio falso.

La miré con recelo.

—Es eso ¿no? —preguntó, con una sonrisa socarrona.

Fijé mi atención en la copa.

—No hemos puesto fecha para eso —comenté.

Alessia resopló, fastidiada.

—¿¡Cuánto tiempo llevan fingiendo!? —cuestionó, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza.

—Casi tres meses —contesté en automático.

—Ojalá termine pronto —musitó, preocupada—. Sabes que no estoy de acuerdo en que hagas esto. Y antes de que digas algo… —sentenció, señalándome con su copa de vino—. Estoy consciente de que eres mayor que yo, y que, por mi historial, no tengo derecho a opinar, pero si sigues así, vas a pasar del "me gusta" al "me enamoré", y ahí sí ya no habrá remedio. No quiero que…

Me quedé callado. Empecé a jugar con la base del cristal, subiendo ligeramente la mirada.

—¡Ay, no…! —recargó la copa en la barra y se cubrió la cara con ambas manos—. No, no, no, no, no, ¡No me gusta esa mirada! ¡Ni siquiera voy a preguntar!

Sonreí, pensando en Evy.

—¿Por qué lo harías? Si ya lo sabes.

Ahogó un grito. Se levantó de la silla de un salto y dio una vuelta completa.

—¡Ay, no! ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Qué pasó entre ustedes? ¿Le dijiste algo? —cuestionó, frunciendo el ceño.

Negué con la cabeza.

—Desde el inicio me he sentido así.

Alessia abrió los ojos como platos, estaba realmente sorprendida, iba a protestar.

—Ya sé que dije que no pasaría nada, que sabía lo que hacía. No tienes que recordármelo. No me arrepiento de esto, sabía perfectamente a lo que me enfrentaba. O, al menos… hasta hace rato lo hacía.

Alessia suspiró, se sentó frente a la barra de nuevo, tomó la botella y llenó su copa.

—Cuenta, soy toda oídos —dijo derrotada.

—Hoy inició la preventa de las ediciones especiales de Enzo.

—Las que ilustraste, sí, vi en internet.

—Sí. El caso es que todo salió mucho mejor de lo planeado, y entre varias cosas, hubo gente interesada en mi trabajo.

—¡Eso es increíble! Aunque no entiendo qué tiene que ver con lo de ustedes.

Dio el último trago, sin dejar de poner atención.

—Ahí empezó lo raro del día —expliqué, algo desganado.

—Sigo sin conectar temas —tomó la botella para servirse más vino.

—Evy hizo un comentario que me dejó pensativo. Dijo que, gracias al anuncio de hoy, otras editoriales me estaban buscando para contratarme.

—¿Y se te subió la fama a la cabeza? —se burló.

No me reí. Enseguida se quedó callada. Sabía que quería alivianar la situación, siempre trataba de alegrarme y casi siempre lo conseguía.

—Lo siento, sigue —alentó con un movimiento de su mano.

—Dijo que si me ofrecían algo mejor en otro lado, ella se encargaría de ofrecerme el doble, que no me dejaría ir.

Alessia casi se ahoga, tosió tras pasarse el trago.

—Sabía que bromeaba —continué—. Le dije que no me iría. Me gusta lo que hago en Loop, pero ella insistió en que se enfrentaría a las otras propuestas.

—¿Y eso por qué?

—Pues… se enfadó por unos comentarios que leyó sobre ofertas de trabajo para mí. La hubieras visto, no recordaba verla así de enfadada desde…

Iba a mencionar lo de Frankfurt, pero eso implicaría darle contexto y no podía decirle lo del pasado de Evy. No quería traicionar su confianza.

—Desde aquella vez que llegué tarde para la junta con Enzo —finalicé.

—¡Uy, eso no es bueno! —exclamó, frunciendo el gesto.

—Pero este enojo parecía que fuera un ataque personal, ¿sabes? Hasta los dedos se le pusieron blancos de tanto presionar el teléfono. Terminé por quitárselo y decirle que no me interesaba nada de lo que dijeran u ofrecieran.

—¿Se enfadó más? —cuestionó, inclinándose hacia delante, apoyándose en sus codos sobre la barra, con mirada traviesa.

—No, pareció quedarse un poco tranquila. No sé, la vi algo inquieta, la conversación se desvió de eso. Cuando salimos del trabajo, me sentí ansioso porque, además, se sentía mal. Tenía cólicos muy fuertes.

Alessia alzó las cejas mientras seguía bebiendo.

—Entonces recordé qué era lo que me pedías que te comprara cuando estabas así y fui a la farmacia para comprar las cosas.

—¿De verdad hiciste eso por ella? —preguntó impresionada, moviendo la copa en su mano.

Asentí.

—Cuidé de ella porque se sentía mal y se estaba forzando a trabajar de más.

Recordé cómo la encontré al llegar a su casa: mirada somnolienta, el manuscrito en el suelo, el gesto de dolor. Me dolía verla sobrecargarse de trabajo.

—¡No sé qué quiere demostrar! —espeté, encogiéndome de hombros—. Se exige demasiado. El

caso es que me quedé hasta que logró conciliar el sueño. Me aseguré de que estuviera cómoda y, cuando ya me iba, la escuché hablar dormida. Entre sueños dijo… —Hice una pausa, tratando de encontrar la mejor forma de decirlo—… que ojalá lo nuestro fuera real —susurré.

Alessia ahogó un grito.

—¿¡Estás seguro!? —exclamó emocionada, dejando el cristal en la barra con demasiada fuerza que casi se quiebra.

—Completamente seguro de que lo escuché —confirmé, frunciendo los labios; triste porque ahora no sabía qué hacer.

—Esto… esto cambia tantas cosas —musitó Alessia, conmocionada.

Apoyó sus manos sobre las mías.

—¿A qué te refieres? —pregunté, enderezando mi postura, ladeando ligeramente la cabeza, con mirada inquisitiva.

—Sé que no estaba de acuerdo con esto, porque, prácticamente, tu jefa te está usando… estaba… como sea, es obvio que lo que sientes por ella es mutuo —aseguró.

—¿Tú crees? —pregunté, levantándome de la barra.

Me crucé de brazos y empecé a caminar por la cocina, con la boca fruncida, sopesando cada posibilidad.

—Vamos, ¿no es suficiente prueba lo que escuchaste? Es decir, se supone que son *novios* —comentó esto último con ironía—. Se cuentan todo, se ayudan, ¿qué más da que te lances?

—No quiero perderla.

Me llevé las manos a la cabeza, intentando ordenar mis pensamientos. Me sentía tan indeciso de todo.

—Ella aseguró que solo buscaba quitarse de encima a Alexander Lavigne —expliqué, haciendo una mueca de desagrado.

—Invítala a salir.

—¿Invitarla a una cita real y confesar al final? —pregunté, incrédulo.

—¡No seas tonto, claro que no! —resopló, frunciendo la nariz y el ceño—. Me refiero a que, si ya tiene la confianza para contarte cosas… deberías pasar más tiempo con ella fuera del trabajo.

—Salimos a comer los fines de semana —le recordé, encogiéndome de hombros.

—Claro, y parece más junta de trabajo que otra cosa —rio sarcásticamente—. Solo comen, se toman fotos y cada quien por su lado. No seas tonto, sal con ella en serio.

Una cita. Fantaseaba con invitarla a salir, pero hasta la fecha no me había atrevido. *Tal vez podría intentarlo*. Me quedé pensativo.

—Aprovecha que en un par de días es Halloween —me animó.

—Pero vamos a llevar a Arlo a pedir dulces por el barrio.

La mirada de Alessia, señalando la obviedad, me causó gracia.

—Te refieres a que la invite a pasar Halloween con nosotros —confirmé.

—¡Qué listo eres, hermanito, bien hecho! —exclamó sarcástica mientras aplaudía.

—No seas así conmigo, es tarde y aún no asimilo todo —cerré los ojos por un segundo—. No quiero presionarla —agregué, desanimado.

—¡Es una gran oportunidad! Además, debo decirte algo sobre Arlo.

—¿Qué con él? —pregunté, con ceño fruncido.

—Me escuchó hablando contigo por teléfono hace días y… cree que ustedes son novios reales.

—¡Ay, Alessia! No quería involucrarlo, le tiene mucho cariño a Evy.

—No tuve valor para decirle que no —se excusó—. Hubieras visto su carita de ilusión cuando le dije que sí. Enseguida empezó a decir que le diría a todos en su escuela que su tía trabaja en una editorial muy importante, y que cuando sea grande será un editor como ella.

Me cubrí la cara con ambas manos.

—Va a estar destrozado cuando ella ponga fin a esto —dije fastidiado.

—Ya nos ocuparemos de eso luego, igual y nunca sucede —dijo pícara.

—¿¡Pero qué hiciste!? —exclamé, mi voz salió en un susurro furioso, cargado de tensión contenida. Tenía los ojos fijos en mi hermana.

—A estas alturas deberías entender que el destino es caprichoso, puede pasar cualquier cosa aunque no lo creas.

Puse los ojos en blanco.

—¡Anda, anímate! ¡No tienes nada que perder!

Lo pensé un momento. A pesar de mi negación, tenía razón. Si quería averiguar qué tan cierto era lo que escuché, tenía que pasar tiempo de calidad con ella. Salir de verdad, como los amigos que éramos.

—Bien, lo haré —acordé finalmente.

—Hay otro detalle sobre esa noche —mencionó, jugando nerviosa con sus dedos.

—¿Cuál detalle? —pregunté, esperando cualquier cosa de mi hermana.

—No voy a estar ese jueves por la noche con ustedes —respondió, apretando los labios.

—¿Por qué?

—Me avisaron que vienen clientes de las oficinas de Silicon Valley, así que saldré tarde del trabajo. ¿Podrás recoger a Arlo del colegio y llevarlo a lo de Halloween? Yo llegaré tarde, sabes que siempre debemos llevar a los clientes a una cena formal. Ojalá logremos el contrato con ellos.

Pensándolo bien, era mejor así. Con Alessia fuera de la ecuación, era más factible que Evy aceptara venir con nosotros. Al menos quería que se divirtiera un rato, después de tanto estrés.

—Claro, sin problema, voy por él a la escuela, y por la noche lo llevo a pedir dulces.

—¡Gracias!

Me extendió los brazos y me acerqué para abrazarla.

—Tú tranquila, yo me hago cargo —aseguré, dándole unas palmaditas en la cabeza.

—Te dejaré un par de botellas de vino para que compartas con Evy.

Soltamos el abrazo.

—Solo te pido un favor —comentó, poniendo sus manos a manera de súplica.

—Dime —rellené mi copa.

—No lleven las cosas a otro nivel en mi casa.

Se me resbaló la botella y derramé vino sobre la barra.

—¡Alessia, por favor! Todavía no sé si me llegue a aceptar la invitación a pedir dulces y tú sales con eso.

Fui al fregador por un trapo para limpiar mi desastre.

—Eres muy lento —acotó, siguiéndome con la mirada mientras limpiaba—. No puedes saber qué tan lejos se puede llegar en una noche.

—Dice la voz de la experiencia —me quejé, alzando las cejas.

—Solo quiero advertirte que no quiero saber que hicieron sus *cosas* en mi sala, ¿está bien?

Cerré los ojos, intentando contener mi furia.

—No te burles —sentencié.

—Ve a dormir —murmuró, ignorando mi advertencia—. Ya pasa de la una y tienes algo importante que hacer en la oficina.

—¿Qué cosa?

—¿¡Qué voy a hacer contigo!? —exclamó, dándome un zape—. ¡Invitar a Evy!

Caminó hacia la puerta principal; en automático, la seguí para irme a casa.

—Claro, claro. Sí.

Salí del departamento. Alessia se quedó en el umbral de la puerta.

—Me alegro mucho de que todo esté resultando mejor para ti, de verdad.

Le devolví la sonrisa.

—Avísame en cuanto la invites —pidió.

—Claro. Descansa, y disculpa la visita tan tarde.

—Descuida, te lo debía.

30

Theo - I wanna know

La ventaja de vivir tan cerca de mi hermana y mi sobrino es que podíamos darnos el lujo de visitarnos a cualquier hora. Muchas noches, yo recibí a Alessia así, y esta era la primera vez que yo necesitaba de su ayuda con algo tan fuerte como para irrumpir a medianoche.

Al entrar a mi departamento, no pude evitar sonreír al recordar las palabras de mi hermana: *"...es obvio que lo que sientes por ella es mutuo."*

En varias ocasiones soñé con que Evy me correspondiera. Varias interacciones, desde el día que chocamos en la calle, me daban a entender que había algo ahí. Y ahora que fingíamos estar juntos, cada vez era más difícil distinguir la actuación de la realidad.

Dormí poco. Me levanté a las cinco de la mañana para iniciar el día. Para las siete ya estaba en casa de Evy. Abrió la puerta casi de inmediato, se veía de mejor humor que el día anterior.

—¿Dormiste bien? —pregunté en cuanto la vi.

—Sí, la verdad me hizo mucho bien dormir, y el medicamento que me trajiste, me ayudó bastante, gracias.

—No me agradezcas, tienes que cuidarte. Si tú no lo haces, lo haré yo —expresé con voz alegre, logrando que sonriera—. Por cierto, ¿viste mis notas?

—Sí. Debo decir que tienes unas ideas raras del romance en novelas —respondió divertida.

Me encogí de hombros.

—Lo siento, no es mi área de experiencia.

—Pero estuvo bien, no me malinterpretes —se apresuró a decir—. Ya me di una idea de lo que faltaba de leer; con eso tengo para hablar con Sara.

Nos dirigimos a Loop sin escalas. Apenas la dejé en su oficina, se ocupó de inmediato en llamar a la señora Wells para hablar del manuscrito. Me gustaba que, conforme pasaron las semanas de nuestra relación ficticia, la veía menos estresada; ahora respondía con más calma ante las situaciones inesperadas. Quería creer que yo tenía algo que ver en ese cambio.

Como tenía poco por hacer esa mañana, decidí ir a Little Collins por un café para Evy. Así tendría la excusa para llegar a interrumpir su trabajo y poder invitarla a Halloween. Al final, los nervios me traicionaron y terminé comprando seis: los nuestros y cuatro extra. Por alguna razón, me puse tenso de pensar en invitarla a pasar la fiesta con nosotros, como si fuera una cita. Sentí que me juzgarían por llegar con café para los dos y terminé comprando para compartir.

De regreso, venía repasando lo que le diría para sonar casual, que no se sintiera comprometida

por una actividad tan infantil. Iba perdido en mis pensamientos cuando, al abrirse el ascensor en el quinto piso, me encontré con una escena que no esperaba ni en un millón de años: Cody estaba besando a Sophie.

O mejor dicho, se la estaba comiendo.

Ahora entendía porqué todos decían que estaban destinados el uno al otro. Quise reírme puesto que estaban escondidos en el pasillo que daba a las copiadoras, detrás de una planta que dejaba ver todo.

—Buenos días —saludé en voz alta a propósito, logrando que se asustaran y se separaran de inmediato.

—¡Disculpe que nos haya visto! —exclamó Sophie, angustiada, arreglándose la blusa.

—No pasa nada, solo cuiden que no los vean los jefes; los pueden regañar por demostraciones de cariño extremas. Búsquense otro lugar para esas cosas.

Ambos rieron avergonzados.

—Sí, señor —respondió Cody.

—¿Gustan un café? —pregunté, logrando que me miraran confundidos—. Son americanos, no pedí endulzantes porque no sé cómo lo prefieran —ofrecí, encogiéndome de hombros.

—¿De verdad son para nosotros? —preguntó Cody.

—Sí, adelante.

Tomó dos cafés, dándole uno a Sophie.

—Muchas gracias —musitó, haciendo una leve inclinación de su cabeza.

—Que pasen buen día —me despedí, antes de seguir mi camino, dejando al par bastante confundido.

—¿A qué se debe el honor de que nos compres café? ¿Quieres algún favor? —se burló Harper, cruzándose de brazos, ladeando la cabeza y mirándome con ceño fruncido.

—A que es mitad de semana, nada más —respondí, acercando el porta vasos para que tomara uno.

—Es broma, ¿no? —exclamó, enderezando su postura en su asiento.

—Yo no bromeo, de verdad les traje café solo porque sí —contesté, fastidiado por el cuestionamiento.

—¿Solo porque sí? Aquí hay gato encerrado —espetó Nate, saliendo de su oficina; tomando una de las bebidas sin miramientos.

—Traía uno para Evy y pensé que sería buena idea traerles a ustedes también.

—Ya con esto nos alegraste el ombligo de semana, gracias —expresó Harper.

—¿Saben si Evy se desocupó? —pregunté, como cualquier cosa.

—Creo que sí. Debe estar de vuelta en su oficina —señaló Nate el camino con la bebida.

—Iré a dejarle su café.

Caminé con el corazón acelerado hacia el final del pasillo, donde estaba su oficina.

—*Ay, el amor, el amor…* —canturreó Nate.

Giré para verlo mientras caminaba de espaldas.

—¿¡Qué!? ¿¡Envidia o coraje!? —lo reté entre risas.

El gesto de Harper cambió de risa a sorpresa en un segundo y no entendí la razón.

—¡Cuidado! —gritó Harper.

Demasiado tarde. Había chocado con alguien y los dos cafés que llevaba me cayeron encima del

suéter. Cerré los ojos. No era posible que iniciara así, justo el día que quería quedar especialmente bien con Evy.

—¡Ay, no! ¿Estás bien? Discúlpame, iba leyendo y no escuché que venía alguien.

Evy.

¡Tenía que ser ella con quien chocara!

Abrí los ojos para ver a mis amigos partidos de la risa desde lejos. Me giré. La vi recogiendo un manuscrito y un marca-textos del suelo.

—Descuida, yo iba caminando de espaldas por ir peleando con estos dos —señalé al par.

—¿Tienes otra cosa qué ponerte? No quiero que te enfermes, ya hace frío como para que andes todo el día con la ropa mojada.

—No te preocupes, creo que solo fue el suéter, enseguida me lo quito. Perdona que haya tirado tus cosas, ¿te lastimé? —pregunté, preocupado.

—Para nada, estoy bien —contestó, sacudiendo el documento manchado.

—Te traía un café pero… —empecé a explicar, mientras le mostraba el porta vasos con ambas bebidas medio vacías.

Ella solo rio.

—Es la tercera vez que te echo el café encima —dijo, mordiéndose el labio inferior, sin perder la mirada divertida—. Vas a creer que es a propósito.

—Creo que siempre es mi culpa —confesé—. Te traeré otro enseguida.

—No es necesario…

—¡Nos trajo café a todos! —interrumpió Harper, mostrándole su vaso—. Nate lo distrajo y por eso chocaron. Creo que lo justo es que él les reponga sus bebidas.

—¿Qué? ¿Por qué yo? —alegó el susodicho.

Harper lo miró desafiante, algo debió murmurarle porque enseguida cambió el semblante.

—Es decir, sí, perdonen, enseguida los traigo… ¿Americano? —preguntó, juntando ambas manos, servicial.

—Sí, por favor —replicó Evy, sonriente.

—Igual yo—contesté.

—Enseguida vuelvo —emuló Nate, y salió casi corriendo.

—Ve a tu oficina y quítate el suéter —ordenó Evy—. No quiero que te atrapes un resfriado por mi culpa.

Ve a tu oficina y quítate el suéter, mi imaginación estaba volando a otro lado. Parpadeé rápidamente para alejar esos pensamientos.

Tiré los vasos al cesto de basura y me dirigí a la oficina. En cuanto entré, me quité la prenda manchada, solo para darme cuenta de que también la camisa estaba mojada. Al igual que la camiseta interior. De verdad que las cosas no podían empeorar…

—Theo…

Volteé de inmediato para ver a Evy. Se cubría la boca con ambas manos, aguantando la risa al ver mi expresión y el desastre.

—A este paso creo que debo tener cambio de ropa en la oficina —confesé, esbozando una sonrisa ladina y alzando las cejas.

—Descuida, imaginé que no había sido solo el suéter. Ten esto —dijo, extendiendo el brazo para darme una mochila de plástico.

—¿Qué es?

—No te burles, ¿sí? Es lo primero que encontré para que usaras.

Era una mochila promocional. Dentro había una camiseta blanca con el logotipo de Insight y una sudadera negra con el logo de Loop. Me dio un ataque de risa; eran regalos que solían dar en los concursos de la editorial.

—Gracias, ahora sí pueden decir que tengo la camiseta bien puesta.

Ambos reímos.

—Podría salir a comprarte algo si no te sientes cómodo… —ofreció amablemente.

—Esto está bien, de verdad —aseguré—. Gracias por preocuparte por mí.

Me quité la camisa y la camiseta interior para cambiarme enseguida, sin pensar en nada más que ponerme la ropa seca. Enseguida, sentí su mirada encima de mí, levanté la vista y se sonrojó en automático.

—Bueno yo…eh… ya me voy… nos vemos al rato.

Salió casi corriendo. Me cambié de inmediato y la seguí corriendo.

—Espera.

Cuando entré a su oficina, estaba con las manos en los ojos, murmurando para sí misma.

—¡Perdón, no fue a propósito! —exclamé apresurado.

—¿El qué? —fingió demencia, descubriendo su rostro.

—Lo de… —señalé la sudadera y se volvió a sonrojar.

Nunca me había visto sin camisa, ni siquiera cuando viajamos a Frankfurt. Siempre cuidé que no se malinterpretaran las cosas.

—Olvídalo —cerré los ojos y sacudí la cabeza, en un intento fallido por concentrarme—. Tenía que decirte algo, antes de que lo olvide.

Como si pudiera olvidar la invitación.

—Claro, dime.

Empezó a abanicarse disimuladamente con una carpeta. Me puso más nervioso.

—¿Tienes planes para Halloween? —solté de la nada.

—¿Qué? —preguntó, dejando caer la carpeta en el escritorio.

—Sé que sonó raro, pero, si no tienes compromiso, me gustaría invitarte a ir con Arlo y conmigo mañana por la noche a pedir dulces. Por Halloween —aclaré.

Su gesto se enterneció en un segundo, y eso me dio esperanza.

—Suelo acompañar a mi hermana con mi sobrino, pero este año, ella saldrá tarde del trabajo, así que cuidaré de Arlo, y además, me insistió en que te invitara.

—¿Tu hermana? —preguntó temerosa.

—Arlo —corregí—. Sigue muy feliz por lo del libro y creo que quiere compensarte de algún modo.

Esbozó una gran sonrisa. Sus grandes ojos avellana empezaron a brillar.

—Dile que no me tiene que compensar… acepto la invitación con mucho gusto.

—¿Sí quieres? —pregunté incrédulo.

¡DIJO QUE SÍ!

—¡Por supuesto! Tú dime a qué hora, la ubicación y ahí estaré.

—Si no tienes inconveniente, voy a recoger a Arlo a la salida del colegio y me va a tocar traerlo a la oficina un rato. ¿Te parece si nos vamos los tres juntos desde aquí?

—Genial, me apunto. ¿De qué se van a disfrazar? Pregunto para no desentonar.

—Por lo general no voy disfrazado —expliqué—. Así que no te sientas obligada. Arlo va de dragón. ¡Qué sorpresa!, ¿no? —agregué, arrugando la frente.

—¡Será muy divertido! —acotó alegre.

Los nervios se apoderaron de mí otra vez.

—Bien, eh… te dejo entonces para que continúes… te veo al rato, novia.

31

Evy - OMG

Al día siguiente, tal cual Theo había dicho, fue a recoger a Arlo al colegio y lo trajo a la oficina. El pequeño venía muy contento por la aventura que nos esperaba en casa. Aseguró tener una sorpresa para nosotros; no podía imaginarme qué clase de sorpresa podría planear un niño de ocho años.

Llegamos a casa de Alessia y Arlo, quienes literalmente vivían enfrente del edificio de Theo. Esa cercanía me intrigaba. Sabía que se había mudado para estar más cerca de su familia por un problema con el papá de Arlo, al menos, es lo que Harper me había comentado tiempo atrás. No me había atrevido a preguntarle al respecto, sentía que era invadir un espacio muy íntimo que no me correspondía.

Cuando entramos al departamento, Arlo me llevó de la mano a su habitación para enseñarme todo lo que tenía. Me encantaba la ilusión y alegría con la que compartía todo.

—Aquí tengo mi colección de libros. Puedes mirar —señaló orgulloso un librero blanco de piso a techo.

—¡Es impresionante la cantidad de libros que tienes! ¿Los has leído todos? —pregunté sin dejar de ver los títulos, que tenía perfectamente acomodados por tamaño y color.

—Sí. Después de leer uno, va a este librero —contestó Theo.

—No me digas… Tú le enseñaste —traté de adivinar.

—Algo así. Mi hermana es una biblómana.

—Mi mamá me lee historias todas las noches desde que nací —agregó Arlo, brincando sin parar.

—¿De verdad? Tienes mucha suerte. Ya quiero conocer a tu mamá. Estoy segura, que ella y yo nos llevaríamos muy bien.

Me dio un escalofrío porque, enseguida, caí en cuenta de que probablemente no la conocería. Tras volver de Frankfurt, me quedó claro que no podía extender mucho esto de la relación falsa. Había descubierto que Theo sentía algo por alguien más y le había prometido ayudarle a que esa chica se diera cuenta.

—Mi mamá es la mejor mamá, pero tú eres la mejor tía del mundo.

Un escalofrío me recorrió por completo al escucharlo y sentí mi corazón encogerse. Sonreí con los ojos llenos de lágrimas. Me agaché para quedar a su nivel; no entendía cómo me había ganado su cariño con un simple libro.

—Pero no llores, te prometo que es algo bueno —aclaró Arlo, mirándome con cariño. Me abrazó

fuerte, haciéndome sentir parte de su familia.

—Oye, ¿y yo? Soy un holograma ¿o qué? —preguntó Theo, tratando de aligerar la emoción del momento.

Arlo soltó el abrazo y se dirigió a su tío.

—Tú no eres mujer, no puedes ser la mejor tía del mundo —expresó, mirando a su tío con desaprobación.

Me reí mientras secaba mis lágrimas.

—Tú ya eres el mejor tío que existe.

—Ven aquí, campeón.

Theo sonrió y cargó a Arlo para abrazarlo y dar vueltas juntos. Ambos reían.

Yo sentía tanta nostalgia, aún estando con ellos. A pesar del poco tiempo conociéndolos, les había tomado cariño, y cada vez que pasábamos tiempo juntos sentía una sensación de calidez anclarse en mi corazón. Estaba segura de que extrañaría este ambiente familiar. Lo peor de todo es que no tenía con quién hablar del tema con total libertad; nadie de mi familia sabía que esto era falso.

Una vez que dejaron de dar vueltas, quedaron un poco mareados. Los ayudé a sentarse en la cama para que se les pasara.

—Bueno… y ¿de qué te vas a disfrazar? —pregunté, fingiendo no saber.

—¡De dragón! Pero espera, tengo algo mejor… ¡Ya vuelvo!

Arlo salió corriendo, dejándome a solas con Theo.

—¡Hey! ¿A dónde vas? —preguntó, pero el niño no contestó—. Enseguida vengo, no sé qué diablura está planeando. ¡Arlo!

Apenas iba a buscarlo, cuando el niño volvió corriendo con dos bolsas del centro comercial.

—¡Ahora que están los dos, ya les puedo contar! —anunció, muy orgulloso y emocionado.

—¿Contarnos qué?—inquirí

—¡Los disfraces que vamos a usar!

—¿Vamos? ¿Plural? —exclamó Theo, confundido.

Arlo asintió feliz; su sonrisa no cabía en su rostro. Era imposible no contagiarse de la alegría de este pequeño. Decidí que disfrutaría de la noche; después pensaría en mis asuntos.

—Esta es de ustedes y esta es la mía —extendió su mano con los disfraces hacia Theo. Me asomé con curiosidad para encontrar dos capas negras dentro de la bolsa. Fruncí el ceño. *¿Capas para qué?*

—¿Esto fue idea tuya o de tu madre? —Theo entornó los ojos.

El pequeño se tapó la boca y rio fuerte.

—De los dos. ¡Yo seré un dragón y ustedes serán los vampiros!

Ahora lo entendía, íbamos temáticos al libro favorito de Arlo. Tomé una de las capas para comprobar que eran de vampiro.

—Menos mal vengo de colores oscuros para combinar —comenté, sonriente.

Me medí la prenda, quedaba perfecta.

—Mamá también compró maquillaje —señaló el fondo de la bolsa.

Theo se quedó pensativo, viendo el disfraz.

Metí la mano a la bolsa y encontré unos labiales, una base muy clara y otras cosas.

—Tu mamá piensa en todo, me encanta —acoté sonriente.

—¿Y eso, para qué es? —preguntó Theo, con el entrecejo fruncido, confundido.

—Para que parezcas vampiro. ¿Para qué más? —se burló Arlo.

—No me voy a maquillar —alegó, con postura erguida, levantando ambas manos en señal de rechazo.

—Un poquito de base nada más, para que te veas pálido —musité, tentando mi suerte, divertida por su actitud.

—¿Es necesario? —frunció el ceño, su boca ligeramente abierta, mirando las opciones de maquillaje, no muy convencido.

—¡Por favor, tío! ¡Quiero que nos veamos súper geniales! —exclamó Arlo, juntando sus manos como una plegaria y viendo a su tío con ojos de borrego regañado.

Sonreí y levanté una ceja viendo a Theo; solo Arlo, podría convencerlo.

—De acuerdo, pero solo un poco —acordó de mala gana.

—Hagamos algo, en lugar de base de maquillaje, pintaré sangre por aquí —señalé la comisura de sus labios.

Sin querer llegué a tocarlo con las yemas de los dedos, provocando que se estremeciera.

—Lo siento, no era mi intención —musité.

—Sí, sí, nada más la sangre. Evy sí se maquilla —animó Arlo.

El niño estaba tan emocionado que no se dio cuenta de que nos quedamos serios por el roce.

—De acuerdo, sí, la sangre —acordó Theo.

Bajé la mirada, aún un poco avergonzada por tocar sus labios.

—Bueno, iré al baño a maquillarme —anuncié.

Tomé la bolsa con las cosas.

—Sí, ven, puedes usar el baño de mamá.

Me llevó de la mano al cuarto de enfrente; era una habitación preciosa, parecía de revista. Arlo abrió la puerta del baño y me indicó dónde podía poner mis cosas.

—Gracias, enseguida los alcanzo.

Cerró la puerta al salir. Me vi al espejo y suspiré, feliz. Halloween era de mis actividades favoritas cuando era niña, pero eventualmente fue algo que tuve que dejar atrás. Ahora tenía la oportunidad de revivir la experiencia.

Me sentía muy emocionada. Aunque esta relación fuera falsa, Theo me estaba involucrando con su familia y eso me alegraba el corazón.

¿Acaso me va a confesar sus sentimientos?, pensé. No pude evitar sonreír. Me cubrí la boca, incrédula. *¿Sería eso? ¿O mi imaginación ya me estaba volviendo loca? Pero ¿y si fuera verdad? ¿Qué le diría?* Empecé a sentir un vacío extraño en el estómago.

Evy, contrólate y disfruta del Halloween, solo son amigos.

Tomé aire para intentar calmarme. Como fuera, no dejaría que nada ni nadie me impidiera divertirme esta noche.

Vacié la bolsa para encontrar todo un set de maquillaje de una marca bastante buena: tres labiales, una base, delineadores, máscara de pestañas, algodón, una pequeña botella de agua micelar y un sobre pequeño. De verdad que Alessia pensaba en todo.

Tomé el sobre y vi mi nombre en él, escrito con bolígrafo. Lo abrí primero:

"Evy,

Gracias por todo lo que has hecho por Arlo. Espero no te moleste este pequeño detalle que puedes aprovechar para la ocasión y para cualquier otro día. Ansío que nos conozcamos pronto.

—Alessia"

Fruncí el ceño, algo confundida.

¿Acaso Alessia no sabía la verdad? Theo había dicho que sí. ¿Por qué querría conocerme si sabía que estaba obligando, de cierta forma, a su hermano a participar de una relación falsa? Era increíblemente amable conmigo sin siquiera conocerme. Si fuera ella, yo me consideraría una arpía.

—¿Te falta mucho?

La voz ansiosa de Arlo me volvió a la realidad.

—Voy… ya voy. Me tardo cinco minutos más.

—¿Necesitas que te pase algo?

Era igual de atento que Theo.

—No, estoy bien, es solo que el efecto que quiero lograr no me queda —mentí.

—*¡Ok!* Te esperamos en la sala.

—Claro que sí, gracias.

Rápidamente me lavé la cara y empecé a maquillarme con lo que me había regalado Alessia. La base era lo único que no podía utilizar de diario, ya que era exageradamente clara, pero por lo demás, podía hacer uso sin problemas.

Tras terminar de maquillar mis ojos al estilo ahumado, tomé un labial rojo brillante para dibujar gotas de sangre en mi barbilla y cuello. Luego tomé uno rojo oscuro para mis labios, dándome un aspecto más tenebroso.

Una vez satisfecha con el resultado, me vi una vez más al espejo. Algo faltaba. Mi cabello.

Solté la trenza para dejar caer mi largo cabello. Por el peinado, quedaba ondulado. Estaba segura de que las hermosas ondas no durarían; mi cabello no era completamente lacio pero tampoco aguantaba el estilo. Era rebelde, por decir lo menos.

Por esta noche no me preocupaba; hoy tendría sentido andar un poco despeinada. Si incluso así, daba un parecido a uno de los personajes del libro.

Guardé el maquillaje en mi bolso, orgullosa del resultado apresurado. Me puse la capa de vampiro y salí del baño, tomando todo el aire posible antes de regresar a donde estaba Theo. Me ponía nerviosa que me viera disfrazada.

—Ya estoy lista —anuncié al llegar a la sala.

Los chicos se miraron al mismo tiempo. El pequeño estaba sonriente porque había logrado lo esperado; el otro estaba boquiabierto, y no supe interpretar si era buena o mala señal. Una vez más, me recordé que lo importante esta noche era que Arlo se divirtiera.

—¡Te pareces a Nina Bloodxford! —exclamó Arlo, emocionado.

—¿A quién? —preguntó Theo, confundido, haciendo la cabeza un poco hacia atrás, mirándome de arriba a abajo.

—Nina Bloodxford —aclaré—. Es la villana líder en "Vampiros y Dragones" —observé a detalle el disfraz de Arlo—. Entonces, eso te convierte en Whisper Flame, el dragón rojo.

—¡Sí! ¡Leíste el libro! —Arlo empezó a aplaudir orgulloso.

—Bueno, y ¿yo quién soy en esta historia? —cuestionó Theo, cruzándose de brazos, alzando una ceja y sonriendo de medio lado, bastante interesado en el tema.

—Un vampiro del ejército Bloodxford —afirmé, sin darle importancia.

—O sea, un vampiro cualquiera —replicó, ofendido.

—No, claro que no. Serías Braxton Grave, el general y mejor amigo de Nina —dijo Arlo.

—Esta historia es compleja; tengo que leer la saga para entender de lo que me hablan.

—Pues tienes que apurarte, porque la tercera entrega llega en julio —mencioné, mientras me colgaba mi bolso para que quedara por dentro de la capa, lista para salir.

—¿¡El libro tres sale en julio!? —gritó Arlo sorprendido—. ¡Yo no sabía nada!

El pobrecito nos miraba confundido. Theo se mordió el labio, sin saber qué decir. Lo miré, incrédula, le había dicho desde hacía días sobre eso para que le avisara y lo había olvidado.

—Bueno… —me agaché para quedar a la altura de Arlo—. Resulta que tengo un amigo que trabaja en la editorial donde imprimen "Vampiros y Dragones", y me contó en secreto… —bajé la voz hasta llegar a un susurro, logrando que Arlo abriera los ojos de par en par, atento a mis palabras— … que James Allen ya entregó el manuscrito del tercer libro hace poco. Creen que para julio salga a la venta.

La carita de Arlo no tenía precio; ver sus ojitos brillar de felicidad me llenaba el corazón.

—Pero no puedes decir nada ¿de acuerdo? —lo miré directo a los ojos—. Se supone que solo los que trabajan con James lo deben saber.

Enseguida hizo gesto de cerrar su boca con candado y tirar la llave al aire.

—¡No puedo esperar!

—Probablemente hagan el anuncio antes de Navidad, pero cualquier información te la haré saber enseguida —prometí, poniéndome de pie.

Arlo se rio y Theo me miró fascinado.

—Bueno, joven dragón y bella vampiresa, será mejor irnos —indicó, poniéndose su capa.

¿Bella vampiresa? ¿Acaso lo escuché bien?

Por un momento, mi corazón se aceleró de la emoción.

—Falta tu sangre —recordó Arlo, cruzándose de brazos, lo cual fue gracioso porque era una copia de su tío pero en chiquito.

Sonreí divertida y sin preguntar saqué el labial rojo brillante.

—Ven aquí —le hice seña para que se acercara.

Tomé su barbilla con la mano izquierda para detenerlo y empecé a trazar la sangre con el labial. Con el dedo anular, perfilé detalles; estaba muy concentrada en hacer un buen trabajo, pero sentía la mirada de Theo encima mío, y eso hizo, que empezara a temblar de nervios; levanté la vista y noté un brillo peculiar en sus ojos.

—¿Todo bien? —preguntó con mirada traviesa.

Aún no terminaba de maquillarlo.

—Calla, todavía me falta —respondí, fingiendo estabilidad cuando menos la tenía—. Listo, ¿te gusta, Arlo?

—¡Sí! —exclamó aplaudiendo—. ¡Ya podemos irnos! —empezó a caminar hacia la puerta.

—Vamos entonces.

Theo tomó tres cubetas de plástico para los dulces.

—¿Y cuál es el plan exactamente? —inquirí, intrigada por lo que nos esperaba esa noche.

—A unas calles de aquí hay un parque donde hacen un *show* de luces. De ahí caminamos hacia el final de la calle y empezamos el recorrido de pedir Halloween por diferentes tiendas y edificios decorados.

32

Evy - Mixtape: Time Out

En mi infancia, salíamos directo a gritar "dulce o truco" por el vecindario, pero aquí era todo un protocolo. Nunca lo había notado porque, a pesar de vivir en la zona, yo no salía en Halloween.

Por lo general, eran días donde me quedaba tiempo extra en la oficina para no tener que cruzarme con los niños. No porque no quisiera, sino porque, ¿qué rayos haría una mujer adulta y sola en las calles en noche de brujas?

Pero este año era distinto.

Caminamos dos cuadras hasta el parque. A los pocos minutos, inició un *show* de luces y pirotecnia; tras el espectáculo, hubo música, comida y dulces estilo feria. Muchas familias jóvenes iban con sus bebés y niños pequeños, todos disfrazados, así que ni Theo ni yo desentonamos.

Para las seis y media, iniciamos un recorrido por el vecindario, donde la mayoría de los negocios tenía decoraciones y repartían golosinas a los niños. Frente a algunos de los edificios de la zona, había personas con mesas repartiendo golosinas. Arlo iba feliz, me llevaba de la mano de puerta en puerta. Luego, un grupo de niños más o menos de la edad se unieron a nosotros junto con sus padres.

—¡No corras! ¡Ten cuidado! —grité, divertida.

Theo nos seguía a su ritmo, riendo y tomando fotos. Yo iba disfrutando cada momento. Me quedaba un poco alejada de las puertas, pero lo suficientemente cerca para asegurarme de que el pequeño estaba bien y daba las gracias al recibir los dulces.

En una de las mesas, una señora mayor me felicitó por tener un hijo con tan buenos modales, lo cual me tocó el corazón. No tuve valor para desmentirla, así que simplemente le di las gracias.

Cuando salimos de ahí, el niño empezó a reír.

—Esa señora creyó que eras mi mamá —rio en voz baja.

—¿Qué se traen ustedes dos? —preguntó Theo, con sonrisa ladina y un brillo en sus ojos que no supe interpretar pero que me dio un escalofrío.

—Nada —contestamos al unísono.

Seguimos caminando y, en un punto, dos mamás nos elogiaron por coordinar nuestros disfraces con nuestro hijo, así como por inculcar la lectura a nuestro pequeño. Arlo se acopló a decir que éramos sus papás. Theo se puso rojo. Yo también, pero mi maquillaje no dejaba verlo.

Un rato después, pasamos por un restaurante para cenar. Ordenamos hamburguesas y empezamos a contar las partes favoritas de la noche. No parábamos de reír y bromear entre los tres.

Me disculpé para ir al baño. Al regresar, los vi reír mientras el mesero servía la comida. Era la foto perfecta de una familia.

Me hizo recordar que cuando cumplí veinticinco, mi madre empezó a presionarme con que, a mi edad, ella ya estaba casada y nos tenía a Samuel y a mí. Al principio, no le tomaba importancia, porque ni siquiera me veía formando una familia, pero con el tiempo empecé a preguntarme si yo podría tener eso algún día, en cómo sería. Ahora, a mis treinta y tres, estar disfrutando de la noche de Halloween, me hizo querer tenerla.

Por primera vez en mi vida me pude visualizar a mí misma siendo mamá, teniendo una vida más allá de mi trabajo.

—¡Ya llegaron las hamburguesas! —gritó Arlo, haciéndome señas para que me acercara rápido.

No quería que la noche terminara. Quería tener una vida tradicional, una familia a la cual esperar y cuidar. Suspiré, porque sabía que las posibilidades de obtenerlo eran prácticamente nulas.

Cuando terminamos de cenar, Arlo empezó a bostezar, estaba agotado. Theo lo cargó de regreso a casa porque el pobre ya no podía caminar. Debió ser una escena muy graciosa: dos vampiros caminando por la calle cargando un dragón rojo.

Al llegar, me despedí del pequeño mientras su tío lo acompañaba a su rutina para dormir.

Yo esperé en la sala; no quería irme todavía. Mientras volvía, vacié las tres cubetas y empecé a clasificar: caramelos, chocolates y otros. En el proceso, me comí algunos.

—¿Qué haces?

Dirigí la mirada hacia el pasillo. Se acercó, aún con su capa de vampiro y sonriendo divertido. Enseguida supe porqué. Yo tampoco me había quitado el disfraz, seguía maquillada y la mesa totalmente ocupada.

—Los estaba clasificando, para que Arlo pueda encontrarlos fácil.

Aunque, para ser sincera, lo hacía porque mi ansiedad funcional era la responsable de esas acciones, aunque ni loca le iba a decir eso.

—Deberías llevarte una tajada del botín.

—¿Cómo crees? Ya comí unos cuantos.

—Lo digo en serio, llévate algunos. Mi hermana no dejará que se coma todo eso. Además, se supone que es una cubeta de cada quien, así que escoge lo que quieras.

—Está bien, me llevaré una, entonces.

Guardé una porción generosa para llevarme a casa, o más bien a la oficina. Empecé a dudar si esta era la ocasión para hablar con él.

—Se quedó profundamente dormido —comentó, sentándose junto a mí en el sillón.

—Pobre, creo que lo hicimos caminar de más. No querrá levantarse mañana para ir al colegio —reí.

—¡Hasta crees! Adora su escuela, es su segundo lugar favorito en el mundo —recalcó.

Podría imaginar perfecto la escena. Theo suspiró, apoyó los brazos en las rodillas y miró al suelo.

—Te noto cansado —mencioné, pero no contestó—. Creo que es mejor que me vaya —agregué, poniéndome de pie para salir—. Gracias por todo. Descansen y nos vemos mañana…

—Oye…

Mi corazón empezó a correr. ¿Acaso estaba esperando algo? No sabía qué pensar, me estaba comportando como una adolescente.

—¿Sí? —pregunté con curiosidad.

Apenas iba a tomar mi abrigo, pero me detuve. Él se acercó. Pasó una mano detrás de su cuello.

—Esta noche fue increíble, te juro que fue mágico. Arlo la pasó muy bien, es la primera vez que lo veo disfrutar realmente de la festividad, y creo que el crédito es tuyo.

—Es un niño muy gentil, facilita mucho las cosas. No fue todo por mí…

—Pero sí lo fue —interrumpió fijando la mirada en la mía.

Me puso nerviosa.

—Lo acompañaste a cada lugar y lo animaste a divertirse. Por más que lo he intentado, no puedo tener esa conexión con él —explicó, con una mirada que tenía un aire de ensueño, parecía cautivado.

Sentía que me derretía por dentro.

—Solo quiero decir, gracias, te debo una —finalizó, mordiendo su labio inferior.

—No me tienes que agradecer, la pasé fenomenal —afirmé, con el pulso acelerado.

Sonrió y dio unos pasos en mi dirección. Parecía estar congelada, mirándolo fijamente, pensando en lo guapo que se veía. Ya no podía hacerme la tonta; desde que lo conocí, lo encontré atractivo, pero ahora, después de lo que habíamos convivido, tenía la necesidad de estar cerca de él.

Enseguida reconocí el sentimiento y me asusté, porque hacía años no me sucedía algo así. Theo me gustaba, y mucho.

Empecé a temblar al notar que tenía su mirada fija en mí. Mi parte más ilusa quería pensar que me besaría. Los últimos días soñaba con volver a tener esos labios en los míos.

¿Y si lo besaba?

Pero no podía. Ya estaba más que claro que esto no iba a funcionar. Él iba tras otra chica, si yo me dejaba llevar por mis impulsos, solo le complicaría la vida. No era para nada justo.

Como si leyera mi mente, dio un paso más hacia mí. Sin parpadear, posó su mano en mi barbilla y deslizó su pulgar por la comisura de mis labios. Abrí levemente la boca, sin saber qué esperar.

—Tenías chocolate, lo siento —musitó, quitándose de inmediato como si yo fuera una peste.

Tragué saliva, aún temblorosa y con la respiración irregular.

—Theo…

Se giró para verme. Se mordió el labio inferior de nuevo.

Si él no me besaba, lo haría yo, y no habría vuelta atrás.

Iba hacia él cuando el sonido de la puerta principal abriéndose nos distrajo. Ambos volteamos a la entrada, era Alessia.

—¡Hola, hola! ¡Por fin estoy en casa! ¿Cómo va todo? —preguntó alegre, a pesar de que sus ojos demostraban cansancio. Venía totalmente abrigada, cargando con dos maletines—. Creí que saldría antes para acompañarlos a cenar, pero esto demoró más de lo previsto —comentó, volteando a vernos, un poco confundida— ¿Está todo en orden?

Theo empezó a balbucear.

—Hola, soy Evelyn. Evelyn Hope.

Me acerqué a saludarla, le ofrecí mi mano, pero ella sonrió ampliamente, soltó los dos maletines, la cartera y me abrazó, tomándome desprevenida.

—¡Encantada de conocerte! —exclamó cariñosamente.

Quien nos viera, pensaría que éramos amigas que no se habían visto en años.

—Disculpa mi efusividad. Soy Alessia, la hermana menor, aunque creo que eso ya lo sabes —rio nerviosa.

—Mucho gusto. Por cierto, gracias por el disfraz y el maquillaje. Fue un gran detalle —dije con

una sonrisa sincera.

Su vibra me daba mucha paz, a diferencia de su hermano, que últimamente me tenía tensa.

—¿Y qué tal estuvo todo? ¿Juntaron muchas golosinas? ¿Y mi bebé? —preguntó, alzando las cejas, parecía muy emocionada.

—Ya está durmiendo —respondió, acercándose a nosotras.

—Terminó agotado, pero se divirtió muchísimo —aseguré.

—Me da gusto.

Tomó mi mano y la de su hermano.

—¿Y? ¿Tienen planes para continuar la noche? —inquirió, riendo con picardía.

—Sí —contestó él.

—No —respondí.

Nos miramos confundidos. No teníamos planes. Él no había dicho nada.

—Ah, ya veo, creo que llegué a mitad de algo importante —comentó Alessia, ladeando la cabeza y alzando una ceja.

—No, tan solo hablábamos pero… ya es tarde. Creo que debería irme a casa —me solté de su mano lo más sutil posible.

—¿Ya te vas? —preguntó Theo, con voz apagada y mirándome expectante, soltándose de su hermana de un tirón.

—Sí, ya es muy tarde. Supongo que tienen cosas de hermanos qué hablar.

Empecé a caminar hacia la puerta sin quitarles la vista de encima.

—Mañana hay trabajo así que… gracias por todo. Nos vemos luego —agregué sonriente, acercándome a la puerta.

Tras recoger mis pertenencias, me fui apresurada.

Apenas atravesé el umbral, tomé una gran bocanada de aire. Por poco, y me dejaba llevar por mis emociones temporales. Necesitaba pensar claramente lo que debía hacer. No podía permitir que un descuido arruinara todo. Si bien tenía que terminar con esta relación pronto, al menos esperaba que siguiéramos siendo amigos. No quería arruinar eso.

Al salir del edificio, fui consciente de que no estaba mi auto. Theo me había traído del trabajo, así que tocaba caminar hasta mi casa. Caminar a casa terminaría por destruirme los pies, más me valía darme prisa para llegar pronto y descansar.

33

Theo - FRI(END)S

Vi la puerta cerrarse y no supe qué hacer. Evy había salido prácticamente corriendo. Alessia aclaró su garganta.

—¿Interrumpí algo importante? —preguntó, atónita, mirando también hacia la puerta.

—No estoy seguro —contesté, casi en susurro. Estático, sin saber cómo reaccionar.

No parpadeaba, estaba tratando de entender qué había sucedido entre nosotros.

—¡Despierta! —exclamó Alessia, tronando los dedos en mi cara, sacándome de mi ensimismamiento— ¿De qué hablaban? ¿Se lo dijiste? —inquirió con los ojos abiertos, llenos de curiosidad y la boca levemente abierta.

—Casi la beso —admití, en un hilo de voz.

Alessia se tapó la boca para ahogar un grito.

—¡Se lo dijiste! ¿¡Y qué haces aquí!? Ve tras ella.

Me empujó a la puerta.

—¡No, no le dije nada! —repliqué de inmediato.

—¿Por qué no? —espetó irritada, fulminándome con la mirada.

—Porque ella no siente nada por mí —suspiré derrotado.

—¿Estás seguro? —se cruzó de brazos, mirándome con una expresión desafiante—. Porque por lo que vi, a ella no le desagradas para nada.

—¡Pues viste mal! Desde el inicio me hizo saber que esto era temporal y fingido —dije, con un nudo en la garganta. La capa de vampiro me estaba asfixiando, la desaté y la lancé al sofá—. Fue mi culpa que ella decidiera lo de fingir estar juntos…

—A ver, vamos por partes. ¿Qué pasó?

Empecé a negar con la cabeza.

—Me acobardé. Quería esperar a estar a solas con ella para decirle todo, pero… —negué con la cabeza—. Ella cree que me gusta alguien más.

—¿Por qué? —cuestionó Alessia, haciendo una mueca de incredulidad, esperando una explicación.

Resoplé derrotado.

—Cada vez que hago algo amable por ella, menciona que le parece increíble que sea así. Siempre dice que no se puede imaginar lo afortunada que será la mujer que esté conmigo. Y un día, estando en Alemania, me quedé callado ante el comentario y asumió que hay alguien en mi corazón.

—¡Y la bruta no tiene idea de que es ella! —espetó.

La miré enfadado.

—¡Discúlpame! —exclamó riendo, y elevando las manos en señal de rendición—. No era mi intención ofenderla, pero… —chistó frustrada—. ¿Cómo no lo nota?

—Cree que soy amable por haberla metido en este problema.

—No, no, no, no, no. Este problema lo provocaron los dos. Tú por pensar, o mejor dicho, por no pensar, andabas de besucón creyendo que eso resolvería algo. Y ella, en lugar de confrontar sus problemas laborales, se le hizo más fácil fingir una relación contigo. Son tal para cual —emuló, haciendo un ademán con la mano, como si fuéramos un caso perdido.

Hasta cierto punto tenía razón, pero luego recordé el pasado de Evy con Lavigne, y las cosas empezaron a cobrar un poco de sentido. Si ella sentía algo por mí y no quería admitirlo, probablemente era porque no querría que se repitiera lo que aquél cabrón le había hecho. Al inicio, era muy amable con ella y con el tiempo todo dio un giro muy macabro. *¿Sería por eso que pensaba que me gustaba alguien más? O tal vez se lo decía a sí misma para convencerse de no intentarlo.*

—Hey —llamó Alessia, moviendo su mano a la altura de mis ojos, obteniendo mi atención—. Reacciona.

Me dejé caer en el sillón, ansioso. Recargué la cabeza y me cubrí la cara con ambas manos. La desesperación me estaba consumiendo, cada vez era más difícil. *¿Decirle o no? ¿Cómo lo tomaría ella? ¿Negaría que le gustaba si se lo decía yo? ¿Se alejaría?*

—Es complicado.

—¿Por qué? ¿Qué te lo impide? —Se sentó junto a mí—. ¿Me vas a negar que aceptaste el empleo permanente solo por verla todos los días? ¿Así vas a estar toda la vida? ¿Queriéndola desde lejos? ¿Torturándote?

Me golpeó con un cojín del sofá.

—Si es necesario, sí —respondí, ignorando que me había pegado.

—¿¡Por qué no te amarras los pantalones y le dices de frente lo que sientes por ella!?

Me volvió a golpear. La detuve antes de que me diera en la cara por tercera vez. Alessia se encogió, creyendo que le regresaría el golpe, pero no tenía ánimos de jugar así. Tomé el cojín y me apoyé en él. Me miró preocupada.

—No puedo darte detalles pero, pongámoslo así: ¿Qué harías tú, si en este momento, un chico se te declarara?

—¡Ay, por favor! —exclamó, riendo de nervios y desviando la mirada.

—Es en serio. Supongamos que ese chico te gusta, pero no le has dicho nada. Te confiesa sus sentimientos… ¿Qué harías? ¿Cómo te sentirías?

Se quedó pensativa. Sus cejas se inclinaron hacia abajo y sus párpados cayeron, mirando al suelo.

—Tú sabes que, desde lo de Ethan, no he querido una relación. Además, Arlo es muy chico todavía…

—Lo sé.

Tomé su mano; no quería hacerla sentir mal, solo intentaba que entendiera un poco la situación en la que me encontraba.

—Evy tuvo una situación traumática hace años, algo más o menos de la misma índole que tú.

Alessia ahogó un grito.

—Por eso no puedo decirle nada —expliqué, poniéndome de pie para pasear por la sala,

intentando poner mis ideas en orden—. Créeme que muero por decírselo. Cada día que pasa siento que voy a explotar, pero me detiene el miedo a perderla. No quiero que se aleje de mí.

—No puedo imaginar qué le pasó —comentó Alessia algo afectada—, pero ¿estamos de acuerdo que no está en la misma posición que yo? Yo te tengo a ti, eres mi hermano, siempre has estado conmigo. Tengo a Arlo, no estoy sola, no necesito de nadie más. Pero ¿ella? No tiene a nadie cerca más que a ti.

—Técnicamente tiene a su hermano…

—Pero no vive en la ciudad. ¿A quién puede recurrir si pasa algo?

Tiene razón.

—Tú mismo me has dicho que, desde que empezó todo esto, la has visto más relajada, más social —comentó, con tono de voz serio—. No la conozco mucho, pero las acciones valen más que las palabras. Evy no solo aceptó venir esta noche, sino que se la pasó increíble contigo y con Arlo. Las fotos y videos que me estuviste enviando… lo vi todo.

Resoplé, sopesando lo que me decía.

—El brillo de sus ojos cuando te mira… su risa… lo divertido que estaba Arlo con ustedes dos. Cuando enviaste el mensaje diciendo de aquella señora que creyó que mi pequeño era hijo de ustedes… ¿Es que acaso no lo ves? Ella adora pasar tiempo contigo.

—Solo está agradecida porque cree que la ayudo —repliqué, encogiéndome de hombros.

—¿Y no es justamente lo que haces? ¿Ayudarla? —cuestionó Alessia.

Ciertamente es lo que intentaba hacer. De alguna manera, sus palabras me estaban dando valor para dar ese paso que tanto temía.

—Sí, eso intento —aseguré.

—Ahí lo tienes. Si estuviera incómoda de alguna manera, no dejaría que te involucraras tanto. Si ella te confió algo tan complejo como lo que le pasó hace años, es porque busca que sigas en su vida.

—¿De verdad lo crees? —la miré con los ojos llenos de esperanza.

—Estoy segura de ello —contestó sonriente—. Para que te quites la duda, necesitas hablarle. Invítala a salir, solo ustedes dos. Hagan algo distinto a lo que acostumbran. Algo como lo de hoy.

Respiré hondo y empecé a asentir. Mi hermana tenía razón. No había forma de que ella me confiara algo tan delicado si esto de la relación falsa iba a terminar pronto.

—Lo haré —concluí.

Alessia me miró enternecida y me abrazó.

—Mereces ser feliz —musitó en tono suave—. Haz hecho tanto por nosotros y por mamá que descuidaste tu felicidad.

Tan solo sonreí. Recodar esa parte de nuestra infancia era difícil.

—Gracias por la charla motivacional —dije, haciéndola reír—. Creo que ya debo irme y dejarte descansar. Te llamo mañana.

—Buenas noches.

El comentario sobre nuestra madre, hizo que, mientras caminaba a mi departamento, mi mente viajara al pasado, cuando aún éramos unos niños: mi padre nos abandonó cuando yo tenía trece años; para ese entonces, Alessia tenía once. Se fue con una mujer más joven. Como único hombre en la casa, tomé las responsabilidades que me tocaban. Cuidé de mi madre y de mi hermana como pude.

La única ocasión que no pude cuidar de Alessia fue cuando conoció a Ethan, su exmarido. Siempre me culpé de no cumplir con mi responsabilidad como debía, pero mi madre me decía que

no era mi culpa. Se mudó a Nueva York y yo me quedé en Kansas con mi madre, trabajando en una editorial que realmente no me gustaba, pero era un trabajo donde me iba bien y podía apoyar con los gastos de la casa.

Al año de que mi hermana se mudara, mi madre conoció a Joe en un evento de la iglesia. Era un hombre viudo y amable; dueño de un pequeño supermercado de la zona. Se hicieron amigos y al poco tiempo, salían en plan de pareja. No pasó mucho cuando habló conmigo para pedirme su mano, querían rehacer su vida juntos. No pude negarme porque fui testigo de primera mano de la relación que tenían.

Dejé la casa para mudarme a un departamento. En ese tiempo, seguía trabajando para la editorial, sin nada que me emocionara por vivir. Para cuando Arlo tenía tres años, Alessia se animó a confesar que Ethan la maltrataba, y que, por primera vez, había querido agredir a Arlo. En mi coraje, renuncié a mi trabajo y me fui a Nueva York.

Acompañé a mi hermana en todo el proceso de divorcio, la custodia del pequeño y la orden de restricción contra Ethan. Fue un proceso largo y cansado, no podía dejar que pasara por todo eso sola. A mi madre le contamos lo esencial para no preocuparla. Y todo ese tiempo, trabajé como ilustrador independiente.

Tras ver sufrir a mi madre y a mi hermana de esa manera, decidí que, si yo llegaba a encontrar a alguien especial, no la haría sufrir. Por eso, en mis relaciones anteriores, que ni siquiera eran tan serias, opté cortar por lo sano antes de que las cosas se complicaran. Prefería estar solo y cuidar de mi hermana y mi sobrino de cerca. Me sentía cómodo así.

Sin embargo, el destino me tenía preparado conocer a Evy. Todo lo que creía haber decidido, se fue por la borda. Me encontraba perdido, sin saber cómo actuar, qué hacer o decir. Al verla siendo agredida verbalmente por Lavigne, mi instinto protector salió a relucir.

Volví a casa, intentando encontrar una forma de hablar con ella. Mi hermana decía que lo ideal era pasar más tiempo juntos fuera el trabajo.

Teníamos citas, sí, pero eran citas que parecían reuniones de trabajo. Comíamos juntos y charlábamos del día a día. Nos tomábamos fotografías para mantener la pantalla en redes sociales, y eso era todo.

Lo único que había cambiado levemente es que, las últimas dos semanas, nuestras "citas" eran un poco más amigables. Tras el viaje a Frankfurt, Evy era un poco más receptiva. El cambio más drástico fue justo el de esa noche de Halloween, donde la vi relajada y auténtica, por primera vez. En una noche, había terminado por enamorarme de ella, y ahora no concebía una forma de vida distinta. Parecía que mi vida antes de ella simplemente no existía.

Era un desastre, eso lo tenía claro.

A la mañana siguiente llegué a su casa, bastante desvelado. A lo mucho, había logrado dormir un par de horas por estar tratando de planear qué hacer con todo lo que sentía. Llamé a la puerta a las seis cuarenta y cinco de la mañana. Ella no tardó en salir.

—Buenos días, hoy sí que madrugaste —saludó, bastante animada— ¡Ay, Dios!, ¿qué te pasó?

Agaché la mirada pero enseguida subió mi mentón, obligándome a verla.

—¿Te sientes mal? —preguntó, frunciendo el entrecejo, mirándome con preocupación.

—Estoy bien, descuida —dije, esforzándome por sonreírle—. Tuve problemas para dormir, eso es todo.

—¿Bebiste café después de que me fui? —bromeó mientras caminábamos al ascensor.

No pude evitar reírme.

—Algo así.

No quería dar muchas explicaciones. Pero de algún modo sí, ella era como el café, me daba energía para ir al trabajo, me alegraba el día y me quitaba el sueño por la noche.

—Si no lo controlas, no lo bebas.

Qué ironía de la vida. Comparándola con el café y ella dándome la solución: aléjate de mí.

Ojalá pudiera.

—Fuera de broma, ¿está todo en orden? —preguntó mientras bajábamos por el ascensor.

—Sí, descuida. Con un café se me pasa.

Lo decía en ambos sentidos.

—Bien, te invito yo. Podemos pasar por Little Collins antes de la oficina.

Llegamos a la cafetería. Evy se encargó de hacer el pedido. Estaba inusualmente alegre. A pesar de mis pensamientos, me daba confianza verla así. Llegamos a la editorial, y tras acompañarla a su oficina, me dio mi desayuno.

—Ten, aquí está tu café. Por lo que veo, creo que ya no estás en edad de salir de noche —comentó riendo.

—¿Y cómo es posible que tú andes tan fresca como una lechuga? —pregunté por hacer conversación.

—Si te soy honesta, no suelo desvelarme. Pero lo de anoche… estuvo increíble. Me divertí muchísimo con ustedes.

Eso no esperaba escucharlo. Mi sonrisa fue genuina esta vez.

—¿De verdad?

Mi tono incrédulo pareció tomarla por sorpresa.

—Sí, de verdad. No acostumbro salir a divertirme, siempre estoy sola.

Me dio un vuelco el corazón. *"No necesito de nadie más, pero ¿ella? Ella no tiene a nadie cerca más que a ti"*, las palabras de Alessia resonaron en mi cabeza.

—Si quieres, puedo planear alguna salida fuera de lo que acostumbramos —sugerí, más animado.

—No es necesario. No quiero que gastes en cosas innecesarias…

—Pero no es gasto —repliqué de inmediato—. Yo tampoco salgo mucho a divertirme, salvo las veces que cuido de Arlo. Puedo buscar algún lugar interesante. ¿Te molestaría acompañarme?

—¿Es una cita? —preguntó azorada.

—Falsa, obviamente —contesté apresurado.

Me dolió decirlo, pero no me arriesgaría a un "no" por respuesta.

—Claro, sí. Falsa —musitó. Por el tono que usó, daba la impresión de que estaba un poco desanimada.

—Oye, que esto sea falso no significa que la diversión tenga que serlo, ¿de acuerdo? —logré hacerla sonreír un poco—. Déjamelo a mí. Planearé algo para este fin de semana y podremos olvidarnos de esto de la relación falsa y solo divertirnos. ¿Te parece?

—De acuerdo —contestó.

Entre un montón de actividades programadas en la editorial, me hice un hueco de tiempo para planificar una cita fuera de lo común. Estuve buscando opciones en internet, pero no encontraba algo que me convenciera. No podía ser plan romántico; necesitaba un lugar o actividad donde ella se sintiera segura, libre. Y si tenía suerte, tal vez podría decirle algo.

Al final del día, seguía sin tener un plan sólido. Casi no la vi durante la jornada, había estado ocupada con una negociación de derechos; parecía algo muy serio. Empecé a guardar mis cosas en la mochila, pues ya era la hora de salida. Mi puerta estaba abierta y vi a Harper salir enfadada de la oficina de Evy.

—Hey, ¿estás bien?

Me miró enfadada.

—¡No, todo está mal! ¡Gracias por preguntar! ¡No logramos cerrar el trato!

Dicho esto, dio media vuelta y se fue a su oficina, dando un portazo. Si ella estaba así, podía hacerme una idea de cómo se encontraba Evy. No me preocupaba que estuviera enfadada, sino que le estuviera dando un ataque de ansiedad por no lograr lo que esperaba. Me apresuré a guardar mis cosas para poder ir a verla. Apenas cerré la mochila, me la puse al hombro y salí corriendo hasta su oficina, desesperado por estar con ella.

La puerta estaba abierta y la luz apagada, salvo por la lámpara junto a su computadora. Evy estaba con la cabeza apoyada en el escritorio, cubriéndose el rostro con las manos. Me dio miedo verla así. No me escuchó llegar. Si hablaba, la asustaría, así que aclaré mi garganta, pero no se movió.

—¿Evy?

Levantó la mirada enseguida, parecía desorientada.

—Disculpa, no te escuché entrar —Se arregló el cabello a toda velocidad. Se puso de pie y tomó su bolso—. Ya estoy lista para irme.

—Supe que la reunión no salió muy bien —mencioné, con la intención de conseguir que me contara lo sucedido.

Suspiró derrotada, mirando a la ventana.

—Han pasado cosas peores —comentó, girándose hacia mí, sonriendo forzadamente—. Ya lo resolveré el lunes —dijo con voz cansada.

—Ven aquí.

Sus cejas se fruncieron hacia adentro, formando una "v" en el entrecejo. Su boca empezó a temblar, apretaba los labios intentando contenerse. Estiró los brazos hacia mí y la rodeé por la cintura. Se aferró con fuerza y suspiró.

—Todo estará bien —aseguré.

—Lo sé. Es solo que me cansa que la gente no pueda entender las cosas a la primera.

Me reí. Volvió a suspirar.

—Mmmm… hueles delicioso —murmuró con tono relajado y algo… *¿sensual?*

Me quedé helado ante lo que dijo.

34

Evy - Call me

Trágame tierra ¿por qué rayos dije eso?

Theo se tensó al escucharme. Solté levemente su chaqueta. Sentí que estaba invadiendo su espacio, pero ahora no sabía donde poner mis manos, pues él no dejó el abrazo. Me quedé quieta, con las manos cerradas en puño para no apoyarme en su pecho. No quería incomodarlo más.

Una eternidad después, que en realidad fueron como tres segundos, Theo se separó de mí y se aclaró la garganta. Mi rostro estaba totalmente enrojecido de la vergüenza.

—Si ya estás lista, te llevo a casa.

Estaba segura de que me había escuchado, pero agradecía enormemente el hecho de que no mencionara nada al respecto. Salí de la oficina y enseguida emparejó su paso conmigo. Me tomó de la mano y me estremecí.

—Disculpa, estoy muy frío —comentó Theo, con tono apenado, frotando sus manos entre sí para calentarse.

No era la temperatura, fue la sorpresa del gesto cuando ya no había nadie en la oficina. Tan solo sonreí, cualquier cosa que dijera podría arruinarlo todo después de mi metida de pata.

Me llevó agarrada hasta que llegamos al auto. Abrió la puerta para que pudiera subirme. Siempre lo hacía, pero esta vez lo notaba diferente de algún modo, aunque no estaba segura de qué exactamente. La música era el único sonido en el trayecto a casa. Theo se comportaba normal, pero yo no soportaba el silencio entre nosotros.

—Por cierto, ¿qué hay de la cita que mencionabas esta mañana?

Sin dejar de ver el camino, esbozó su hermosa sonrisa al escuchar mi pregunta.

—Tengo un plan —dijo, más animado.

Fruncí el ceño, intrigada.

—Me da algo de miedo que me veas diferente después de esto pero… estoy un ochenta por ciento seguro de que te encantará —continuó diciendo, con una mezcla de emoción y un poco de vergüenza.

Enderecé mi postura, esto sonaba prometedor.

—¿Ochenta por ciento? ¿Tan poca fe te tienes? —bromeé.

—Bueno, es que no es una cita tradicional —confesó—. Pero no quiero arruinar la sorpresa, solo puedo decirte que tengas mente abierta. Y que vistas ropa cómoda, necesitarás moverte con facilidad —agregó, en tono más alegre.

Me dio un escalofrío. Llegamos a un semáforo en rojo, me giré a verlo.

—No será nada de terror, ¿o sí? —pregunté, asustada—. Porque te juro que si es de terror te termino ahí, ipso facto —amenacé con el dedo índice y una mirada firme.

Mi tono "amenazador" le provocó una gran carcajada. Intenté ponerme seria, pero con él era imposible.

—Jamás te llevaría a algo de terror, ni aunque me lo pidieras. Pagar por sufrir es una estupidez —comentó, aún sonriendo.

La forma en que me miró me estaba acelerando el corazón. Sonreí agradecida.

—Lavigne se divertía a costa tuya, ¿cierto? —preguntó seriamente.

Mi ojo derecho empezó a temblar de forma involuntaria.

—Me gustaría decir que no —dije triste.

El recuerdo de que aquél imbécil prácticamente hacía y deshacía conmigo me dolía aún. Me ardieron los ojos; empecé a parpadear para evitar que las lágrimas hicieran acto de presencia. Enseguida, desvié la mirada hacia la calle. Theo tomó mi mano.

—Nunca me perdonaría si te hiciera daño.

Sus palabras me llegaron al corazón. Me atreví a verlo; sus ojos tenían un brillo especial. Me tomó dos segundos darme cuenta de que se inclinaba hacia mí y yo hacia él. Parecía que nada iba a impedir un segundo beso cuando el sonido de un claxon nos interrumpió. Theo se enderezó. El semáforo ya estaba en verde así que avanzó.

—Lo digo no solo como novio falso, sino como tu amigo.

Y ahí el encanto se rompió. Otra vez, "amigo". Sentía que mi corazón se quebraba de a poco, pero reuní toda mi fuerza para no hacerlo notar. Le sonreí, aunque él seguía atento al camino.

Al llegar a mi edificio, Theo no encontró dónde estacionar el auto. Era viernes, así que todo estaba llenísimo.

—Daré una vuelta más.

—Descuida, aquí me bajo.

No quería que siguiera incómodo conmigo.

—Pero no podré acompañarte —dijo, decepcionado.

Eso me detuvo.

De nuevo, un claxon nos apresuraba. Me sobresalté y vi a un tipo enfadado en el auto detrás de nosotros, manoteando.

—No quiero meterte en problemas, nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

Bajé lo más rápido que pude.

—Que descanses —me despedí y le lancé un beso.

Me di media vuelta y corrí hacia mi edificio. *¿Por qué le había lanzado un beso?* Sentí la cara arder y el corazón latir pesadamente. Todas mis fuerzas se desvanecieron de la vergüenza.

Me detuve en seco en la puerta, giré para buscarlo, pero el auto ya iba hacia el final de la calle. El celular sonó por una notificación. Lo desbloqueé y encontré un mensaje de Theo.

"Que descanses, novia. Te veo mañana a las 12:30"

Sonreí. Al menos no me odiaba. Entré al edificio y subí a mi departamento, embobada con el texto. Como si fuera la primera vez que me escribía.

Al día siguiente, Theo apareció en la puerta de mi casa puntualmente. Vestía de mezclilla, zapato deportivo y sudadera de la Universidad de Kansas. En cambio, yo llevaba pantalones de yoga y

sudadera negra, con deportivas blancas.

—Hola. Siempre tan puntual —esbocé una sonrisa.

—Tenemos que llegar a tiempo o perderemos nuestro lugar —advirtió, divertido.

—¿Aún no puedo saber de qué se trata? —pregunté un poco preocupada.

En parte, por lo sucedido el día anterior, y por otro lado, por la incertidumbre de lo que tenía planeado para hoy.

—No, sigue siendo sorpresa —confirmó, sonriendo de lado.

Apreté los labios, un poco resignada.

—Al menos sé que no es nada que implique correr, digo, por tu atuendo —lo señalé, provocando que se riera—. ¿No voy muy informal así? —pregunté, bajando la mirada hacia mi ropa; de la nada, me sentí desaliñada.

—Te ves hermosa.

Levanté la mirada de inmediato, con la boca medio abierta.

—Es decir, es, es… —balbuceó—. Es perfecto para lo que vamos a hacer. ¿Vienes? Se hace tarde.

Me abstuve de decir alguna tontería, así que lo seguí. Subimos al auto e inmediatamente arrancamos. Todo el camino intenté sonsacarle los planes, pero se negó rotundamente a contármelo. Un rato después, llegamos a un estacionamiento y caminamos una cuadra para llegar a un local no muy llamativo. Tenía un escaparate con una pared roja, de ladrillos, con el título "The Ragery" escrito en amarillo. En la vitrina, había un contenedor metálico negro y electrodomésticos dispuestos de manera aleatoria. Jamás había escuchado del lugar. Me asomé y pude ver que había gente en lo que parecía ser la caja de cobro. A lo más, pude ver un *rack* con ropa colgada. *¿Veníamos de compras?* Parecía de esas tiendas conceptuales de moda.

—¿Qué te parece? —preguntó antes de entrar.

—¿Parada técnica para comprar ropa? —fruncí el ceño, intentando adivinar qué clase de cita era.

Theo soltó una carcajada.

—Vaya que esto va a ser una sorpresa para ti —dijo alegre—. Sígueme el juego, ¿quieres? Pero recuerda, mente abierta.

Asentí aunque no entendía nada. Me tomó de la mano y me estremecí.

Entramos.

Lo que vi no era para nada lo que tenía en mente. Sobre el lado izquierdo del establecimiento, la pared, también roja y de ladrillos, tenía colgados varios objetos: hachas, martillos, mazos, palos de golf y tubos. Se me aceleró el corazón. Debí sentir miedo. *Debí*.

35

Evy - Haven

—Buenas tardes, bienvenidos a *The Ragery*. ¿A nombre de quién está la reservación? —preguntó un chico muy amable.

—Theo Haven.

—Déjame ver —dijo el chico mientras revisaba su sistema—. Theo Haven. Dos personas. Excelente, por aquí por favor. —puntualizó, señalando un área donde había casilleros—. Aquí pueden dejar sus pertenencias y, de este lado, pueden recoger su equipo de seguridad.

—Gracias —contestó Theo.

Eligió un casillero, guardamos mi bolso, su billetera y las llaves del auto.

—Oye —susurré, me daba pena que el chico me escuchara— ¿Qué es este lugar? —pregunté emocionada.

De haber estado con alguien más, me habría asustado, pero venía con Theo, nada podía salir mal. Me miró a los ojos y soltó un pequeño suspiro.

—Quería que te divirtieras tanto como la noche de Halloween. Obviamente, no podemos ir a pedir dulces a las calles, así que me estuve quebrando la cabeza en idear algo similar. Pero luego me encontré a Harper. La vi hecha una furia e imaginé que estarías igual.

Me cubrí la boca con una mano, queriendo no reírme, pero no lo logré.

—Cuando te vi —prosiguió él—, prácticamente desplomada en tu escritorio, me asusté. Me dolió verte harta de todo y entonces se me ocurrió venir aquí —Se encogió de hombros—. Me imagino que te das una idea de que este lugar es para destruir cosas, así que reservé una habitación privada con artículos de oficina para que sueltes tu furia —finalizó con una mirada llena de curiosidad.

—¿Es en serio? —pregunté incrédula.

Sus ojos centellearon por un instante.

—¡Esto es increíble! No sabía que teníamos un lugar así tan cerca de casa —exclamé.

Tampoco es como que lo hubiera buscado.

Esbozó esa gran sonrisa que amaba. *¿Amar? ¿No son palabras muy fuertes?*

—Vamos —me invitó. Su voz me sacó de un torbellino de pensamientos—. Debes usar esto —indicó, entregándome un overol, un casco con careta, guantes y lentes de seguridad—. Te puedes cambiar en aquellos vestidores.

Apreté la boca para tratar de ocultar mi emoción, pero era imposible. Esto sonaba a la mejor cita del mundo. Me apresuré a cambiarme. Antes de ponerme el casco, trencé mi cabello para que no me

estorbara. Salí del vestidor y lo encontré listo.

El chico de recepción nos guio a la sala que nos correspondía. Tras darnos instrucciones, cerró la puerta. Me puse muy nerviosa pero emocionada a partes iguales. Era tanta la expectativa que no podía mantenerme quieta, empecé a dar pequeños saltos a manera de calentamiento.

—Creo que esto será mejor de lo que pensé —admitió Theo—. Elija su arma, señorita.

Señaló las herramientas de destrucción. Repasé la selección mientras movía mis dedos con impaciencia, quería hacer esto bien. Al final elegí algo con lo que me sentía más familiarizada: un bate de aluminio, puesto que Samuel me había enseñado a jugar para tener con quién practicar cuando estábamos en la universidad.

Sentí una especie de energía atravesar mis manos. Theo tomó uno igual. En eso, empezó a sonar música por las bocinas de la habitación. Canciones EDM que invitaban a bailar y brincar.

—Vas, novia, te ves muy feliz por esto —exclamó, apoyando el bate en el suelo, esperando que iniciara la sesión de destrucción.

Se me erizó la piel, mi corazón se aceleró y temblé un poco. Me puse en posición y lancé el primer golpe a la computadora. El primer batazo se sintió poderoso. Al ver la computadora estrellada, me temblaron los brazos, como si hubiera cometido un error.

—Sigue, dale con todo —me animó.

Levantó el bate como todo un profesional, ajustó sus pies al suelo y golpeó la misma computadora, haciéndola pedazos de un solo impacto. Sin duda, tenía mucha más fuerza que yo. Escuchar los trozos de plástico caer (aunque amortiguados por el bloqueo del casco), me aturdía un poco.

—Descarga todo tu enojo aquí. Imagina que es la reunión de ayer —señaló con la cabeza todo lo que estaba disponible para destruir.

Me dio un ataque de risa. No es como que quisiera golpear a los traductores de la reunión, pero sí quería descargar algo del coraje que tenía de no llegar a un acuerdo.

Entre los dos hicimos trizas la computadora, para seguir con un teclado, un escritorio completo y unas cuantas macetas. Cada impacto que asestaba me daba más confianza; estaba disfrutando de esto como nunca imaginé. Entre música, risas y batazos destruimos todo lo que estaba a nuestro alcance. Theo incluso contrató diez minutos más. Nos trajeron platos y botellas para quebrar.

Intentando darle a las botellas, se me resbaló el bate y fue a dar al otro extremo de la habitación. Por un segundo me asusté, pensando que le había pegado a Theo, pero no fue así.

—Más me vale no hacerte enojar —afirmó entre risas.

Empezamos a lanzar las botellas y los platos contra la pared. El ruido del material quebrándose parecía formar una sinfonía de liberación. Sentía una emoción incontrolable que hacía años no experimentaba.

Cuando todo terminó, me quité el casco, sacudí mi cabello para tratar de despejar mi cara. La trenza estaba casi desecha de tanto ajetreo. Me quité los lentes de seguridad y los coloqué en mi cabeza, como si fueran una diadema. Respiré profundamente y parecía que nunca había podido aspirar tanto aire, como si mis pulmones pudieran almacenar más oxígeno de lo usual.

Estaba realmente cansada. Mis músculos estaban temblorosos de tanta fuerza que ejercí. Me senté en el suelo, jadeando.

—Esto fue… ¡Dios, fue liberador! No… no sabía que… que lo necesitaba.

Me dolía el rostro de tanto sonreír.

Theo también se quitó su casco, y se agachó para quedar a mi altura.

—¿De verdad? —Su voz se escuchaba quebrada. Asumí que del cansancio.

—Sí —contesté.

Me llamó la atención que, cuando se quitó los lentes, sus ojos estaban rojos, llenos de lágrimas.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, frunciendo el ceño, preocupada. *¿Se habría lastimado?,* me invadió la curiosidad.

—Sí, descuida. Es solo que… dejé escapar muchas cosas que tenía guardadas —aclaró, sonriendo.

Lo miré atenta a cualquier indicio de mentira.

—Tienes razón, fue muy liberador —añadió.

Luego, pasó su mano a mi rostro para acomodar un mechón de cabello tras mi oreja. La cercanía me hizo temblar completamente.

—¿Cómo te sientes? —susurró, alzando las cejas, con la mirada soñadora.

—Me… me siento… —balbuceé de nervios—. Ligera… como… —me esforcé por hablar claro, pero era imposible estando así—. Como una… persona… nueva.

Ahora nuestros labios solo los separaban escasos centímetros. Empecé a cerrar los ojos; quería que me besara. Podía sentir su aliento a menta.

De repente, la puerta de la habitación se abrió con fuerza, haciendo que nos sobresaltáramos.

—¡Vaya sesión de destrucción! —exclamó el chico del mostrador—. Se nota que aprovecharon el tiempo. ¿Se divirtieron?

—Sí, gracias —respondió Theo, poniéndose de pie.

Tendió su mano, para ayudarme a levantarme del suelo.

—¡Excelente! El video les estará llegando en un par de horas al correo que dejaron en la reservación. Si gustan, pueden pasar a dejar su equipo de seguridad en los casilleros.

—Vamos —indicó Theo, un poco más serio. Tenía el ceño fruncido, pensativo.

Me tomó nuevamente de la mano para salir. Tras recuperar mi bolso, pasé al vestidor para quitarme el equipo de seguridad.

Me vi al espejo. Tenía las mejillas enrojecidas. Mis pupilas estaban dilatadas y brillaban de forma inusual. Llevé mi mano a mi frente, buscando indicios de fiebre pero no era el caso. Me abaniqué con ambas manos. Seguro era el calor.

Al no obtener resultados rápidos, solté la trenza casi desecha, y saqué un cepillo de mi bolso para arreglar mi cabello rebelde. Luego busqué la cosmetiquera para retocar mi maquillaje. Dejé el labial para el final.

Cuando vi mi boca en el espejo, apunto de aplicar el color, no pude evitar pensar en todos los últimos momentos que habían sucedido entre Theo y yo. Las dudas me invadían. Estuvimos tan cerca uno del otro…

Cerré los ojos, recordando lo que fue nuestro primer beso… un beso robado que dio pie a que llegáramos hasta este momento…

Llamaron a la puerta del vestidor. Me sobresalté.

—¿Evy? ¿Estás lista?

—Sí, ya voy.

Apliqué rápidamente mi labial, guardé las cosas y salí a su encuentro.

36

Evy - Numb

Salí del vestidor en busca de Theo. El lugar no era muy grande, lo encontré pagando la cuenta. No me escuchó llegar, así que lo esperé en el umbral de la puerta.

Mi corazón palpitaba desesperado. *¿Cómo iba a soportar estar cerca de él después de las últimas veinticuatro horas?* A veces parecía que me veía como algo más que su novia falsa. Ciertos gestos, ciertas palabras… pero por otro lado, estaba la cuestión de que había otra chica. Jamás me lo dijo directamente, pero cuando lo mencioné, nunca lo negó.

Me aferré a las correas de mi bolso, evaluando mis opciones. Podría confesarle todo y terminar con esto. No lastimaría a nadie, total, si aquella chica ni siquiera se daba por enterada de que él iba tras ella.

La incertidumbre me estaba torturando tanto que me ardieron los ojos. No iba a llorar. Tenía que ser fuerte. No era su culpa que esto pasara, todo fue idea mía. Debí hacerle caso cuando se ofreció a aclarar las cosas con los miembros de la oficina, explicando el porqué me había besado aquella vez enfrente de todos. Y yo, ilusa, se lo impedí.

—No te escuché salir —su voz me sacó de mis pensamientos.

—Gracias por venir, que tengan un buen día —se despidió el chico amablemente.

Lo miré con odio. Si tan solo no nos hubiera interrumpido…

—Vamos, te llevo a comer algo —dijo Theo, extendiendo su mano hacia mí.

Ese tipo de gestos eran los que me hacían pensar si, de verdad, esa otra chica existía. Me aferré a mi bolso.

—Vamos —susurré, sin atreverme a mirarlo a los ojos.

Caminé hacia la salida del establecimiento. Theo frunció el ceño, iba en silencio; tan solo me igualó el paso. Al salir, di vuelta a la derecha, decidida a hablar del tema con él. Podría pedirle que fuéramos a mi casa… Sí, podría ser así. Si algo salía mal, él podría irse cuando quisiera…

—El estacionamiento es por acá —dijo entre risas.

Me detuve al escucharlo. Miré a ambos lados, dándome cuenta de mi error. Di media vuelta y caminé hacia el estacionamiento, sin mirarlo ni esperarlo. No sabía qué hacer.

—¡Evy, espera!

Avancé rápido. Quería llegar para poder sentarme y tomar aire. Los nervios me tenían temblorosa; él lo notaría de camino a casa. Tendría que decirle la verdad cuando estuviéramos en el auto. Decirle que esta relación falsa terminaba aquí y ahora. Que esto no podía seguir porque yo no

había cumplido mi parte del trato.

Me había enamorado de él, tenía que saberlo. Si él decidía dejar de hablarme, enfadarse o lo que fuera, no era mi responsabilidad. Pero si algo aprendí en los últimos años, era que, al menos por mi parte, no me callaría las cosas. Ya no.

De la nada, sentí el frío cortándome la piel. *¿En qué momento el viento empezó a soplar tan fuerte?*

Sacudí mi cabeza.

Concéntrate, Evy, tienes que buscar la forma de hablar con él. Ser... diplomática.

¿Cómo demonios? ¿Cómo podría controlarme si él me estaba volviendo loca? ¿Y si mejor esperaba a que estuviéramos en otro lugar?

Escuché pasos correr hacia mí. Me detuve en seco, giré para ver por dónde venía. Casi choca conmigo; apenas y logró frenarse. Respiraba con dificultad, incluso tosió.

Cerré los ojos con fuerza por unos segundos, armándome de valor.

—Perdón —dije con voz quebrada.

Me miró extrañado.

—Perdón por todo lo que te hice pasar —exclamé, con voz entrecortada.

Frunció el ceño.

Mis piernas y brazos temblaban. Tenía miedo de decirle la verdad y de su reacción. Eran tantas las señales confusas que no sabía qué esperar.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

Solté una risa seca y cortante. ¿Cómo había llegado a esto? No pude contener las lágrimas.

—Yo sola me hice daño dejando que esto llegara tan lejos.

Theo ladeó la cabeza; arrugas de confusión se dibujaron en su frente. Abrió la boca y la volvió a cerrar.

Yo tan solo lo miraba.

¿Por qué no entendía? ¿¡Por qué no me estaba entendiendo!?

—Evy, explícame —preguntó, frunciendo el ceño mientras sus ojos se abrían más de lo habitual. Su boca estaba entreabierta, era obvio que estaba confundido por mis palabras—. Por favor, no sé de qué hablas.

—Esto se acabó —musité, firme.

Escucharme se sintió como un golpe en la cara. Más lágrimas escaparon de mis ojos. Lo vi parpadear varias veces, intentando asimilar lo dicho.

—¿Se acabó? —preguntó incrédulo.

—Sí, se acabó —respondí con un hilo de voz.

Se tensó. Parecía que había dejado de respirar. Sus ojos estaban increíblemente abiertos y hermosos y….

¡Ya basta, Evy, termina con esto!

—Pero…

—¡Ya no puedo! —sollocé.

Sentía que no cabía en mi propio cuerpo, estaba por colapsar.

—Ya no… —suspiré—. Seguir con esto no es justo, no puedo seguir engañándote.

—¿Qué?

—¡No digas nada! Necesito que me perdones.

—¿¡Qué te perdone qué!?

Lo veía frustrado, aunque no tanto como yo. Llevó sus manos a la cabeza en desesperación. Sus pupilas estaban dilatadas, su ceño fruncido y los labios apretados. *¿Cómo es que, aún así, era tan atractivo?*

—Eres libre —susurré.

—¿Libre? Es que te juro que no te entiendo —esbozó una sonrisa atónita—. Todo iba bien.

—Esto nunca estuvo bien —repliqué, negando con la cabeza.

Se me fue la voz. Tragué saliva, intentando hacerme escuchar. Él me miraba de arriba a abajo.

—Perdóname por no poder cumplir mi promesa —sollocé.

Me miró aún más confundido.

—Te prometí que te ayudaría con la chica esa pero…

Volví a negar, temblorosa.

¿Por qué había otra mujer? Esto era tan injusto.

—No puedo, no puedo hacerlo. No hasta que sepas algo importante.

Theo se relajó al escucharme. Seguro entendió de lo que hablaba. Suspiró feliz… y eso me enfadó.

—No necesito tu ayuda —dijo, sonriente.

Su tono de voz cambió de la nada.

¿Se alegraba de esto? ¿Ni siquiera podía fingir que le dolía que esto terminara? ¿Ni siquiera un poquito por mera decencia?

Solté una risa sarcástica.

—¿Quieres que vaya tras ella? —preguntó, levantando las cejas.

¿Qué demonios...?

—Porque te quiero, te digo esto: no la dejes ir.

—¿Me quieres?

Dio dos pasos hacia mí y yo retrocedí.

—¿¡Por qué no me escuchas!? —espeté, llevándome las manos a la cabeza.

¡Maldito hombre atractivo!

Me di media vuelta, intentando recuperar la poca cordura disponible. Theo se acercó más a mí. Me volví hacia él.

—Hagas lo que hagas en esta vida, no la dejes ir ¿está bien? —lo señalé con el índice—. Si de verdad la quieres, ve tras ella.

El muy cínico me sonrió más.

—No pierdas el tiempo y dile lo que sientes antes de que… —me callé al instante.

¿Se lo contaba? ¿Lo seguía ocultando? ¿Qué se suponía que debía hacer para que supiera lo que sentía por él pero sin tener que decirlo directamente?

—¿Antes de qué? —preguntó, ladeando su cabeza y mirándome con ternura.

Estaba odiando que lo hiciera.

—Antes de que yo…

¡Las palabras no salían!

—¿Tú qué? —preguntó delicadamente.

Me empezó a poner nerviosa.

—Que… ¿Sabes qué? ¡Olvídalo!

Sus ojos color avellana me estaban atravesando. Parecía que podía leer mi mente. Me

desconcentraba demasiado, no podía ordenar mis ideas.

—Dilo, vamos —dijo desafiante.

Negué con la cabeza. Esto era muy infantil de mi parte.

¿Por qué no simplemente le decía la verdad?

Retomé la caminata hacia fuera del estacionamiento, pero de pronto, me empezó a hervir la sangre de furia.

¿Cómo por qué yo tenía que salir herida de esto y él como si nada con aquella mujer?

Me devolví con decisión.

Theo tenía las manos en los bolsillos de su abrigo. Me miraba de forma juguetona.

¿Acaso se estaba burlando?

Me enfurecí. Ahora me iba a escuchar.

—Tu ojo está temblando de nuevo —dijo con tranquilidad.

—¡Deja de fijarte en mi maldito ojo!

¿Por qué era tan observador?

—¿Sabes qué? No… ¡No la busques! ¡No quiero que lo hagas! —grité, fulminándolo con la mirada.

—¿Ah, no? ¿Por qué? —preguntó con una sonrisa ladina.

Sus labios se curvaron hacia la derecha mientras sus ojos mostraban un brillo peculiar.

—¡Porque ella es una idiota! —espeté.

Alzó más las cejas, fingiendo sorpresa ante mis palabras.

El viento hizo que el cabello me tapara la cara. Enfadada, lo aparté hacia atrás con una mano.

—Sí, sé que suena mal, pero lo es. Y lo es, porque, no se da cuenta de que un hombre tan maravilloso la pretende, así que no te merece. Y sí, estoy consciente de que soy egoísta, pero ya no me importa. ¿Sabes por qué?

—Ilumíname —animó, evitando reír.

—¡PORQUE ME ENAMORÉ DE TI!

Decirlo en voz alta se sintió liberador.

—¡Y ahora no sé qué hacer! —continué, sintiendo cómo mi garganta se secaba—. Me estoy muriendo por dentro porque, aunque hay otra mujer, guardo la esperanza de que…

Dios, esa mirada me ponía tan nerviosa. Aclaré mi garganta.

—Guardo la esperanza de que tú sientas algo por mí como yo por ti —confesé, finalmente.

No podía decir nada más. Ahora era su turno de hablar.

Suspiró, sus ojos brillaban como aquél día que lo conocí. Bajó la mirada un par de segundos y luego me miró.

—¡Gracias al cielo lo dijiste!

Fruncí el ceño. *¿De qué estaba hablando?*

Quise protestar, pero en ese instante, él tomó mi cara con ambas manos. Mi respiración se esfumó por unos segundos. Mi corazón golpeteaba a gran velocidad. Abrí los ojos tanto como pude, totalmente confundida.

Se mordió el labio, me miró a los ojos y después a mi boca. Me quedé helada. *¿Esto estaba pasando?,* me pregunté.

Y entonces, sucedió.

Sus cálidos labios se posaron sobre los míos, sus grandes manos me sostenían para mantenerme

quieta. Escuché un pequeño gemido de satisfacción escapar de él. Sentía que toda mi cordura y mis fuerzas abandonaban mi cuerpo. El beso inició dulce, pero pronto se volvió impulsivo. Dejé de escuchar todo a mi alrededor, solo éramos nosotros dos.

No me iba a contener, me aferré a él y lo besé como si se me fuera la vida en ello. Pude sentir que sonreía sobre mis labios. Una de sus manos pasó por mi cuello hasta mi nuca para pegarme más hacia su boca, mientras que la otra bajó por mi hombro hasta mi espalda, logrando que me estremeciera.

37

Theo - If I say, I love you

Nos separamos levemente del beso. Evy seguía con los ojos cerrados y una sonrisa en sus labios, esos labios sabor a café que me encantaban. Mi respiración estaba totalmente descontrolada, al igual que mi pulso. Parecía que había corrido un maratón; simplemente no podía alcanzar el aire.

—Espero que ahora entiendas que… nunca hubo nadie más… siempre has sido tú —dije con dificultad.

Decirlo se sintió mil veces mejor de lo que algún día pensé. Tenía claro que no quería presionarla, pero cada vez era más difícil resistir estar con ella sin que lo supiera. Y, al parecer, se sentía igual.

Hoy, después de tanto tiempo y tantas cosas juntos, al fin podía decirle en voz alta que era ella quien me quitaba el sueño. Que haría lo que fuera para que estuviera bien.

No podía parpadear, no quería dejar de verla ni una milésima de segundo.

Una lágrima resbaló por su mejilla, y enseguida la sequé con mi pulgar, sin quitarle la vista de encima.

—Soñé por mucho tiempo que me correspondieras y… la noche que me quedé a cuidarte, hablaste entre sueños —confesé.

—¡Ay, no! —exclamó, cubriéndose la cara—. ¡Qué vergüenza! ¿Qué dije? —preguntó, asomándose entre sus dedos.

Con toda la delicadeza posible, tomé sus manos para descubrir su bello rostro.

—Admitiste que querías que lo nuestro fuera real —le respondí.

Su rostro se puso rojo por completo.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Créeme que quise hacerlo pero… no me atreví a forzarte. Jamás lo haría. Si no estabas preparada, estaba dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario —admití, sonriéndole.

—¿Y si nunca lo hubiera admitido?

Respiraba de forma irregular; aún estaba nerviosa.

—Te seguiría amando en secreto —aseguré, encogiéndome de hombros, suspirando.

La sonrisa que esbozó tras escucharme fue increíble. Jamás la había visto tan emocionada, y me daba alegría que fuera por mí. Me tenía totalmente embelesado.

—Te dije que siempre estaría para ti. No tengo intención de romper esa promesa.

La volví a besar. Esta vez, ella pasó sus brazos alrededor de mi cuello. Sentir sus manos heladas contra mi piel me gustaba. Al principio, sus caricias eran temblorosas, pero poco a poco tomó confianza para pasar sus dedos entre mi cabello, haciéndome soltar un pequeño gemido de placer.

Ella soltó una risita.

—Me gusta escucharte —me susurró al oído.

La abracé sin más. Me seguía pareciendo imposible que acabara de decirme que estaba enamorada de mí.

Ella se rio, y le di un beso en la cabeza.

De pronto, el aire helado empezó a sentirse más hostil.

—Creo que es mejor salir de aquí.

Solté el abrazo y caminamos hacia el auto, estábamos a pocos pasos de él. Abrí la puerta de copiloto para que se subiera. Cerré la puerta y me quedé mirándola por la ventana. Ella sintió que la observaba, se giró hacia mí y sonrió. Suspiré. Estaba completamente perdido con ella.

Me subí al auto, encendí el motor y tomé su mano. Le dije que la llevaría a comer; este día apenas empezaba.

Mientras salíamos del estacionamiento, ninguno de los dos hablaba, pero sentía su mirada encima de mí. Yo no podía dejar de sonreír. Nada ni nadie podría quitarme esta felicidad.

—¿En qué piensas? —pregunté mientras conducía.

Ella me miró de reojo con curiosidad. Sus ojos estaban realmente abiertos, los tenía clavados en mí, con expresión divertida.

—¿Por qué no me dijiste que no había otra mujer? —preguntó, esta vez, con seguridad. Me hizo sonreír.

—Yo nunca dije que hubiera otra mujer. Tú asumiste que había alguien más.

—Soy una estúpida por no darme cuenta —comentó entre risas.

Llegamos a un semáforo en rojo, lo que me dio la oportunidad de mirarla a los ojos.

—No lo eres. Nunca digas eso, por favor. Si yo no te dije nada, es porque no quería presionarte. Yo siempre voy a ir al margen que tú me marques, ¿de acuerdo? —prometí, sonriéndole.

Esbozó una enorme sonrisa; sus grandes ojos denotaban una ilusión que nunca podría apagar. Suspiró.

—¿Cómo es posible que me merezca a alguien tan lindo como tú?

El semáforo se puso en verde y dirigí mi atención al camino.

—¿Crees que soy lindo?

—Por supuesto que sí. Siempre eres tan amable, responsable, detallista, protector… —suspiró—. Y atractivo —musitó.

—¿Crees que soy atractivo? —pregunté, interesado.

Enseguida se puso nerviosa, me encantaba que se pusiera así.

—Vamos, dime —insistí.

—¡No me hagas repetirlo! —exclamó, mirando hacia la ventana.

Levanté su mano para darle un beso en los nudillos. Enseguida me miró.

—Podré ser lindo y atractivo, pero tú eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida.

Ahogó un grito. Giré la cabeza levemente para verla. Sus ojitos brillaban con emoción.

—Cuando chocamos en la calle, el día de la entrevista, te escuché maldecir por perder tu taxi. Tu voz me dio curiosidad. Era la voz más bonita que había escuchado. Por eso me animé a hablarte. Y

entonces te giraste hacia mí.

Sonreí al recordar cada detalle de ese día de Abril.

—Al ver tus ojos, decidí que pasaría por ese café todas las mañanas con tal de volver a verte.

—¿Y qué pensaste cuando me viste en la entrevista? —cuestionó, ilusionada.

—Que debí haber hecho algo muy bien para que el destino me pusiera en tu camino dos veces ese día —respondí con toda sinceridad.

Volví a besar su mano y ella rio.

Llegamos al restaurante. Empezamos a charlar de todo, ambos más relajados; incluso nos tomamos fotos. Podía ver a la misma Evy de Halloween: relajada, divertida y juguetona.

Nos acababan de servir la comida cuando mi teléfono sonó. Era Alessia. Le colgué y puse el celular boca abajo.

—¿Quién te llama? —preguntó Evy con curiosidad, mientras ponía salsa de tomate a sus papas fritas.

—Mi hermana, descuida. La llamo al rato —dije, sin darle importancia.

El teléfono volvió a sonar. Presioné el botón lateral para rechazar la llamada.

—Deberías contestarle, tal vez sea algo urgente —sugirió, un poco preocupada.

—No, no creo —fruncí la nariz, negando con la cabeza, restándole importancia.

Volvió a sonar. *¿Qué quería? ¿Por qué la insistencia?*

Evy alzó las cejas y, sonriendo, señaló el celular con la mirada. Me reí y contesté.

—¿Hola?

—*¡¡Por qué no contestabas!!* —reclamó Alessia.

—Buenas tardes, hermanita. Yo bien, ¿y tú? ¿Qué te acontece esta tarde de sábado? —pregunté con todo el sarcasmo posible.

Evy se cubrió la boca con ambas manos para evitar reír; traía la boca llena de comida.

—*No estás solo, ¿verdad?*

—No —confirmé sonriente—. Pero dime ¿en qué te puedo ayudar?

—*¿Estás con Evy?* —adivinó bastante interesada.

—Afirmativo —respondí, feliz.

No podía ni quería ocultar mi alegría. Alessia lo captó enseguida, soltó un grito de emoción.

—*Lo hiciste, ¿cierto? ¿Hablaste con ella? ¿Salió todo bien?*

—Así es.

—*¿Ya están juntos?*

Su pregunta me hizo volver a mi realidad. Evy había confesado sus sentimientos. Yo también. Pero de ahí no pasamos a nada. ¿Qué éramos ahora? ¿Qué íbamos a hacer?

Por un momento me invadió la incertidumbre, pero estaba tan feliz que no quería que se esfumara el sentimiento. Ya habría tiempo de hablarlo con tranquilidad, tal vez después de comer.

—Algo así.

Evy levantó las cejas con curiosidad. No escuchaba a Alessia, así que supuse que se preguntaba de qué estaríamos hablando.

—*¿Cómo que "algo así"?*

—Bueno, ¿esto es un interrogatorio? —me quejé entre risas.

—*Tienes razón, estoy interrumpiendo tu cita. Discúlpame, te dejo.*

—No, no. Espera. Dime ¿qué necesitas? ¿Todo bien?

—*Sí, descuida. Es solo que... olvídalo, yo me hago cargo.*

—Vamos, dime. Ya me llamaste, no me dejes con la duda.

Evy se rio. Probablemente le entretenía nuestra interacción.

—*Arlo me preguntó si vendrías a cenar hoy. Le dije que tendría que preguntarte porque ya tenías planes.*

Todos los sábados iba a cenar con ellos. Salíamos a dar la vuelta o nos quedábamos en casa a ver una película. Aunque me encantaba la tradición, hoy no quería ir. Quería pasar todo el tiempo posible con Evy. Teníamos que hablar sobre nosotros. No me sentía capaz de ir a dejarla a su casa así sin más y luego ir con mi hermana a cenar.

—Sí, estaré algo ocupado… —Evy me hizo señas—. Espera, Alessia —le dije, antes de cubrir la bocina del teléfono para dirigirme a Evy— ¿Te pido algo más?

Negó enseguida con la cabeza.

—Si te necesitan, ve. No tengo problema —susurró con una sonrisa.

Me enterneció que, a pesar de todo, era tan comprensiva. Como siempre, ponía las necesidades de los demás por delante de las suyas.

—No es urgente. Es solo que suelo cenar con ellos los sábados, pero si te soy honesto, no quiero estar sin ti tan pronto.

Apenas lo dije, escuché la risa de Alessia del otro lado del teléfono, burlándose. La ignoré.

—Podemos vernos mañana, no te preocupes. No me iré a ningún lado —aseguró.

—*¿Y si la invitas a cenar con nosotros?* —sugirió Alessia, aún riendo—. *Arlo estará encantado si Evy viene a cenar.*

Lo dudé por un momento. Quería estar a solas con ella, pero tampoco quería desplazar a Arlo. Si solo fuera mi hermana, lo haría sin dudarlo.

—*Vamos, pregúntale. Si te dice que no, no* y Arlo? —pregunté mordiéndome la boca.

No quería invitarla, y no porque no quisiera que convivieran, sino porque me parecía extraño que, si ya éramos o seríamos una pareja, nuestro primer día fuéramos a una cena familiar.

—¿De verdad? —preguntó con la boca llena.

Su rostro se iluminó con emoción.

—¡Claro que sí! —contestó sonriente.

No era lo ideal pero, significaría que estaríamos más tiempo juntos. Eso era lo importante.

—De acuerdo.

Destapé la bocina de mi celular, que de nada sirvió porque Alessia escuchó todo.

—Ahí estaremos esta noche —confirmé.

—*¡Genial! Los esperamos a las siete.*

Terminamos de comer y fuimos a pasear por un parque cercano, todo el camino tomados de la mano.

—¿Está bien que vaya así a la cena? —preguntó preocupada cuando nos subimos al auto.

—Sí, no te preocupes. No es cena formal, es un sábado en la noche en familia.

No medí el efecto de mis palabras hasta que vi su reacción. Por un segundo, me dio pánico, puesto que "noche en familia", pocas horas después de declararnos nuestro amor, parecía algo muy profundo. Sin embargo, ella me miró enternecida, agachó la mirada y se acomodó un mechón de cabello detrás de su oreja. Sentí mariposas en el estómago de la emoción.

Antes de llegar a la cena, insistió en llevar algo para Alessia. Hicimos una breve parada técnica en una vinatería para comprar una botella del vino favorito de mi hermana.

38

Theo - Beautiful time

Llegamos a casa de Alessia y llamé a la puerta.

—¡MAMÁ! ¡YA LLEGARON! —gritó Arlo.

Miré de reojo a Evy. Me encantó su reacción al escuchar a mi sobrino. Sonreía de oreja a oreja y presionó mi mano con fuerza. Me acerqué a ella y le di un beso en la frente.

—Gracias por venir conmigo—susurré.

La puerta se abrió.

—¡Hola! Qué bueno que llegaron, Arlo contaba los minutos —saludó Alessia mientras se secaba las manos con un trapo de cocina.

—Hola, gracias por la invitación —dijo Evy.

—Me alegra que aceptaras venir, pero pasen, ya casi está la cena.

En eso, un torbellino de color azul y cabello negro despeinado corrió hacia nosotros.

—¡Evy! —exclamó Arlo.

—¡Arlo! —saludó cariñosamente, abrazándolo.

—Ve a lavarte las manos, corazón, ya casi vamos a cenar —ordenó Alessia.

Apenas escuchó a su madre, salió corriendo.

—Tomen asiento. Evy ¿te sirvo algo de beber? ¿Agua, refresco, vino?

—Agua está bien. Por cierto, te traje una botella de vino, me dijo Theo que este es el que te gusta —sacó la botella de su bolso para entregársela.

—¡No era necesario pero muchas gracias! —expresó sonriente.

Tomó la botella y observó la etiqueta.

—*Casa Bravo cosecha 2018.* Es de mis favoritas ciertamente. Si gustan, podemos servirlo con la cena.

—Como gustes —respondió contenta.

Evy pasó al comedor. Alessia estaba emocionada por hablar con ella. Se giró hacia mí y murmuró "la amo" y sonrió ampliamente. Separé una silla para que se sentara y luego fui a la cocina para ayudar a mi hermana a traer las cosas a la mesa.

—¿Qué tal estuvo la negociación con el señor Silicon Valley? —pregunté por hacerle conversación.

Mientras nos sentábamos a la mesa, empezó a relatar su experiencia con el trabajo. Nos hizo reír con las anécdotas de la cena a la que tuvo que asistir la noche de Halloween, lo difícil que fue tratar

con empresarios extranjeros y, finalmente, las estrategias a las que se tendrían que ajustar si la siguiente reunión no salía bien.

A los pocos minutos, Arlo regresó para cenar, no sin antes mostrarnos un nuevo libro.

La charla continuó con el niño contando las anécdotas de Halloween.

—¿Y tomaron fotos? —preguntó Alessia, como si no las hubiera visto ya.

Toda la evidencia de esa noche se la compartí en tiempo real. Quería que ella me diera su opinión, que me dijera si yo estaba alucinando o si entendía bien las cosas tal cual sucedían.

—Es verdad, no las he visto —recordó Evy.

Mi hermana paseaba la mirada entre nosotros, divertida.

—Sí, les tomé muchísimas fotos —confirmé, sacando mi celular para mostrarles la galería—. Tengo desde que estábamos en el evento del parque, la recolección de dulces, caminando, comiendo hamburguesas… —decía mientras deslizaba las imágenes—. Esta es mi favorita —señalé, sonriendo al encontrar la imagen.

—Déjame ver —exigió Evy enseguida, le invadía la curiosidad.

Con un poco de nervios, le mostré la fotografía donde aparecían ella y mi sobrino de espaldas, viéndose el uno al otro riendo, mientras cada quien cargaba una cubeta de dulces.

—Si alguien viera la fotografía sin conocerlos, sería obvio decir que era una foto madre e hijo —bromeó Alessia dándome un codazo.

—No tenía idea de que teníamos capturada casi toda la noche —comentó Evy, bastante animada —. Solo supe cuando nos tomamos la *selfie* en el restaurante.

—Ah, sí esa foto también es genial.

Deslicé más imágenes hasta llegar a la mencionada.

—¡Mira qué bonita familia! Arlo es una copia tuya, hermanito —murmuró Alessia, arrebatándome el celular.

—Ojalá hubieras podido acompañarnos, la pasamos genial —dijo Evy, apoyándose sobre la mesa.

La conversación se desvió nuevamente a cosas del trabajo. Hubo un momento donde me quedé callado por estar comiendo, pero me agradó ver que ambas conversaban animadamente, como si fueran amigas de toda la vida. La confianza con la que compartían me daba a entender que esto estaba destinado a ser. No podía sentirme más feliz.

Al terminar la cena, Evy se encargó de recoger la mesa mientras yo lavaba los platos. Alessia se llevó a Arlo a prepararlo para dormir.

—¿Te gustó la cena? —pregunté mientras me entregaba los últimos vasos.

—Sí, estuvo delicioso. Hace mucho que no probaba comida italiana —comentó con una mirada traviesa.

El gesto me emocionó, por decir lo menos. Mi imaginación estaba corriendo a otro lado pero necesitaba mantenerme cuerdo. Solté una risa de nervios y aclaré mi garganta.

—Me alegra que lo disfrutaras, pero sobre todo que quisieras venir conmigo —confesé.

—¿Cómo no iba a querer venir? Si lo único de lo que estoy segura ahora es de que quiero pasar todo el tiempo posible contigo.

El sentimiento era mutuo. Si fuera más egoísta, le pediría que viviéramos juntos, pero no podría pedírselo así como así.

Evy se puso de puntillas para darme un beso en la mejilla. Apenas sentí sus labios en mi piel, un impulso me hizo dejar los platos de lado. Pasé un brazo por detrás de su cintura y con la otra mano

tomé su mejilla. Se sorprendió, pero no se alejó. Se mordió el labio inferior, mirándome con emoción. No me iba a contener si estábamos solos en la cocina. La besé con toda la intensidad posible. La escuché soltar un ligero gemido que fue música para mis oídos.

El sonido de Alessia aclarando su garganta hizo que Evy se sobresaltara y me empujara para que me apartara. Miré con odio a mi hermana por interrumpirnos. A cambio, ella me lanzó una mirada amenazante, levantando una ceja, como diciendo: "¿Qué te dije? Aquí no".

—Perdón que interrumpa su… lavado de platos —dijo Alessia, evitando reír—. Arlo me pidió que te preguntara si podrías leer un capítulo con él antes de dormir —dijo, dirigiéndose a Evy.

Ella levantó la mirada hacia mi hermana; creo que ambos esperábamos otro tipo de comentario.

—Claro, enseguida voy —dijo, sonrojada—. Ya vuelvo —me dijo, antes de seguir a Alessia hasta la habitación de Arlo.

39

Theo - Enough

Las seguí con la mirada. No podía dejar de imaginar lo que sería tener mi propia familia. Alessia volvió enseguida. Cuando se dio cuenta de que la estaba observando, señaló con dos dedos sus ojos y luego a mí.

—¿Qué? —pregunté sin entender.

—Ya te vi —dijo con sonrisa burlona.

—Que bueno que todavía puedas ver, me da gusto.

Volví mi atención a los platos que me faltaban por lavar. Ella se recargó en la barra de la cocina; podía sentir su mirada inquisitiva.

—No seas tonto, estoy hablando de que puedo ver cómo te comportas distinto.

—No entiendo a qué te refieres.

Seguí enjuagando platos. Alessia se puso a mi lado para ayudarme a secarlos.

—Esto es más serio de lo que creí. Evy ha llegado a revolucionar tu miserable existencia ¿no es así?

Hizo una pausa para que yo dijera algo pero no sabía qué decir.

—¡Es broma! ¡Ríete! —espetó, dándome un codazo, sacándome una sonrisa—. Siendo sincera, me da mucha alegría verte feliz. Por un momento creí que jamás podría ser testigo de algo así.

—Pareciera que hablas de un ermitaño —comenté, tratando de aligerar la conversación.

—Pues casi. Desde que dejaste tu trabajo en Kansas para cuidar de nosotros, te volviste prácticamente un ermitaño.

—No empieces, por favor —cerré la llave del agua.

Alessia me pasó un trapo para secar mis manos.

—Escúchame, porque no estoy jugando —tenía la mirada fija en la mía, sin rastro de la sonrisa que tenía segundos antes—. Sé que no te gusta hablar de ese tiempo, pero para mí es importante. Nunca he podido agradecerte todo lo que hiciste por nosotros…

—No es necesario…

—¡Sí que lo es! Sacrificaste demasiado por cuidarnos, y siempre estaré en deuda contigo por eso. Y debo agregar que, desde entonces, me he sentido culpable de frenar tus proyectos… tus planes… por hacer que no te enfocaras en tu felicidad.

—Ven aquí —extendí mis brazos para que se acercara—. Jamás me arrepentiré de mi decisión. Si renuncié a todo es porque mamá rehizo su vida, ya no me necesitaba, y ustedes estaban solos. ¿Cómo

no iba a cuidarlos?

Alessia se soltó del abrazo con ojos llorosos. Sabía que aún le dolía el cómo había terminado su relación con el padre de Arlo.

—Bueno, ya no somos los únicos, ahora tienes a Evy.

Sonreí, un poco cohibido por el comentario.

—Siento que por fin estás viviendo tu vida. Que Nate te haya llamado para esa entrevista, era parte del destino para que la conocieras.

—Sí, supongo que estábamos destinados a encontrarnos aquél día. Si no era por la entrevista, fue por el café de esa mañana.

—El destino tiene formas extrañas de juntar a las personas. Y aunque su inicio fue… extraño, lo bueno es que ahora están juntos —suspiró—. No puedo esperar a que se casen, y que formen una familia —musitó con voz soñadora.

Le lancé el trapo a la cara, pero lo atrapó a tiempo.

—Calla, que apenas llevamos un día juntos.

—Un día oficial, pero realmente ustedes están juntos sin saberlo desde que la besaste en el *lobby* y empezó todo esto —afirmó, con voz pícara.

Puse los ojos en blanco y me reí. En el fondo, tenía razón. Nuestra relación falsa resultó no serlo.

—Me imagino que ustedes ya se conocen bastante bien, ¿no? —se burló, alzando ambas cejas, dando a entender el doble sentido.

—De verdad, ¿te escuchas cuando hablas? No te incumben esas cosas —repliqué, en una mezcla de fastidio y vergüenza.

—Eso es un "no" —aseguró Alessia para sí misma—. No lo puedo creer, pero… Está bien, ahora vuelvo.

Fruncí el ceño, viéndola alejarse de la cocina.

—¿A dónde vas?

—¡No me tardo!

Me crucé de brazos para esperarla. Entró a su habitación y, al minuto, ya venía de regreso con una bolsa de papel pequeña, como de farmacia. Me la entregó sin decir nada.

—¿Y esto qué es? —pregunté con cautela.

—Necesitas estar preparado.

Fruncí el ceño, abrí la bolsa y, al ver el contenido, la cerré de inmediato.

—Alessia, ¿por qué tienes esto? ¿Qué no me estás contando? —susurré, intentando con todas mis fuerzas no gritarle.

Le devolví la bolsa.

—¡No son míos! Los compré para ti —respondió en voz baja, como si fuera algo ilegal.

—Pero ¿por qué?

—Quería burlarme de ti, pensé que si ya son pareja oficial no saldrían de tu habitación, pero ahora que dices que no ha pasado nada…

Me devolvió la bolsa.

—¿Quién te entiende? Me acabas de decir que quieres que forme una familia, ¿y ahora me compras condones? —pregunté divertido, sacando la caja de preservativos para mostrárselos.

—Si me preguntas, te diría que se disfruten primero, que se conozcan, experimenten, mejora tu técnica —añadió con tono pícaro, cruzada de brazos.

Solté una carcajada.

—Me haces sentir un adolescente —confesé, guardando la caja en el bolsillo de mi pantalón.

—Pero si quieren tener bebés cuanto antes, yo estaría encantada. Arlo necesita primos —me animó, guiñándome un ojo.

—Estás loca —contesté entre risas.

—Me lo agradecerás después —dijo, acercándose a la barra de la cocina para tomar la botella de vino— ¿Quieres un poco más?

—No, gracias. Creo que ya es hora de que lleve a Evy a su casa. Voy a asomarme a ver cómo van con su lectura.

—Pues ya tienen rato, para mí que ya están por terminar el libro completo —comentó, riendo.

—No lo dudaría —dije, caminando hacia la habitación de Arlo.

Me sorprendió que la puerta estuviera abierta. *¿Nos habrían escuchado?* Mi hermana no era de voz baja precisamente. Me acerqué al marco de la puerta, intentando pensar en cómo hacer para averiguar si había escuchado mi conversación con Alessia. Sin embargo, pronto descarté el miedo, puesto que escuché a Evy leer en voz alta. Me recargué en la pared para escuchar su hermosa voz hablando de carreras de dragones.

—*…y así fue como la carrera se tornó en el inicio de la guerra entre tres reinos importantes.* Listo, Arlo, ese fue el segundo capítulo. Creo que ya deberías de dormir porque… —de pronto se quedó callada —. Ya te has dormido, pequeño.

Esa fue mi señal para entrar a la habitación.

—¿Cómo van? —pregunté en voz baja, fingiendo no saber.

—Se ha quedado dormido —contestó en un susurro.

Apagué la luz mientras ella encendía la de la lámpara en la mesa de noche. Dejó el libro sobre la mesita. Suspiré al verla arropar a Arlo con tanto cuidado.

—¿Lista para irnos? —pregunté mientras salía de la habitación.

—Sí, vamos.

Cerré la puerta con cuidado.

—¿Qué tal la lectura? —preguntó Alessia cuando llegamos a la sala.

—Leímos dos capítulos y se ha quedado dormido —contestó Evy.

—¿De verdad ya se durmió? —exclamó, cruzándose de brazos, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Gracias, no creí que pudiera dormir tan pronto después de tanto dulce que comió en el día.

—No es nada —respondió Evy, con timidez.

—Nosotros ya nos vamos, gracias por la cena.

—Estuvo delicioso, de verdad cocinas muy rico —agregó Evy.

—Me alegra que te haya gustado. Espero que nos visitemos pronto —dijo Alessia, abrazando a Evy.

—Claro que sí.

Apenas cruzamos las puertas para salir del edificio, Evy se plantó delante de mí, con una sonrisa y su mirada clavada en la mía, pasó sus brazos alrededor de mi cuello.

—Dejamos algo pendiente hace rato —comentó, con voz traviesa.

—¿Ah, sí? —pregunté, esbozando media sonrisa, interesado en su respuesta.

Sin responder, se puso de puntillas y me besó. Aunque intuía que lo haría, me tomó desprevenido

la intensidad del beso. Enseguida puse una mano en su cintura y otra en su espalda alta, para sostenerla, haciendo que soltara un suspiro que me emocionó. Fue un beso corto pero apasionado.

Cuando nos separamos, ella estaba agitada. Relamía sus labios, provocándome.

—¿Te gustaría ir a algún lado o preferirías ir a casa? —pregunté, con la mirada perdida en ella.

—No quiero ir a casa aún —contestó, mordiéndose el labio inferior y bajando la mirada; parecía apenada—. Quiero estar un rato más contigo, si no te molesta —confesó.

Me agaché para encontrar sus hermosos ojos.

—¿Aún no te aburres de mí? —inquirí, sonriente, alzando ambas cejas.

Negó con la cabeza, sonrojándose, pero sin dejar de sonreír.

—Bien, vamos a mi casa, podemos ver una película, ¿qué te parece?

—Me encanta la idea —respondió, alegre.

Sonrió ampliamente, incluso enderezó su postura. La tomé de la mano y cruzamos la calle. Era la primera vez que la llevaba a mi casa. Estaba emocionada, sus ojos mostraban curiosidad e impaciencia.

—Bienvenida —anuncié al abrir la puerta.

—No me imaginaba que vivieras en un lugar así —exclamó maravillada, observando a todos lados.

—Sé que parece que vivo en un *penthouse*, disculpa el desorden, no esperaba visitas —comenté, riendo al ver que tenía hojas con bocetos en todo el sillón y la alfombra.

Enseguida las recogí para guardarlas. Ella rio al ver mi apuro.

—No es que esperara un *penthouse*, pero tampoco imaginé que sería así.

—¿Así cómo? —pregunté, arrugando la frente, ladeando un poco la cabeza, interesado en su respuesta.

—Tan iluminado y con tremenda vista, ¡Mira esto! —exclamó, señalando emocionada hacia la ventana, donde se veía el parque—. Tienes una vista preciosa, si viviera aquí jamás saldría.

40

Theo - Darling

Mi corazón se aceleró al escucharla y no pude evitar esbozar una sonrisa enorme. Aunque entendía perfecto a lo que se refería, enseguida imaginé que, si ella viviera aquí, yo tampoco querría salir, y no precisamente por el panorama que se asomaba por la ventana.

—Una de las cosas que me hizo decidirme por este edificio fue la vista, precisamente. Es bastante relajante sentarse aquí en el sillón y simplemente ver hacia allá.

—Los amaneceres deben ser increíbles desde aquí —dijo sin dejar de observar por el ventanal.

—La habitación tiene la misma vista —murmuré como si nada, mientras guardaba los papeles en un cajón.

—¿Qué? —preguntó en tono preocupado.

Enseguida me giré y, estaba pálida, con los ojos muy abiertos y la boca ligeramente abierta.

—Lo menciono por si consideras mudarte al edificio —me apresuré a aclarar—. Cada unidad de este lado tiene esta vista, tanto en la sala como en la habitación principal… eh, ¿te ofrezco algo de beber? —pregunté avergonzado.

—No, gracias, estoy bien —respondió, tratando de evitar echarse a reír.

Caminó hasta la mesa del comedor, donde tenía más bocetos desordenados.

—Enseguida limpio esto —aseguré apresurado.

—Descuida, me gusta ver tu trabajo —dijo, observando varios bocetos y tomando algunos para verlos en detalle—. Creí que solo ilustrabas en digital.

—Siempre empiezo con papel. A veces las ideas se amontonan y así puedo visualizar todo lo que imagino y después filtrar lo que me pueda servir.

Me detuve a su lado, busqué entre las hojas hasta que encontré uno en particular que quería mostrarle.

—Mira este.

—¿Este es…? —preguntó, impresionada.

—Sí, del manuscrito que leímos en tu casa.

Aquella noche donde me confesaste en sueños que sentías algo por mí, pensé.

—Pero aún no es seguro que la firmen. Además, sería en la editorial de la señora Wells; no sería una autora de Loop.

Me encogí de hombros.

—Lo más probable es que te mudes para allá.

—¿Mudarme? —preguntó entre risas.

—Vamos, Evy, sé que soy nuevo, pero no soy ingenuo. Eres la única en todo Insight que está ayudando en el proyecto de la señora Wells, es obvio que te va a pedir que dirijas su editorial.

Pareció sorprendida por el comentario.

—No me dirás que no lo habías pensado —sentencié, cruzándome de brazos, ladeando la cabeza un poco.

—La verdad sí, sí lo he pensado pero… —emuló en medio de un suspiro—. No estoy segura de querer dirigir Wish.

Me acerqué a ella y la abracé por la espalda.

—¿Por qué no? —le pregunté al oído.

Volvió a suspirar.

—Porque entonces no trabajaríamos juntos.

—¿Y? —Le di un beso en el cuello.

—Ya me acostumbré a que estemos en la misma oficina —respondió, cerrando los ojos.

—Estaríamos a tres pisos de distancia, tampoco es tanto. Podríamos comer juntos, seguiría yendo por ti para ir al trabajo… —Le di otro beso que la hizo ronronear.

—Parece que te quieres deshacer de mí —reclamó en voz baja.

—No, para nada. Tan solo busco que seas feliz con tu trabajo. Lo que quieras hacer, yo te voy a apoyar.

Sonrió y se dio la vuelta para quedar frente a frente.

—O podría llevarte conmigo.

—No quiero cansarte —confesé.

—Ajá, y por eso haces ilustraciones para posibles obras de una editorial distinta a la tuya —declaró, divertida, entornando los ojos y frunciendo los labios.

—Me atrapaste —murmuré, sonriendo y besando su nariz.

—Aún no hay propuesta de nada, pero cuando tenga noticias, podemos hablarlo.

—Me parece una gran idea. Por cierto, hablando de propuestas, tenemos un tema pendiente —la tomé de ambas manos y llevándola hacia la sala, junto al gran ventanal que le había gustado.

Pude notar que estaba nerviosa; sus manos temblaban ligeramente.

—¿Un tema pendiente? ¿Te contactó alguna de las editoriales de los comentarios? —preguntó de la nada.

Me desconcentró por completo. Ni siquiera recordaba aquello. ¿De verdad le quitaba el sueño ese tema?

—Mírame, por favor —musité de la forma más dulce posible—. No me voy a ir de tu lado, ¿de acuerdo? Estamos juntos ahora… —aseguré, aunque un tanto dubitativo.

Apenas iba a preguntar sobre eso, ya que no habíamos quedado en nada después de besarnos.

Evy alzó las cejas, sorprendida.

—El punto es… no voy a desaparecer —agregué, mirándola a los ojos, quería que se sintiera segura de lo que le decía—. No tengas miedo.

—Gracias por decírmelo pero, tampoco quiero que dejes de seguir tus sueños por estar atado a mí.

—No estoy atado a ti, ni tú a mí. No se trata de eso —dije, acariciando su mejilla; sus ojos aún reflejaban temor—. Se trata de que *queremos* estar juntos, cuidarnos, protegernos, crecer.

Sus ojos empezaron a brillar y sonrió.

—¿Entonces estamos juntos ahora?

Mi pulso empezó a acelerarse repentinamente al recordar lo que iba a decir.

Miré a ambos lados, buscando algo que me ayudara a que este momento fuera un poco más romántico, pero no tenía nada. No había pensado bien sobre esto.

Resoplé derrotado.

Ella ladeó la cabeza, tratando de entender qué buscaba.

—Bueno —suspiré—. Habría hecho algo más romántico, pero lo importante es que estamos aquí.

Se acercó a mí, con una sonrisa en su rostro, y esos ojos que parecían brillar aún más cada vez más.

—Lo que pasó esta tarde en el estacionamiento… sigo pensando que es un sueño —revelé, riendo de nervios, hipnotizado por su mirada—. Me siento muy afortunado de ser correspondido y, como te decía, dejé algo pendiente.

Abrió más los ojos y se tensó un poco.

—Tal vez es tarde para esto pero no quiero dejar nada al aire —murmuré, tragando saliva, aún nervioso— ¿Podemos llevar una relación formal y seguir construyendo juntos este hermoso camino? ¿Quieres ser mi novia oficialmente?

—Creí que ya lo éramos —confesó entre risas nerviosas—. Pero tienes razón, no es bueno dejar las cosas al aire —agregó.

Sentí mis orejas arder, mi respiración se volvió irregular.

Se acercó a mí, me besó dulcemente, sin soltar mis manos. Nos separamos levemente del beso.

—Claro que sí quiero ser tu novia —susurró.

Me dio un escalofrío, y eso le dio risa. Se empezó a alejar, pero la atraje hacia mí y la volví a besar, escuchándola suspirar. Luego, puse mis manos en su cintura y empecé a subir lentamente por su espalda. Pude sentir cómo se estremecía, así que, la solté despacio; no quería incomodarla.

Al mismo tiempo, me odiaba a mí mismo por lo difícil que estaba resultando resistir la tentación de tenerla entre mis brazos.

Sin abrir los ojos, apoyé mi barbilla sobre su cabeza y la abracé.

—Tu corazón late muy fuerte —dijo de la nada.

—Está feliz de que estés tan cerca de él —aseguré.

Poco a poco se soltó del abrazo y me dio un beso breve.

—¿Vemos una película?

Pronto acomodé el sillón con almohadas extra y cobijas. Dejé las cortinas hacia los lados para que entrara un poco de luz de la calle.

Nos acurrucamos en el sillón. Se recargó en mi pecho mientras yo la abrazaba y empezamos la película.

Cuando empezaron a aparecer los créditos en la pantalla, hice el intento por levantarme, pero ella se aferró a mi sudadera, lo que me hizo sonreír.

—Novia —susurré—. La película ya terminó.

Abrió los ojos y me miró somnolienta.

—Estás muy cansada, te llevaré a casa.

Se enderezó enseguida, cayendo en cuenta de dónde estábamos.

—¿Puedo quedarme esta noche? —preguntó con un tono de voz casi suplicante, al que no podría

negarme jamás.

—Todo el tiempo que quieras —le contesté con una sonrisa.

Tenía algunas ideas de lo que podría pasar, pero aún seguía vigente mi propia promesa de ir a su ritmo. Aunque me estuviera muriendo de ganas de estar con ella, no la obligaría a nada.

—Ven, vamos a dormir, ya es tarde.

Sin esperar respuesta, la llevé en brazos, como la ocasión que fui a cuidarla a su casa. De la misma forma, soltó un grito porque la tomé desprevenida. Pasó sus brazos alrededor de mi cuello y la llevé a mi habitación.

Una vez en la cama, fui al clóset para sacar un pantalón de pijama y una camiseta para ella.

—Puedes usar esto para que estés más cómoda —le dije, entregándole la ropa—. El baño está por ahí. En la repisa hay un par de cepillos de dientes nuevos.

Mientras le indicaba donde estaba cada cosa para que pudiera moverse como en su casa, pude ver que me miraba diferente. No supe interpretar qué significaba, pero me dio una tentación enorme comérmela a besos. Sin embargo, tenía que ser fuerte. No la presionaría… necesitaba agua fría.

Con la poca fuerza de voluntad que me quedaba, tomé mi pijama del clóset.

—Descansa, novia. Cualquier cosa estaré en la sala.

—¿No dormirás aquí? —preguntó, apresurada, poniéndose de pie y viéndome con ojos inquietantes.

—No. Preferiría que durmieras sola. Mi cama no es tan grande como la tuya, así que estaríamos un poco apretujados.

Abrió la boca para decir algo, pero me adelanté.

—Descuida, el sillón es bastante cómodo. Que descanses.

Salí de la habitación y apenas cerré la puerta, me sentí raro. La deseaba. Me apoyé en la pared, mirando al techo, y suspiré. Tenía que dejarla descansar.

No podía dormir, estaba desesperado. Fui a la cocina para servirme un vaso de agua helada y la bebí de un solo trago. Necesitaba calmarme. La tentación de estar con ella aumentaba por segundo. Apagué la luz de la sala, me senté en el sillón y tomé una de las cobijas que habíamos usado. Aún flotaba su aroma, olía delicioso, pero no tanto como cuando la tenía en mis brazos. Cerré los ojos y abracé la cobija, tratando de imaginar que era Evy.

41

Evy - Die with a smile

Me quedé sola en su habitación. Quería que estuviera conmigo, aunque estaba segura de que, no para dormir precisamente. No quería verme desesperada, dudé en salir a buscarlo. Si algo tenía Theo, es que era demasiado respetuoso. No sabría decir si para él esto era muy apresurado.

¿Qué tal si me creía una fácil? Apenas llevábamos unas horas juntos. Por otro lado, no éramos ningunos jovencitos inexpertos.

Mientras me quitaba mi ropa y me ponía su camiseta a manera de bata, le daba vueltas una y otra vez a mis opciones. Era casi medianoche, seguro ya estaba dormido.

Salí de la habitación lo más sigilosamente posible. Todo estaba oscuro, no se escuchaba nada. Llegué a la sala, las cortinas seguían abiertas, la luz exterior iluminaba un poco al interior del departamento.

Me asomé al sillón y lo vi acostado, tapado con la cobija que yo había usado cuando vimos la película. Sonreí al verlo tan tranquilo. No lo despertaría. Iba a regresar a la habitación con el mismo sigilo.

—¿Evy?

La voz me sobresaltó. Cuando me giré, ya estaba sentado, agitado, esperando mi respuesta.

—Casi me matas de un susto, ¡creí que estabas dormido! —reclamé, llevándome una mano al pecho.

—Lo siento, no puedo dormir. Escuché ruido y me levanté enseguida ¿Necesitas algo?

—Tampoco puedo dormir —admití.

Nos miramos sin saber qué decir.

—¿Quieres sentarte un rato? —ofreció temeroso.

—Sí.

Lo que más quería era estar con él. Me senté a su lado. Se veía inquieto, tal vez, lo había asustado con el ruido.

—Perdona que te asustara, estás temblando, ¿te sientes bien?

Toqué su mejilla para asegurarme de que su temperatura era normal, pero no era así, estaba ardiendo. *¡Tenía fiebre!*

—No estoy enfermo —comentó, sonriendo y agachando la mirada.

—¿No? ¿Entonces? —inquirí, mientras él aclaraba su garganta—. Te veo… no sé… nervioso —me atreví a decir.

—Lo estoy —admitió.

Lo miré atónita.

—¿Por qué?

—Porque estás aquí, conmigo, en mi casa, y no hay otra cosa que quisiera hacer, más que estar contigo. Cada vez es más difícil resistirme —confesó, con voz algo ronca y entrecortada por su respiración agitada.

Había desesperación y lujuria en sus ojos.

—¿De verdad? —musité, sintiendo cómo mi corazón se estaba acelerando en tiempo récord.

Asintió.

—Pero no quiero presionarte —confirió.

Yo me sentía justo como él, así que, sin palabra de por medio, me le lancé encima y lo besé. Los besos pronto se volvieron intensos. Las caricias no se hicieron esperar. Me sostuvo de la cintura, como queriendo mantenerme a cierta distancia, pero yo quería pegarme más. Al final provoqué que quedara acostado en el sillón, conmigo encima.

En un instante pude sentir como la excitación se hacía presente. El frío que sentía se desvaneció. De pronto, sentí un duro bulto presionar contra mi vientre, lo que me hizo soltar un pequeño grito por la sorpresa. Theo interrumpió el beso y me quitó de encima. Por un momento, creí que se había arrepentido.

—Perdona, no quiero ser imprudente… —murmuró avergonzado, tratando de recuperar el aire y cubriéndose con un cojín del sillón.

Sin pensarlo, lo tomé de la barbilla como él hacía conmigo, y lo obligué a mirarme. Huía de mí, pero no le quedó más remedio. Lo miré directo a los ojos, sonriendo.

Me moría de nervios, yo no solía ser así. No hasta ahora. Ya no quería esperar.

—Si a eso le llamas imprudencia… —Quité el cojín, y lo vi tragando saliva sonoramente—. Sé imprudente conmigo las veces que quieras, no me quejo —dije lo último en un hilo de voz.

Con movimientos temblorosos y algo torpes, posó sus manos en mi cintura y me besó delicadamente. Se volvió a recostar y quedé nuevamente encima. Esta vez me quedé pegada a él, dándole la confianza para seguir. Sus manos pronto se deslizaron hacia mis muslos. Paseé mis dedos entre su cabello, lo que lo hizo gemir y sonreí orgullosa. Empezó a buscar el borde de la camiseta para quitarla del camino. Le facilité el trabajo guiando sus manos, lo cual lo hizo reír entre besos. Al quitar la prenda, quedé expuesta ante él, pues solo llevaba la ropa interior inferior y el collar con su anillo de dragón. Por un momento me sentí cohibida, él estaba completamente vestido, lo que de alguna manera me dejaba en desventaja. Su respiración estaba agitada, me miraba como si fuera algo extraordinario. Se incorporó, quedamos frente a frente. Me sonrió con la mirada perdida.

—Eres realmente hermosa —declaró con voz ronca.

Sentí mis mejillas arder por el comentario. Se quitó la camiseta. Tomó mi cintura con una mano y con la otra tomó mi nuca. Me besó con pasión. Los besos pasaron de mis labios hacia mi mandíbula y después a mi cuello hasta llegar a mi hombro.

Esto ya no tenía retorno, ambos lo sabíamos. Por estar perdida en las sensaciones de sus labios por mi cuerpo, no me di cuenta en qué momento quedé recostada en el sillón y él encima de mí. Apoyó ambas manos a los costados de mi cabeza, lo escuchaba respirar con dificultad. Abrí los ojos. Nuestras miradas se conectaron. El mundo simplemente dejó de existir. Todo era excitante y nuevo, era como iniciar una segunda vida. Quería creer que para él era igual.

—¿Estás segura de esto? No quiero que… pienses que… es demasiado pronto —murmuró con la voz jadeante.

Negué con la cabeza.

—Si te preocupa la protección… no hay porqué… me estoy cuidando —contesté un poco avergonzada por lo que había dicho.

Eso lo hizo sonreír. Agachó la mirada y sacó algo del bolsillo de su pantalón. Esperé con curiosidad. Me mostró una cajita de preservativos. Abrí los ojos como platos y me reí con él en una mezcla de diversión y nerviosismo. ¿Cómo es que estaba preparado?

—Al parecer, mi hermana menor sabe cosas y me dio esto antes de irnos.

—Habrá que agradecerle luego, ¿no crees? —musité divertida.

No podía imaginar en qué momento su hermana le había entregado la caja. Sin embargo, la curiosidad por el tema se esfumó casi de inmediato porque él se lanzó sobre mí para besarme y me perdí en sus labios. Pronto, se quitó el resto de la ropa, se puso un preservativo y volvió a besarme. Sus manos pasaron por mis senos, haciendo que me estremeciera ante sus caricias.

Prosiguió a quitarme la última prenda que llevaba con el mayor cuidado posible. Cuando estuve totalmente desnuda, se quedó observándome.

—¿A qué esperas? —jadeé, mordiéndome los labios. Lo necesitaba.

—Estoy esperando despertar de este sueño.

Enseguida me incorporé, quedando cara a cara.

—Pero esto es nuestra realidad —le aclaré.

—Gracias al cielo, lo es —susurró antes de besarme de nuevo.

Me dejé caer al sillón sin soltarlo en el proceso. Pasé mis manos por detrás de su cuello y las deslicé a su espalda. Sus músculos estaban tensos, lo que me dejaba apreciar al tacto lo bien trabajados que estaban. Suspiré, totalmente perdida en sus caricias. De un segundo a otro, sus labios dejaron de besar los míos para iniciar un recorrido de mi mandíbula a mi cuello, mi clavícula, mis senos y mi vientre. Me estremecía con cada caricia, sentía que me desarmaba en pedazos de lo bien que se sentía. La anticipación me estaba volviendo loca, y podía notar que él estaba igual. Temblaba mucho.

Pronto volvió a subir, me miró a los ojos. Solo pude sonreír, él me devolvió el gesto. En ese momento se introdujo en mí y solté un gemido más fuerte de lo que me habría permitido a mí misma. Me aferré a su espalda con todas mis fuerzas, enterrándole las uñas y, eso pareció gustarle. No tardó en encontrar el ritmo adecuado para disfrutarnos mutuamente. Cada caricia y cada movimiento parecía coordinado, resultaba natural estar juntos, como si estuviéramos destinados a encontrarnos. De alguna manera, se sentía así.

Estallamos en placer y se dejó caer a mi lado. Apoyé mi cabeza en su pecho, exhausta pero feliz. Lo abracé.

—Jamás me habría imaginado que fueras así de… intensa —declaró, tratando de recuperar el aliento.

Subí la mirada para encontrar sus ojos a medio cerrar.

—Te lo dije, pero parece que decidiste no creerme. ¿No te arrepentirás de esto? —pregunté, nerviosa nuevamente, tomando entre mis dedos el anillo de dragón.

Enseguida se levantó, se apoyó en un codo y me miró serio. Me dio un poco de miedo su mirada penetrante.

—Cuando me pediste que fuera tu novio falso, te pregunté qué hacía falta para que yo fuera un buen novio. ¿Recuerdas?

Asentí.

—Tú me dijiste que querías sinceridad ante todo, y estoy de acuerdo con eso. Así que, por favor, confía en mí. Así como yo te pido que me cuentes todo lo bueno y lo malo, confía en que yo haré lo mismo, porque no hay persona en la que confíe más en este momento de mi vida que en ti —dijo, acomodando mi cabello detrás de mi oreja.

—¿De verdad? —pregunté, totalmente perdida en su rostro.

—Así es, mi novia bonita —me dio un beso en la frente y cerré los ojos.

42

Evy - Lose my breath

Me acurruqué en sus brazos con la intención de quedarme dormida así, pegada a él.

—Creo que deberías ponerte la camiseta, hace bastante frío —sugirió dulcemente.

Ronroneé en protesta. No quería que nada se interpusiera entre su piel y la mía.

—O podemos ir a la cama —susurró en mi oído, haciendo que me estremeciera—. Y dormimos pegaditos bajo las cobijas.

Dio un leve mordisco al lóbulo de mi oreja. Me encantaba que me hablara al oído.

—Me agrada más esa idea —dije en voz bajita.

Me envolví en la cobija a manera de vestido. Aunque las luces estaban apagadas, y estaba segura de que las ventanas estaban polarizadas, me sentía muy expuesta con tremendo ventanal junto a nosotros. Theo estaba sentado en el sillón, mirándome embelesado.

—¿Qué? —pregunté nerviosa.

Se puso de pie, se acercó y tomó mi rostro entre sus manos para besarme. Me reí como tonta cuando se separó levemente de mí.

—Eres un sueño. Un sueño hecho realidad —dijo, con voz ronca, y la mirada soñadora.

Me sentía tan enamorada y feliz que parecía ilegal.

Tras un beso más, tomó su ropa y se dirigió al baño. Recogí la camiseta y mi pantaleta, y me fui caminando lento hacia la habitación, totalmente perdida en el recuerdo. Las cosas habían cambiado tan drásticamente, desde esta mañana que no parecía que todo hubiera sucedido el mismo día. Jamás habría creído que podría ser así desde feliz, y eso que ya tenía un avance sobre lo que era ser su novia con esto de la relación falsa.

Me tomó bastante tiempo lograr llegar a la recámara; mis piernas temblaban de tanto *ejercicio*. Me dio risa pensarlo. Cuando logré entrar a la habitación, Theo salió del baño, con los *boxers* puestos.

—Quédate así —dije, mordiéndome el labio inferior.

Me sonrió de medio lado, con esos ojos que emanaban tanto cariño que me derretían. Asintió.

—Voy al baño —comenté.

Dejé caer la cobija al suelo y entré al baño con mi ropa en la mano. Cerré la puerta y me apoyé en ella, completamente ensimismada. Tomé aire y luego me vi al espejo. No podía creer lo que veía: una Evy totalmente relajada, despeinada, feliz, agotada… enamorada. Mis ojos brillaban como nunca. Me dolía la cara de tanto sonreír. Tenía las mejillas sonrosadas y mi corazón latía a mil por hora. Vi mi

cuello; aún había evidencia sutil de sus besos. Todo el recorrido realizado seguía marcado ligeramente. Pasé mis dedos por mi piel enrojecida, recordando cada caricia, y sonreí.

Tras cepillarme los dientes, me puse la ropa y salí. Theo estaba acostado en la cama, cubierto hasta la cintura. Enseguida me coloqué junto a él y me cubrió con las sábanas. Los nervios me invadían; tenerlo tan cerca y no abalanzarme sobre él me iba a costar bastante. Tomé el anillo de dragón entre mis dedos nuevamente, como si fuera un amuleto.

—¿No quieres quitártelo para dormir? —preguntó cuando se dio cuenta de lo que era.

—No. No me lo quitado desde que me lo diste —confesé.

Eso pareció sorprenderlo.

—¿Por qué? —cuestionó, con los ojos llenos de curiosidad, sin dejar de sonreír.

—Porque quiero tenerte junto a mí siempre.

Arrugó la frente y apretó los labios, totalmente sorprendido por mi respuesta.

—Cuando me lo diste, dijiste que cada vez que te extrañara, tan solo tendría que tener el anillo en mi mano, y sería como si estuvieras conmigo. Y si soy sincera, cada noche duermo con el anillo entre mis manos desde que lo tengo.

—Pero en Frankfurt no te vi hacer eso —dijo sonriente.

—Porque esos días estabas conmigo, aunque apartado en un sillón. No me sentía sola —contesté emocionada.

—Y si ahora estamos juntos, ¿por qué lo traes en la mano en este momento? —preguntó con curiosidad.

Apreté los labios, tratando de encontrar las palabras adecuadas sin sonar mal.

—Vamos, puedes decírmelo —insistió, acariciando mi mejilla lentamente, provocando que me estremeciera.

—Trato de mantener mis manos ocupadas para no abalanzarme sobre ti.

Esbozó esa media sonrisa que me traía loca. Me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia su costado. Quedé apoyada en su pecho desnudo, con mi corazón y el suyo latiendo a velocidad extrema.

—Gracias por elegir estar conmigo —dijo mientras me abrazaba con fuerza.

Levanté la vista para encontrarme con esos ojos soñadores.

—Me haces muy feliz.

—Y tu a mí —respondí.

Pronto me quedé dormida. El día había sido agotador, mentalmente durante el día y físicamente por la noche. Jamás me había sentido tan segura como en los brazos de Theo.

A la mañana siguiente, los primeros rayos del sol que atravesaban el gran ventanal de la habitación, me despertaron. Sonreí al ver que no era mi casa. Recordaba perfecto en dónde y con quién estaba. Me encontraba cubierta con una cobija gruesa hasta el cuello. Era una mañana fría, pero a pesar del clima, me encontraba cómodamente calientita en la cama. Me estiré y giré hacia Theo, que dormía plácidamente boca abajo. Su cabeza estaba mirando hacia el lado contrario al mío. Bajé un poco la cobija para verlo. Había dormido sin camiseta, podía ver su hipnotizante espalda perfectamente esculpida. Luego algo llamó mi atención, tenía marcas rojas por casi toda la espalda. Fruncí el ceño; esa había sido yo. Recorrí con cuidado cada rasguño, esperando que no le doliera. Me sentía culpable.

Conforme observaba cada marca, llegué al lado superior derecho de su espalda, cerca de su

hombro, y vi el tatuaje que alguna vez mencionó. Creí que había sido broma, pero ahí estaba. Lo hacía lucir aún más atractivo. De hecho, no era un dragón si no dos: era el símbolo del yin y el yang. Era increíblemente detallado. Las criaturas mágicas encontraban sus caras entre sí. Me intrigaba mucho el porqué de ese diseño. Repasé la figura con la yema de mis dedos, esperando no despertarlo. Era fascinante. Pronto, empezó a moverse y quité mi mano de inmediato.

—No te quites —dijo con voz áspera—. Me gusta como se sienten tus dedos en mi piel.

—¿Te duele mucho? —pregunté con miedo.

—¿El qué? —bostezó.

—Te dejé la espalda rasguñada.

Giró su cabeza hacia mí, sonriendo. Sus ojos se veían pequeñitos de lo dormido que estaba.

—¿En serio?

—Sí —confirmé.

Esperaba que se molestara o algo, pero solo sonrió. Abrió un poquito más sus ojos para verme.

—No me duele nada, puedes rasguñarme las veces que quieras, eso me indica que lo estoy haciendo bien.

Me cohibí y me tapé los ojos con ambas manos de la vergüenza.

—¿Quién lo diría? Evelyn Hope es atrevida —comentó, con tono de sorpresa y una sonrisa ladina.

Lo miré entre mis dedos, entornando los ojos.

—No te burles, ¿quieres? Yo no soy así —dije, todavía avergonzada.

—Entonces, ¿eres así solo conmigo? —preguntó sorprendido, logrando que me riera y asintiera —. Eso me gusta más.

Descubrí mi rostro.

—Tienes un tatuaje —dije emocionada, señalando su hombro derecho.

—¿Creíste que te había mentido?

—No, bueno… creí que era chiste o no sé… no lo recordaba.

—¿Y qué opinas? —preguntó interesado.

—Nunca me gustaron los tatuajes —dije con seriedad fingida.

Él abrió los ojos, impactado.

—Hasta ahora —añadí con una sonrisa.

Mordí mi labio inferior. Se sentó y miró directo a mis labios, poniéndome nerviosa.

—Cada vez que haces eso, quiero morderte.

Sentí una ola de calor recorrer mi cuerpo. Nuestras miradas conectaron. Sin dejar de establecer contacto visual, metió su mano debajo de mi camiseta para quitármela. Mi respiración se aceleró. Sonrió al verme desnuda. Con la yema de sus dedos, empezó a recorrer desde mi muslo izquierdo hacia mi brazo, luego el hombro, el cuello y al llegar a la barbilla me atrajo hacia él para morder suavemente mi labio inferior. Solté una risa nerviosa, trataba de no moverme, pero no lo estaba logrando.

—¿Quieres que me detenga?

—No quiero —jadeé, cerrando los ojos.

—¿No? —preguntó antes de volver a besarme.

Me besaba tan lento que me hacía estremecer. Levanté una mano para tocarlo, pero enseguida me detuvo y la colocó de vuelta en la cama.

—Quédate quieta, quiero que esto sea muy despacio.

—¿Por qué? —pregunté en un hilo de voz.

—Quiero verte disfrutar —me dijo al oído, mordiendo lento y suave mi oreja—. Eso es todo.

No pude evitar empezar a soltar pequeños gemidos. Me estaba volviendo loca, y solo eran pequeñas caricias. Así continuó lo que pareció una eternidad, torturándome a besos hasta que perdí el equilibrio y caí entre las almohadas.

—¿Ahora sí me detengo? —preguntó, tentando su suerte.

Podía ver en sus ojos el deseo y la emoción contenida. Su voz se tornó un poco más grave que de costumbre, haciéndolo sonar un poco posesivo, lo cual me intrigaba bastante. A pesar de eso, pude notar un ligero temblor en todo su cuerpo. Me necesitaba. Y yo a él.

Lo tomé del cuello para atraerlo hacia mí. Pensó que lo besaría, pero lo acerqué a mí para poder quedar a la altura de su oído.

—Jamás —susurré, provocándole un escalofrío.

Ahora tomé yo el control, empecé a besarlo con toda la pasión posible. Pasó una mano por mi espalda y aproveché el movimiento para empujarlo hacia un lado. Quedé sobre él.

Los besos y las caricias no paraban; se descontrolaban cada vez más. La poca ropa que nos separaba pronto salió volando al otro extremo de la habitación. Tras ayudarlo con el preservativo, no hubo poder humano que nos separara. Éramos una mezcla de caricias, gemidos y movimientos sincronizados. Llegar al clímax parecía haber acabado con mi vida y llevarme al cielo. Me sentía tan ligera… nada importaba mas que estar juntos en ese momento.

43

Evy - Happy

—Evy…

Escuché mi nombre a lo lejos. Estaba tan profundamente dormida que no podía abrir los ojos.

—Novia, sé que estás muy a gusto. Me daré una ducha, ¿de acuerdo? —susurró a mi oído.

Sonreí al escucharlo y abracé la almohada. Sentí un beso en la frente y ronroneé.

—No me tardo —musitó.

Escuché sus pasos y la puerta del baño cerrarse. Suspiré y abrí los ojos con pesadez. ¿Qué hora era? No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, solo sabía que estaba feliz.

Me estiré para desperezarme. Tenía todo el cuerpo adolorido, especialmente las piernas. Me senté en la cama y encontré la camiseta a un lado de mi almohada, así que me la puse enseguida y me levanté.

Escuché el sonido del agua correr. Estaba tentada a entrar con él a la regadera, pero si lo hacía, estaba segura de que no saldríamos en todo el día de su habitación. Además, necesitaba ir a casa para conseguir un cambio de ropa.

Mientras lo esperaba, empecé a explorar su habitación. La noche anterior no le había puesto atención a los detalles. Conservaba la misma estética de la sala y la cocina: paredes blancas, el gran ventanal hacia el parque, mobiliario minimalista. La diferencia era que aquí tenía un par de cuadros colgados en la pared, justo arriba de la cama.

Parecían ser dibujos suyos. Me acerqué para verificar su firma, que ya la tenía bastante grabada en mi memoria después de tanta ilustración que me tocaba revisar en el trabajo.

Frente a la cama estaba el televisor sobre la pared, y abajo, un mueble con dos consolas de videojuegos y libros. Me agaché a ver su colección. Tenía varios sobre ilustración editorial; supuse que eran de su época universitaria. Justo al lado, estaban libros de diferentes corrientes de arte.

Sonreí al verlos.

Repasé los títulos para grabarlos en mi memoria: *art nouveau*, Bauhaus, expresionismo abstracto, arte pop, hiperrealismo, arte callejero… era impresionante su colección.

Tenía todo el sentido del mundo si su área era el diseño, pero, de algún modo, nunca conecté que le interesara todo tipo de arte.

Eso me dio una idea.

Él había organizado la mejor cita del mundo después de verme tan agobiada por el trabajo. Quería sorprenderlo de igual manera con algo que él disfrutara. Me emocioné de pensar en lo que

podría planear.

Necesitaba que él se sintiera igual de feliz que yo. Y entonces pensé a dónde lo podría llevar.

—¿Qué haces ahí?

Su voz me tomó por sorpresa, me resbalé y caí sentada al suelo. Hice mueca de dolor.

—¿Estás bien? Discúlpame por asustarte —dijo, extendiéndome su mano.

—Descuida, solo curioseaba entre tu colección de libros.

Lo tomé de la mano para levantarme. La camiseta se me levantó un poco, dejando ver que no llevaba mi ropa interior.

—Vaya —exclamó al darse cuenta—. Esa vista me agrada.

Me reí.

—Lo siento, no sé dónde quedó mi ropa interior —mencioné apenada.

—Oh, cierto, olvidé decírtelo. Me tomé la libertad de lavar tu ropa. Creo que la secadora ya debe estar por terminar.

—¿Lavaste mi ropa? —pregunté enternecida.

—Sí. No quería que te sintieras incómoda. Igual, si quieres darte una ducha, adelante. Sé que no tengo los productos que tú utilizas, pero…

Lo interrumpí con un beso y lo abracé.

—Gracias.

Me abrazó fuerte.

—No es nada, novia —murmuró, dándome un beso en la cabeza.

Le tomé la palabra y me di una ducha refrescante. Para cuando terminé, mi ropa ya estaba perfectamente doblada en la orilla de la cama.

Me llevé una mano al corazón. Ese gesto tan simple me tenía más enamorada y agradecida que antes.

¿Cómo era posible que me mereciera tanto?

Una vez lista, me ofrecí a preparar el desayuno. Theo me dio la libertad de hacer lo que quisiera. Inspeccioné su cocina para ver qué podía preparar. Puse el café y, mientras estaba listo, hice un par de *omelets* con espinacas. La cocina no era mi fuerte. Tampoco es que fuera un desastre, pero no me enorgullecía. Serví ambos platos y luego saqué dos tazas para servir el café.

—Esto se ve delicioso —comentó, sentándose a la mesa.

—No tienes que mentirme, ¿de acuerdo? La cocina no es mi fuerte, pero créeme que lo cociné con amor.

Le entregué una taza, me senté frente a él en la mesa del comedor y esperé a que probara el desayuno. Cortó un trozo del *omelet*, lo probó y empezó a asentir. Levanté las cejas, esperando su veredicto.

—Solo le falta un poco de sal, pero eso es todo —dijo tras pasarse el bocado.

—¿De verdad?

—Sí. Al menos cocinas mejor que yo —rio.

Luego de desayunar, fuimos a caminar al parque que estaba frente a su departamento. Me intrigaba mucho la vista. Estuvimos un rato por ahí, luego caminamos por la zona.

En una oportunidad, tomé mi teléfono para reservar una actividad que tenía en mente. Afortunadamente, conseguí lugar para la noche. Era mi turno de organizar una salida especial.

Después de comer, le pedí volver a casa para cambiarme. Me esperó en la sala, y yo me apresuré a

ponerme bonita para él. Estilicé mi cabello para dejarlo suelto, y me maquillé.

—Ya estoy lista —anuncié al entrar a la sala.

Se puso de pie, con la mirada perdida. Me cohibió un poco.

—Estás hermosa —declaró tras un suspiro.

—Gracias.

—¿Puedo preguntar cuál es el plan?

Fruncí el ceño y ladeé la cabeza con curiosidad.

—Yo no dije que había un plan —admití.

—Creo que, si quisieras que nos quedáramos en casa, no te habrías maquillado así.

Abrí la boca incrédula.

—¿Es en serio? —cuestioné, cruzándome de brazos, fingiendo enfado.

Tan solo me sonrió, se acercó a mí y con su índice, levantó mi mentón para obligarme a verlo.

—No lo digo por ser grosero. Creo que eres hermosa con y sin maquillaje, pero dudo que quisieras que te lo arruinara —habló con una voz *sexy*, viéndome fijo a los ojos.

—¿Por qué lo harías? —pregunté, desafiante.

Su sonrisa ladina apareció. Se acercó a mi oído.

—Porque, si nos quedamos en casa, ni tu ropa ni tu maquillaje van a durar mucho tiempo en su lugar —susurró.

Me quedé helada. Volvió su vista hacia mí, y al ver que no podía contestarle, me besó. Fue un beso dulce y tierno.

—No es justo —murmuré, todavía con ojos cerrados.

—¿Por qué? —preguntó, de una forma tan seductora que me hacía temblar.

—Porque usas mi debilidad en mi contra —respondí, algo agitada. Abrí mis ojos despacio. Y él estaba a pocos centímetros de mí.

—¿Soy tu debilidad? —musitó a mi oído, con esa voz ronca que me encantaba.

Su aliento me hizo cosquillas en el cuello y me encogí. Tomé todo el valor posible y aclaré mi garganta.

—No debería de decírtelo, pero sí. Eres mi todo. Mi debilidad, mi fortaleza, mi motivación, mi amor.

Theo se quedó pasmado; no esperaba que le dijera eso. Ni yo esperaba decirlo tan pronto pero, era lo que sentía y no quería ocultarle nada.

—Evy… —dijo sorprendido, tomando aire.

Sonreí al verlo sin palabras; nunca le había pasado algo así. Al menos, no que yo viera.

—No sé qué…

Puse un dedo en sus labios para callarlo, como lo hizo él la noche que acordamos fingir una relación.

—No digas nada, novio. Lo siento, no tenía planeado decir esto así, me salió del alma —reí nerviosa—. Pero no miento, así es como me siento. Eres lo más importante que tengo ahora. No tienes que decirme que sientes lo mismo, no te sientas comprometido a hacerlo, ¿de acuerdo?

Por su expresión, parecía confundido. No quise presionarlo, así que cambié de tema.

—Pero tienes razón, sí hay un plan. Organizaste una de las mejores citas que pueden existir al llevarme a destruir cosas. Lo disfruté tanto que quiero hacer algo igual de especial.

—No es necesario, con estar contigo soy feliz —me abrazó.

—Bien, entonces sígueme la corriente. Es mi turno de organizar una cita, así que… —miré mi reloj—. Estamos a tiempo de llegar a nuestra cita.

—¿Reservaste algo? —la curiosidad estaba presente en su voz.

—Sí, es a las ocho ¿Estás listo para esto? —lo tomé de la mano para salir de casa.

—Pásame la ubicación para llegar con suficiente tiempo —pidió, mientras tomábamos el ascensor.

—Descuida, es a doce o quince minutos de aquí yendo a pie.

Estaba emocionada por esto, quería sorprenderlo y esperaba lograrlo. Él no dijo nada, pero se notaba que le daba curiosidad. Salimos del edificio, dimos vuelta a la esquina y empezamos a bajar por la calle Broadway, unas nueve enormes cuadras.

—Creo que debimos haber venido en auto —mencionó al notar que estaba temblando bajo mi abrigo.

—Pero entonces no sería una sorpresa —repliqué emocionada, aunque tiritando.

—Vamos, Evy, si es muy lejos, deberíamos regresar e ir en auto —comentó con la voz impregnada de preocupación. Revisó su celular—. Estamos rondando los cuarenta y un grados Fahrenheit, está muy frío.

—Novio, tranquilo, estamos por llegar. La siguiente es la calle Dey, ahí daremos vuelta a la derecha y llegaremos a nuestro destino.

No muy convencido, se dejó guiar. Al dar la vuelta, vimos el gran edificio blanco con letras metálicas que decía Mércer Labs, el museo de arte y tecnología. Theo se sorprendió cuando lo vio.

—¿Habías venido? —pregunté con curiosidad.

Era lo más probable; sin embargo, me arriesgué a que viviéramos la experiencia por la noche. Harper me había comentado que Nate la había traído cuando volvieron de su luna de miel a principios de año y que las exhibiciones eran increíbles.

Recuerdo que había querido venir desde entonces, pero nunca me di el tiempo, además que no tenía quien me acompañara y que disfrutara de este tipo de experiencias. Ni mi hermano ni Maddie eran fanáticos del arte, y no me atrevía a venir sola.

—Tuve la intención de venir en un par de ocasiones, pero siempre se atravesaba algo —añadió sonriente.

—¡Genial! Entonces, experimentaremos los dos juntos.

44

Evy - My everything

Con lo desesperada que era yo, compré los boletos VIP, así que no tuvimos que hacer fila. Pasamos a la primera sala, llamada "La Ventana", que daba una especie de introducción a todo el recorrido.

De ahí, pasamos a un área enorme, de un techo muy alto y lleno de pantallas en las cuatro paredes. Era como salir de la realidad y entrar en la imaginación de alguien, porque las proyecciones y el sonido daban una experiencia única. Como si eso fuera poco, pasamos a una sala de sonido 4D.

—Me vas a creer loca, pero esto parece un manicomio —comenté en voz baja al entrar.

Theo soltó una carcajada.

—Es una forma de verlo. Pero según escuché, es el único lugar en el mundo que tiene una sala así, donde las bocinas son omnidireccionales, utilizan unos transductores vibroacústicos debajo del piso para crear esta experiencia.

No entendí nada de lo que explicó, pero verlo tan emocionado, me alegró el corazón. Sin duda, fue una buena decisión traerlo aquí. Lo tomé de la mano, y enseguida, entrelazó nuestros dedos, lo que me hizo sonreír.

Lo mejor de todo es que lo veía fascinado y eso me alegraba. Conforme nos movíamos, el sonido cambiaba en intensidad, lo cual era una locura. De pronto, vi que otras personas se sentaban en el suelo, se recargaban en las paredes o, simplemente, se acostaban y cerraban los ojos.

La curiosidad me invadió e imité el gesto. La experiencia fue agradablemente satisfactoria; parecía que me habían transportado a otro lugar. Los sonidos eran de naturaleza, así que, al inhibir la vista, me dio la sensación de que estaba en un bosque de verdad.

Estuvimos un rato ahí y seguimos recorriendo el museo, pasando por salas con impresionantes proyecciones.

Después, llegamos a un área de dibujo, donde nos permitían trazar algún animal, escanearlo y verlo proyectado en las enormes pantallas para interactuar con la creación.

—Tienes que crear algo, novio —lo animé, arrastrándolo hasta la estación de dibujo.

—¿Qué quieres que dibuje? —preguntó.

—¿Un dragón? —sugerí, con tono travieso, mientras levantaba ambas cejas de manera cómplice y una sonrisa juguetona. Me incliné levemente hacia delante, esperando con ansias su respuesta.

Sonrió y empezó la ilustración. Sabía que los dragones eran su criatura favorita al igual que Arlo. En unos minutos, Theo ya tenía un dibujo impresionante. Lo escaneamos y, en la pantalla junto a

nosotros, apareció su creación de forma tridimensional. El dragón empezó a volar por la sala; era una fantasía verlo "cobrar vida" de esa manera.

Mientras él admiraba la exhibición, tomé fotos y videos de todo. Me hacía feliz saber que disfrutaba de esta manera. Me constaba que siempre cuidaba de los demás, especialmente de su familia, así que hacer algo por él se sentía genial.

Al lado de la sala de dibujo, estaba otra más oscura, con animaciones en neón cambiando por cada pantalla. Pero lo mejor es que había un desnivel que funcionaba como resbaladilla y daba a una gran piscina de pelotas, como las de los juegos infantiles, pero del tamaño de una real.

—Tenemos que deslizarnos —dije, arrastrando nuevamente a Theo.

Nos sentamos juntos en la gran resbaladilla, subimos las manos y nos dejamos caer en las pelotas. Ambos reíamos como niños pequeños. Él empezó a lanzarme algunas e hicimos una pequeña guerra entre nosotros. La combinación de luces, música y estar juntos, hizo de todo esto un sueño.

La siguiente sección era un ajedrez gigante donde pudimos jugar con otras personas, moviendo las enormes piezas a través de un tablero iluminado. Después, vimos una gran máquina parecida a la de aquella exhibición "Can't help myself" de 2016. A diferencia del trágico significado de aquella obra, esta era un brazo robótico que demostraba una interacción entre lo humano y la tecnología, dando un espectáculo ameno.

Por último, llegamos a lo que parecía una gran caja musical, donde los cilindros gigantes con escritura braille se transforman en letras y poesía acompañados de melodías. Me quedé fascinada con las proyecciones y la música, cuando de repente sentí la mirada de Theo. Me giré hacia él.

Se veía algo nervioso, así que no le dije nada, solo le sonreí. Se acercó y acomodó mi cabello, dejando su mano entre mi nuca y mi cuello.

—Te amo.

Mi sonrisa se borró de la impresión, me mordí el labio y mis ojos se llenaron de lágrimas. No esperaba que me lo dijera si yo no lo había dicho, o al menos no con esas palabras. Mi corazón se aceleró en un segundo. Con una gran sonrisa, me besó, lento, al ritmo de la melodía de la sala.

—Te amo —dije con voz entrecortada.

Me sentía feliz, como nunca lo había estado en mi vida, y no solo por lo dicho, sino porque, estando con él, podía ser auténtica, sin fachadas que proteger. Aquí yo no era Evelyn Hope, la editora en jefe de Loop, la novata que cometió el error de meterse con un autor y resultar manipulada. Aquí era simplemente Evy.

Theo me abrazó y nos quedamos un momento así, escuchando la música.

La última parte del recorrido era pasar por la tienda de recuerdos y el café japonés, donde nos darían una bebida y helado que venían incluidos con las entradas VIP. Nos sentamos a disfrutar del postre mientras conversábamos sobre lo que más nos había gustado de la exhibición.

—¡Esta cita fue fuera de este mundo! —exclamó, alegre.

—Me da gusto que lo disfrutaras.

Tomé un gran bocado de helado.

—Va a ser difícil que pueda superar esto —confesó.

—Oye, no —reclamé con la boca llena, provocando que se riera. Tragué el bocado con dificultad —. No se trata de competir, se trata de pasarla bien juntos.

—Por eso te amo —esbozó una sonrisa mientras seguía comiendo.

—Pues yo te amo más —aseveré, acercando mi cuchara para ponerle un poco de helado en la

nariz.

Volvimos a casa pasadas las diez de la noche. No quería que se fuera, pero sabía que si lo invitaba a quedarse, no dormiríamos, y aunque la idea no me desagradara para nada, teníamos trabajo al día siguiente. Con todo el dolor de mi corazón, me despedí de él. Prometió pasar por mi temprano para ir al trabajo.

Cuando se fue, me dispuse a hacer mi rutina nocturna. Me metí entre las cobijas de mi cama, suspirando y extrañando a Theo. Era increíble la forma en que lo echaba de menos; no había pasado ni media hora desde que se marchó y sentía que habían pasado semanas. Tomé el anillo de dragón entre mis manos; eso me daba tranquilidad cuando él no estaba.

Como por arte de magia, sonó mi teléfono. Lo tomé de la mesita y vi con emoción que era él.

—¿Aló? —contesté mientras jugueteaba con el anillo en mi mano izquierda.

—*¿Cómo está mi hermosa novia?* —preguntó.

—¡Extrañándote mucho! —exclamé con voz de niña mimada.

Se le escuchó reír al otro lado de la línea.

—*Yo también te extraño, amor.*

Mi corazón se detuvo por unos segundos al escucharlo. Me senté en la cama.

—*¿Estás ahí?*

—No me llamaste "novia", me llamaste "amor" —murmuré en voz bajita, aún impresionada.

Su risa se tornó nerviosa.

—*¿Está mal que lo haga?*

—Para nada, me encanta —confesé sin soltar el anillo.

Suspiró.

—*Me traes loco. Me habría encantado llevarte a mi casa de nuevo a pasar la noche.*

Me acosté en la cama, riendo nerviosa.

—Yo iba a invitarte esta noche, pero sé que si te quedabas, no dormiríamos y necesitamos descansar —admití—. Aunque, aún no sé cómo le haré para pegar el ojo esta noche.

—*¿Por qué?*

—Porque me haces mucha falta.

—*Vamos, amor, duerme. Así pasará el tiempo más rápido y nos veremos por la mañana.*

Resoplé.

—*Y bueno, solo llamaba para decirte que ya estoy en casa.*

—Gracias por avisarme, amor —contesté entre suspiros.

—*Descansa, princesa. Nos vemos mañana.*

45

Theo - Arson

Tras colgar la llamada, me acosté entre las cobijas. Tanto la almohada como el resto de la ropa de cama tenían el aroma de Evy. Me sentía feliz como nunca lo había estado; era otro nivel que no pensé poder vivir. Pero la extrañaba mucho, quería salir corriendo con ella. Sabía que, en parte, era la emoción por empezar esta relación, pero aún así, quería experimentar todo a su lado. Abracé la almohada que usó, recordando todo lo que ocurrió el fin de semana hasta que me quedé dormido.

Los siguientes días parecían tener más color que nunca, y todos a nuestro alrededor parecían percibirlo. Nate no dejaba de molestarme con que le pidiera matrimonio, cosa que ya me había cruzado la cabeza, pero no era el momento. En cuanto a Evy, empezó a ser aún más social, a delegar un poco más ciertas responsabilidades y a mejorar la forma de abordar las situaciones difíciles que se le presentaban como jefa. Ya no salía devastada cada noche como cuando la conocí.

A pesar de la carga de trabajo, podíamos darnos nuestras escapadas a la hora de comer. En otras ocasiones, pedíamos *delivery* a la oficina para estar a solas… a veces me la comía yo a ella a besos. Durante la jornada, le dejaba alguna golosina o una notita en su escritorio antes de seguir con lo mío. Casi nunca estaba en su lugar porque andaba de un lado hacia otro atendiendo asuntos de todos los departamentos. A veces, ella me visitaba en mi oficina para lanzarme un beso o dejarme notitas también.

Los fines de semana, ella se quedaba en mi departamento o yo me quedaba en el de ella, pero siempre los pasábamos juntos. Saliendo a todos los lugares turísticos que ofrecía la ciudad, los sábados por la noche íbamos a cenar con Alessia y Arlo… me gustaba este estilo de vida tan íntimo y familiar. Ir a nuestro ritmo, bajo nuestras reglas, sin prisas ni comparaciones.

En un abrir y cerrar de ojos llegamos a Diciembre. El estrés se respiraba en cada rincón de todo Insight, pues, con las festividades, se acercaban lanzamientos importantes. Evy tenía más trabajo que nunca, así que, de vez en cuando le llevaba un café o, si de plano no podía entrar a su oficina porque estuviera ocupada, pasaba con un letrero dibujado a mano que decía "Tu puedes, jefa Evy" para hacerla reír.

Una mañana, mientras ilustraba una portada, vi al mismísimo demonio pasar frente a mi oficina: Lavigne. Apreté la mandíbula de la rabia que me daba verlo cruzar los pasillos como si nada después de lo que le había hecho a Evy; sin embargo, no podía meterme en el asunto. Me consolaba que ella no tuviera que tratar con él directamente, Nate era quien tenía las reuniones de trabajo, y a veces, Harper los acompañaba. Me compadecía de ellos, pero sabía que podían manejarlo.

Preferí no amargarme el día, así que seguí con lo mío. Un rato después, llamaron a mi puerta. Levanté la mirada para encontrarme con Harper. Lucía enfadada.

—¿Estás *muy* ocupado como para que me ayudes con algo? —preguntó, un poco desesperada.

—Nada que no pueda esperar. Dime, ¿qué puedo hacer?

—Estoy en reunión de avance con Alexander y Nate —comentó, torciendo el gesto.

Ladeé mi cabeza sin comprender porqué me necesitaba ahí si no era parte del proyecto.

—Sé lo que estás pensando —comentó Harper, soltando un pesado suspiro, dejando escapar el aire por la nariz con fuerza—. No te pediría ayuda si no fuera necesario, pero el muy imbécil quiere propuestas distintas a las que hice, que quiere innovar y no sé qué tanto. Pidió que fueras tú.

—¿¡Yo!? —exclamé, abriendo los ojos con sorpresa.

—Sí. Dice que vio tu trabajo con Enzo y quiere saber qué le podrías proponer.

Me sonaba falso, dado que sabía perfectamente quién era yo. No podría negarme porque, en primer lugar, Harper era mi jefa directa; en segundo lugar, se supone que yo no sabía lo que había pasado entre Evy y él, así que no tendría razón coherente para negarme a hacerle el trabajo.

Resoplé un poco fastidiado. Probablemente, Harper lo interpretaría como cansancio de trabajo, pero realmente estaba tomando valor para estar tranquilo en una reunión con el imbécil que le hizo la vida difícil al amor de mi vida.

—Claro, iré contigo —dije, tomando mi *tablet* y poniéndome de pie.

—¡Gracias, Theo! Te debo una —exclamó, en medio de un suspiro de alivio.

—No me debes nada, vamos a ver qué necesita *el gran Alexander* —musité con ironía, provocando la risa de Harper.

Llegamos a la sala de juntas, Nate conversaba animadamente con Lavigne; parecían llevar una conversación normal.

—¡Vaya! ¡Con que aquí tenemos al ilustrador promesa! —exclamó el indeseable, de forma exagerada.

—Buen día, señor Lavigne —saludé con tono profesional, extendiendo mi mano para saludarlo.

Por presión del contexto, no le quedó más remedio que devolverme el saludo. Nuevamente aproveché para ejercer presión de más, en mi agarre. Lo vi hacer gesto de dolor, pero no se quejó.

—Dime Alexander, con confianza. Soy un mortal como ustedes —pidió, mirando de forma un tanto retadora.

Nadie contestó ni expresó nada ante su comentario. El ambiente se puso denso.

—Es un chiste, Thomas —aclaró, con una sonrisa sarcástica.

—Es Theo —corregí con seriedad.

No cambié mi semblante. Estaba seguro de que buscaba una reacción de mi parte. No le daría el gusto.

Harper aclaró su garganta.

—Alexander, le comentaba a Theo que buscas una propuesta distinta de la que acostumbras.

—Si es mi gran regreso a la ciencia ficción, quiero algo distinto —dijo de forma ceremoniosa—. Además, Enzo habla maravillas de tu trabajo, así que me dije, ¿por qué no darle una oportunidad al chico nuevo?

Me quise reír, pero fui lo suficientemente fuerte para aguantar. Harper puso los ojos en blanco, completamente harta de todo.

—Gracias por la confianza, vamos a trabajar en la propuesta —indiqué de forma tajante, siempre

estableciendo contacto visual.

Aunque no quitó su estúpida sonrisa, pude ver que su ceño se frunció un poco; no esperaba esa respuesta.

—Estas son las propuestas trabajadas de acuerdo al manuscrito y las ideas de Alexander —mencionó Harper, mostrándome los bosquejos desde su *tablet*.

Tragándome la irritación que me provocaba tener que hablarle, hice las preguntas necesarias para entender lo que buscaba para su portada. A tira buzones, logré sacarle la información. Conforme me daba palabras clave fui bosquejando en mi *tablet*. La dichosa reunión nos tomó casi dos horas. Le fui mostrando opciones y siempre tenía cambios que realizar. Llegó un punto donde me hacía regresar a lo anteriormente propuesto. Entendí que me estaba probando. La forma en que se dirigía conmigo, su mirada inquisitiva y sus comentarios eran lanzados para fastidiarme. De haberlo tenido de cliente cuando era independiente o cuando trabajaba en la anterior editorial, ya habría renunciado al proyecto. Incluso Harper hizo comentarios sobre que eran demasiados detalles y cambios insignificantes los que estaba pidiendo, pero yo continué. Lo hice por Evy. Cambio solicitado, cambio realizado.

La reunión pudo haber seguido, pero el chofer de Lavigne llegó a buscarlo porque tenía otro compromiso.

—Bien, debo irme, pero estaré pendiente de los avances —declaró Lavigne, notablemente molesto.

—Descuida, te enviaré pronto algunas propuestas —aseguré.

Se despidió con un gesto y Nate lo acompañó a la salida.

—Es un imbécil, ¿cierto? —comentó Harper, sin despegar la vista de ellos.

—Más de lo que te imaginas —confirmé.

Se cruzó de brazos y se giró hacia mí.

—¿Cómo es que tienes tanta paciencia? —preguntó, frunciendo el ceño, incrédula.

—¿Tú crees? —exclamé, sin tomarle importancia.

—Ni yo lo tolero tanto, ya le habría gritado un par de veces. Ya lo he hecho —dijo, encogiéndose de hombros.

Me reí, pero no comenté nada. Tomé mi *tablet* y mi lápiz electrónico para salir de la sala. Harper me seguió con la mirada.

—¿Necesitas algo más? —pregunté antes de salir.

Harper frunció el ceño, ladeó la cabeza y me miró con intensidad.

—¿Qué? —no entendía el gesto.

—No sé, te veo… distinto. No recuerdo que fueras así de tolerante.

—¿Solía ser intolerante? —inquirí, entre risas.

—No me malinterpretes, siempre has sido amable, pero tienes tus límites.

—Digamos que sé lo *especial* que es Alexander Lavigne y lo importante que es para los jefes… descuida, sé tratar a tipos como él.

Ella simplemente bufó.

—Tienes que enseñarme a ser así. No entiendo porque se ensaña contigo, le cumpliste cada capricho y seguía y seguía…

—Olvídalo, no hay problema —le aseguré, tomando el asa de la puerta de vidrio, listo para salir —. Haré los cambios que mencionó al final y te los envío primero para que me des tu visto bueno,

¿de acuerdo?

—De acuerdo, te agradezco infinitamente tu ayuda.

Salí de la sala de juntas cuando mi celular empezó a sonar. Era extraño que alguien me marcara tan temprano, salvo que fuera una urgencia, así que enseguida revisé la pantalla. No reconocí el número. Fruncí el ceño. Ignoré la llamada y seguí mi camino a la oficina. De nuevo, otra llamada del mismo número. Bufé y presioné el botón verde.

—¿Aló?

—*¡Theo! Por fin te encuentro, ¿estás muy ocupado?*

Era Enzo, ¿cómo obtuvo mi número? Nunca se comunicaba directamente conmigo, todo era por correo electrónico o cuando nos visitaba en Loop.

—Una disculpa, estaba en una reunión, pero ya ha terminado.

Entré a mi oficina con rapidez, antes de que alguien estuviera escuchando lo que no le importa.

—*Excelente. Le pedí tu número a Evy, espero no te moleste.*

Su voz sonaba ansiosa, en un sentido positivo. Supuse que era algo sobre su próximo libro, ¿qué más podía ser?

—No, claro que no. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

Dejé mi *tablet* en el escritorio y cerré la puerta de mi oficina.

—*¿Hay alguien cerca de ti?*

—No, descuide, estoy en mi oficina.

Sabía que sería algo confidencial.

—*Necesito de tu talento para una reunión importante que tengo el día de mañana en las oficinas de Saseol. Desde los bocetos que me mostraste el primer día hasta el producto final de las cuatro portadas, incluso aquellas ilustraciones que consideramos para los interiores de los libros.*

—Por supuesto, ¿quiere que se los envíe por correo? ¿O impresos?

—*Preferiría que esa información no ande rodando en internet, así que te espero mañana en las oficinas de Saseol, a las diez de la mañana.*

¿De verdad quería que me saliera de mi trabajo para ir a llevarle las ilustraciones hasta su reunión? Ni siquiera sabía porqué me sorprendía. Era Enzo. Una diva.

—Claro, le llevaré todo el material que tengo.

—*Bien, y por favor, ni una palabra de esto a nadie. Es un proyecto confidencial. Cuando pidas permiso para salir, no digas el motivo de la reunión.*

—Descuide, yo lo manejo con discreción —aseguré para tranquilizarlo.

—*Sabía que eras la mejor elección. Te espero puntual ahí mañana.*

Tras colgar, me quedé pensando en qué tipo de reunión tendría en Saseol que involucrara mi trabajo. Evy me había dicho que esa empresa manejaba las relaciones públicas de Enzo. Ellos ya tenían las portadas para la promoción del libro, no me cuadraba que quisiera los bocetos, ni tampoco que quisiera que fuera prácticamente a escondidas.

46

Theo - I wonder…

Llamaron a la puerta y mi semblante cambió en un instante al ver a Evy a través del vidrio. Me apresuré a quitar el seguro para dejarla entrar.

—¿Interrumpo? —preguntó, avergonzada.

—Para nada, novia —respondí, tomándola de la cintura y dándole un beso en los labios, logrando que se estremeciera— ¿A qué debo esta visita?

Suspiró. La llevé de la mano a la silla más cercana.

—No quiero quitarte mucho tiempo, pero supe que Harper te invitó a la reunión con Alexander —comentó con tiento— ¿Cómo estuvo? ¿Por qué te quería ahí?

—¿Te preocupo yo o él? —inquirí, cruzándome de brazos y esbozando una sonrisa de medio lado.

—Obviamente tú, amor —contestó con un tono dulce—. Casi me da un infarto cuando me enteré, pero ya habías salido de la sala cuando Harper me lo dijo. Vine a buscarte, pero te vi ocupado al teléfono.

Alcé su mano y la besé.

—Todo bien. Me controlé todo el tiempo. No voy a negar que, en determinado momento, me entraron ganas de golpearlo, pero recordé que *mi jefa* siempre me ha enseñado a ser profesional —comenté, haciéndola sonreír—. Descuida, podré manejarlo.

—Menos mal —musitó mientras jugueteaba con sus dedos.

¿Por qué estaba nerviosa?

Me senté frente a ella y tomé sus manos.

—Enzo me llamó hace rato preguntándome tu teléfono, pero no me quiso decir para qué —me miró a los ojos con curiosidad.

—Sí me dijo, justo acabo de colgar la llamada con él.

—¿Ah, sí? Andaba muy misterioso, ¿qué quería? —preguntó, algo preocupada.

Tomé aire. Quería tranquilizarla.

—Me pidió confidencialidad, pero igual no me dijo mucho. Solo que…

—No me lo digas —interrumpió, tapando mi boca con su mano—. Si necesita confidencialidad, no es necesario que lo hagas —advirtió.

—Solo me pidió que llevara mis ilustraciones de su libro mañana a Saseol. De hecho, debo decírtelo para solicitar permiso de ir —añadí, riendo.

Evy frunció el ceño, divertida.

—¿Para eso te llamó?

—Sí, no quiso que lo enviara por correo —contesté, encogiéndome de hombros—. Quería que le prestara mis ilustraciones, pero no me especificó para qué.

—Qué extraño —comentó, relajándose.

Al cabo de un rato, pude notar cómo su postura se suavizaba y recuperaba el buen humor.

—¿Te preocupaba algo en especial? —pregunté, mientras le extendía mis brazos para que se sentara en mi regazo. Enseguida entendió y se apoyó en mis piernas para abrazarme.

—No sé qué esperaba, me pareció sospechoso, incluso sentí una mala corazonada —murmuró, pensativa—. Seguro es la mala vibra que Alexander dejó cuando vino —agregó, sacudiendo la cabeza.

Le di un beso en la mejilla.

—Deberíamos pasar la noche juntos entonces, así podría hacer que te relajaras —sugerí.

—Eso suena divertido —me dio un beso furtivo.

Tener sus labios sobre los míos resultaba adictivo, no quería soltarla. Intenté elevar la intensidad del beso, y pude sentir que Evy se estremeció

—Amor… no podemos… hacer esto… aquí —dijo, alejando la cabeza y poniendo sus manos en mi pecho para intentar alejarse pero no la dejaba—. Te prometo que podremos seguir esto en tu casa o en la mía esta noche, pero aquí no, no es correcto —añadió, dándome un último beso rápido.

La solté, embelesado.

—Lo siento, cuando te tengo tan cerca, no puedo evitar besarte… y si te beso, no quiero dejar de hacerlo —confesé, con la voz un poco áspera.

Evy se sonrojó y apretó los labios, mirándome divertida.

—Haré que valga la pena la espera —me guiñó el ojo, mientras se ponía de pie.

Sentí un calor recorrer mi cuerpo.

—Espero con ansias —suspiré.

—Te dejo para que reúnas lo que necesitas llevarle a Enzo.

Me dio un beso rápido antes de despedirse y salir de mi oficina. Suspiré mientras la seguía con la mirada.

Recopilé todo lo necesario para Enzo. Luego recordé que tenía otros bosquejos en casa, algunos que había hecho a mano antes de siquiera tener aquella primera junta.

Al final del día, llevé a Evy al departamento para que hiciera una maleta con lo necesario para pasar la noche. Me hacía feliz que, aunque no fuera fin de semana, quisiera quedarse conmigo. Al llegar a mi departamento, busqué los bosquejos y junté todo en un portafolio. Preparamos juntos la cena, comimos en la sala mientras veíamos una película. No la terminamos porque nos perdimos en nosotros, la temperatura subió y nos fuimos a la cama casi a medianoche. Lo mejor fue dormir con ella, verla descansar, tranquila y contenta. Me gustaba saber que se sentía segura conmigo.

* * *

Llegó la hora de la junta en Saseol. Me reporté en la recepción del edificio y pronto me pasaron a una oficina donde sería la reunión. Liv no tardó en aparecer; se veía bastante emocionada por lo de hoy. Le dije que no era necesario que esperara a Enzo, podía dejarle mi portafolio para que lo utilizaran a conveniencia, pero dijo que era imperativo que me quedara. Le envié un mensaje de

texto a Evy para avisarle que tardaría un poco. Tomé asiento al final de la mesa, esperando. Unos minutos después, llegó Enzo junto con su asistente personal y otras tres personas que desconocía. Me saludó efusivo, me presentó ante sus acompañantes y enseguida tomaron asiento en el resto de la mesa para iniciar una reunión.

—Bien, les agradezco que estén aquí. Mis amigos de Saseol han sido tan amables como siempre para prestarme sus instalaciones para este proyecto…

Se notaba a leguas que estaba conteniendo su felicidad con dificultad. Continuó hablando de lo afortunado que se sentía para esta nueva etapa en su carrera. Luego le dio la palabra a uno de los desconocidos.

—Buenos días, soy Matt Davis de Bright Films. Hemos estado en conversaciones los últimos meses para la realización de una serie de televisión de su saga más exitosa… —comentó señalando a Enzo.

Me quedé helado cuando lo escuché. No entendía porqué estaba yo aquí. Me sentía muy contento por Enzo; lograr que sus libros lleguen a la pantalla no es tarea fácil pero seguía sin comprender mi papel en esta reunión.

Ben continuó diciendo los pormenores de la preproducción, posibles fechas de inicio de filmación, la fecha en que querían anunciar el proyecto… Los presentes estaban emocionados; yo era el único atónito. Me sentía un intruso.

Casi para el final, Enzo me pidió que mostrara mi trabajo a los tres individuos que venían de la productora: uno era el encargado del proyecto, el otro el director de la filmación y el tercero era el guionista. Resultó que quería mis ilustraciones para asegurarse que los personajes se vieran tal cuál él los había visualizado, y mi trabajo era lo más cercano a su visión. Me sentí honrado por la deferencia, así que les expliqué el proceso de creación que trabajé con él. Quedaron en redactar un contrato de cesión de derechos por mis bosquejos e ilustraciones que no habían sido utilizadas en los libros, y la paga era bastante buena. Acepté sin pensarlo.

Así que, después de tres horas, finalizó la reunión. Estaba gratamente sorprendido porque no esperaba algo así. El asistente acompañó a los individuos de Bright Films a la salida, quedamos solo nosotros tres en la sala, hablando sobre el ambicioso proyecto.

—Y bueno, ya que estamos nosotros tres, quiero hacer una petición muy especial —dijo Enzo con seriedad.

—Si es por la confidencialidad, descuide. Sé lo importante que es el proyecto. Si requiere que firme algo puedo hacerlo… —comenté por brindarle seguridad.

Liv sonrió divertida. No entendía el motivo, ella mejor que nadie sabría lo delicado que era que la información tratada no podía salir de aquí. No era chiste que me dieran un acuerdo de confidencialidad.

—No, no es eso. Aunque sí será parte de la cesión de derechos, pero ese es otro tema —dijo Enzo sin darle importancia, haciéndome fruncir el ceño—. Además de comprar tus ilustraciones, quiero ofrecerte el puesto de artista conceptual del proyecto. ¿Qué dices? —preguntó, con gesto bastante emocionado.

Abrí los ojos como platos. Empecé a parpadear, incrédulo.

—Vaya, no esperaba algo así, gracias por tomarme en cuenta —emulé, tomando aire, parpadeando varias veces, intentando concentrarme—. Me encantaría formar parte del proyecto, claro que sí —contesté, asombrado y contento.

—¡Sabía que no podrías rechazarlo! Por ahora te pido que sigas manteniendo la confidencialidad. Tendremos una reunión en Los Ángeles la próxima semana, así que haré que mi asistente te envíe tu boleto de avión y la información del hospedaje.

—Espere un momento, ¿¡En Los Ángeles!? ¿¡La próxima semana!? —exclamé, con evidente sorpresa. Mi voz salió más elevada de lo que pretendía.

Sentí el peso del mundo encima, *¿cómo podría mantener el secreto de Evy si tendría que salir de la ciudad?*

—No te preocupes por tu trabajo —dijo Liv—. Ya se habló con Evy y Recursos Humanos al respecto.

Pude respirar un poco mejor al escuchar eso. Al menos no tendría que ocultarle nada.

—Solo saben que necesito que muestres tus ilustraciones para la producción. Les he hablado ya del proyecto antes de llegar aquí. Lo que no saben es sobre este ofrecimiento. Te pido discreción hasta que se firme el contrato.

Me relajé demasiado rápido. No quería ocultarle nada a Evy. Habíamos quedado en no ocultarnos nada. Estaba entre la espada y la pared.

—Sin problema —contesté.

Volví a Loop bastante aturdido. Debatiéndome qué era lo correcto.

Profesionalmente, era quedarme callado, pero personalmente*, ¿estaba traicionando la confianza de Evy de alguna manera?,* me preguntaba con insistencia.

Sabía que, ella me diría que lo mejor era no decir nada; siempre seguía las reglas, era lo lógico. Pero yo le había prometido que cualquier oportunidad de trabajo fuera de aquí lo hablaríamos. Por mi impaciencia, estaba en este lío, acepté un empleo sin conocer todas las implicaciones.

En mi "ingenuidad", pensé de inmediato que participaría con él a distancia… aunque probablemente era así, tan solo tenía que ir a Los Ángeles para firmar el contrato con Bright Films y trabajar a distancia. Tal vez me estaba ahogando en un vaso de agua. Podría esperar a darle la noticia a Evy cuando esto fuera oficial, con un acuerdo firmado. Muchas cosas podían suceder en una semana; podrían arrepentirse de contratarme como artista conceptual…

—¡Theo!

Escuchar su dulce voz se sintió como una estaca al corazón; sentía que la estaba engañando. Parecía que caminaba en cámara lenta. Lucía radiante y contenta. Tragué saliva con dificultad.

—Evy —emulé, tratando de actuar normal.

Me abrazó con todas sus fuerzas.

—¡Estoy muy orgullosa de ti, amor! —exclamó, separándose del abrazo y subiendo la mirada para encontrarse con la mía—. ¡Por Dios!, parece que has visto un fantasma —comentó riendo—. Pobrecito, todavía no asimilas que hayan comprado tu trabajo, ¿cierto? —inquirió, volviendo a abrazarme.

¿Qué iba a hacer ahora?

47

Evy - Like a moonlight

—Sí —dijo Theo, con ceño fruncido—. Es algo… increíble.

—Con razón Enzo llamó tan emocionado hace rato —comenté, mirándolo alegre—. Mencionó sobre un viaje a Los Ángeles.

—¿Te lo dijo? —preguntó, sorprendido.

—Claro que sí —exclamé, sonriente—. Descuida, ya tienes el permiso. Harper ya está enterada, igual que Recursos Humanos. Enzo nos dijo que la producción quiere que les muestres tu trabajo allá y que firmarás el contrato de cesión de derechos.

Theo parpadeó varias veces. Me provocaba ternura verlo así, incrédulo por lo que estaba sucediendo con su trabajo. Pero al mismo tiempo, me preocupaba lo pálido que se estaba poniendo. Palpé su frente con el dorso de mi mano, estaba helado. Mi sonrisa se desvaneció.

—¿Te sientes bien, amor? Estás muy frío —expresé, preocupada.

Miraba el piso, pensativo.

—Sí, estoy bien.

Me agaché para encontrarme con su mirada.

—¿Qué ocurre? ¿No te da gusto todo esto? —intentaba adivinar el motivo de su reacción confusa.

Frunció el ceño, se mordió el labio inferior y respiró sonoramente.

—Sí, es solo que… —empezó a sonreír, un poco dubitativo—. Es demasiado por asimilar —soltó, levantando la mirada.

Lo abracé fuerte.

Me sentía realmente orgullosa de él; sabía que a partir de ahora lo buscarían más por su trabajo.

El miedo de que algún día se marchara de Loop seguía presente, pero era distinto a la primera vez que se lo expresé. Ahora sabía que si decidía dejar este trabajo, era por crecer profesionalmente, y no por mí; que eso no significaba que nos separaríamos. Nuestra relación estaba fortaleciéndose día a día.

Probablemente él tendría dudas similares, porque estuvo algo distraído hasta el día que lo llevé al aeropuerto. Caminamos de la mano hasta el área de seguridad; era un sentimiento agridulce. Extendí mis dedos para dejarlo ir, pero él no me soltó a mí. Me puse de puntillas, tomé su mejilla con mi mano y lo besé.

—Te irá bien, estoy segura —dije, mirándolo a los ojos.

Su respiración estaba agitada de los nervios. Me abrazó fuerte, como si no quisiera irse. Mis ojos

se llenaron de lágrimas y sentí un nudo en la garganta.

—Prométeme algo, amor —pidió sin soltarme.

—¿Sí?

—Prométeme que… nada cambiará entre nosotros.

Me dio miedo escucharlo, pero traté de no demostrarlo.

—Tranquilo —musité, dándole un beso en el cuello porque no me soltaba—. Solo son dos días. El martes estaré aquí para recogerte.

—Sé que es una tontería, pero ¿puedes prometerlo? —insistió.

—Claro que sí —contesté, y sentí cómo se relajó en mi abrazo—. Lo prometo por el meñique.

Logré sacarle una risa. Levanté mi dedo, y enseguida, él lo entrelazó con el suyo. Lo jalé de los tirantes de su mochila y le di el beso más apasionado que pude. Pasé mis brazos alrededor de su cuello, y él me tomó de la cintura. Aunque al principio estaba un poco tenso, pronto se dejó llevar, incluso soltó un leve gemido, lo cual me dio gusto. Después del beso, apoyó su frente con la mía y sonrió.

—Te voy a extrañar mucho, novia —susurró.

—Yo te extrañaré más, pero pasará pronto, lo prometo —aseveré, dándole un beso en la punta de la nariz—. Tendré el celular en la mano para cuando necesites hablar conmigo, ¿de acuerdo? No importa la hora.

Asintió.

Por el altavoz anunciaron que los pasajeros del vuelo de Theo tenían que pasar ya a la sala de abordaje. Lo vi partir, no sin antes lanzarle un beso al aire. Quería que se sintiera seguro. Era un profesional excelente y tenía que confiar en su capacidad.

Cuando lo perdí de vista, salí del aeropuerto. Apenas me subí al auto, un vacío me invadió. No era miedo en sí, sino incertidumbre.

¿Por qué estaba tan preocupado de que las cosas entre nosotros cambiaran?, me pregunté.

Era consciente de que su trabajo destacaría y las oportunidades empezarían a llegarle. Tal vez le podrían ofrecer alguna otra oportunidad de participar del proyecto estando allá. No me extrañaría para nada, ni tampoco me opondría.

Al día siguiente, las cosas en Loop estaban tan ajetreadas que ni tiempo me dio de sobrepensar lo de Theo. Harper llegó a mi oficina con unos documentos.

—Ya llegaron los primeros ejemplares de Holly Park, por si quieres ir a revisarlos antes de que venga a verlos.

—Excelente. Necesito revisar algo de la contraportada que me tiene estresada.

—Las cajas ya están en la sala de juntas. Ah, llegó esto para ti hace rato, creo que es de la conocida de la señora Wells.

Hice mueca de incomodidad.

—Ya me imagino que es una carta insultándome por las notas.

Tomé la carta y venía dirigida a mí, como jefa de Wish Books. Tan distraída era que había olvidado que yo me encargaba de Loop. Aquel sello aún no tenía su equipo formal. Pero en fin.

—¿Tan mal está el libro? —preguntó Harper entre risas.

—Tiene potencial —respondí mientras abría el sobre con un abrecartas—. Pero la actitud de la chica deja mucho que desear, es como la vez que quisimos trabajar con Mason Williams. ¿Recuerdas?

—¡Ay! ¡Cómo olvidar a ese señor! Ya entiendo, y… ¿qué dice?

Leí la carta, empezaba muy formal pero eventualmente el contenido me cambió el semblante. No era para nada lo que esperaría de un posible autor para Insight.

—¿Qué? ¿Por qué esa cara? —insistió Harper, inclinándose hacia adelante para alcanzar a ver la carta.

—Esto no lo vi venir ni en un millón de años —confesé, boquiabierta, mostrándole la correspondencia—. Me da las gracias por la reunión que tuvimos, que ya se dio cuenta de sus áreas de oportunidad. Dice que trabajará más y mejor antes de ponerse en contacto con la señora Wells de nuevo.

Harper me arrebató la carta, incrédula ante lo que le había dicho. Y es que nadie esperaría algo así después de la difícil reunión que tuvimos, donde le di mi opinión más sincera. De hecho, Sara se había quedado muy pensativa cuando me escuchó argumentar mi opinión sobre la autora y sobre su libro. Llegó un punto donde creí que me despedirían, sin embargo, esto era todo lo contrario.

—Esto es… raro —dijo Harper, terminando de leer la carta.

—La verdad es que sí. Llamaré a la señora Wells, no sé si sea una clase de despiste o algo así.

—Bien, pero hazlo después de que veamos los libros de Holly, porque ella llegará pronto.

—Vamos.

Dejé la carta sobre mi escritorio para no olvidar llamar a Sara. Salí junto con Harper hacia la sala de juntas y vi que Nate y Cody estaban acomodando las últimas cajas.

—Vamos a ver a estos bebés —expresé, emocionada al ver el material.

Cada vez que llegaban nuevos ejemplares, me emocionaba verlos y dejarlos perfectamente acomodados para cuando el autor los viera. También, como parte de la estrategia publicitaria, le pedía al equipo de *marketing* que filmaran la reacción del autor al ver los libros, para después publicarlo en las redes sociales de la editorial. Pronto llegó la *community manager* de Insight.

—Buenos días a todos —saludó.

—Buenos días, Vivian —respondí, emocionada— ¿Lista para grabar?

—Sí. Me comentó Harper que querías hacer algo distinto para estos videos.

—Le decía que queríamos hacer un *unboxing* más llamativo, sobre todo porque es una nueva autora.

—¿No creen que deberíamos seguir bajo la misma línea que caracteriza a Loop? —preguntó Vivian, algo confundida.

—De hecho era el plan. A final de cuentas, necesitamos que la estrategia de comunicación sea integrada, pero aquí pasa algo diferente a otros autores que manejamos —dije mientras sacaba uno de los ejemplares y empezaba a hojearlo.

—¿Ah, sí? —exclamó Vivian, interesada.

—Es el primer libro autoconclusivo de Loop, el resto de nuestros autores son al menos de bilogías.

—No había caído en cuenta de eso… mmm, déjame pensar qué puedo hacer con la edición.

—Tú haz tu magia, Vivian. Nosotros acomodamos todo como nos digas —sugirió Harper.

—Bien, empezaré por hacer unas tomas de las cajas. ¿Podrías abrir la caja así para poder grabar? —indicó.

Nos tomó unas dos horas que Vivian hiciera las tomas necesarias para el contenido. Pero a diferencia de las juntas con autores, trabajar con ella era muy divertido; era un momento de *relax*. Estábamos por terminar cuando Cody llegó apresurado.

—Eh, disculpe, jefa Evy, la están buscando —murmuró, asomándose por la ventana.

—¿A mí? No esperaba a nadie hoy —comenté, frunciendo el entrecejo, intentando recordar los pendientes en mi agenda.

—Llegó de improviso, pero creo que querrá ir.

Sus ojos mostraban inquietud.

—De acuerdo, en un momento regreso, chicas.

—Adelante, Evy —dijo Vivian.

Salí sin prisas, pero con mucha curiosidad. Cody empezó a avanzar rápido hacia mi oficina, parecía querer evitarme. Logré alcanzarlo antes de abrir la puerta.

—¿Quién es Cody?

—Es la señora Wells. Está muy insistente en verla.

—Me habías asustado —repliqué, llevándome la mano al corazón—. Creí que era un problema. Descuida, necesitaba hablar con ella, gracias.

Entré a mi oficina y la señora Wells ya estaba ahí. Enviaba mensajes a una velocidad impresionante. Respiré hondo antes de entrar.

—Buen día, querida, ¿cómo estás? —saludó, al escucharme entrar.

—Muy bien, gracias —respondí, tomando asiento junto a ella, después de todo, era una conversación informal—. Iba a llamarla más tarde, pero que bueno que pudo venir.

—No sé si te llegó una carta hoy de July.

Dejó el celular sobre la mesa para dirigir toda su atención hacia mí. No me preocupé porque la vi sonriente.

—Sí, la recibí esta mañana.

Tomé la carta de mi escritorio para mostrársela. Probablemente me diría que le ayudara a mejorar su manuscrito o algo así. Pero tenía que ser profesional, como siempre, poner límites. No podía hacerme cargo de un proyecto ajeno a Loop cuando apenas y nos dábamos abasto aquí.

—Bien, pues me alegra decirte que ¡pasaste la prueba!

Su expresión de felicidad no me hacía sentido.

—¿Cómo dice? —pregunté, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado, tratando de entender mejor.

—Me explico —comenzó, e hizo una pausa para verme a la cara—. Hace meses le pedí a mi marido ayuda para iniciar Wish Books. Le pedí que me recomendara a su mejor editor en jefe, y te mencionó de inmediato. Me hizo prometer que no te robaría de Loop, pero es que, un talento como el tuyo, no puede pasar desapercibido.

—Gracias —dije, sin entender de qué iba este asunto.

—Querida, estoy dando rodeos —murmuró, dándose cuenta ella misma—. La hija de mi amiga me ayudó para ponerte a prueba, ella ya es autora consagrada en otras partes del mundo, pero fingió ser novata y te presentó un borrador antiquísimo para probar tu forma de trabajar.

Abrí los ojos como platos.

—Debo decir que pensé que le darías por su lado para complacerme. Me sorprendió mucho la fundamentación que le diste y las sugerencias sobre su forma de comportarse como autora novata. Ella no es así en realidad; utilizó sus dotes de actuación tan solo para confirmar lo que mi marido me dijo: eres la mejor en tu rubro —comentó la señora Wells, viéndome con una sonrisa de satisfacción —. No hay forma de que te dejes llevar por algo que no sea profesional. Y debo disculparme por

hacerte pasar por esto, pero es que quiero a los mejores conmigo. Quiero ofrecerte el trabajo de editora en jefe en Wish House.

Demasiada información para mi gusto. Me dieron náuseas. Me cubrí la boca, atónita por lo que estaba escuchando.

—Sé que cuando entraste a Insight querías dedicarte al género de romance y ese sello no prosperó en su momento, pero en esta ocasión sí —finalizó, orgullosa.

—Sara, no sé qué decir. Nunca imaginé que me pondría a prueba.

La verdad, me ofendía bastante. *¿Acaso su marido le comentó lo que pasó conmigo y Alexander? ¿Por eso me ponía a prueba? ¿Y para un puesto que yo no siquiera estaba buscando?* Preferí callarme mis pensamientos.

—Lo sé, cariño. Perdóname de verdad, te lo compensaré cómo sea, lo juro.

—No, no es necesario es solo que… todo esto fue tan repentino.

Tomó mi mano y me miró a los ojos con mucha ilusión.

—Dime que aceptas el puesto.

¿Qué?

—¿Qué? —exclamé, recargándome en el respaldo de mi silla.

—Ya sé, ya sé. Tienes que organizar todo en Loop, no puedes irte así como así. Piénsalo, ¿sí? Quiero iniciar operaciones empezando el año, por lo que me gustaría tener a mi equipo completo en los próximos días. Si pudieras darme una respuesta para el fin de semana, estaría perfecto.

Parpadeé, como si eso fuera a ayudarme a asimilar todo.

—Te dejo, querida, llámame en cuanto tengas una respuesta. Nos vemos.

Mi ojo derecho empezó a temblar sin control. *Maldito estrés.*

A pesar de la sorpresa, y de la forma tan absurda de "entrevistarme", quería aceptar el puesto. Quise llamar a Theo, pero sabía que estaba ocupado. Me había enviado un mensaje al llegar a las instalaciones de Bright Films. Sentía que mi corazón se saldría de la emoción por decirle.

Vi la hora, era la una de la tarde. En Los Ángeles iban a dar las diez de la mañana. Tenía que resistir hasta que me avisara que estaba desocupado. Me senté frente a la computadora, pero no podía concentrarme en nada, tenía que externar algo. La única que podría entenderme era Harper. Decidí ir a buscarla; probablemente estaría ya en el comedor con todos los demás, era la hora de comida. Tomé mi celular, empecé a escribir un mensaje para ella y abrí la puerta para salir cuando choqué con algo… o más bien, alguien.

—Cuidado, Evelyn-lyn.

48

Evy - Code of justice

La odiosa voz de Alexander hizo acto de presencia. Cerré los ojos por un segundo, fastidiada. Caminé al interior de mi oficina, respiré hondo, enfadada.

—Alexander Lavigne, ¿a qué debo tu visita? —pregunté, alzando una ceja. Ya era hora que lo enfrentara como la basura que era.

—¡Qué altanera resultaste! —exclamó, cortante.

Entró detrás de mí y cerró la puerta.

—Ahórrate los halagos. ¿Qué haces aquí?

Me crucé de brazos, esperando que esto fuera rápido.

—Tenía una reunión de seguimiento con Nate. Terminamos antes y quise venir a saludarte.

Guardó sus manos en los bolsillos de su pantalón. Hice un gesto de desagrado.

—¿A saludarme? ¿Por qué pierdes el tiempo conmigo?

—No puedo creer que estés tan a la defensiva cuando tu noviecito no está —se burló.

¿Cómo lo sabía?

Controlé mi rostro cuanto pude, no moví los ojos, ni fruncí el gesto. Sin embargo, mi mandíbula se tensó al escucharlo. Apreté los labios más de lo necesario, en un intento de parecer neutral.

—Sigo sin entender qué tiene que ver con que vengas a mi oficina. Sabes perfectamente que no puedo tratar nada contigo a solas, ¿lo recuerdas?

Empecé a temblar de la rabia que sentía. *¿Cómo era capaz de seguir actuando como si nada hubiera pasado?*

—Venía a agradecerte por recibirme de nuevo en Loop. Sé que hemos tenido… roces.

¿Roces? ¿En serio así lo llamaba?, bufé, enfadada.

—¿Te vas a morir o algo? ¿Por qué ahora la amabilidad?

Alexander se rio con ganas.

—No, es solo que, desde que iniciamos a trabajar en este libro, no había tenido… —hizo una pausa, mientras se acercaba y me dedicaba una de sus asquerosas miradas lascivas— …la oportunidad de darte las gracias por aceptarme de vuelta.

Intentó acariciar mis labios pero di un paso atrás.

—Estoy ocupada, así que, si me disculpas, te agradecería que te largaras.

Me senté detrás de mi escritorio, tomé la primera hoja de papel que me encontré y empecé a leerla. Los nervios y el enfado de tener que compartir el mismo espacio con él me traicionaron;

empecé a temblar. Alexander soltó una risa burlona.

—No seas así, bonita —dijo, apoyándose en el escritorio, logrando que no despegara la vista de la hoja—. También venía a felicitarte. Tu querido novio ha hecho un excelente trabajo. Debo decir que no daba nada por él. Trabaja en tiempo récord, a pesar de todos los "peros" que le pongo.

No me gustaba que hablara así de Theo. No me daba confianza.

—Él sí es profesional, no como otros. Ahora, ¡largo!

Señalé la puerta. Alexander suspiró y enderezó su postura.

—Me enteré que no está aquí —mencionó con voz grave que resonaba en la oficina.

Me estremecí cuando lo mencionó. Vi de reojo que una sonrisa maliciosa se dibujaba en su rostro, mientras tomaba unas hojas de mi escritorio para examinarlas.

—Me enteré que le ofrecieron un trabajo imposible de rechazar. ¿De qué era? —comentó, fingiendo recordar—. ¡Ah, sí! Un puesto como artista conceptual en la producción de Enzo, ¿no es así?

Mi corazón se detuvo en ese instante. Theo nunca mencionó nada al respecto. Podrían ser inventos de Alexander.

—Dices puras estupideces —espeté, tratando de mantener mis nervios a raya.

Ignoró lo que dije. Se cruzó de brazos y miró al techo.

—No dudó ni un segundo en irse a Los Ángeles para firmar el contrato. Supongo que lo subestimé. Utilizó el mismo camino que yo para llegar a la cima —comentó, y en un movimiento brusco, Alexander tomó mi silla de ambos lados y la giró para quedar frente a frente, haciendo que soltara un grito del susto— O sea, a ti.

—¡Aléjate de mí! —espeté.

Sin soltar la silla, se acercó a mi boca. Me recargué en el respaldo cuanto pude para que no me tocara. Quedó a pocos centímetros, subió la mirada y sonrió al ver el terror en mi rostro.

—Ay, Evelyn-lyn, no eres más que un medio para lograr el éxito. Al final, las cosas se acomodaron para mí. Si todo sale según mis planes, tú y yo volveremos a estar juntos antes de fin de año.

—¡¿Acaso estás demente?! —grité.

—Solo vengo a reclamar lo que es mío —susurró en mi oído.

—¡Estás loco si crees que voy a volver contigo!

Lo empujé para quitarlo de encima. Como no esperaba que hiciera algo, logré desequilibrarlo y hacerlo tropezar. Aproveché esos segundos para escapar de la silla. Alexander se levantó tan pronto como pudo.

—¡Ven aquí! —gritó.

Alcanzó a detenerme del brazo y me pegó contra la pared. Nuevamente me acorraló; se pegó hacia mí, apoyando sus manos a la altura de mi cabeza para no darme oportunidad de moverme. Intenté quitarlo, pero el muy maldito estaba bien plantado.

—¡Déjame ir!

—No sin que antes admitas que al que adoras es a mí.

Podía sentir su aliento demasiado cerca, ese olor a tabaco que odiaba. Tenía mucho miedo, pero era más el coraje que sentía. No me rendiría como la última vez; lo seguiría empujando hasta el final.

—Vamos, no te resistas. Deja ir a ese inútil y quédate conmigo. El pasado queda atrás y volvemos a iniciar. Sabes que nos llevamos más que bien —me dijo al oído.

—¡NI LOCA!

Intenté empujarlo de nuevo, pero el muy cabrón me besó. Apreté la boca lo más que pude. Sentía su lengua queriendo abrirse paso entre mis labios, con bastante violencia. En un movimiento instintivo, lo mordí con todas mis fuerzas. No me quedaba otra opción, ya que no me podía mover mucho, pero al menos eso logró que se distrajera.

En esos dos segundos, me agaché para escapar. Corrí hacia la salida, pero fue más rápido y puso ambas manos sobre la puerta.

—¡Ni creas que te librarás de mí! —amenazó. Sus ojos estaban llenos de maldad—. ¡Sabes perfecto que no puedes hablar en mi contra! ¡Si todo se sabe, pierdes más tú que yo!

—¡No estamos en la misma posición que hace años! —le grité enfadada, forcejeando por quitarlo de la puerta, sin éxito.

Tomé todo lo que encontré a mi alcance para lanzárselo, pero logró esquivar cada objeto.

—¡DÉJAME SALIR! —le grité, pegándole con mis puños cuanto pude, pero mi fuerza no era suficiente.

Alexander me tomó por la espalda, inmovilizando mis brazos.

Busqué a través de la puerta de vidrio a que pasara alguien para que pudiera ayudarme, pero no había nadie. Todo estaba vacío porque era la hora de comida. Vi la oficina de Theo, que quedaba frente a la mía. Si tan solo él estuviera aquí, ya me habría buscado.

Empecé a gritar pero no sirvió de nada porque, casi en el instante, me cubrió nariz y boca con su mano, dejándome sin aire. Era demasiada fuerza para poder hacer algo.

—¡CÁLLATE Y PON ATENCIÓN! —me gritó en la cara, mientras yo no dejaba de forcejear— ¡TÚ ME PERTENECES Y YO A TI!

Luego suavizó el gesto y empezó a besar mi cuello. Sentirlo era como si me quemaran la piel.

—Tú y yo… hacemos un gran equipo… —gimió entre besos— Solo contigo puedo… lograr el éxito.

Lágrimas salían de mis ojos. Sentía que me desmayaría por la falta de aire. Me daba asco tenerlo tan cerca.

—Así que, esto es lo que vamos a hacer —dijo, levantando la mirada, y al ver que me estaba desvaneciendo quitó su mano de mi boca—. Le dirás al idiota de mi editor que tú te harás cargo ahora —espetó, sosteniéndome de ambos brazos con demasiada fuerza, mientras yo tosía, tratando de recuperar el aliento—. Terminarás con el ilustrador y volverás conmigo. Tendremos esas reuniones privadas que tanto te gustaban —susurró maliciosamente.

—Jamás —dije con un hilo de voz.

Enfadado de nuevo, me sacudió contra la pared.

—¡Sabes que no tienes escapatoria! ¡El acuerdo sigue vigente! —rugió con voz profunda.

Volvió a besarme y empezó a desabotonar mi blusa con brusquedad. Los recuerdos se agolparon en mi memoria. No volvería a pasar lo de aquella noche, no lo permitiría. La adrenalina me dio la fuerza suficiente para lanzarle un puñetazo directo a su cara, distrayéndolo lo suficiente para escapar.

Aún sin poder respirar bien, avancé tambaleándome hacia la puerta de vidrio, aún con esperanza de que alguien llegara. Quité el seguro y salí de la oficina. Quise correr, pero mis piernas flaquearon.

—¡ALTO! —gritó, sus ojos parecían proyectar fuego.

El miedo me consumía por completo, pero ya no era la Evy de hace seis años. Me defendería con

uñas y dientes cuanto pudiera. Corrí al ascensor, pero me detuvo del brazo nuevamente. Esta vez reaccioné más rápido, le di una patada en la entrepierna y lo hice caer.

Llegué al ascensor, presioné el botón de manera incesante y por fin, se abrió. Entré corriendo y presioné cualquier número para poder huir. Vi a Alexander ponerse de pie, gritándome toda clase de cosas. Corrió hacia mí, pero las puertas se cerraron a tiempo.

Respiraba con dificultad, me recargué en el pasamanos, cerré los ojos e intenté recuperar el aliento. Mis piernas flaquearon y me dejé caer. Empecé a llorar sin control.

Cuando las puertas se abrieron nuevamente, no tenía fuerzas para moverme.

—¡Evy!

Me encontré a Kai, quien entró corriendo.

—¿Estás bien? —preguntó con la voz temblorosa. Sus ojos estaban abiertos de par en par, con el ceño fruncido. Movía sus manos, nervioso, sin saber dónde colocarlas.

Negué con la cabeza sin dejar de llorar.

49

Evy - See the light

—¡No me asustes! ¿¡Qué pasa!? —preguntó Kai, ansioso, mientras me ayudaba a ponerme de pie.

—Estaba… en mi oficina… Alexander… él me… él me…

No podía hilar ni una frase. Temblaba tanto que me dolía todo el cuerpo.

—¿¡Él te hizo esto!? —exclamó, señalando mi blusa que estaba medio abierta.

Asentí a toda velocidad. Fui consciente del estado de mi blusa y volví a abrochar los botones sueltos.

—Ven aquí —dijo, llevándome del brazo hasta su oficina.

Afortunadamente no había nadie ahí tampoco.

—Gracias —logré hablar con voz quebrada.

—Quédate aquí, yo me encargo —aseguró apresurado.

—¡No! ¡No me dejes sola, por favor! —sollocé.

No sé si fue mi petición, mi voz, o toda la situación, pero vi dolor en su gesto. Respiró hondo.

—No te dejaré sola —prometió. Tomó el teléfono y marcó un número. —Seguridad, por favor, encuentren a Alexander Lavigne, que no salga del edificio. Atacó a alguien del personal…

No escuché qué más dijo. Sentí que su voz se empezó a perder a la distancia. En mi mente solo estaba el pensamiento de todas las implicaciones que se desatarían por esto. Si bien la posición no era la misma, Alexander tenía razón, él tenía mayor credibilidad que yo. Lo que él dijera sería tomado con mayor peso que cualquier cosa que pudiera alegar.

Pero ya era suficiente tener que estar viviendo con miedo.

Kai fue increíblemente amable y cuidó de mí. No se separó ni un instante.

Le avisó también al señor Wells de lo sucedido. Ya me veía señalada y despedida de Loop. Todo mi trabajo se había ido por la borda.

No pude poner mucha atención a lo que sucedió después. Mi vista seguía poco nublada y mi atención bastante dispersa. Harper llegó para que Kai pudiera ir con el jefe. Al verme, soltó el llanto; se veía muy asustada. Me dijo que tuvo un mal presentimiento, volvió antes a la oficina y encontró a dos guardias deteniendo a mi agresor.

Como pude le conté lo sucedido, incluyendo lo de seis años atrás. Me costó mucho decirle, pero ya no podía seguir con ese dichoso trato de confidencialidad. No arriesgaría mi vida por salvar mi trabajo.

Harper se disculpó por no haber siquiera sospechado que había algo mal, prometió ayudarme en

todo lo que pudiera.

Kai volvió después de un rato con mis cosas. Me dijo que me fuera a casa por indicación del jefe, que él se encargaría de todo. Ya me imaginaba a lo que se refería; no llamaría a la policía, estaba segura de ello.

Harper le avisó a Nate que me llevaría. Salimos del edificio sin levantar sospechas. A veces me daba miedo lo bien que se me daba poder fingir estar bien ante los demás.

Llegamos a su auto, arrancó el motor y salió a toda velocidad.

—Harper, no quiero ir a casa —dije, en medio de un sollozo.

—No te dejaré, me quedaré contigo —aseguró—. No volverás a pasar por nada sola, ¿de acuerdo? ¡Nunca!

Llegamos a un semáforo. Enseguida me asomé por el espejo lateral, en busca de Alexander. Tenía la sensación de que me estaría persiguiendo.

—¿Podemos ir a casa de Theo? —pedí con voz temblorosa.

—¿A casa de Theo? —inquirió antes de salir del estacionamiento.

—Tengo mis cosas ahí, no puedo volver a mi departamento, no esta noche —sollocé.

Vi cómo los labios de Harper empezaron a temblar. Aclaró su garganta y dirigió su atención a la calle.

—A la casa de Theo.

Tenía copia de sus llaves, así que no tuvimos problema en entrar. Dejé mis cosas en la sala y enseguida me fui a dar una ducha. Me sentía sucia.

Me quité la ropa y la metí en una bolsa de plástico, dispuesta a quemarla en la primera oportunidad. Mientras el agua caliente caía sobre mí, empecé a llorar desconsoladamente. Todas las emociones me desbordaron.

¿En qué momento pensó aquél imbécil que volvería con él? ¿Qué pretendía? ¿Cómo se enteró que Theo no estaba? ¿Me estuvo vigilando para acorralarme? Lo más seguro era que sí.

Cuando el agua empezó a enrojecer mi piel, fue mi señal de que ya llevaba mucho tiempo ahí. Salí de la ducha y me cubrí con la bata de baño de Theo. Aún conservaba su olor, me sentí protegida en ese momento.

Me dolía todo el cuerpo, la adrenalina se había esfumado. Me puse mi pijama, cepillé mi cabello y fui a la sala con Harper.

—¿Te sientes mejor? —preguntó en cuanto me vio.

—Un poco más tranquila. Gracias por traerme —respondí, sentándome junto a ella.

Enseguida me abrazó.

—No entiendo cómo has podido guardar esto tantos años. Jamás habría imaginado que… —sollozó.

—No es tu culpa —aseguré—. No supe qué hacer y me dejé intimidar. Ya había superado todo, o eso creí, pero ya basta. Después de lo de hoy, no puedo seguir ocultándolo.

—Es que… ¿Cómo fue capaz de esto? ¡Y peor aún! ¿Cómo es que a Wells se le ocurrió esa solución de un acuerdo privado? ¿Está mal de la cabeza o qué?

Harper estaba tan indignada y dolida. Sabía que había hecho bien en ocultarle todo; si no, ella habría hablado en la primera oportunidad.

—Las cosas no andaban bien en Loop hasta el éxito de Alexander, ¿recuerdas? Por eso fue el acuerdo. El señor Wells temía por las finanzas de la editorial.

Me llevé la mano a la sien, la cabeza me punzaba tanto que sentía que explotaría.

—¡Pero es que es un ingrato! ¿Cómo antepone el dinero a la integridad de un empleado? —exclamó enfadada.

—Son negocios, Harp —dije con calma—. No puedo culparlo.

—¡Pues yo sí!

En eso, llamaron a la puerta. Me dio un escalofrío. Nadie sabía que estábamos aquí, a menos que…

—Descuida, es Nate. Se quedará con nosotras para que te sientas más segura, ¿está bien?

—Sí, gracias —musité con una sonrisa débil.

Harper abrió la puerta. Nate llegó con la cena. Nos contó que el personal de seguridad del edificio tenía contenido a Alexander. Que el señor Wells prometió encargarse y me llamaría al día siguiente. Resoplé al entender el mensaje oculto. No volvería a tomar cartas en el asunto con tal de protegerlo.

Mi amiga acomodó la mesa del comedor para que cenáramos los tres. No tenía nada de hambre; aún me sentía con náuseas por todo lo sucedido.

—Vamos, intenta comer un poco. No has comido nada desde el desayuno, es normal que te sientas así —insistió ella.

Nate la tomó de la mano, muy serio.

—A menos que esté…

—¡Ni se te ocurra terminar esa frase, Nathaniel! —amenazó Harper, quitando su mano de encima.

Fruncí el ceño, pasando la mirada de uno al otro.

—¡Yo solo digo que puede ser! Si ha tenido náuseas todo el día, ¿no sería lógico?

Harper le soltó tremenda cachetada que incluso me sobresalté.

—¡Ya te lo había dicho! ¡Jamás… escúchame bien… JAMÁS pienses que si una mujer se siente enferma es porque está embarazada! ¿Estamos? No es lo único que nos puede pasar.

Los miré pasmada. Nate tenía la mejilla roja y los dedos marcados. Harper lo miraba enfurecida. Solté una risa. Ambos me miraron como si fuera un bicho raro, pero pronto se unieron a las risas. Me dolió el estómago de tanto reír.

—Pobrecito, ¿por qué le pegas? —pregunté aún riendo.

—¡Porque es un tonto! Apenas se entera que una mujer se siente mal, ya asume que está embarazada.

—No me lo tomes a mal, Evy, solo fue algo que se me ocurrió, no quería molestarte —se disculpó Nate.

—No pasa nada —dije, secando una lágrima de risa—. Comeré un poco, pero ya dejen de pelear.

—Pero, ¿entonces estás o no? —cuestionó Nate con tiento.

Harper lo fulminó con la mirada.

—Te lo juro que no —respondí enseguida—. Es el estrés de todo lo de hoy. Sigan comiendo y cambiemos de tema, ¿quieren? Ya no quiero hablar de lo que pasó.

Pronto, la charla tomó un rumbo más ameno. De pronto, recordé que Theo no me había llamado ni enviado mensaje en todo el día. Revisé mi celular, pero no había señales de nada. No me atreví a llamarlo; no tenía fuerza para hablar de lo sucedido. Mañana sería otro día y ya me las arreglaría para contarle cuando fuera por él al aeropuerto.

50

Theo - Babygirl

—¿Qué tal suena entonces el empleo? —preguntó Enzo.

—Si le soy sincero, suena maravilloso. Es una oportunidad realmente única —confirmé.

Era una mezcla de sentimientos. Por un lado, me sentía feliz de haber logrado una oportunidad como esta: compraron mis diseños y ahora me ofrecían trabajo de tiempo completo como artista conceptual en una producción. Ni en mis sueños más descabellados habría imaginado algo así.

Pero, por otro lado, estaba Loop, mi familia y Evy. El contrato era por dos meses, para una parte de la preproducción, pero con miras a extenderse el resto de la producción. No era una decisión fácil de tomar.

—Piénsalo, sé que no es algo que puedas firmar en este momento. Evalúa tus opciones, no quiero que te sientas presionado. De igual forma, si crees que esta oportunidad te conviene, puedes pedir que agreguen al contrato prácticamente lo que quieras. Te pueden cumplir lo que pidas —aseguró.

Sin presiones, pensé.

En eso, sonó mi teléfono.

—Te dejo para que contestes, seguro es Evy —agregó con una sonrisa antes de alejarse.

Esperaba que fuera ella; no había tenido oportunidad de hablarle en todo el día. Saqué mi teléfono. Me decepcioné al ver que era Nate, pero igual contesté.

—Hey ¿qué cuentas?

—*Theo, ¿estás muy ocupado?* —preguntó con voz temblorosa, podía oír su respiración pesada.

—No. Justo salí de la última actividad ¿qué pasó? —pregunté, preocupado tanto por la llamada como por el tono de voz, no era normal en Nate sonar nervioso.

—*¿Es muy necesario que te quedes hasta mañana?*

Me tomó desprevenido. *¿Por qué la pregunta tan repentina?* Noté un dejo de preocupación en su tono.

—Nate, ¿qué sucedió? —insistí, empezando a alarmarme.

Resopló sonoramente, no era una buena señal.

—¡Responde! —grité.

—*Es Evy...* —respondió dubitativo.

Con tan solo escuchar su nombre, me paralicé.

—*¿Puedes volver esta noche?*

—¿Está bien? ¿Qué le pasó? ¡Dime!

Nate no me respondía aún, pero sentía que mi corazón y mi vida se caían a pedazos.

—*Tranquilo* —comentó, nervioso.

—¿¡CÓMO QUIERES QUE ME TRANQUILICE SI ME PIDES QUE REGRESE ASÍ DE LA NADA!? ¿¡QUÉ PASÓ!?

Enzo se detuvo al escucharme gritar. Se acercó cuando mencioné a Evy. Me miró alterado.

—*Theo, ya está bien, de hecho estamos en tu casa, no quiso ir a ningún otro lugar. La atacaron en la oficina.*

—¡LAVIGNE! —grité enfadado.

—*¿Cómo lo supiste?* —preguntó sorprendido.

Confirmó uno de mis más grandes miedos con esa pregunta. Jamás me perdonaría haberla dejado sola. Era la segunda traición de mi parte. Le prometí estar siempre para protegerla y no lo hice.

Empecé a dar vueltas tratando de entender qué había pasado, cómo había sido todo, qué le hizo para que Nate me llamara así de desesperado.

—Pásame a Evy, necesito hablar con ella —dije, tratando de contenerme.

—*Ya está dormida, Harper está con ella. Por eso te llamé, tienes que regresar. No supe exactamente lo que pasó, solo sé que Lavigne está involucrado. El señor Wells se quedó resolviendo esto pero algo no me huele bien...*

Me contó lo poco que sabía, pero fue suficiente para entender por dónde iba el asunto. Ese cabrón se quiso propasar con Evy otra vez. Y si todo marchaba como la vez anterior, saldría ileso de esto. No podía permitirlo.

—Voy para allá —declaré, colgando la llamada— ¡Cabrón! —mascullé entre dientes—. Ya se las verá conmigo.

—Theo ¿qué ha pasado? —preguntó Enzo, asustado.

Olvidé que estaba ahí.

—¿Qué pasó con Evy? ¿Qué tiene que ver Lavigne? —insistió.

Me sentí entre la espada y la pared nuevamente. No me correspondía contarle algo que, se suponía, que yo no sabía. Pero Enzo era una persona confiable, que se preocupaba mucho por las personas que trabajaban con él. Podía limitarme a los hechos recientes.

—Atacó a Evy en la oficina —solté de golpe.

—¿Qué has dicho? —exclamó, abriendo los ojos de forma exagerada, inclinándose un poco hacia adelante, como si quisiera escuchar mejor.

Negué con la cabeza.

—Es todo lo que sé. Necesito volver en este momento, tengo que asegurarme de que ella esté realmente bien. Sabía que no era buena idea venir… —dije esto último para mí mismo.

—No te castigues, hijo. Era imposible que supieras que algo así sucedería —dijo Enzo—. Volvamos a Nueva York.

—Puedo ir solo, usted tiene asuntos que tratar mañana aquí todavía… —dije, desesperado.

Le estaba fallando a él también por irme de improvisto.

—Vamos a volver a Nueva York. No es pregunta —contestó firme.

Tomó su celular para llamar a alguien.

—Steve, consigue dos pasajes de regreso a Nueva York, ¡ya!. El primer vuelo disponible. No importa el costo, pero que sea lo más rápido. Es urgente —dijo, y colgó sin esperar respuesta—.

Vamos por las maletas al hotel.

Enzo hizo llamada tras llamada. Tomamos el primer vuelo directo disponible; llegaría a las cinco de la mañana a la ciudad. No era lo suficientemente rápido, pero era lo que había. Me torturé todo el camino, pensando en todo lo que pudo suceder.

Apenas recuperé mi maleta, salí tan rápido como pude del aeropuerto y tomé un taxi a casa. Le envié un mensaje a Nate. A pesar de que el aeropuerto de Newark era el más cercano a mi departamento, el camino se me hizo eterno.

Logré llegar poco después de las seis de la mañana. Abrí con cuidado para no asustarlos; Nate y Harper ya estaban en la cocina bebiendo café. Les agradecí por cuidar de Evy.

De pronto escuchamos ruido proveniente de mi habitación.

—No, no… ¡suéltame! ¡SUÉLTAME!

Corrí a mi habitación con Harper detrás de mí. Evy estaba quejándose dormida, tenía los ojos apretados y estaba en posición fetal. Me quebró el corazón verla así. Sabía que no debía despertarla si tenía una pesadilla, pero tampoco iba a quedarme sin hacer nada.

—Evy, tranquila, aquí estoy. Aquí estoy.

Intenté tomar sus manos, pero empezó a pelear.

—¡Suéltame! —exclamó, abriendo los ojos de golpe, asustada. Le tomó un par de segundos entender que estaba ahí con ella—. ¡Theo!

Se lanzó a mis brazos, temblando por completo. Podía sentir su corazón latiendo a toda velocidad.

—Ya estoy aquí, estás a salvo —dije, abrazándola fuerte.

Harper me hizo señas de que se irían y cerró la puerta con cuidado.

—Perdóname, amor —dije con voz quebrada—. Perdóname por no estar aquí. Te prometí que te protegería y mira lo que…

No pude seguir hablando. Lloré en silencio. Ella también lloró. Nos tomó un rato poder tranquilizarnos.

—¿Cómo es que llegaste antes? —sollozó.

Aclaré mi garganta.

—Nate me llamó. Me dijo que te habían atacado y vine en cuanto pude.

—Pero… —Tomó el anillo de dragón con una mano, dándole vueltas, ansiosa— ¿Y lo de la producción? ¿Tus ilustraciones? —preguntó angustiada. Me miró a los ojos, aún llorosa— ¿Dejaste a medias la negociación? ¿Y Enzo…?

Empezó a alterarse, su respiración se agitó. La abracé y acaricié su cabello.

—Tranquila, olvídate de eso. No importa ahora.

Se aferró a mi chaqueta.

—Pero tu trabajo, amor…

—No te preocupes. Lo importante ahora es que estés bien, que resolvamos todo —acoté, resoplando enfadado—. Si me hubiera quedado, si…

—No tienes la culpa, amor —dijo tratando de sonar normal.

Me miró sonriente, aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas. Yo no podía ser tan fuerte.

—Yo tuve la culpa por quedarme sola en la oficina. Debí salir corriendo cuando me di cuenta de que no había nadie más; debí suponer que…

—No digas eso —interrumpí—. Tú no tienes la culpa ni lo provocaste, que no te hagan sentir que

sí.

Cuando ambos pudimos calmarnos, me contó todo lo sucedido. Con demasiado detalle para mi gusto, pero necesitaba saberlo. Esa sabandija tendría su merecido sí o sí.

—¿Qué dijo la policía cuando diste tu declaración?

Temí su respuesta, pero al menos podría existir la mínima posibilidad de que la policía realmente interviniera.

—No me interrogaron —contestó con calma.

—¡¿Cómo que no!? —exclamé, alzando ambas cejas, atónito.

—No. El señor Wells mandó decir que me fuera a casa, que después hablarían conmigo pero…

—¡¿PERO QUÉ LE PASA A ESE SUJETO?! —espeté enfadado, haciendo que Evy se estremeciera —. Lo siento, no quise… es que…

La desesperación se apoderaba de mí. Me sentía atado de manos.

—Sé que crees que haces lo correcto —dije con un nudo en la garganta—. Pero no es así. ¡No puedes anteponer las necesidades de esa empresa que tanto daño te ha hecho!

—¡LO SÉ! —gritó.

Me quedé callado. Estaba harta de todo, sus ojos casi desorbitados.

—¡Sé que hice mal desde entonces! —resopló, cansada—. Ayer no podía reaccionar, pero hoy voy a ir a la policía a levantar la denuncia.

—¿Lo harás? —pregunté, alzando ambas dejas, sorprendido por lo que dijo..

—Sí. Demandaré a Alexander, al señor Wells y a Insight. Ya no puedo seguir ahí. Voy a presentar mi renuncia —sollozó—. Sé que significa un fracaso, pero ya no puedo seguir así.

—No, mi amor, claro que no es un fracaso.

Quería besarla y decirle que todo estaría bien, pero estos momentos eran demasiado delicados. No quería incomodarla después de lo de Lavigne.

—¿No lo es?

—Por supuesto que no —respondí, viéndola a los ojos. Tomé su mano y le di un beso en los nudillos—. Esto es lo mejor que pudiste haber hecho.

—Pero también afectará tu trabajo —dijo angustiada.

—No importa. Renunciaré también. Si seguí ahí después de conocer tu historia, fue para protegerte. Nada me ata a Loop.

Sequé sus lágrimas con toda la delicadeza posible. Suspiró desconsolada.

—Lo que me puede son los proyectos, los autores, ¡Enzo! ¿Qué va a decir cuando sepa? Tal vez no debería…

—No te preocupes. Lo que tenga que caer, caerá. Y sobre Enzo, ya lo sabe.

Frunció el ceño, se cubrió la boca con ambas manos, asustada. Estaba seguro de que se estaba culpando de todo.

—Él estaba conmigo cuando Nate me llamó —continué, en un afán de tranquilizarla—. Fue quien me consiguió el vuelo de regreso y me acompañó. Comentó que se encargaría de terminar sus proyectos con Insight. Me pidió que te dijera que no te preocuparas por él. No es la primera vez que cambia de editorial. Todos te respaldamos, ¿de acuerdo?

Luego de desayunar, la acompañé a poner la denuncia ante Lavigne por abuso sexual, acoso laboral, amenazas y abuso de poder. Al señor Wells e Insight por abuso de poder, encubrimiento y obstrucción de la justicia. Fue un proceso difícil pero necesario. Tras interponer las denuncias, tuvo

un interrogatorio bastante extenso. Evy estaba preparada y llevó todas las pruebas que tenía: mensajes de texto, correos electrónicos, videos de la cámara de seguridad que habían instalado a escondidas en su oficina…

Fue muy valiente que, por fin, se decidiera a hablar y parar esta injusticia. Si ella había sufrido algo así, ¿quién aseguraba que otras editoras no hubieran sufrido lo mismo bajo el yugo de Lavigne? ¿O de cualquier otro autor?

Después de eso fuimos a Insight a buscar al señor Wells. Llegamos al segundo piso, donde estaban el departamento administrativo. Cuando nos vio llegar se puso pálido; enseguida nos dio entrada a su oficina e intentó de mil maneras manipular a Evy para que el asunto se arreglara de manera "privada" nuevamente. Dijo que Lavigne estaba muy arrepentido, que estaba dispuesto a pagar lo que pidiera para zanjar el asunto. Dio cientos de excusas del porqué debería ser un arreglo interno por "el bien de todos".

Demasiado tarde, porque las denuncias ya estaban puestas. El señor Wells se desvivía en disculpas. Su esposa llegó a mitad de la conversación; ella ignoraba todo lo sucedido. Evy le explicó todo, lo de años atrás y los hechos recientes. Eso estalló en una discusión de la señora Wells con su marido. Felicitó a Evy por no quedarse callada y le dijo que su propuesta con Wish Books seguía en pie si así lo quería. Que no se preocupara porque Wish se independizaría de Insight. Evy no dio respuesta a eso, pero a mí me sonó a manipulación. Era imposible que esa mujer no supiera todo lo que sucedía en la editorial.

Finalmente salimos de Insight, no sin antes dejar nuestras cartas de renuncia con la señora Georgina, que nos miraba atónita.

51

Theo - Eyes never lie

El trago amargo pasó. Evy estaba un poco más tranquila. Fuimos a su casa, e hizo sus maletas para quedarse unos días conmigo, pues no quería estar sola mientras no supiéramos que Lavigne había sido arrestado.

Alessia y Arlo fueron a visitarnos esa noche. Cenamos como una familia, pero el ambiente se sentía denso. Arlo era el único no enterado de la situación, y preferimos que siguiera así.

Después de cenar, llevé a mi sobrino por un helado y a comprar postre para las chicas; así les daría tiempo de hablar largo y tendido a las dos. Alessia estaba muy consternada por la situación, pues le recordó mucho a todo lo que sufrió con el padre de Arlo. Quería ayudar a Evy en todo lo posible en este duro proceso que apenas iniciaba.

A propósito, me demoré un par de horas. Llevé a Arlo a una librería y "perdimos la noción del tiempo". Me costó dos libros sacarlo de ahí, puesto que ya iban a cerrar la tienda. Pasamos por los helados y volvimos a casa.

Cuando llegamos, me dio tranquilidad ver a Evy más relajada, riendo con Alessia. Ambas con ojos hinchados; seguro habían llorado, pero parecía haberles hecho bien a las dos.

Cuando mi hermana y mi sobrino se fueron, empecé a recoger y lavar los platos. Evy me ayudó a secar y guardarlos. Ninguno de los dos habló en el proceso. No podía con el silencio. Quería decir algo, pero no sabía qué.

—¿Te preparo un té?

Fue lo primero que se me ocurrió decir. Ella solo sonrió.

—Prefiero un café, ¿quieres uno? —preguntó mientras se acercaba a la alacena por las tazas.

—Yo los preparo, siéntate aquí —señalé una silla cercana a la barra de la cocina.

Encendí la cafetera, puse una cápsula de *espresso* y luego espumé algo de leche para hacer un *latte*. En menos de tres minutos, ya tenía el café listo. Le acerqué su taza y preparé el mío. Me senté del otro lado de la barra; iba a dar el primer trago cuando noté que ella solo puso sus manos alrededor de la taza, con la mirada fija en el café, sin probarlo.

—¿No quedó bien?

Negó con la cabeza.

—¿Está muy caliente? —insistí, mirándola con el entrecejo fruncido, desesperado por escucharla emitir algún sonido.

Me tenía preocupado que estuviera tan callada. No se veía asustada, sino más bien, pensativa.

—Theo —habló finalmente—, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, amor, lo que quieras.

Me miró, entornando los ojos. Tardó unos segundos en decidir cómo formular su pregunta. Me tensé; no podía leer su gesto.

—¿Por qué no me has besado?

De todas las preguntas posibles, esa era la menos esperada. Sonreí enternecido. Se sonrojó. Me levanté de la barra y llevé la silla para quedar justo a su lado. Respiraba agitada, nerviosa. Acomodé su cabello detrás de su oreja.

—Créeme que muero por besarte desde que volví —confesé—, pero no sé cómo te sientas con el contacto físico después de lo que sucedió.

Tragué saliva con dificultad; ni siquiera podía mencionarlo sin sentir que le había fallado al amor de mi vida.

—Por un momento pensé que no querías acercarte a mí, que te daba asco —admitió, triste.

—¡Jamás pienses eso! —exclamé, atrayéndola a mis brazos. Ella se aferró a mí—. Perdóname, no quería incomodarte. Últimamente, te he fallado mucho y me siento muy mal por eso.

—¿Por qué lo dices? —preguntó asustada.

—Te prometí que siempre estaría para ti y no estuve cuando más lo necesitabas. Te prometí que siempre te diría…

Evy levantó la mirada y acarició mi mejilla.

—Nunca me has fallado —interrumpió—. Deja de culparte por lo de Alexander, ¿de acuerdo?

Asentí. Se acercó despacio y me besó. Extrañaba tanto esos suaves labios sabor a café. Pasé mi mano por detrás de su cuello, y eso pareció gustarle. Fue un beso agridulce; por la forma desesperada de besarme, se notaba que estaba muy dolida. Temblaba ligeramente. Eso me hizo sentir peor.

—Perdóname —susurré.

—No hay nada qué perdonar, amor. Ahora lo que sigue es… tener un plan. Por mi culpa, ahora los dos estamos desempleados —musitó, soltando una risa, provocando que también riera yo. Luego caí en cuenta de lo que significaba para Evy haber renunciado a su trabajo; no debió ser una decisión fácil si ella luchó tantos años por ser la mejor. Entonces se me ocurrió una idea. Podría pedirle a Enzo que le consiguiera algo, aunque no estaba seguro de qué podría hacer si su área de experiencia era lo editorial. Así sería más fácil hablarle de la oferta de trabajo que se había presentado.

—¿En qué piensas?

Su pregunta me sacó de mis pensamientos.

—Creo que no había caído en cuenta de lo que significaba renunciar. Bueno, no para mí, yo puedo seguir independiente, pero ¿tú? Me preocupa que te enfermes por la incertidumbre.

—Tranquilo. Paso a paso, no hay prisa —murmuró entre risas. Acarició mi mejilla—. Estás demasiado tenso.

Entorné los ojos. Me resultaba cómico que precisamente ella me dijera eso.

—Vaya, vaya… ¿Quién eres? ¿Dónde dejaste a mi novia, la aprehensiva? —bromeé.

La hice reír más. Escucharla me alegró el corazón.

—Creo que sigo en *shock* y aún no asimilo que no tengo trabajo —confesó divertida—. O tal vez es que no estoy del todo en la incertidumbre sobre el futuro.

—No me extrañaría para nada que ya tengas un plan de respaldo —dije, cruzándome de brazos, sonriendo de lado.

Apretó la boca y me miró con esos enormes ojos brillantes. Había dado en el blanco.

—¡Por supuesto que ya tienes un plan! La Evy que me enamoró siempre tiene un plan.

—No tengo nada concretado, pero creo que ya tengo una idea.

Tanto su tono de voz como su postura denotaban una emoción positiva.

—Soy todo oídos —aseguré.

Esbozó una gran sonrisa y empezó a hablar.

—Anoche que llegué a tu casa, decidí que renunciaría a Loop. Desde que te conté mi pasado cuando estábamos en Frankfurt, no dejo de pensar en qué hubiera pasado si hubiera renunciado a la editorial y puesto la demanda. Tus palabras estuvieron dando vueltas en mi cabeza todo el tiempo. Entonces me asaltó la duda: si renunciaba, ¿qué haría ahora? ¿Buscar trabajo en otra editorial? Tendría que empezar desde cero.

Fruncí el ceño, recordando algo que escuché en la mañana en las oficinas de Insight.

—Espera, la señora Wells mencionó algo sobre Wish Books. ¿Te ofreció el trabajo?

Evy levantó una ceja y resopló.

—Ayer fue una locura. Antes del ataque, recibí la visita de Sara —bajó la mirada y soltó una risita sarcástica—. Resulta que el manuscrito que me desviví por revisar, el que incluso tú me ayudaste a terminar, era el primer borrador de una novela ya publicada en el extranjero hace mucho tiempo.

—¿Qué dices? —pregunté, con los ojos abiertos como platos, y la boca ligeramente abierta. No era posible la sarta de estupideces que hacía esta gente.

—Y espérate, que se pone mejor —dijo irónica—. Me puso a prueba para probar mi profesionalismo. La autora es reconocida en otros países, usó sus "dotes de actuación" para ayudarle a Sara a ponerme a prueba. Según ella quería asegurarse de que haría bien mi trabajo y no le daría por su lado solo por ser su recomendada.

Vaya si esta gente tenía mierda en la cabeza, pensé.

—Resulta que "pasé" la prueba y me ofreció el trabajo de editora en jefe de Wish. Y… si soy honesta, lo consideré por un momento, pensé en hablarlo contigo cuando regresaras pero… —empezó a negar. Estaba realmente decepcionada—. Ya no quiero tener ninguna relación con Insight ni sus sellos editoriales. Sería volver a lo mismo.

—¿Entonces cuál es el plan? —pregunté sonriente.

Me gustaba ver cómo, por fin, se daba su lugar.

—Ser editora es mi vida, siendo jefa o no. No me veo haciendo otra cosa. Así que, ya desde hace un par de años he pensado en iniciar mi propia editorial. A veces creo que es una locura, pero otras veces siento que puedo lograrlo. Conozco el medio, tengo los contactos y un capital suficiente para iniciar… no es tarea fácil, pero creo que sería peor no intentarlo.

Y yo que estaba preocupado por ella. Evy no dejaba de sorprenderme, pensaba en todo. Estaba seguro que su proyecto sería un éxito. Cuando fuimos a Frankfurt, fue impresionante darme cuenta la cantidad de profesionales que la conocían, así que tenía la certeza de que este proyecto era el paso lógico a seguir.

Pero ahora yo estaba en una encrucijada. Me habían ofrecido el trabajo soñado, pero eso implicaba dejar a Evy.

52

Evy - Hug

Pasaron unos cuantos días para que las autoridades lograran llevar a cabo el arresto de Alexander. Fue un periodo que no salí de casa de Theo; tenía miedo de que me estuviera siguiendo, pero gracias al cielo, no fue así.

Me contactaron de Insight, pidiendo que retirara los cargos, que me compensarían y me podrían devolver mi empleo; me prometieron que me protegerían. Pero yo no podía confiar. Fueron tantos años de incertidumbre, de anteponer los intereses de la empresa sobre mi propia integridad, que rechacé todas las ofertas.

Leslie, la abogada que ayudó a Alessia en su proceso legal, aceptó representarme y jugó una parte trascendental en todo. Tuvo reuniones con los abogados de Insight y de Alexander. Rechazó todo acuerdo, y se llevó a cabo una audiencia preliminar poco antes de Navidad.

Llegar al lugar de la audiencia fue intimidante, pero no podía tener miedo; esto era lo correcto, por difícil que fuera. Entré fingiendo estabilidad. Tenía que estar serena, aunque por dentro temblaba. Theo me acompañó, más no pudo estar junto a mí en la audiencia; solo Leslie. Sin embargo, estuvo a poca distancia, en el público.

Lo más doloroso fue ver llegar a Alexander con su equipo de abogados. Entró como si fuera una estrella de cine. El muy cínico actuaba con normalidad. En un momento, nuestras miradas se cruzaron; sonrió y yo desvié la vista al frente.

—Tranquila. No lo mires, no le des la satisfacción de tener tu atención —dijo Leslie.

Asentí.

El juez entró y dio inicio. Los abogados de ambas partes dieron su versión de los hechos. Era una locura ver cómo el equipo de Alexander tergiversó todo para ponerme como la victimaria. Los murmullos no se hicieron esperar.

Leslie no se inmutó. Esperó paciente su turno y empezó a presentar la evidencia. Creí estar lista para esto, pero fue muy difícil ver en una gran pantalla los correos electrónicos con amenazas, los mensajes de texto, las llamadas grabadas, y lo peor, los videos de mi cámara de seguridad. Lloré en silencio todo el proceso. Sentía vergüenza y asco de revivir todo lo que veía en la pantalla. Leslie tomó mi mano para darme valor.

Después de una eternidad, la audiencia llegó a su fin con el juez determinando que existía evidencia más que suficiente para iniciar el proceso de juicio. Avisarían pronto de las fechas. Mientras tanto, Alexander estaría bajo arresto. Dos oficiales se acercaron para esposarlo y llevárselo

casi a la fuerza. Pasaron frente a nosotros para sacarlo.

—¡TE ARREPENTIRÁS DE ESTO, EVELYN! ¡NO SABES CON QUIÉN ESTÁS TRATANDO! —amenazó entre forcejeos.

Cerré los ojos y apreté los labios. No iba a reaccionar. No quería tener una imagen de él atormentándome. Escuché cómo se lo llevaban, entre gritos y amenazas.

—Esto está prácticamente ganado. Sé que esto es difícil pero, lo que acaba de pasar nos beneficia. Vamos a ganar este caso, es una promesa —dijo Leslie.

Asentí entre sollozos. Nos pusimos de pie para salir. Pasamos la barrera que nos dividía del público y Theo se unió a nosotros.

—¿Estás bien, amor? —preguntó preocupado.

—Sí. Estoy bien —mentí.

Theo me abrazó. Sabía que mentía por costumbre. Estar en sus brazos me daba toda la seguridad que necesitaba.

—Siento mucho que tengas que pasar por todo esto. Haría lo que fuera por evitarlo.

—Vamos a casa. Me va a explotar la cabeza.

La audiencia fue tan abrumadora que me sentía cansada, como si hubiera corrido un maratón. La cabeza me punzaba del estrés, necesitaba dormir.

Llegamos a la casa de Theo porque aun no quería estar en la mía; me sentía vulnerable y observada.

—¿Quieres darte una ducha para que te sientas mejor? —preguntó.

—Creo que sí, necesito quitarme toda esta tensión —contesté con una sonrisa débil.

—Mientras te relajas, iré por algo de cenar.

Pensé en decirle que pidiera por la aplicación, así no tendría que salir, pero enseguida capté que necesitaba tiempo para despejarse. La audiencia también había sido difícil para él. Seguro quería ir a caminar, para tomar aire, solo. Se lo debía, después de tanto caos.

—Sí, amor, está bien.

Le di un beso y entré a la habitación. Saqué mi pijama de su clóset, pues me había hecho un espacio para mis cosas.

Abrí la llave del agua caliente y pronto empezó a salir el vapor. Puse algo de música de fondo para crear un ambiente relajante. Al entrar en contacto con el agua, los recuerdos del día empezaron a agolparse en mi mente. La mirada de Alexander sobre mí durante la audiencia inicial, el ver la evidencia… estuve expuesta ante todos. Todo lo sufrido durante dos años, más los años en los que lo oculté, se descubrieron en un lapso de dos horas.

Empecé a llorar, tenía que sacar todo esto que me incomodaba. Lloré y grité desconsolada; por fin, veía fin a este problema. Al parecer, necesitaba que pasara algo así para poder tomar acción. De no haber sucedido, seguiría trabajando para Insight, con la incomodidad de encontrarme a Alexander en cada reunión por su "trabajo", por quien sabe cuantos años más.

De pronto, el teléfono de la casa empezó a sonar. Miré el reloj y me di cuenta de que ya llevaba más de veinte minutos en la regadera. Theo aún no volvía, así que me apresuré a salir para contestar.

Me enredé en una toalla y encima me puse la bata de baño de Theo. El teléfono seguía sonando. Debía ser importante si insistían.

—¡Ya voy, ya voy! —grité, como si me escucharan. Levanté la bocina— ¿Aló?

—*¿Evy?*

La voz de Enzo me sorprendió. *¿Por qué llamaba a la casa de Theo?*

—Sí, soy yo. Buenas noches, Enzo —contesté amablemente.

—Buenas noches. Me enteré de que hoy tuvieron la audiencia. ¿Cómo estuvo todo? ¿Cómo te sientes?

Tomé aire. Hablar del tema era difícil, aún más con gente que me conocía. Me sentía culpable de no haberles dicho nada.

—Tranquila, si no quieres hablar de ello, lo entiendo.

—Fue difícil revivir todo lo que oculté por años, peor aún porque fue ante tanta gente… y el mismo Alexander —dije, desanimada.

Resopló enfadado.

—Sigo sin creer que Lavigne hiciera tal atrocidad... Gracias al cielo hiciste la denuncia correspondiente. Sé que no debió ser una decisión fácil, pero te felicito.

—Gracias. Y, por cierto, gracias por traer de vuelta a Theo tan rápido aquella vez. Siento mucho que se quedó todo a medias en Los Ángeles.

—No te preocupes, la compra de los diseños se dio en cuanto llegamos. Solo quedó pendiente su decisión sobre el puesto.

Fruncí el ceño; no entendí a qué se refería.

—¿A cuál puesto?

—Lo de aceptar el puesto de artista conceptual para la producción.

En eso, la puerta del departamento se abrió.

—¡Ya llegué, amor! —gritó Theo desde la entrada.

No pude contestarle.

—Ah… sí —mentí.

—Antes de que él recibiera la llamada sobre lo que te pasó, le estaba diciendo que se tomara tiempo para analizar la propuesta de trabajo, pues no es decisión fácil, mudarse del otro lado del país y todo lo que implica...

Se me congeló el corazón al escucharlo. No me había dicho nada.

—Tú sabes cómo soy con la gente que trabaja conmigo. No me gusta que se sientan obligados a algo que no quieran hacer. Creo que fui demasiado efusivo cuando le ofrecí el empleo, solo quería asegurarme de que sepa que no está comprometido a nada. Pero también que ya queda un plazo breve para que de su respuesta a Bright Films.

Theo entró a la habitación en ese momento.

—¿Con quién hablas, novia? —preguntó en voz baja.

Levantó la mirada y su gesto sonriente se desvaneció al ver mi rostro desencajado.

—Puedo escucharlo. ¿Sería posible hablar con él?

No contesté, solo extendí el teléfono hacia Theo. Confundido, lo tomó y se lo puso al oído.

—¿Sí?… —Al escuchar quién era, se puso pálido. —Ah… sí, sí… iba a llamarle mañana… aún no… no exactamente… claro, lo recuerdo…

Me quedé helada. No tenía idea de qué había una oferta de trabajo. Me daba gusto por él, pero… ¿mudarse? ¿A Los Ángeles? ¿Por cuánto tiempo?

Empecé a sentir frío. Recordé que seguía enredada en la toalla y la bata de baño. Mi cabello goteaba todavía. Tomé mi pijama de la cama y me encerré en el baño para cambiarme. Estaba aturdida. Me vestí con movimientos torpes y tomé otra toalla para secar mi cabello, o al menos que dejara de gotear.

Tranquilízate, Evy. Esto no es sobre ti, es sobre Theo. No te alteres. Deja que hable primero, pensé.

Respiré hondo tres veces, tratando de regularme. No sirvió de nada, porque en eso la puerta del baño se abrió y me asusté.

—Amor… —musitó, con la respiración agitada.

Dejé la toalla en el cesto de ropa sucia y lo miré, callada.

—Iba a decírtelo pero no encontraba el momento, con todo esto que está pasando… —me tomó de la mano para salir del baño—. Perdóname. Te prometí que hablaríamos cuando una oportunidad así se presentara…

Me sentó en la orilla de la cama y él se quedó de pie, escondiendo su mirada. Su respiración entrecortada, su mandíbula tensa y sus ojos inquietos por no encontrarse con los míos, denotaban la desesperación que sentía.

—¿De qué puesto hablaba Enzo? —pregunté en voz baja. No quería hacerme novelas en mi cabeza sobre lo que pudo haber pasado. Necesitaba escuchar de él cómo fueron las cosas—. No lo endulces, solo dilo, por favor. Quiero saber.

Eso fue suficiente para que me mirara.

—Te fallé —dijo, triste.

Fruncí el ceño. Suspiró. Tomó asiento junto a mí.

—Desde antes del viaje —explicó—, Enzo me ofreció trabajar en la producción de su serie como artista conceptual.

Me cubrí la boca con ambas manos. Theo apretó los labios y agachó la mirada.

—Aunque ya me compraron los diseños; a Enzo le gustaría que estuviera involucrado en el proyecto para cuidar que sus personajes sean respetados según las descripciones de los libros. Quiere que guíe el departamento de arte. El viaje a Los Ángeles era con dos fines: firmar la cesión de derechos de mi material, con su respectivo pago, y la otra era, mostrarme en lo que podría trabajar si aceptaba la oferta. No decidí nada porque fue justo cuando Nate me llamó para informarme lo sucedido, así que se quedó pendiente. Por eso me llamó Enzo. Tengo solo esta semana para darle mi respuesta.

—¿Y ese puesto te gusta?

Sabía perfectamente la respuesta.

—Sí, claro que sí. Es una gran oportunidad, pero te dije que este tipo de cosas las hablaría contigo primero. Con lo sucedido en Loop, la verdad es que no sabía cómo abordarlo. Ahora ni siquiera sé si quiero aceptarlo, no quiero dejarte sola…

—No digas nada —susurré.

Me miró aterrado. Me armé de valor.

—Acepta el trabajo, amor. Es tu sueño, si tienes la oportunidad, tómala —dije con el corazón en la mano y los ojos vidriosos.

Theo frunció el ceño, sorprendido.

—Pero…

—No voy a obstaculizar tus metas, Theo. Jamás. No podría perdonármelo.

Y era la verdad. Aunque me doliera verlo partir, él ya había hecho demasiado por mí como para atarlo. Lo amaba tanto que me tragaría mi orgullo y lo apoyaría para que cumpliera sus proyectos.

—No quiero dejarte sola. Apenas me fui dos días y ve todo lo que pasó.

Negué con la cabeza.

—Las cosas cambiaron. Alexander está arrestado y el juicio va para largo. Ya no es un peligro para mí. Yo estaré ocupada con la editorial. ¿Qué te detiene a aceptar la oferta?

Se hincó ante mí, tomó mis manos y me miró a los ojos.

—Pero quiero ayudarte con tu proyecto. Sé que puedes sola pero, quiero estar para apoyarte.

—No estoy sola. Alessia y Arlo están cerca. También tengo a Harper y a Nate que, aunque ya no trabajamos juntos, sé que me pueden apoyar con ciertas cosas. Mi sobrina está por nacer, te juro que apenas la bebé llegue, Maddie se mantendrá aquí en la ciudad… —comenté, intentando darle la seguridad de que todo estaría bien—. Además, ¿cada cuánto se presentan oportunidades así? Te darías a conocer aún más. Si eventualmente vuelves a ser independiente, te buscarían de muchos lados al saber que fuiste responsable de los diseños de personaje y paisaje de la serie de Enzo… la decisión es sencilla.

—La idea de estar tan lejos uno del otro me hace dudar —admitió.

—Podremos atravesar esto juntos —aseguré—. La distancia será un inconveniente, pero no es para siempre. No estás atado a mí, ni yo a ti, ¿recuerdas?

Él me había dicho lo mismo tiempo atrás.

—Una de las cosas que más me gusta de esta relación es que ambos nos dejamos ser, confiamos el uno en el otro. Sé que eres más que capaz de poder liderar como artista conceptual. Tienes toda la experiencia y el talento. Y sé que sabes que yo puedo dirigir la editorial, con todo lo bueno y lo malo que conlleva.

Se quedó pensativo. Le di su tiempo.

—¿Crees que deba aceptarlo? —preguntó, con la mirada brillante; una gran sonrisa apareció en su rostro, claramente ilusionado.

—Solo si tú quieres hacerlo, amor —me hinqué frente a él para quedar a la misma altura—. Lo que tú quieras hacer, yo te voy a apoyar.

Theo sonrió. Sus músculos de destensaron; pude notarlo en sus hombros relajados. Lo pensó un momento y luego asintió.

—Lo haré —respondió sonriente.

Sentí mi corazón resquebrajarse, pero, al mismo tiempo, me alegré porque él seguiría sus sueños, así como yo seguiría los míos. Ahora, más que nunca, estaba dispuesta a trabajar por mi propia editorial. Sería otro largo camino por recorrer, pero bajo mis reglas y mis estándares.

Los siguientes días trabajé en el plan de negocios. Aunque me sabía todos los pasos de memoria, fruto de los años trabajados en Insight, lo que me tenía tensa era la cuestión económica.

Había decidido usar el dinero que el señor Wells me había dado la primera vez que tuve problemas con Alexander. En aquella época, no quise usarlo; se sentía como dinero prohibido. Lo había puesto en inversiones y había rendido algunas ganancias. Evalué lo que podría hacer con eso. Parecía que me serviría como capital de inicio; al menos así, no tendría que pedir préstamos ni tener socios.

53

Evy - If you leave me

Pronto encontré un piso para las oficinas; se adecuaba a lo que tenía planeado. Ahora sí podía comprar el mobiliario y el equipo necesario para arrancar. Si todo marchaba bien, podría abrir las puertas de la editorial en Marzo.

Estaba tan emocionada que llevé a Harper, Nate y Theo a ver las oficinas. No eran tan grandes como en Insight, pero era un buen comienzo.

—¡Bienvenidos a Evelyn Hope Publishing! —anuncié emocionada cuando entramos.

—Es más grande de lo que imaginé —expresó Harper, mirando a todos lados con curiosidad.

Theo me abrazó.

—Buen trabajo, jefa. Este lugar se ve asombroso —dijo antes de darme un beso en la frente.

—¿En serio lo vas a llamar Evelyn Hope Publishing? —preguntó Nate, cruzándose de brazos y con mirada inquisitiva.

Harper lo fulminó con la mirada y le dio un zape.

—Es el nombre legal, no el comercial —comenté entre risas—. Aún estoy trabajando en eso.

Puse mis manos en mi cintura, viendo el espacio vacío que pronto sería mi propia editorial. Tenía mucho miedo, pero a la vez, mucha esperanza de que todo marchara bien.

—¿Y cuando inicias contrataciones? —preguntó Harper.

—Probablemente la próxima semana empiece a poner los anuncios de las vacantes. Estoy esperando al menos que lleguen algunos muebles para tener donde hacer las entrevistas.

Resoplé. Me quedaba el trabajo pesado, conseguir personal que confiara en mí para trabajar en esto.

—¿A dónde enviamos nuestro currículum?

Que Nate preguntara eso me tomó por sorpresa, y más por ser él.

—¿Quieres trabajar conmigo? —abrí los ojos de par en par, inclinándome levemente hacia adelante, incrédula.

—Corrección, vamos a trabajar contigo, o ¿a poco crees que te dejaremos sola en esto? —dijo Harper.

Me llevé las manos al corazón, boquiabierta. Miré a Theo, quien solo sonreía y se encogía de hombros.

—Tengo una pequeña duda —mencionó Theo, frunciendo el ceño—. ¿Cómo esperan trabajar aquí si están en Loop?

—Dejamos Loop antes de fin de año —contestó Nate, abrazando a Harper.

—Pero, ¿por qué? —pregunté, azorada.

—Las cosas se están poniendo feas. Ya habíamos hablado sobre dejar la editorial después de lo que te pasó. Era una decisión mía, pero luego este bombón dijo que tampoco estaba cómodo con quedarse y decidimos dejarlos, antes de que el barco se hunda —explicó Harper sonriente.

—No sé qué decir, me halagan pero… Dios, me siento tan culpable —sollocé, cubriéndome la boca con una mano, intentando ocultar el temblor de mis labios. Como pude, aclaré mi garganta—. Chicos, no les puedo prometer tener la misma cantidad de trabajo que teníamos allá. Aún no estoy segura de poder pagarles lo mismo que ganaban en Loop.

—Algo se nos ocurrirá, descuida. Pero si nos das la oportunidad, queremos ayudarte en este proyecto. Confiamos en ti —aseguró Harper.

Las lágrimas se escaparon de mis ojos y abracé a mi amiga.

—Claro que los quiero aquí conmigo ¡gracias!

Sonó un teléfono.

—Disculpen, enseguida regreso —dijo Theo, alejándose.

—Y bueno, tú nos dices cuando empezamos a venir para ayudarte a montar todo esto —comentó Nate.

—Claro, probablemente en un par de días llegue la primera parte del mobiliario y les voy avisando.

—Oye, ¿y qué con Theo? Obviamente será ilustrador aquí, ¿no? —preguntó Harper.

Suspiré. Desvié la mirada hacia donde estaba Theo, que seguía hablando por teléfono.

—No —contesté, triste.

Me miraron sorprendidos.

—Por ahora sigue como independiente, le va bastante bien. En el viaje que hizo a Los Ángeles, se presentó una gran oportunidad laboral allá.

—¿Se irá? —preguntó Nate, sorprendido.

—Pero ¿y ustedes? —exclamó Harper, llevándose la mano al corazón, frunciendo el entrecejo.

—Supongo que la llamada es sobre eso —dije, un poco desanimada.

—¡No lo dejes ir! —exigió Harper.

—Harp, lo amo, y porque lo amo no le voy a obstaculizar su desarrollo profesional. Está por cumplir uno de sus más grandes sueños —murmuré para que él no escuchara—. Voy a hacer lo que sea necesario para que sea feliz. No quiero escuchar más sobre esto, ¿está bien?

Ni siquiera fue con molestia, era más bien una súplica. El tema de si decidía irse residía en él.

Después de la audiencia inicial, hablamos de su oportunidad de trabajo. Dudaba entre si irse o no, quería cumplir ese sueño de trabajar en el mundo cinematográfico, pero yo lo estaba reteniendo de alguna manera. Se sentía obligado a quedarse conmigo para cuidarme, no quería que se sintiera así.

Me daba cuenta de que le emocionaba la oportunidad de trabajar como artista conceptual. Tuvimos una charla bastante profunda y llegó a la conclusión de que era algo que quería probar, que le tomaría la palabra a Enzo y negociaría sus condiciones de trabajo.

Le reafirmé que, lo que decidiera, yo lo apoyaría. Mientras el contrato no estuviera firmado, yo no preguntaría al respecto.

—De acuerdo, lo siento, amiga, es que… no concibo verlos lejos uno del otro.

Le devolví una sonrisa débil.

—Listo, ¿en qué estábamos? —preguntó Theo, guardando su teléfono y uniéndose a la conversación.

—Oh, estábamos despidiéndonos —mintió Nate—. Debo ir a recoger unas cosas a la paquetería.

—Sí, pero estamos en contacto. Cualquier cosa, vendremos a ayudar —añadió Harper.

Por su expresión, no solo se refería a acomodar muebles, sino a cualquier cosa que necesitara con la incertidumbre de qué sucedería con Theo.

—Gracias.

Los acompañé a la puerta y volví a las oficinas por mis cosas. Theo estaba de brazos cruzados, viendo por la ventana hacia la calle. Se veía tan atractivo. Lo abracé por detrás, tomándolo por sorpresa.

—¿En qué piensas, novio? —pregunté por aligerar el momento.

Se giró hacia mí, tomó mi rostro y me besó. Estaba de buen humor. Apoyó su frente con la mía y cerró los ojos.

—Llamaron de Bright Films —comentó.

Me dio un escalofrío escucharlo.

—¿Qué dijeron? —intenté sonar lo más serena posible.

—Logré negociar un sueldo más alto, quieren que firme el contrato.

No contesté. Cualquier cosa que dijera podría arruinarlo. Se veía tan feliz.

—Iré a Los Ángeles en dos semanas para firmar y empiezo a trabajar —añadió.

¿Dos semanas? ¿Cómo tan rápido? Mi corazón se rompía a pedazos.

—Vaya —musité con voz quebrada—. No esperaba que fuera tan pronto.

—Pero vendré en cada oportunidad. Lo juro. No voy a dejar que esto nos separe.

Serían, mínimo, seis meses los que pasaría fuera de aquí. Obviamente, yo no quería que se fuera.

—Podemos con esto y más, novio. Estaremos bien.

Le sonreí cuanto pude y lo abracé. Quería esconder mi rostro de las lágrimas inminentes. Pareció no darse cuenta. Tuve, a lo mucho dos minutos para recomponerme.

54

Evy - Star

Las siguientes dos semanas me partí entre los preparativos de las oficinas y del viaje de Theo. Alessia estaba muy orgullosa de su hermano. Arlo lloró inconsolable con la noticia. Nos tomó un buen rato que se calmara y escuchara a su tío. Al final, pareció quedar un poco conforme. Le prometí que podría ir al colegio por él todos los días en lo que su tío volvía, y pareció agradarle la idea.

El día antes de su vuelo, fuimos a una exhibición de arte inmersivo, temática del espacio. Yo no quería salir, pero él insistió en llevarme. Por más que fingiera, Theo me conocía lo suficiente para saber que me dolía su partida.

Mientras observábamos una de las salas de la exhibición, me quedé viendo una constelación con mucha atención. Theo me abrazó por la espalda y apoyó su barbilla en mi hombro. Su olor me hizo sonreír y suspirar.

—¿Qué pasa, novia? —preguntó alegre.

—Voy a extrañar estas citas contigo —contesté, nostálgica.

—¿Solo las citas?

Di media vuelta. Esa sonrisa ladina que me encantaba hizo su aparición. Me tenía embobada.

—Todo de ti, para ser honesta.

Me paré de puntillas para darle un beso rápido. Soltó una risita nerviosa.

—¿Qué? ¿No me digas que te pongo nervioso? —bromeé.

No contestó, metió una mano al bolsillo de su pantalón y agachó la mirada. Por alguna razón, mi corazón se aceleró.

—Novia, yo…

Mi maldito teléfono sonó. *¿Era en serio?* Me encabroné. Sin ver quién era, contesté la llamada.

—¡CON UNA MIERDA! —grité, enfadada.

Theo me miraba aguantando la risa. Me dio vergüenza porque no solía ser malhablada, pero es que me tenían hasta el tope con sus malditas interrupciones.

—¡PERO QUÉ TINO TIENEN PARA INTERRUMPIR! ¡NO ESTOY DISPONIBLE AHORA!

Iba a colgar cuando escuché una risotada por el otro lado de la línea. Era Maddie.

Me asusté por un segundo, pues últimamente solo llamaba para darme actualizaciones de su embarazo y casi siempre andaba de malas. Theo dejó de reír cuando vio que cambió mi gesto.

—¿Interrumpí tu sesión de amor pasional? —bromeó Maddie.

—No, estamos en un museo…

—¿¡El museo del sexo!? —preguntó dos tonos más agudo.

—¡Maddie, por Dios! ¡El embarazo te tiene toda dañada! —me quejé.

—Pues ya no más —dijo tratando de aminorar las risas.

Sentí que el estómago se hacía nudo del miedo.

—¿A qué te refieres?

—Me vas a odiar pero no pude llamarte antes. Todo fue tan rápido… una locura. La pequeña Emily ya está con nosotros.

—¿Ya… ya nació? —tartamudeé.

Theo abrió los ojos como platos.

—¡Sí! —exclamó Maddie, feliz—. Todo salió bien, gracias a Dios —dijo con la voz quebrada.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué no me avisaste? ¿No faltaban dos o tres semanas?

—Esta pequeña es tan desesperada como su tía y llegó antes —comentó entre risas—. Te enviaré las fotos.

—¡Maddie! ¡Qué felicidad! Perdona los insultos, es que… No importa. ¡Iré a verlos pronto!

—Descuida, puede esperar al fin de semana o cuando tu maldito trabajo te de tiempo de respirar. Tráete a Theo, por favor. Tiene que conocer a su nueva sobrina.

Me reí nerviosa. No les había dicho que ya no trabajaba en Loop, mucho menos lo de la demanda. No había querido preocuparlos por el estado delicado de Maddie, pero con Emily sana y salva, ahora sí podría decirles que había renunciado y estaba levantando mi propia editorial. Preferí mantenerlos a raya del resto del drama; entre menos involucrados mejor.

—Les aviso cuando vaya para allá. Felicítame a Samuel, por favor.

—Felicidades por la pequeña Emily —dijo Theo, acercándose al teléfono.

—¡Muchas gracias! ¡Espero verlos pronto! —se despidió Maddie.

Guardé el teléfono, aún en *shock* por la noticia.

—¿Y esa boquita grosera? —cuestionó Theo, cruzado de brazos.

—Perdón, es que, desde siempre cuando vamos a hacer algo importante nos interrumpen. Ya estaba harta —me excusé, cerrando los ojos y respirando hondo—. Pero ya, me voy a calmar.

Se rio con ganas.

—¿En qué estábamos? —pregunté, ladeando mi cabeza un poco, y mirándolo de forma traviesa.

Aclaró su garganta.

—Que si ya querías ir a casa —contestó de inmediato.

Ir a casa. La realidad me cayó como balde de agua fría. A pesar de que era el lugar donde más segura me sentía, ahora me daba miedo entrar porque sus maletas estaban ya listas en la entrada. Me llevé la mano al anillo de dragón. Me mordí el labio tan fuerte que me salió un poco de sangre. El estrés me tenía muy mal, pero no quería que él se diera cuenta.

Volvimos temprano, puesto que no quería que se desvelara.

—¿Quieres que prepare algo de cenar? —preguntó.

Me dejé caer en el sillón, sin contestar.

—¿Novia?

—¿Eh? —balbuceé.

—¿Todo bien? —se sentó a mi lado.

Respiré hondo.

—Estoy algo abrumada, eso es todo. Son muchas cosas a la vez, estaré bien —aseguré, mostrando una débil sonrisa.

Me miró a los ojos. Su mirada era tan profunda que me hacía temblar de anticipación. Tragó saliva, bajó la mirada a mis labios. Ese simple movimiento hizo mi corazón acelerarse de inmediato. Poco a poco se acercó a mí, sin decir nada. Cerré los ojos y le ayudé a reducir la distancia entre nosotros. La calidez de sus labios me hizo sentir bien. Con manos temblorosas, empecé a desabotonar su camisa. Cuando terminé con el último botón, pasé a su pantalón pero me detuvo.

—Espera.

—¿Por qué? —pregunté, frunciendo el ceño, pensando que tal vez no quería que esto siguiera.

—Aquí no, esta noche va a ser especial.

Se puso de pie y me cargó en sus brazos.

—¿Qué plan tienes, novio? —pregunté entre risas nerviosas.

Me besó.

—Ya lo verás.

Me mordí el labio de los nervios. Me llevó a la recámara. La puerta estaba abierta y se veía una luz tenue del interior, lo cual era raro porque no tenía lámparas que dieran una luz tan débil. Pronto supe el porqué. La habitación estaba llena de velas sintéticas, ubicadas de forma estratégica. Estaba boquiabierta, le daba un aire muy romántico.

Él me bajó con cuidado en la cama, sin perder el contacto visual. Se quitó la camisa y la dejó en el sillón. Empecé a desabotonar mi blusa.

—No, déjalo, yo quiero hacerlo —me pidió.

Obediente, me quedé tan quieta como pude, observando cada uno de sus movimientos. Se dio media vuelta y, desde su teléfono puso algo de música para poner el ambiente. Enseguida se acercó, desabrochó el botón de su pantalón y bajó el cierre, dejándome ver lo preparado que estaba para esta noche. Sentí mis mejillas arder. Se subió a la cama para quedar encima de mí, me miraba tan serio que me quería reír de los nervios. Me besó y empezó a quitar la blusa y el pantalón lentamente para dejar al descubierto el conjunto de encaje negro que me había puesto para él.

—¿Te gusta? —pregunté, tentándolo.

—Es lindo —dijo, inspeccionando cada detalle del conjunto—. Pero me encantas más tú.

Me besó el cuello y, pronto pasó a besar las partes cubiertas por la tela de encaje. Cerré los ojos, dejándome llevar. Sus caricias parecían activar mi lado más sensual. Pronto, nos dejamos llevar por los sentimientos y las sensaciones del momento. Esto no era sexo, esto era aquello que llaman hacer el amor de verdad.

55

Theo - Hold my hand

Evy se quedó dormida después de hacer el amor. Fue una experiencia llena de emociones encontradas. Las caricias desesperadas, los besos lentos, los movimientos coordinados. Éramos conscientes de que se avecinaban tiempos difíciles en muchos sentidos, pero todo era porque ambos lográramos nuestras metas.

La observé dormir, acariciando su espalda desnuda, su piel suave. Iba a extrañar tenerla cerca de mí todo el tiempo. Desde que nos conocimos, nos veíamos a diario en el trabajo; tras empezar a fingir una relación, la veía seis veces a la semana, y cuando por fin nos confesamos todo, prácticamente vivíamos juntos. Dejar de tener esta vida tan anhelada parecía un crimen, pero también lo era dejar ir una oportunidad como la de trabajar en Los Ángeles. Aunque no le había dicho, una de mis condiciones de trabajo era aumentar el sueldo porque quería invertir en su editorial. No quise decirle porque sabía que se negaría, pero al volver, pondría mi parte para hacer crecer el negocio. Mi mayor motivación para irme lejos un tiempo no era tanto la experiencia, sino el poder aportar a la vida de Evy.

No dormí en toda la noche, quería aprovechar todo el tiempo posible para ver al amor de mi vida junto a mí. Grabarme cada centímetro de su cuerpo para poder recordarla a detalle y resistir el estar lejos uno del otro.

Las horas pasaron más rápido de lo que me habría gustado. Para mediodía, ya estábamos en el aeropuerto. Documenté mis maletas y pasé un rato más a su lado antes de partir.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con los ojos muy abiertos, llenos de curiosidad.

—Nervioso, la verdad —admití sonriendo de medio lado.

Me abrazó fuerte.

—Lo harás excelente, novio —suspiró—. Estoy pensando en comprarme un vuelo para irme contigo.

—Me encantaría que lo hicieras —le susurré al oído antes de darle una leve mordida que la hizo estremecerse—. Pero luego, ¿quién se encarga de la editorial?

Se rio.

—De haber sabido que tenías esa oportunidad no habría iniciado el proyecto, pero, por algo pasan las cosas. Pronto nos reiremos de esto, estoy segura —musitó, escondiendo su cara en mi pecho.

Le di un beso en la cabeza.

Anunciaron el vuelo. Evy se aferró a mí, temblorosa. Sentí como si me hubieran dado un golpe en el estómago; me dolía verla sufrir.

—Tranquila, novia —murmuré buscando su mirada—. Te llamaré apenas llegue ¿de acuerdo?

Levantó la mirada, esos ojos que me encantaban estaban rojos y llenos de lágrimas. Su nariz también estaba roja. Me sonreía pero sus labios no cooperaban; en cualquier momento se quebraría. Tan solo asintió. Con mi dedo índice sostuve su barbilla y la besé con todo el amor y devoción posible.

—Que tengas un buen viaje, amor —dijo, con sus ojitos rojos y una sonrisa.

—Te amo, Evy —la volví a abrazar—. Pronto estaremos juntos, lo prometo.

Le di un beso en la frente y me alejé de ella para pasar por el puesto de seguridad. Entregué el boleto al guardia para que lo revisara junto con mi identificación. Mientras tanto, volteé a ver a Evy, quien me decía adiós con la mano, mientras derramaba lágrimas. Le lancé un beso y me seguí mi camino.

Deposité mi mochila y demás pertenencias en una bandeja de plástico para formarme en el escáner. El oficial del otro lado del arco de seguridad, me indicó con su escáner portátil que pasara. No sonó ninguna alarma, así que pude irme rápido de ahí. Tomé mis cosas y avancé hasta la sala de abordaje; faltaba poco menos de una hora para que empezaran a llamar. Me sentía inquieto. Saqué los audífonos para escuchar algo de música. Luego le envié un mensaje a Evy.

"Ya te extraño"

Suspiré cuando envié el mensaje. En menos de diez segundos me contestó.

"Yo te extraño más :("

Sonreí triste. El tiempo pasó rápido, a pesar de todo. Llegué a Los Ángeles por la noche. Tomé un taxi directo al hotel, donde estaría un par de días antes de que me asignaran un departamento para los meses que estaría aquí. Le envié un mensaje a Alessia para avisarle que ya había llegado, que le llamaría al día siguiente para poder charlar con Arlo, puesto que, si aquí ya eran las ocho de la noche, en Nueva York serían las once y ya estaba dormido.

Pensé en enviarle mensaje a Evy, pero ¿a quién engañaba? Necesitaba hablarle. La llamé y me contestó enseguida.

—*¿Theo?*

Sonreí con tan solo escuchar su voz.

—Hola, novia. ¿Cómo estás?

—*Mejor ahora que te escucho* —habló más animada—. *¿Cómo está todo por allá?*

—Gris y horrendo, me haces falta —confesé. La hice reír.

—*No es posible que vayas llegando y me digas eso* —rió, divertida.

Me dejé caer en el sillón, apoyé mi cabeza en el respaldo, viendo al techo.

—Creo que así será hasta que pueda ir a visitarte. ¿Qué tal tu día?

—*Deprimente, pero estuve bastante ocupada. Nate y Harper vinieron a las oficinas a ayudarme. Hoy llegaron las computadoras y empezamos a instalarlas. Tuve entrevistas con posibles recepcionistas y luego unas llamadas con algunos autores.*

—¿Tan rápido? —pregunté, interesado.

—*No los busqué yo, ellos me buscaron a mí. Al parecer, cuando llamaron a Loop, Cody les dijo que ya no trabajaba ahí, pero que podía darles mi número. ¿Puedes creerlo?*

—Perfectamente. Para Cody eres un modelo a seguir, no dudaría que pronto te envíe un

curriculum.

Evy soltó una carcajada.

—*Me van a acusar de sabotaje o algo así si contrato a toda la plantilla de Loop.*

Me reí también, podía imaginar perfectamente las repercusiones.

—Sería muy divertido —admití, pensando en lo genial que sería volver a trabajar juntos.

La conversación continuó en trivialidades. Estuvimos al teléfono casi dos horas, pero se sintieron como si hubieran sido dos minutos. Al darme cuenta del tiempo, preferí terminar la llamada.

—Amor, creo que debo dejarte dormir, ya casi es la una de la mañana allá. Imagino que tienes cosas que hacer temprano.

—*¡No había visto el reloj! Seguro te estoy interrumpiendo para acomodar tus cosas* —expresó, asustada.

—Descuida, aún no estoy en el departamento. Me hospedaron en un hotel por unos días. Mañana tengo la reunión con Recursos Humanos para firmar el contrato.

Evy suspiró.

—*Estoy muy orgullosa de ti. Sé que harás un gran trabajo allá.*

No pude evitar esbozar una sonrisa.

—Gracias. Te amo.

—*Yo te amo más. Descansa.*

La llamada terminó. Suspiré. No tenía hambre, así que lo mejor era darme una ducha antes de ir a dormir. Abrí mi maleta y lo primero que vi fue una cajita negra con un listón rojo. Fruncí el ceño, no era mía. Al menos, yo no la había puesto ahí. La abrí y encontré mi anillo de dragón con la cadena de Evy. Debajo había un papel doblado. Tomé la nota, sentí mi corazón acelerado y una mezcla de nervios.

"A mi querido novio, el amor de mi vida:

Esto no es una devolución, es un préstamo. Esta cadena no me la había quitado desde aquel día que me diste tu anillo. Es un símbolo de que siempre me cuidas. Me encantaría que la llevaras contigo; es un pedacito de mí que estará contigo en Los Ángeles.

Te amo.

Tu novia, Evy"

Tomé la cadena con el anillo y se me empañaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo es que pensaba en todo? Se preocupaba por mí antes que por sí misma.

En eso sonó mi teléfono. Era una notificación con un correo electrónico de Bright Films. Con la cadena en la mano, me senté en la cama y abrí el correo. Me enviaban el contrato para que lo revisara antes de firmar.

56

Evy - As we are

Dormí poco esa madrugada. Apenas colgué la llamada con Theo, traté de descansar, pero fue difícil. Me sentía rara de estar sola en mi departamento. Tenía ya varios días sin estar aquí porque quería aprovechar al máximo los últimos días que él estuviera en la ciudad.

Al final solo dormí una hora y media. Era inútil intentarlo si me invadía una extraña sensación. Me preparé para iniciar el día y llegué a la editorial a primera hora de la mañana. Mis únicos dos empleados, Nate y Harper, llegarían más tarde. Aproveché ese rato para seguir modelando la propuesta de los dos autores que me habían llamado el día anterior. Me emocionaba que confiaran en mí.

Revisé mi lista de pendientes y fui tachando las tareas que fui cumpliendo. Llamé al proveedor del mobiliario para que me confirmaran la fecha de entrega de lo que faltaba. También me comuniqué con una imprenta que podríamos contratar para los tirajes de nuestros primeros clientes, y después de eso me enfoqué en buscar un nombre para la editorial. No quería que llevara mi nombre; sería demasiado pretencioso para mi gusto.

Estuve trabajando en fusiones de palabras, pero ninguno me convencía. Necesitaba a mi diseñadora de confianza para este trabajo en particular: Harper tenía bastante experiencia diseñando identidades corporativas. Aún no le había pedido eso porque quería hacerlo por mí misma, pero no era mi fuerte.

Poco antes de las diez, llegaron los dos. Les había dicho que estos días no había problema por la hora de entrada si no había mucho qué hacer realmente. Desayunamos juntos y trabajamos sobre la propuesta editorial. Fue una mañana movida; sin embargo, no dejaba de pensar en Theo. Revisaba mi teléfono en busca de notificaciones, pero seguía sin noticias. Como era temprano en Los Ángeles, probablemente estaría llegando apenas a firmar su contrato. Estaba muy nerviosa, necesitaba despejarme.

—Chicos, ¿qué tal un descanso? Voy por café —dije, a medida que tomaba mi bolso, lista para salir.

—¿No quieres que vaya? Para que sigas en lo tuyo —preguntó Nate, poniéndose de pie de inmediato.

—No, no, descuida. Necesito aire fresco. ¿Les traigo algo?

—Yo estoy bien así, gracias —respondió Harper.

—De acuerdo, ¿Nate?

—No, gracias. Tómate tu tiempo —dijo comprensivo.

Les sonreí.

—Bien, en un rato regreso.

Salí del edificio y respiré hondo. El aire fresco llenó mis pulmones. Me sentía atrapada en la oficina, necesitaba despejarme.

Respira hondo, Evy, un día a la vez, no pienses en el futuro, vamos paso a paso, me recordé.

Enderecé mi postura y me dirigí al café más cercano, a dos cuadras de las oficinas. Era un pequeño negocio atendido por dos hermanas. Una de ellas hacía los postres para su negocio y la otra administraba el lugar. Como empecé a frecuentarlo, ya me ubicaban fácilmente.

—Buenos días —saludé al entrar.

—¡Buenos días, Evelyn! —exclamó Rachel, la administradora—. ¿Qué vas a llevar?

—Un americano y… ¿de postres que tienes de nuevo? —pregunté emocionada.

—Letty hizo macarrones de chocolate, o tenemos lo de siempre: *croissants, muffins, bagels* y *cupcakes.*

Señaló el mostrador con la variedad de opciones. Me agaché un poco para observarlos con detenimiento. Todo se veía delicioso.

—Dame un *muffin* de moras y un par de macarrones, por favor.

—¿Comes aquí o para llevar?

Lo medité unos segundos.

—Para llevar, por favor.

Pagué y esperé mi pedido. Mientras tanto, analizaba si llamar a Theo, enviarle mensaje o esperar una señal de vida de su parte.

—¿Tienes mucha prisa? —preguntó Letty.

Cargaba una bandeja con pan para poner el mostrador.

—No, ¿por qué? —inquirí sonriente.

—Estás zapateando un montón —señaló avergonzada.

No me había dado cuenta. Enseguida detuve el movimiento de mi pie.

—Discúlpame, más bien estoy ansiosa. Mi novio se fue ayer de la ciudad por trabajo y no he tenido noticias de él desde anoche —confesé.

—Seguro te llama en la primera oportunidad que tenga —me animó—. ¿Gustas que te ponga los postres en una bolsa?

—Sí, por favor, no quiero que se me vayan a caer en el camino —contesté, amable.

Enseguida me pasó la bolsa, me la acomodé en el brazo, a la altura del codo, para poder tomar mi café de la barra.

—Gracias, chicas. Son muy amables. ¡Que tengan un buen día! —me despedí mientras abría la puerta.

—¡De nada! —contestaron al unísono.

Salí del lugar, más alegre que cuando entré. Rachel y Letty me ponían de buen humor. Le di un trago a mi café, sabía delicioso. Aunque había un sabor que disfrutaba más: los labios de Theo.

Suspiré nostálgica. No quise esperar más. Saqué mi teléfono y le envié un mensaje.

"Te extraño, novio"

Me sentí un poco mejor tras enviarlo. Seguí caminando hasta la esquina para llegar al paso peatonal. El tráfico era terrible, como cada día, pero esta vez no me molestó. Disfruté mi café sin

prisas, por primera vez en no sé cuántos años.

Cuando crucé al otro lado, mi teléfono sonó. ¿Sería él? Saqué el teléfono de mi bolso apresurada, sin dejar de caminar. Para mi mala suerte, era Harper. Contesté enfadada.

—¿Aló?

—*¿Sigues en el café?*

Se escuchaba algo apurada.

—No, estoy a una cuadra ¿por qué?

—*Acabo de recordar que el lugar al que vas hacen un pan delicioso. Iba a pedirte un postre para mí.*

Reí.

—Sí recordé, te llevo un *muffin* de moras.

La conocía lo bastante bien para saber que querría uno.

—*¡Eres un amor! ¡Gracias!*

—Te veo en diez minutos.

Colgué. Iba a guardar mi teléfono en el bolsillo de mi pantalón, pero una señora que venía en sentido contrario al mío, me pegó con su hombro, tirándome el teléfono.

—¡Maldición! ¡Ten más cuidado! —grité, pero ni siquiera volteó a verme.

Siguió su camino. Estaba tan enfadada ¿cómo podía haber gente tan distraída? Afortunadamente, los postres estaban intactos en la bolsa.

Me agaché para recoger mi teléfono. Seguí caminando hacia el edificio, volteando de vez en cuando para localizar a la señora, quería aprenderme su rostro para cuando la volviera a ver, poder reclamarle su descuido y… choqué con alguien de nuevo, esta vez de lleno y derramé la mitad de mi café en el suelo.

—¡Maldito! —exclamé en voz baja para mí misma. Bufé enfadada—. De verdad, es que… ¿por qué la gente no se…?

Me quedé callada a la mitad de la pregunta cuando lo vi frente a mí. *¿Acaso estaba soñando?*

Se agachó para levantar mi vaso vacío y lo lanzó al cesto de basura cercano. Esbozó su sonrisa ladina y levantó la mirada para encontrarse con la mía.

—Discúlpame, soy el maldito que te tiró el café.

Un nudo se formó en mi garganta. Me aferré a la correa de mi bolso. No podía decir nada coherente ni parpadear. Esto tenía que ser una alucinación.

—¿Qué…? ¿Cómo…? Es que…

Theo dio dos pasos hacia mí. Se llevó las manos a su cuello, como si se fuera a quitar algo. Pronto entendí que se quitaba mi cadena con el anillo de dragón que le había puesto en su maleta. Tomó mi mano y depositó la joya en ella.

—Creo que esto te pertenece, novia —dijo sonriente.

Me reí con poca fuerza. Aún no podía creer que lo tuviera ante mí.

—¿Viniste desde Los Ángeles para darme esto? —pregunté divertida.

—Digamos que fue la señal de que no quería quedarme allá.

—Pero… ¿y el contrato? ¿Tu sueño?

Posó una mano en mi mejilla, acariciándola con el pulgar. Su mirada de lo más amorosa.

—Mi sueño eres tú —acarició mis labios con los suyos.

Pronto el roce se volvió contacto directo. Ese sabor que tanto extrañaba volvía a mí. Me besó suavemente, con ternura y cuidado, como si fuera la primera vez que lo hacía. El resto del mundo

desapareció, me perdí en las sensaciones del momento, en los sentimientos encontrados: la felicidad de tenerlo conmigo, la sorpresa de encontrármelo en la calle, la duda de qué pasaría en su trabajo, el miedo de que esto fuera un sueño y que, al abrir los ojos, desapareciera.

El miedo hizo que me aferrara a su chaqueta, no quería que me soltara jamás. Sollocé sin control. Theo sonrió en mis labios, se separó con cuidado.

—¿Por qué lloras amor? —preguntó en un susurro.

—Porque…. no sé qué haces aquí… me juré que si volvías… no iba a dejarte ir.

—No me iré. Regresé para quedarme contigo. No tengo un sueño más grande que pasar mi vida a tu lado.

Lo volví a besar, esta vez con intensión y decisión, aunque sabía que estábamos dando un espectáculo en plena vía. A Theo pareció gustarle porque una de sus manos pasó a mi espalda y la otra, detrás de mi cuello, para pegarme más hacia él. El beso fue lento y tierno. Era la respuesta a todas mis dudas, la promesa de que él siempre estaría para mí.

57

Evy - The reasons of my smiles

Un año y medio después…

—Esto es todo —resopló Theo, bajando la última maleta de la camioneta.

—¡No puedo creer que es nuestra primera feria de Frankfurt como Chaos Ink! —exclamé, viendo hacia la entrada del aeropuerto.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Te dije que lo lograrías. Poco a poco Chaos Ink está siendo reconocida.

Le sonreí.

—Bueno, en gran parte es gracias a ti. En cuanto descubrieron que el ilustrador de Enzo trabaja con nosotros, nos voltearon a ver —admití.

—No puedo adjudicarme todo el crédito, novia. Haces un excelente trabajo dirigiendo. Tienes a clientes importantes, es obvio que el público lo notaría.

Me sentí orgullosa. Si bien la editorial aún no era ni la mitad de lo que quería lograr, iba creciendo a muy buen ritmo. Theo empezó a llevar el equipaje.

—Déjame ayudarte con la mía, creo que es la más pesada.

Estiré la mano para tomar mi maleta; me sentía culpable de que cargara con mis cosas. Pero se negó, como siempre.

—*Passenger princess,* ¿recuerdas?

Puse los ojos en blanco. Tanto tiempo juntos y aún me mimaba como si fuera la primera vez.

Mientras estábamos en la fila para documentar el equipaje, no podía evitar pensar en todo lo que habíamos pasado los últimos dieciocho meses: El juicio contra Insight se resolvió en un par de meses tras la demanda. El equipo de abogados de la editorial hizo todo lo posible por acelerar y resolver antes de que la información llegara a los medios, resultando en un pago de multa por los cargos, así como una indemnización bastante generosa para mí. Dicho ingreso fue directo a invertirse a Chaos Ink; de algo tenía que servir mis años de sufrimiento en esa empresa.

La demanda contra Alexander siguió su curso. Para mi sorpresa, surgieron más chicas denunciando en su contra, haciendo el caso mediático. Si bien mi nombre apareció mencionado en la lista de víctimas, no fui foco de atención. Alexander tuvo la cobertura mediática que tanto pidió, más no de la forma que le habría gustado. Su reputación y su carrera como escritor se vinieron abajo al descubrirse sus delitos. La sentencia terminó en diez años de cárcel, así como el pago de indemnizaciones para las víctimas.

No habría podido aguantar todo lo vivido en ese juicio de no ser porque Theo siempre estuvo conmigo. Estaba eternamente agradecida porque había vuelto a Nueva York, y además, había enviado su currículum para trabajar conmigo. Fue de lo más gracioso volver a tener una entrevista de trabajo con él.

Y ahora, aquí estábamos, dieciocho meses después de su regreso, volando a nuestra primer feria del libro en Alemania como la editorial Chaos Ink.

—Ya están registradas las maletas, podemos pasar por seguridad para comer algo y abordar en dos horas —indicó sonriente, entregándome los pases de abordar— ¿Me va a enviar en clase económica, jefa?

Me reí con ganas.

—Estamos juntos en esto, ni creas que te vas a ir separado de mí. Estuve ahorrando meses para poder ir en *Business* como la última vez —contesté divertida.

Me abrazó por la espalda y me dio un beso en el cuello.

—Supongo que puedes tomarlo como tu bono de desempeño —añadí sin darle importancia.

Se detuvo para mirarme con picardía. Mi sonrisa se borró en un segundo, me puse roja como un tomate al entender el doble sentido de lo que dije.

—Desempeño laboral, Theo Haven, LA-BO-RAL. No malinterpretes —me apresuré a decir, mientras me abanicaba con los pases de abordar, provocando su risa.

—¡Yo no dije nada! Tú eres la mal pensada —señaló entre risas.

Lo miré con recelo y le di un pequeño puñetazo en el hombro.

—Anda, vamos. Necesito café para poder pensar.

Pasamos por seguridad y directo a comer algo. Pudimos tomarnos nuestro tiempo, pues aún faltaba poco más de una hora para abordar. Por mi ansiedad, le había pedido que llegáramos con horas de anticipación, tratando de evitar cualquier contratiempo. Afortunadamente, todo estuvo en orden.

Abordamos el vuelo, esta vez elegí los asientos de primera fila, en medio, para tener más espacio y algo de privacidad. A diferencia del viaje anterior a Frankfurt, quería estar cerca de Theo.

Acomodó su mochila en la parte superior del asiento, yo acomodé mi bolso en el suelo, delante de mí, pues era más pequeña y podía tener todo a la mano.

Mientras me acomodaba en mi lugar, vi de reojo que estaba con la atención fija en su teléfono, se mordía el labio inferior y movía constantemente su pie izquierdo.

—¿Todo bien? —pregunté con curiosidad.

—¿Eh? —balbuceó saliendo de su ensimismamiento.

Me miró con sonrisa ladina mientras giraba la pantalla de su teléfono hacia abajo de forma discreta. Fruncí el ceño, se estaba comportando extraño.

—¿Te pone nervioso ir a la Feria del Libro? No es la primera vez que vamos.

Me crucé de brazos, entornando los ojos. Traté de adivinar qué ocultaba. Él se rio.

—No, no es el viaje en sí, sino que es la primera vez que lo hacemos como pareja oficial.

Mi gesto se desvaneció. Era verdad. No habíamos tenido la oportunidad de viajar juntos más allá de mis visitas a Nueva Jersey para ver a mi sobrina. Ladeé mi cabeza, pensando en eso. Estábamos por cumplir dos años de relación en poco menos de un mes y no habíamos viajado de vacaciones.

—No me había percatado —musité con la mirada perdida en la nada.

—Tan solo estaba buscando algún plan divertido para realizar en nuestros días libres —aseguró,

sacando su teléfono para mostrarme—. Encontré un museo interactivo de ciencia y tecnología, tours por la ciudad, hay un paseo en crucero por el río Meno…

Lo miré con ternura mientras me explicaba todas las opciones de actividades que había investigado para una precelebración de nuestro segundo aniversario.

—Si soy sincero, me encantaría llevarte de vacaciones para celebrar, pero también soy consciente de que no podemos dejar la editorial mucho tiempo a cargo de Harper, la pobre se volvería loca con tanta responsabilidad.

Me reí. No podía creer mi suerte de tener a mi lado a alguien como Theo, tan comprensivo.

—Si trabajáramos para alguien más, sería tan sencillo como pedir vacaciones para irnos juntos de viaje —dije a modo de disculpa.

Negó con la cabeza.

—Si trabajáramos para alguien más, no serías igual de feliz a como lo eres ahora que tienes tu propia empresa —me miró a los ojos—. No te preocupes, ya habrá tiempo de viajar juntos. Por ahora podemos aprovechar los de trabajo.

—Gracias.

—No hay de qué.

Llegó el momento de despegar. Respiré hondo, nerviosa y feliz. Esto marcaba el inicio de una nueva era. Conforme el avión comenzaba a tomar velocidad, Theo tomó mi mano. Sonreí, pero se me hizo extraño. Mi problema eran los aterrizajes, no los despegues.

Fue entonces que noté que era él quien estaba nervioso. Presioné su mano, quería que estuviera seguro de todo esto, de nosotros. Aún me preocupaba que se arrepintiera de su decisión de dejar Los Ángeles. Aunque no fue una pérdida del todo. Enzo no quería dejar ir al primer diseñador que captó su idea al pie de la letra, y lo contrató como artista conceptual externo. De manera esporádica, tenía videollamadas para dirigir ciertas piezas de arte con el equipo de filmación.

Theo alzó mi mano y me dio un beso en los nudillos. Mi respuesta a que todo estaba en orden.

Más tarde, sirvieron la cena. Conversamos y reímos todo el rato. Después de retirar los restos de comida, me apresuré al baño para desmaquillarme y ponerme algo más cómodo para dormir. Trencé mi cabello para evitar que se enredara mientras dormía.

Al volver a mi asiento, vi que Theo hablaba con una de las azafatas. La chica asentía amablemente, pero al notar que me acercaba, se alejó de él. No dije nada, no quería ser la novia tóxica, aunque no podía negar que algo dentro de mí ardía en llamas de furia cuando veía a alguna mujer sonreírle.

Un poquito más de confianza no te haría mal, Evelyn Hope, pensé. Reí por mis celos absurdos. Sacudí mis pensamientos y regresé a mi lugar.

—¿Me tardé mucho? —pregunté mientras guardaba mis cosas en el bolso.

—Volviste rápido —contestó sonriente—. Por cierto, trajeron esto.

Me dio una almohada y una cobija azul, perfectamente doblada y empaquetada en plástico. También una pequeña bolsa estilo cosmetiquera con el logotipo de la aerolínea. Esta contenía un antifaz para dormir, tapones de oídos, unos audífonos genéricos, cepillo de dientes y pasta dental. Él tenía un set igual.

—El antifaz estará genial para dormir —dije mientras me lo ponía como diadema.

—Te ves hermosa, novia —susurró alegre—. Enseguida vuelvo, voy a lavarme los dientes. —Me dio un breve beso antes de marcharse.

Lo seguí con la mirada hasta el baño. Suspiré. Me acomodé en mi asiento, saqué la cobija de la bolsa y me tapé. No bajaría el asiento hasta que él volviera, o me quedaría dormida.

Al parecer, la tripulación pensaba que ya era hora de descansar, pues apagaron las luces de la cabina, dejando solo una línea de luz tenue a los dos extremos. Unos minutos después, Theo volvió. Se había lavado la cara, unos mechones de su frente se veían húmedos.

—Listo. ¿Necesitas ayuda para acomodar tu asiento como cama? —preguntó en voz baja, pues ya había gente dormida.

—Sí, por favor.

En un dos por tres, ambos teníamos los asientos ya en horizontal. Yo me acosté de lado para quedar de frente. Él se recargó en su brazo para estar más cerca.

—Tengo una idea —habló entusiasmado—. Juguemos algo.

—¿Jugar? ¿No es hora de dormir? —pregunté mientras subía la cobija para cubrirme hasta el cuello.

—Prometo que será breve, es solo que no tengo sueño —explicó esperanzado en que accediera a su petición.

—De acuerdo. ¿De qué va el juego?

—Veinte preguntas —respondió, mordiendo su labio inferior.

¿Cómo negarme cuando hacía eso? Me desarmaba con ese gesto.

—De acuerdo, empieza tú —pedí, tras un bostezo.

—Son veinte preguntas rápidas, ¿de acuerdo? —explicó emocionado— Tienes que contestar con lo primero que se te ocurra, sin pensar.

—Bien, estoy lista.

No me levanté, me quedé acurrucada en la cobija. Si el juego era el clásico, no demoraría más de cinco minutos y podría dormir.

—Si pudieras tener un superpoder, ¿cuál sería?

Vaya, esto no será fácil, y menos con el sueño que tengo, pensé.

—Vamos, lo primero que se te ocurra, es parte del juego, no pensar, solo contestar —insistió.

—Volar —contesté lo primero que se me ocurrió. Pero luego me arrepentí—. Bueno, no, espera, creo que lo mejor sería ser invisible, así podría estar en donde quisiera sin que me molestaran.

Me quedé mirando al techo, tratando de analizar si mi respuesta era adecuada. Al no tener respuesta, dirigí la vista a Theo, que lucía divertido, sus ojos brillaban intensamente.

—¿Qué? —pregunté, riéndome.

—No hace falta dar explicaciones, novia, solo contesta con la menor cantidad de palabras posible.

—Bien, lo siento. Sabes que sobrepienso todo —exclamé a modo de disculpa.

—Siguiente, si solo pudieras comer un tipo de comida por el resto de tu vida, ¿cuál elegirías?

—Café —contesté orgullosa.

—¡Eso no es comida! —se quejó.

—Siguiente pregunta —ignoré el comentario.

Sonrió divertido, estaba disfrutando esto.

—¿Cuál es tu hobby más extraño?

Lo medité unos segundos, pero no podía pensar en nada en particular.

—¡Ya sé! —levanté mi cabeza de la almohada en un movimiento rápido, me apoyé en mi brazo;

este juego ya me estaba gustando—. Destruir cosas.

—¿Como nuestra cita? —preguntó enternecido.

—Sí.

—Me alegra escuchar eso —suspiró—. Bien, si pudieras vivir en cualquier parte del mundo, ¿dónde sería?

—Eso es fácil, en cualquier lugar, pero que sea contigo —confesé.

Theo volvió a morderse el labio inferior, esbozando media sonrisa.

—¿Qué es lo que más te hace feliz?

—Tú.

Mi corazón empezó a acelerarse. Las preguntas se estaban poniendo más personales y profundas.

—Si pudieras pedir cualquier cosa ahora mismo, ¿qué sería?

Fingí meditarlo.

—Un café —reí.

Se sentó de un brinco. Fruncí el ceño.

—¿Te gustan los dragones? —preguntó con entusiasmo.

—Sí —contesté, un poco confundida.

—¿Quieres casarte conmigo?

¿Qué?

Sus ojos brillaban y derrochaban amor. Sus cejas levemente levantadas. No podía dar crédito a mis oídos. Me senté. Escaneé su rostro en busca de pistas que me indicaran que esto era un juego nada más, pero su expresión era totalmente sincera. Mi respiración se descontroló, parecía que no alcanzaría aire. Quise hablar, pero mi voz no salía.

—Espera.

Sentí un hormigueo de anticipación recorrer todo mi cuerpo. Theo sacó una cajita negra de su sudadera, se hincó con dificultad por el poco espacio entre los asientos, pero sonreía nervioso y sus ojos brillaban de emoción. Podía escuchar el latido de mi corazón, que parecía querer salir corriendo.

Con manos temblorosas, abrió la cajita, dejando ver un precioso anillo de oro blanco con un detallado dragón custodiando un diamante. Me cubrí la boca con ambas manos. Era un anillo perfecto. Me quedé sin aliento.

—Ahora sí —tomó aire y esbozó una sonrisa—. Evy…

Sentí una calidez en el pecho, escucharlo pronunciar mi nombre. Lo miré a los ojos.

—El día que te conocí, quedé flechado, ahí supe que tenía que conocerte. Cuando ayudaste a Arlo a conseguir su libro, supe que eras una gran persona. Y cuando viajamos a Frankfurt por primera vez, irremediablemente me enamoré de ti —dijo, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas —. La noche que me prometiste que moverías cielo, mar y tierra por ayudarme a "conquistar a una chica"… —hizo una pausa para aclarar su garganta.

Reí de nervios.

—En ese momento —continuó hablando—, supe que quería pasar el resto de mi vida contigo. Ese día te prometí que siempre estaría para ti, y sostengo esa promesa. Por eso, aquí estoy, frente a ti, con el corazón en la mano… —agregó con la voz un poco quebrada, logrando hacerme llorar de la emoción—, para pedirte que pasemos el resto de nuestras vidas juntos…

Sollocé, me llevé ambas manos a la boca, incrédula por lo que estaba sucediendo.

—Evelyn Hope, ¿te casarías conmigo?

El tiempo se detuvo. Todo a mi alrededor desapareció, solo podía ver a Theo, hincado ante mí.

—Claro que sí quiero —respondí emocionada.

Todo mi cuerpo temblaba de nervios, como si en cualquier momento fuera a despertar de un sueño. Mis labios no se podían quedar en paz; quería sonreír pero no los controlaba.

—¿Sí? —exclamó sorprendido.

—Sí —repetí— ¡Sí, sí quiero! ¡Claro que quiero casarme contigo! —sollocé.

—Te amo, Evy.

Escuchar esas tres palabras me dieron toda la seguridad que necesitaba para entender que esto estaba pasando. Theo me estaba pidiendo matrimonio, esto sería para siempre.

Pasó su mano por detrás de mi cuello y me besó con toda la ternura del mundo. Después del beso, sacó el anillo de la cajita con cuidado, tomó mi mano y lo deslizó por mi dedo anular. Lentamente sentí el frío metal contra mi piel cálida, pero pronto me acostumbré a la sensación. El ajuste era perfecto, se sentía como si abrazara mi dedo. Era totalmente consciente del peso leve pero constante; era tan surrealista pero me gustaba la sensación.

—¿Te gusta? —preguntó sin soltar mi mano.

—¡Me encanta! Es… es un sueño, yo… —Más lágrimas desbordaban—. No tenía idea…

Secó mi rostro.

—Diseñé este anillo para ti, como promesa de que volvería de Los Ángeles, quería dártelo la noche antes de irme… —se rio al recordar—. Pero luego nos interrumpió tu teléfono y lo tomé como una señal de que no era el momento. Desde entonces lo he llevado conmigo, buscando el momento perfecto para hacer la pregunta. Y créeme que pensaba dártelo cuando estuviéramos en Frankfurt, en algún lugar lindo, pero luego pensé, ¿por qué no aquí? Estando solos, sin interrupciones, más íntimo. Y además, en nuestro primer viaje como pareja —confesó mientras secaba mis lágrimas.

—Esto es perfecto. Siempre soñé con tener una propuesta de matrimonio tan significativa. Superaste cada escenario que pude haber imaginado. Prometo amarte y apoyarte en cada paso del camino. Estoy emocionada por construir nuestro futuro juntos y compartir todos los momentos increíbles que están por venir. Gracias por hacerme la mujer más feliz del mundo —dije con voz entrecortada.

—Gracias a ti por elegirme. Siempre estaré para ti.

Así, a 33,000 pies de altura, iniciaba esta nueva etapa en nuestras vidas.

FIN

Agradecimientos

A mi esposo, por ser mi inspiración y apoyar mis proyectos. Gracias a ti regresé a la escritura, después de tantos años. Te amo.

A mi pequeña hija, por siempre cuestionarme sobre lo que escribo y darme instrucciones sobre lo que debo escribir (Cabe aclarar que tiene 6 años, pero "tiene la solución" a todo).

A mi mamá, porque sin su apoyo y su ejemplo no llegaría hasta donde estoy.

A mis mejores amigas, Dalia y Celina, que siempre me echan porras.

A Raymar, mi gran amiga escritora, por sus consejos, correcciones y ánimos durante el proceso de este libro.

A Stray Kids, pues su música ha sido parte importante de mi proceso creativo.

A Dios, por brindarme la vida, la imaginación y la paciencia suficientes para salir con mis historias.

A ti, querido lector, que espero hayas disfrutado de esta historia.

Sobre la autora

Rosy Rubio

Rosy es mercadóloga de profesión, originaria de Chihuahua, México. Actualmente, se desempeña como docente en el área de marketing y publicidad a nivel universitario, y en sus ratos libres, es una escritora apasionada del género romántico. La pasión por la escritura viene desde la infancia; creció en una familia lectora, por lo que los libros siempre la han acompañado. Su abuelo materno era escritor de diversos géneros, especialmente poesía, lo que despertó en Rosy la curiosidad por ser escritora. Actualmente, cuenta con dos novelas auto publicadas del género romántico: *"No quiero decirte adiós"* y *"No era mi plan amarte"*. Ahora, se añade a la colección *"Siempre estaré para ti"*. Puedes encontrar sus libros en Amazon, tanto en formato físico como digital. Para novedades, puedes seguirla en Instagram y TikTok en @rosy.libros.